
Angela
MARSONS
36
HORAS
UN THRILLER DE
KIM STONE
JENTAS


Angela
MARSONS
36
HORAS
UN THRILLER DE
KIM STONE
JENTAS

36 horas

Angela Marsons

36 horas

Título original: 36 Hours

Copyright © Angela Marsons, 2024
Copyright © Jentas A/S, 2026
ePub: Jentas A/S
Traducción: Daniel Conde Bravo Cubierta: Jentas A/S
ePub: Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1460-4

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English language in 2024 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

De la serie de la detective Kim Stone:

Grito del silencio

Juegos del mal

Las niñas perdidas

Juegos letales

Hilos de sangre

Almas muertas

Los huesos rotos

Una verdad mortal

Promesa fatal

Este libro está dedicado a Ruth Tross, mi maravillosa editora, que me ha apoyado de forma increíble en un momento muy difícil, haciendo así posible que este libro cobrara vida.

Capítulo 1

Domingo, 5:00

Kim se dio la vuelta en la cama para ver si así se despertaba de un sueño en el que alguien estaba aporreando la puerta de su casa.

Barney se lanzó de la cama al suelo.

Ella abrió los ojos, pero el sueño no parecía haber terminado. Alguien estaba golpeando de verdad la puerta de su casa.

Los ladridos feroces de Barney se sumaron al ruido de esos golpes, en un aparente reflejo de lo que Kim sentía. Despertarse a las cinco de la mañana no podía traer nada bueno.

—¡Jesucristo! —maldijo mientras se ponía unos pantalones de chándal y una camiseta.

Kim consideró por un instante la posibilidad de gritar por la ventana del dormitorio, pero la ira que la recorría le exigía confrontar a la persona que estuviera llamando e insultarla a la cara.

Cogió el teléfono de la mesita de noche, donde lo había dejado solo tres horas antes. Con el movimiento, la pantalla se iluminó para revelar que no había llamadas perdidas ni tampoco ningún mensaje de Keats, la comisaría o cualquier miembro de su equipo.

«Va a enterarse de lo que es bueno», pensó Kim mientras bajaba con furia las escaleras.

A menos que un psicópata armado con un hacha estuviera amenazando la vida de la persona que estaba llamando a su puerta, le iba a dar una patada que la iba a mandar al otro lado de la calle.

Kim abrió la puerta con una expresión en el rostro que sus compañeros de trabajo llamaban «cara de mala hostia».

Se quedó petrificada cuando Barney dejó de ladrar nada más ver a la persona responsable de aquel alboroto.

—¿Qué cojones, Frost?

—Tengo que hablar contigo —dijo la periodista, apartándola para pasar.

—Más te vale que valga la pena, porque va a ser la última vez que hables —dijo Kim, aún de pie junto a la puerta abierta. El sueño se había convertido en una pesadilla.

—En serio, tenemos que hablar —dijo Frost, agachándose para acariciar a Barney en la cabeza. El animal traicionero se lo permitió.

Kim cerró la puerta, resignada al hecho de que Frost había entrado en su casa y que ni un terremoto la haría retroceder, no hasta que hubiera dicho lo que había ido a decirle.

—Pon la tetera y prepárame uno fuerte —dijo Frost, sentándose junto a la barra de la cocina.

—Voy a poner la tetera, pero te voy a poner uno para llevar —dijo Kim, buscando la taza térmica con tapa que sabía que tenía por algún lado.

—Tienes que ver esto —dijo Frost. La periodista sacó una hoja de papel de su bolsillo.

Solo entonces Kim se percató de que la mujer no se había tomado el tiempo necesario para coger uno de sus preciados bolsos de diseño.

De hecho, al observarla más de cerca, comprobó que su aspecto general era un desastre.

Unas mallas de licra habían sustituido los pantalones elegantes que solía vestir. Llevaba puestas unas zapatillas de correr en lugar de los tacones de vértigo que utilizaba para disimular su leve cojera y, cuando se quitó la chaqueta, dejó al descubierto una camiseta manchada. En su rostro había una expresión pensativa en vez del clásico maquillaje.

Kim cogió el trozo de papel y lo desplegó. De inmediato, comprobó que se trataba de un correo electrónico dirigido a Frost.

Estimada señora Frost:
En primer lugar, debe saber que esto no es una broma.
Esto es un juego, y usted va a jugar. Si sigue las instrucciones, nadie saldrá herido.
No echarán en falta al primero, pero sí al siguiente.
El juego comenzará a las siete de la mañana.

Reúna a su equipo, incluyendo a un mando superior de la policía.
Publique actualizaciones sobre el progreso del juego cada seis horas en la página web del *Dudley Star,* nombrando al Bufón.
Las actualizaciones comenzarán a mediodía. El incumplimiento tendrá consecuencias.
El juego terminará a las siete de la tarde del lunes.
No cometa ningún error. Juegue; de lo contrario, habrá muertos.
El Bufón

Aun sabiendo que se trataba de una copia impresa, Kim le dio la vuelta y miró el reverso.

—¿Me has despertado a estas horas de la madrugada de un domingo por el correo electrónico de un chiflado? —preguntó, devolviendo el papel a Frost antes de girarse hacia la tetera.

—Me ha llegado a las cuatro de la madrugada —respondió Frost.

—A lo mejor no darías valor a mi opinión, pero cualquier otra persona en el mundo también te diría que resulta tristísimo que estés mirando el correo a esas horas de la madrugada de un domingo. Lo único que puedo sacar como conclusión es que la persona que te está tomando el pelo tiene insomnio.

Ella se encogió de hombros.

—Ese no es el caso. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—Bueno, mi idea es echarte y volver a acostarme, pero…

—¿No crees que deberíamos hacer algo?

—Frost, estoy segura de que no es la primera vez que recibes correos raros de este tipo. Probablemente hasta amenazas de muerte, lo cual puedo entender, pues algunas de ellas incluso pudieron proceder de mí misma. Así que ¿por qué te estás tomando este en serio?

Frost le volvió a acercar el papel.

—No hay sensacionalismo. Es preciso, va al grano. No se va por las

ramas. Está bien escrito, es correcto desde un punto de vista gramatical y deja muy claro que habrá gente que saldrá herida.

—¿Te lo estás tomando en serio porque el remitente sabe usar el corrector ortográfico? —preguntó Kim, volviendo a coger la hoja.

La inspectora leyó el mensaje de nuevo y comprendió hasta cierto punto lo que quería decir Frost, pero seguía sin estar convencida. Era un correo electrónico dirigido a una periodista.

—Es un engaño. Una broma —dijo, con menos convicción de la que le hubiera gustado.

—Puede que tengas razón, Stone —respondió Frost—. Pero ¿y si no la tienes?

Kim consideró las implicaciones que podría tener eso durante unos diez segundos.

Y entonces cogió su teléfono.

Capítulo 2

—¿Cómo podría resistirme a ti? —preguntó Jenny mientras Bryant volvía hacia la cama.

—Imposible —respondió este, metiéndose otra vez en la misma.

A Bryant se le había pasado por la cabeza aprovechar su visita al baño para levantarse de la cama y empezar temprano con las tareas de mantenimiento invernal en el jardín que Jenny estaba insistiendo en que hiciera.

Después de un septiembre muy lluvioso, la primera semana de octubre había sido seca, soleada y muy agradable, con máximas de unos veinte grados. Ahora la temperatura estaba bajando drásticamente al principio y al final del día, lo cual estaba motivando ciertas instrucciones de Jenny para que Bryant le diera al césped un último corte, podara y cubriera los muebles de exterior.

Pero era domingo. Lo que al sargento le apetecía era un comienzo de día tranquilo, relajado y sin prisas. No había podido resistir la tentación de disfrutar de nuevo de la sensación de la cama, aún caliente de su propio cuerpo. Y agradecía cualquier excusa para posponer las tareas que no tenía ganas de hacer.

—Ven aquí, que voy a ponerte mis pies fríos encima —dijo, acercándose a su mujer.

Jenny apartó las piernas y se rio.

—Mira que me gusta la idea, pero ¿no te apetece mirar antes tu teléfono?

—¿Para qué? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Ha sonado mientras estabas en el baño.

—¿Cómo ha sido el sonido?

—Algo parecido a cristales rotos.

Bryant sabía cuál era el tono al que se refería; solo se lo había asignado a una persona.

Miró el móvil y vio que se trataba de un mensaje del grupo de WhatsApp del equipo.

Hizo clic en él.

Dos palabras.

—¿Qué dice? —preguntó Jenny, asomándose por encima de su hombro izquierdo.

Bryant se movió hacia el borde de la cama.

—Que tengo que levantarme y prepararme para ir al trabajo.

Capítulo 3

—Vamos, Lynne, date prisa —gritó Penn desde la cocina.

Como por arte de magia y de forma milagrosa, ella apareció por la puerta.

—Shhh, vas a despertar a Jasper —dijo, dirigiéndose hacia la tetera.

La emoción que sentía Penn por la novedad de ver a Lynne moviéndose por su casa como si fuera la suya propia aún no había desaparecido. Aunque Lynne aún no se hubiera mudado oficialmente, la evolución natural de su relación implicaba que no le estuviera dando ningún dolor de cabeza a su casero actual, pues no hacía vida allí.

Penn se compadeció de su mirada suplicante y le acercó una taza de café.

—Te he preparado uno para llevar.

Ella emitió un gemido en señal de protesta y se agachó para coger sus botas.

—¿Me explicas otra vez por qué vamos a salir en mitad de la noche?

Era una pequeña exageración, pero sí que tenía razón en que todavía estaba oscuro fuera.

—Es el primero de la temporada. Va a estar lleno de gente y tardamos una hora en llegar hasta allí. Hacer una cola eterna para entrar sería una pesadilla.

—¿Y hacemos todo este esfuerzo para comprar las porquerías viejas de otras personas?

Él fingió sentirse ofendido.

—El mercadillo de segunda mano de Studley es mucho más que una colección de porquerías viejas de otras personas. Y hay sándwiches de cerdo asado.

—¡Puaj! ¿Quién tiene ganas de comer ahora mismo? ¿Y qué esperas encontrar exactamente?

Era difícil explicar el entusiasmo que a Penn le producía pasear por los puestos mirando esos cachivaches, esas viejas pertenencias que tenían una historia, sin saber nunca lo que se iba a encontrar en el siguiente puesto.

—La gente encuentra verdaderos tesoros en los mercadillos. Un tipo encontró una vez un jarrón Lalique y pagó una libra por él. Resultó que tenía un valor de más de treinta mil.

Lynne cruzó los brazos.

—Entonces, ¿esperas hacerte rico hoy?

—No, pero me encanta fisgonear entre las antiguallas de la gente.

—Es bueno saberlo —dijo Lynne, levantando una ceja—. Espero que entiendas como una declaración de mi amor por ti el hecho de que me vaya a pasar mi día libre dando vueltas contigo por un campo lleno de barro viendo las cosas viejas de otras personas.

—Sí, pero no olvidemos los veinte minutos que te estuve rascando la espalda anoche.

Ella sonrió al recordarlo.

—De acuerdo, compañero, como diría un pastor: arreando, que es gerundio.

Contento al ver que por fin Lynne estaba comenzando a disfrutar de la gracia del plan, Penn cogió las llaves de su coche.

—Jasper sabe dónde…

Penn dejó de hablar cuando escuchó sonar su teléfono.

Lynne también se detuvo, siendo muy consciente de las cosas que podían suceder en el trabajo de ambos.

—¡Mierda! —exclamó Penn, abriendo WhatsApp.

Suspiró con pesar cuando vio el mensaje de dos palabras.

Sus ojos se encontraron con los de Lynne y vio la decepción que desprendían. No por perderse el mercadillo, sino por saber que no iban a poder disfrutar juntos del primer día libre completo que iban a tener en tres semanas.

—Lo siento.

La mirada de ella se suavizó. Cogió el termo de café y le dio un beso en la mejilla.

—En marcha, sargento, porque yo me vuelvo a la cama.

Capítulo 4

A Stacey le daba igual estar todavía medio dormida. Le daba lo mismo que su lado de la cama estuviera aún seguramente caliente. Lo importante era que Devon y ella todavía se querían lo suficiente como para que les apeteciera compartir todo el tiempo que pudieran. Incluso cuando eso significaba para Stacey levantarse a unas horas intempestivas para tomarse un café con su mujer antes de que esta se fuera a trabajar. El empleo de Devon como funcionaria de inmigración tenía aún menos respeto por el fin de semana que su propio trabajo.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó Devon mientras cogía su fiambrera de la nevera.

—Voy a ir espabilándome poco a poco.

—O sea, que te vas a volver a la cama, ¿verdad? —preguntó Devon, divertida.

—Y luego me voy a preparar un desayuno ligerito.

—¿Tostadas con mermelada en la cama?

—Y después probablemente me ponga con algunas cosas de la casa.

Devon se rio.

—Las dos sabemos que eso es una gran mentira.

Stacey aceptó que la juzgara. No es que ella no limpiara nunca, simplemente no era una de sus prioridades. Por suerte, eso no era algo que pusiera en peligro su matrimonio.

—Después quizá me ponga a ver algo cultural en la televisión.

—Vas a ver algún cotilleo del bueno, ¿verdad?

—Quizá luego hable con alguna amiga.

—Vas a llamar a Alison para hablar sobre el cotilleo que hayas visto.

Por la risa de Stacey, Devon supo que estaba traduciendo con precisión.

—Luego iré a comer algo.

—¿Vas a ir a comer a casa de tu madre? Joder, Stace, eso es lo que más me duele de todo.

Stacey sabía que a Devon le encantaba la cocina de su madre tanto como a ella. Por suerte, su madre también era consciente de ello.

—Sabes perfectamente que va a hacer un plato de más para que te lo traiga.

—Y solo pensar en ello me va a ayudar a superar el día —dijo Devon, que cogió su mochila y le dio un beso en los labios a Stacey —. Bueno, cariño, que tengas un buen día.

—Ya te echo de menos —dijo Stacey mientras Devon se dirigía al pasillo para coger su abrigo y su bufanda.

Stacey dejó escapar un suspiro de satisfacción. Sin duda, habría preferido que Devon no tuviera que trabajar, pero su mujer estaría en casa a la hora de merendar y tendrían toda la tarde-noche para disfrutarla juntas.

Estaba decidiendo si echar otra cabezada en la cama o prepararse la tostada con mermelada cuando su teléfono emitió una notificación.

Contuvo el aliento. La jefa estaba escribiendo en el grupo del equipo.

Dos palabras.

—Bueno, cariño, me voy ya, te…

—Un segundo, Dee, ¿puedes esperarme tres minutos para dejarme en el trabajo?

Corrió hacia el dormitorio sabiendo de sobra cuál sería la respuesta. No tardaría más de esos tres minutos en prepararse para el mensaje que acababa de recibir.

«Comisaría. Ya».

Capítulo 5

6:30

Todos los miembros del equipo de la inspectora Kim Stone entraron en la sala y se quedaron en silencio cuando vieron quién estaba sentada en el escritorio vacío.

Aunque Frost les había echado una mano en algunas ocasiones, ninguno de ellos olvidaba cuál era su profesión. Kim estaba segura de que todos se estarían preguntando qué hacía ella en la oficina después de que los hubieran convocado para una reunión urgente.

—Me imagino que todos querréis saber por qué os he llamado —dijo mientras cogía de la impresora las copias del correo electrónico que había preparado—. Y si me dais un segundo…

—¿De qué demonios va este juego, Stone? —preguntó Woody mientras irrumpía en la sala de la brigada. Su expresión rígida no se suavizó al ver a Frost sentada en un rincón. Al inspector jefe le bastó con levantar una ceja para que Kim fuera consciente de que se estaba preguntando qué narices hacía esa mujer en la comisaría.

—Eso es justo lo que íbamos a aclarar ahora, señor —respondió Kim, entregándoles a todos un papel.

El mensaje que le había mandado a su superior, el inspector jefe Woodward, para que asistiera a la reunión contenía más palabras que el que había enviado a los miembros de su equipo, pero no menos urgencia.

Todos los reunidos en la sala de la brigada llevaban puestos vaqueros y sudaderas.

—Os doy a todos un minuto para que leáis el correo electrónico que Frost ha recibido hace un par de horas.

Woody fue el primero en terminar de hacerlo.

—¿Esto es una broma? ¿Has convocado a todo el mundo un domingo por la mañana para esta gilipollez? —preguntó, agitando el papel en el aire.

—Señor, por favor, léalo de nuevo —le aconsejó Kim.

La inspectora, más que ninguna otra persona, comprendía que, a primera vista, parecía no ser más que una broma o un engaño. Había estado a diez segundos de echar a Frost de su casa arrastrándola por la nariz, pero, una vez que superó la negativa inicial y lo leyó de nuevo, la formalidad distante y la falta de sensacionalismo del correo le habían ofrecido una perspectiva ligeramente más inquietante.

—Sigo pensando que es una broma, Stone —dijo el inspector jefe, aunque su tono se había ablandado un poco.

—¿Y si no lo es? —preguntó Kim, utilizando con su jefe unas palabras similares a las que había utilizado Frost con ella.

Él consideró su respuesta, pero terminó negando con la cabeza.

—Sabes perfectamente que no puedo autorizar una investigación formal basándome solo en esto.

Kim estuvo tentada de preguntarle si prefería la opción de tener que lidiar con un cadáver, pero respetaba a su jefe lo suficiente como para no desafiarlo jamás delante del equipo.

—Sabes que autorizar esto sería un camino directo a que me jubilen por enfermedad.

Ella asintió, sabiendo que lo que le estaba diciendo era verdad. El trabajo de su departamento consistía en investigar incidentes graves: asesinatos, agresiones, robos con armas o violencia… Y no tenía tanto que ver con la recepción de correos electrónicos sospechosos. El superintendente jefe dejaría sin trabajo a Woody. No había duda: les estaba vetando la investigación antes incluso de que hubieran empezado.

Mientras los miembros del equipo se miraban en silencio, Woody echó un vistazo a su reloj.

—Y ahora, si me disculpáis, voy a recoger a mi nieta para pasar el día por ahí. Lo que decidas hacer con tu domingo es asunto tuyo, Stone. Nos vemos en mi oficina mañana a las ocho de la mañana.

—Sí, señor —dijo Kim asintiendo con una sonrisa mientras el inspector jefe se daba la vuelta y salía de la sala de la brigada.

Sí, era oficial, les estaba parando los pies.

—Bueno, pues ya lo he visto todo —dijo Frost, cogiendo su

chaqueta—. Hay alguien a quien escuchas de verdad, Stone.

—Porque tiene mi confianza y mi respeto. A diferencia de otras. —Kim se giró hacia su equipo—. Ya lo habéis oído. Es oficial que no nos han dado luz verde para una posible investigación, así que podéis retomar vuestras actividades dominicales.

—El mercadillo ya estará lleno de gente —apuntó Penn.

—Devon está trabajando —dijo Stacey.

—A mí me esperan trabajos de jardinería con Jenny —dijo Bryant con una sonrisa pícara.

Frost se quedó callada, pero volvió a sentarse, lo cual dejaba clara su postura.

Nadie hizo ademán de marcharse y todas las miradas se posaron en Kim.

—Vale, pues pillad un café o algo similar y vamos a ponernos manos a la obra.

Capítulo 6

6:50

—Bueno, unas cuantas reglas básicas, compañeros. Parece que tendremos que aguantar a Frost por un tiempo, así que os pido que la tratéis con el respeto que se merece. Le daremos lo que nos pida, desde verduras podridas hasta agua turbia.

—Qué graciosa —dijo Frost con una mirada de hartazgo.

—Siguiendo contigo, Frost, ¿hay algo que pueda haber provocado que alguien quiera gastarte una broma? No voy a tener la osadía de preguntarte si has cabreado a alguna persona porque no tendríamos tiempo para que nos hicieras el resumen, pero ¿puede haber alguien a quien hayas fastidiado más de lo normal?

—Que yo sepa, no.

—Bueno, por alguna razón te habrán elegido, así que quiero una copia impresa de todos los artículos que has escrito en los últimos tres meses y una lista de todos los lugares que has visitado.

—¿De verdad necesitas todo eso? —preguntó Frost mientras cogía el portátil que habían recogido de camino a la comisaría.

—Probablemente no todo, pero te ahorrará líos durante una buena temporada.

—Ya que estamos hablando de mí, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo Frost.

—Que sea rápida.

—Ha dejado claro que debo escribir artículos cada seis horas, empezando a mediodía. ¿Qué puedo compartir y qué no?

—Buena pregunta —respondió Kim, tomándose un instante para pensarlo—. Sé lo más imprecisa y ambigua que puedas. Está bien que menciones los lugares en los que hemos estado, pero nada que revele a quién estamos investigando o cómo lo estamos haciendo. ¿Está claro?

Frost expresó su exasperación con la mirada.

—Sí, por supuesto.

Kim se giró hacia el equipo.

—¿Alguna idea?

—Yo no creo que sea una broma —dijo Penn.

—Desarróllalo —instó Kim.

—Este mensaje está muy bien elaborado. Lo ha utilizado para comunicar sus intenciones. No parece estar buscando atención, ni desde luego suplicando por ella. Da la sensación de que el juego va a seguir adelante nos guste o no.

—Exacto —coincidió Kim, aunque Stacey y Bryant seguían mostrándose escépticos.

—Para poder seguir adelante, vamos a asumir que no se trata de un engaño y que va a suceder algo malo si no lo detenemos. Teniendo eso en cuenta, ¿qué preguntas deberíamos hacernos?

—¿Por qué Frost? —preguntó Stacey.

—Esperemos que ella misma pueda responder a eso en algún momento. ¿Qué más?

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Bryant.

—Sí. ¿Más cosas?

—¿Ha ocurrido algo así antes en algún otro lugar? —preguntó Penn.

—¿Podemos rastrear algo sobre el Bufón? —preguntó Stacey.

—Vale, ¿qué más? —preguntó Kim, enumerando con los dedos.

Silencio.

—¿A qué se refiere con eso de echar en falta a algo o a alguien? —añadió Frost.

—Que conste para la próxima: no estás autorizada a hablar sin levantar la mano. De hecho, ni siquiera se te permite escuchar. Pero, en este caso, tienes razón.

Frost mostró abiertamente una expresión de triunfo en el rostro y volvió a centrar su atención en el ordenador.

—Creo que eso debería ser suficiente para…

Kim dejó de hablar cuando el teléfono de Frost emitió un sonido, sobresaltándolos a todos.

Eran exactamente las siete de la mañana.

Frost pulsó un par de teclas y luego levantó la mano.

—Maldita sea, Frost, habla —ladró Kim.

—Me ha mandado un mensaje de texto; parece que ya tenemos nuestra primera pista.

Capítulo 7

7:01

—¿Qué demonios? —gritó Kim cuando Frost dejó de hablar.

—Léelo otra vez —pidió Bryant.

Frost respiró hondo.

—«Esta es la primera pista. Forma parte de la naturaleza humana condimentar bien la comida. Encuéntrenme antes de las once o…».

Frost dejó de hablar y luego continuó.

—Eso es todo, chicos.

—Penn, escríbelo en la pizarra —ordenó Kim.

—¿Creéis que puede tener algo que ver con Randonautica? —preguntó Stacey.

—¿Con qué? —preguntó Kim.

—Yo creo que no. Randonautica es una aplicación —explicó Penn mientras se volvía a sentar—. Se fundó en 2020 y genera pistas aleatorias que permiten al usuario explorar su entorno y notificar lo que encuentres. A mí me parece que se trata más bien de *geocaching,* una especie de búsqueda del tesoro mediante coordenadas.

Frost levantó la mano de inmediato.

Kim la ignoró y se centró solo en Penn.

—Desarróllalo un poco.

—Randonautica se centra en coordenadas generadas aleatoriamente y está basada en la teoría del caos. No va de que alguien pueda crear un recorrido dejando pistas por el camino.

—¿Y la otra? —preguntó Kim.

—*Geocaching* —repitió Penn—. Eso existe desde hace décadas. En su día, antes de que existiera Internet, ya había clubs que se dedicaban a ello.

—Explícamelo bien —le pidió Kim.

—No soy ningún experto, pero, por lo que sé, funciona de la

siguiente forma. Imaginemos que todos nosotros formamos parte de un club de *geocaching*. Yo podría dejar una caja en Leasowes Park. Luego os daría a todos una pista sobre el lugar en el que la he dejado. En la caja encontraríais una especie de cuaderno de bitácora, un libro de registro en el que firmaríais y pondríais la fecha para indicar que la habéis encontrado.

Kim esperó.

—Eh… Básicamente, eso es todo —añadió Penn.

—¿Es una especie de *hobby*? —preguntó Kim—. O sea, ¿cuál es la gracia?

Frost levantó aún más la mano.

Penn siguió el ejemplo de Kim e ignoró a la periodista.

—Probablemente ahora se haya sofisticado un poco, sobre todo teniendo en cuenta las herramientas que ofrece Internet. Creo que ganó popularidad durante la pandemia, cuando la gente necesitaba algo que hacer.

Frost seguía moviendo la mano en el aire con desesperación.

—Venga, habla.

—Hay un grupo en Telford al que le encanta este tema. Un antiguo novio que tuve estaba enganchando. Creo que acabaron creando una página web para dedicarse a ello profesionalmente. Se llama Seekers Inc.

—Maldita sea, Frost, ¿por qué no lo has dicho antes?

Sin darle la oportunidad de responder, Kim se volvió hacia Stacey y Penn.

—Bueno, de momento, lo único que tenemos es un número de teléfono, una dirección de correo electrónico, una pista y el indicio de que alguien podría estar desaparecido. Vosotros dos poneos manos a la obra con eso mientras nosotros vamos a Telford.

—Y vamos a hacer eso porque… —dijo Bryant casi como una pregunta, enarcando una ceja.

—Porque, por muy bien informado que esté Penn sobre el tema, en realidad no lo está. No te ofendas, Penn —se disculpó ella—. Nos han dicho que esto es un juego y que vamos a jugar durante treinta y seis horas. Si el Bufón está tan seguro de que no lo vamos a coger con la primera pista, ya debe tener experiencia, ¿verdad?

Necesitamos comprender mejor cómo funciona todo esto y ver si el Bufón ha utilizado alguna vez la página web Seekers.

Kim cogió su chaqueta y se preguntó una vez más si no estaría haciendo perder el tiempo a todo el mundo.

Stacey tecleaba con rapidez en su ordenador.

—Sí, Frost tiene razón. La página se llama Seekers Inc. Voy a intentar contactar con este Ryan Douglas y que me diga si…

—¿Quién? —preguntó Frost sin levantar la mano.

La expresión que mostraba el rostro de la periodista impidió a Kim reprenderla.

—¿Por qué?

—Es el antiguo novio del que os acabo de hablar. Sabía de la existencia de la empresa, pero no tenía ni idea de que fuera suya.

Kim logró ocultar su sorpresa por el hecho de que esa mujer hubiera tenido un novio alguna vez. En vez de ello, hizo la pregunta obvia.

—¿No se te ocurrió contármelo? ¿No crees que ese vínculo podría ser la razón por la que te han convertido en objetivo?

—Tenía diecisiete años. Dudo mucho que él recuerde siquiera mi nombre —dijo, apartando la mirada.

«Pero tú te has acordado del suyo —pensó Kim—. Y te hace sentir incómoda».

La inspectora no pudo evitar sentirse intrigada, pero tenía preguntas más importantes que hacer.

—Vale, solo quiero que me respondas una cosa más antes de que vuelvas a ocultarnos información vital.

Frost la miró a los ojos, pero la expresión de su rostro aún no había vuelto a la normalidad. Era evidente que haber escuchado ese nombre no había sido una sorpresa agradable para la periodista.

—¿Lo consideras capaz de hacer algo como esto?

Frost no dudó.

—Oh, sí. De esto y de mucho más.

Capítulo 8

7:30

—¿Quién iba a decir que Frost había estado saliendo con un auténtico friki? —preguntó Bryant mientras programaba el GPS del coche para llegar a la sede de Seekers Inc.

—Ya me sorprende el hecho de que haya salido con alguien alguna vez —respondió Kim, girándose para mirar por la ventana. Y se trataba de una relación que había dejado huella en la periodista. Aunque no eran amigas, Kim la conocía lo suficiente como para saber cuándo estaba resentida por algo. Ni siquiera había querido pronunciar el nombre de aquel hombre, pero estaba segura de que Ryan Douglas era capaz de organizar algo como aquello y, tal vez, mucho más.

Kim apartó ese pensamiento y se acomodó para el trayecto. Iba analizando una por una todas las dudas que la asaltaban.

¿Estaría reaccionando de forma desproporcionada ante lo que podía ser una broma que un exnovio le estuviera gastando a Frost?

Cada vez que pensaba en esa posibilidad, su instinto le decía de inmediato que no era así. Aquello no era algo con lo que se hubiera encontrado antes. Tanto ella como su equipo tenían ahora la misión de intentar evitar que alguien resultara herido. Normalmente, su intervención se producía cuando ya era demasiado tarde para eso y la persona ya estaba herida o, peor aún, muerta.

¿Estaría perdiendo el tiempo yendo a Seekers Inc.? ¿Qué iban a poder contarle allí exactamente? Una vocecita le aseguraba que, como mínimo, le dirían más de lo que ella sabía hasta el momento. En esa empresa estaban especializados en ese tipo de juegos y ahora tenían una conexión directa entre la página web y Frost.

Ya les habían dicho que aquello iba a durar treinta y seis horas, por lo que Kim sabía que solo tenían la primera pista.

No tenía ni idea de lo que podría suceder si no lo resolvían a

tiempo, y solo esperaba que su equipo le diera algunas respuestas pronto.

Capítulo 9

8:00

A Stacey la ponía algo nerviosa tener a Frost sentada en el escritorio vacío.

Era un lugar que habían ocupado muchos expertos y asesores a lo largo de los años, pero no había visto venir la posibilidad de que la periodista estuviera algún día trabajando en aquel espacio.

—Me estás mirando otra vez —dijo Frost, levantando la cabeza y cruzando la mirada con Stacey.

—Me pones nerviosa —dijo Stacey con sinceridad.

—¿Qué es lo que te pone nerviosa?

—Tener una conversación contigo aquí —dijo señalando con la cabeza a Penn, que las estaba escuchando y que también había permanecido en silencio desde que la jefa se había marchado—. Normalmente estaríamos intercambiando ideas, elaborando teorías, debatiéndolas entre nosotros…

Frost la miró y después dirigió la mirada hacia Penn.

—¿Qué os lo impide?

—El hecho de no saber cuánto de lo que podamos decir acabaría en uno de tus artículos, ya sea ahora o en el futuro.

—Absolutamente nada. En primer lugar, yo os he metido en esto, así que estoy igual de involucrada que vosotros. En segundo lugar, vuestras conversaciones no me interesan demasiado. Y, por último, ya me han dejado bien claro lo que perdería si sale de esta oficina una sola palabra de lo que discutáis.

—¿Qué perderías? —preguntó Penn.

—Según vuestra jefa, la vida.

Pese a que trató de reprimirla, Stacey dejó escapar una risita. Ninguno de ellos entendía la dinámica de la relación entre la jefa y la periodista, pero, si Kim confiaba en ella, entonces ella también tenía que hacerlo.

Stacey no podía evitar sentir que Frost estaba juzgando cada uno de sus movimientos. Mientras estuvo intentando rastrear el número de teléfono que había utilizado el Bufón, se preguntó si Frost estaría pensando que estaba perdiendo el tiempo o que debería estar trabajando en otra cosa. A nadie le podría sorprender que se tratara de un teléfono desechable, pero tenían que comprobarlo.

Stacey decidió que iba a intentar desarrollar su trabajo con normalidad y hacer como que Frost no estuviera allí con ellos.

—Bueno, Penn —dijo, volviendo a centrar su atención en su compañero y en el caso—, ¿qué estás mirando tú?

—He intentado buscar en Google el nombre «El Bufón», pero haría falta un equipo de un buen número de personas para revisar los millones de resultados de la búsqueda, así que estoy un poco atascado.

Stacey podía imaginárselo. Había estado buscando algo similar en los registros de otros cuerpos de policía y, por el momento, no había encontrado nada. Y había obtenido el mismo resultado al buscar «el Bufón» en los foros principales de Seekers y de otras páginas web relacionadas con las búsquedas por coordenadas.

De las otras tareas que les había asignado la jefa, la propia Frost estaba trabajando en averiguar por qué la habían elegido a ella, así que solo les quedaba una cosa por hacer.

—De acuerdo, vamos a centrarnos en la pista —dijo Stacey, mirando hacia la pizarra para enfocarse en lo que había escrito Penn —. Identifiquemos las palabras clave: naturaleza, humana, condimentar, comida.

Penn se levantó y anotó las cuatro palabras por separado en la pizarra.

Stacey fue diciendo términos mientras Penn los anotaba. Eran una mezcla de lo que estaba viendo en la pantalla y otras palabras que ya tenía en la cabeza.

—Naturaleza, insectos, fauna, bosques, flores, plantas, senderismo, rasgos, personalidad.

Stacey esperó a que Penn terminara de escribirlo todo.

—Humana, persona, ser, individuo, ciudadano, mortal, especie.

Stacey volvió a hacer una pausa.

—Condimentar, aceite, pimienta, sal, vinagre.

Una última pausa.

—Comida, sustento, combustible, comer y un sinfín de cosas más, tantas que no merece la pena ni que las consideremos —dijo mirando la pizarra, que ahora estaba repleta de palabras aleatorias. Stacey estaba perdida antes de aquel ejercicio, y después del mismo lo estaba más todavía.

¿A qué tipo de mente retorcida se le ocurrían cosas como aquellas? Y lo que es más importante, ¿de qué más sería capaz una mente como esa?

Capítulo 10

8:15

Al llegar a las instalaciones de Seekers Inc., a Kim le sorprendieron por igual el edificio y el hombre que los estaba esperando en el interior del mismo.

La zona tenía un carácter medio rural y la propiedad se encontraba al final de un sendero corto que partía de la carretera principal que unía Telford con Ironbridge.

El edificio viejo de piedra parecía haber sido en su día una especie de garita, y estaba situado junto a un terreno abierto con un riachuelo que discurría por la parte posterior del mismo y se perdía hacia la derecha.

Al margen de un par de manchas de aceite, el camino de entrada estaba limpio y sin hierbajos, lo que causaba una primera impresión positiva.

De forma similar, el hombre que los estaba esperando también daba una buena primera impresión. Tenía probablemente cuarenta y pocos años, era delgado pero con aspecto atlético y vestía vaqueros y una camiseta azul. Por alguna razón, Kim lo podía visualizar como pareja de Frost. En el coche, de camino allí, había decidido no mencionar el nombre de la periodista hasta el último momento. Quería observar las reacciones naturales de aquel hombre a las preguntas que le iban a hacer antes de poner su nombre sobre la mesa.

Pasaron al lado de un BMW que estaba aparcado junto a la propiedad y se dirigieron hacia Ryan Douglas, que sonreía amablemente, como si no lo hubieran despertado temprano un domingo por la mañana.

—Siento haberlo molestado durante un fin de semana, señor Douglas —se disculpó Kim.

—Llámeme Ryan, por favor —dijo él, tendiéndoles la mano.

Bryant la estrechó y los presentó a ambos.

Ryan se giró para abrir la puerta.

—Como buen amante de los misterios, para mí es mucho más importante que el Departamento de Investigación Criminal quiera hablar conmigo que dormir una hora más. Por favor, entren —los invitó, pasando de largo ante la escalera situada pocos metros después de la puerta.

Ryan captó que Kim había mirado hacia arriba.

—Ahí hay más de lo mismo, incluyendo el cuarto donde están los servidores, pero la cocina está en esta planta. No me importa madrugar, pero necesito un café.

Kim y Bryant lo siguieron a través de una habitación espaciosa repleta de escritorios y ordenadores. Todos los puestos de trabajo tenían vistas a través de unos ventanales grandes. Kim supuso que aquel espacio abierto sería el resultado de haber unido varias habitaciones.

—No es mal sitio para trabajar —apuntó Bryant, que, sin embargo, parecía estar prestándoles más atención a las cestas llenas de dulces empaquetados que había sobre la encimera.

—Nadie ha dicho nunca que el trabajo tenga que ser un suplicio todo el tiempo. Una plantilla satisfecha es una plantilla productiva —dijo Ryan, que sacó tres tazas de un armario. A esa hora de la mañana, a Kim le pareció bien que diera por sentado que ellos también querían café—. Es instantáneo, pero está bueno —añadió, comenzando a servirlo—. ¿Leche y azúcar? —preguntó.

—Las dos cosas —respondió Bryant.

—Yo, ninguna —dijo Kim mientras hervía el agua.

—Por favor, siéntense. Me muero de ganas de saber de qué se trata.

Kim miró a Bryant, que enarcó una ceja. Había en el hombre una chispa de emoción juvenil impropia de una persona de su edad.

—Bueno, entonces, Seekers es su empresa, señor… Perdón, Ryan.

—Así es —respondió con orgullo, colocando las tazas sobre la mesa.

—Háblenos de ella —instó Kim mientras tomaba asiento. La

inspectora esperaba que eso le dejara claro que iban a ser ellos los que hicieran las preguntas, no quienes las respondieran.

—Mi padre me llevaba a hacer *letterboxing* cuando era niño.

Las miradas inexpresivas de ambos policías obligaron al hombre a explicarse.

—El *letterboxing* comenzó en Dartmoor, Devon, en 1854. Es una actividad al aire libre, un *hobby* que combina orientación, arte y resolución de acertijos. Miles de personas que se desplazan caminando se dedican a buscar cajas y se congregan en una reunión bianual. En ese evento, hay cajas o buzones repartidos por diversos puntos del lugar en el que se reúnen, por lo que es un poco como una búsqueda del tesoro. Pero, aparte de eso, los asistentes solo comparan los buzones que han encontrado y hablan de los nuevos que se han colocado desde la última reunión.

—¿Y quién los coloca? —preguntó Kim, tratando de comprender el atractivo de aquella actividad.

—Quien quiera. Hay boletines que anuncian los buzones nuevos, además de un catálogo anual y páginas web; algunos de ellos incluso se difunden gracias al boca a boca. Todo depende de cómo quiera darle publicidad la persona que coloca la caja o buzón. Esto empezó mucho antes que Randonautica, *Munzee* o incluso el *geocaching.*

El hombre hizo una pausa.

—Ryan, dé usted por hecho que ambos tenemos muy poca idea de todo lo que nos está hablando. Vamos a necesitar que nos dé un curso acelerado.

—De acuerdo. *Munzee* es un juego del tipo búsqueda del tesoro en el que hay que encontrar códigos QR en el mundo real. Hay más de doce millones de códigos que encontrar en doscientos cuarenta países y tiene más de medio millón de usuarios registrados. Randonautica se basa en la generación aleatoria de…

—Sí, de esa aplicación ya sabemos algo más —interrumpió Kim, ya consciente de que no era interesante para el caso que les ocupaba —. ¿Qué era lo otro?

—El *geocaching* consiste en que los participantes utilizan un receptor GPS, un dispositivo móvil u otras técnicas de navegación

para esconder y buscar pequeñas cajas llamadas «cachés». El año pasado había más de tres millones de cachés activas en todo el mundo.

—¿Qué es exactamente una caché? —preguntó Bryant.

—El ejemplo prototípico es un contenedor pequeño e impermeable que incluye un libro de registros y un bolígrafo o lápiz. Cuando un participante encuentra una, firma el registro y lo fecha para dar fe de que la ha encontrado. Después de firmar el libro, lo vuelve a colocar en su sitio y anota las coordenadas. La primera caché de la que existe constancia fue una en Oregón en el año 2000 y contenía programas informáticos, vídeos, libros, dinero, una lata de alubias y un tirachinas.

—De acuerdo. ¿Dónde entra su empresa en todo esto? —preguntó Kim.

—A ver, se lo voy a explicar paso a paso. Somos una plataforma web donde se pueden publicar y registrar elementos. La más grande del país, para ser exactos. Supongamos que quiere crear un acertijo. Se registra en nuestra página y lo publica en la sección que mejor se adapte a su recorrido de *geocaching*.

—¿Hay diferentes secciones? —preguntó Kim.

—Por supuesto. No a todo el mundo le gusta el mismo tipo de acertijo. Por ejemplo, a algunas personas les gustan los de una sola caja y a otras, los recorridos de varias cajas. Algunos prefieren juegos de coordenadas y otros, de pistas.

—¿Cómo tendría que empezar si quisiera crear un acertijo que involucrara varias cajas? —preguntó Kim.

—Le tendría que poner un título al recorrido que cree, cuanto más atractivo y pegadizo mejor, y facilitaría, o bien las coordenadas, o bien una pista para encontrar la primera caja.

—Vale. ¿Quién puede subir un recorrido nuevo a su web? —preguntó Kim.

—Cualquier miembro —respondió Ryan.

—¿Es exclusivamente para miembros registrados? —preguntó Kim, notando que nacía una chispa de esperanza. Si al tipo que estaban comenzando a investigar le gustaba crear acertijos, había muchas

posibilidades de que estuviera registrado en la web más importante del país.

—Ah, sí, por supuesto. Todos los miembros tienen que pagar una cuota de suscripción anual, y luego hay otros contenidos que conllevan ciertos costes adicionales opcionales.

—¿Otros contenidos como cuáles?

—Acceso a salas de chat, descuentos en productos… ese tipo de cosas.

—¿Y gana usted mucho dinero con eso? —preguntó Kim.

—Al principio, cuando solo teníamos unos cientos de miembros, no demasiado. En aquel entonces solo estábamos mi compañero director y yo, sobreviviendo gracias a la ayuda de familiares y amigos. Nos costó mucho ponerlo en marcha, pero entonces el mundo cambió de la noche a la mañana.

—¿El covid? —preguntó Bryant.

Ryan asintió. Kim buscó en su cara algún indicio de arrepentimiento por el hecho de que su negocio hubiera crecido a raíz de una pandemia mundial. No encontró ninguno.

—De repente, todo el mundo quería hacer cosas al aire libre que merecieran la pena. El campo era prácticamente lo único que estaba abierto. La idea creció y se expandió a gran velocidad.

—¿Se expandió en qué sentido? —preguntó Kim, antes de dar un sorbo a su café. Ryan tenía razón. Era material del bueno.

—Ahora tenemos todo tipo de cachés, además de las tradicionales, que contienen un libro de registro y las coordenadas exactas de la siguiente caja.

—¿Y cuáles son las otras, las más modernas? —preguntó Kim, saboreando el café.

—Tenemos varios tipos de cachés que implican la resolución de un acertijo, o cachés móviles en las que cada buscador las debe ir moviendo a otra ubicación. También hay cachés *chirp*, en las que se utiliza tecnología relacionada con balizas inalámbricas, y cachés nocturnas, que están pensadas para que los participantes las encuentren durante la noche, obviamente siguiendo una serie de reflectores.

—Cuéntenos más sobre esas cachés múltiples —instó Kim.

—El recorrido consta de una o más etapas, y cada caja contiene pistas sobre la ubicación de la siguiente. Hay que resolver el acertijo para poder pasar a la siguiente etapa.

—¿Y si no qué? —preguntó Kim, dándose cuenta de que aquello podría ser lo más parecido a lo que tenían entre manos.

Ryan frunció el ceño.

—No estoy muy seguro de a qué se refiere.

—¿Cuáles son las consecuencias de no encontrar la siguiente caja?

—Inspectora, creo que lo está entendiendo mal. No hay ninguna consecuencia. Se hace por diversión. Se juega durante el tiempo que se quiera. Hay muy pocas reglas.

—Pero ¿cuáles son esas pocas reglas? —preguntó Bryant.

—Si se saca un objeto de una caja, debe reemplazarse por otro de igual o mayor valor. A menudo son juguetes pequeños, botones de adorno, monedas poco comunes, algún CD, libros, incluso cámaras desechables. A veces te encuentras con objetos viajeros.

Durante aquella reunión, el rostro de Kim no dejaba de reflejar una mirada de cierta incomprensión.

—Se trata de objetos que se van trasladando de una caja a otra. Los objetos se registran y se van siguiendo. A veces también se incluyen objetos de mayor valor como recompensa para la primera persona que encuentre la caja. Suponiendo que no sea ningún profano el que dé con ella.

—¿Cómo que un profano? —preguntó Bryant.

—Ah, perdonen, llamamos profanos a las personas que no están familiarizadas con el *geocaching*. Es que, a ver, existe lo que llamamos «cachés de paso», que se dejan junto a una carretera o un camino y la gente se topa con ellas sin pretenderlo de vez en cuando. En el extremo opuesto están las cajas que implican búsquedas largas o viajes importantes.

—¿Y hay diferentes secciones en su página web para todas estas variantes? —preguntó Kim.

—Por supuesto —respondió Ryan, sonriendo—. Así es como seguimos siendo líderes del mercado y la página web que más está creciendo en el país.

Kim inclinó ligeramente la cabeza.

—Vamos a ver, Ryan. Nos ha descrito un pasatiempo completamente inocente, divertido y saludable que combina el ejercicio y la estimulación mental. ¿Nos está asegurando que esta actividad no tiene ningún lado oscuro? Es parte de la naturaleza humana corromper hasta la afición más inocente.

—Bueno, a ver, siempre hay algunos que…

—Vale, esa era justo la respuesta que esperaba. Creo que estaría fenomenal que nos hablara un poco de esas personas.

Ryan dudó un instante; luego, recogió las tazas y volvió hacia la cafetera.

Capítulo 11

8:35

—Nada —dijo Penn, soltando el teléfono. Había decidido olvidarse de la pista por un momento y centrar su atención en algo concreto que pudiera investigar.

«No echarán en falta al primero», decía el correo electrónico. Lo más grave que podía echarse en falta era una persona, pero, tras buscar en la base de datos, había comprobado que no había nuevas denuncias por desaparición.

Desde la recepción, Jack, en una llamada rápida, le acababa de confirmar que tampoco se habían presentado denuncias recientes que aún no hubieran tenido tiempo de figurar en la base de datos.

—Quizá no se trate de una persona —sugirió Stacey, dejando por un momento de centrar sus investigaciones en intentar descifrar la pista.

—Ya nos ha advertido de que, si no actuamos, alguien va a salir herido —replicó Penn.

—Eso no significa necesariamente que vaya a secuestrar a alguien —dijo Stacey, haciendo una pausa a continuación—. Si somos sinceros, ni siquiera sabemos con certeza si este tipo nos está tomando el pelo y jugando con nosotros para entretenerse un poco un domingo por la mañana.

Aunque Frost no debería haber estado escuchando, Penn vio cómo la periodista asentía con la cabeza, lo cual era irónico, dado que había sido ella la que les había metido en aquello.

—Incluso podría ser algún tipo de actividad relacionada con una dinámica de equipo, un *team building*. Muy enrevesado, sin duda, pero factible —añadió Stacey.

Penn consideró esa idea. Sí, había entidades que organizaban incidentes imprevistos para sus equipos y luego evaluaban su desempeño en la resolución del evento, pero ¿no sería más probable

que el cuerpo de policía hubiera planificado una investigación importante antes que una especie de búsqueda del tesoro? Aunque el sargento tenía muchas dudas al respecto, tampoco podía descartarlo del todo.

—Como sea eso, no me gustaría estar en el lugar del que lo haya organizado cuando la jefa se entere.

Incluso a Frost se le escapó una carcajada contenida al oír eso.

—Hemos aceptado participar en la investigación, así que todos creemos que existe la posibilidad de que esto sea real —dijo Penn, imaginándose por un momento lo que debería haber estado haciendo. Eso provocó que visualizara inmediatamente a Lynne todavía acurrucada en su cama. Rápidamente apartó ese pensamiento de su cabeza—. Así que a ver, si partimos de la base de que cada palabra significa algo, las palabras «no echarán en falta al primero» deben contener la respuesta. ¿Cómo podríamos no echar en falta algo importante?

—Por ejemplo, si ni siquiera eras consciente de que lo tenías, ¿no? —propuso Stacey.

Penn asintió con la cabeza.

—Esa es una forma.

—Poco valor —sugirió Frost sin levantar la cabeza.

Stacey y Penn la fulminaron con la mirada.

—Lo siento —dijo ella, levantando la mano.

—Pero tiene razón —admitió Penn—. No echamos de menos objetos que desaparecen de repente si los consideramos de poco valor.

—Pero tiene que ser algo que él sepa que es de gran valor para nosotros, porque, de lo contrario, ni siquiera nos plantearíamos perseguirlo —insistió Stacey—. A mí encantan las bolsas de patatas fritas con sabor a pollo, pero no me voy a pasar mi día libre corriendo por el Black Country por ellas.

—Vale, entonces estamos buscando algo que sabemos que tenemos aunque quizá no seamos conscientes de ello, que tiene poco valor para él pero mucho para nosotros y que ahora ha desaparecido.

—Sí, así que, sea lo que sea ese objeto…

—Un objeto no, Stace. Tiene que ser una persona.

—Ya hemos discutido eso —argumentó Stacey mientras Penn comenzaba a desarrollar mentalmente una teoría para resolver aquel enigma.

—No del todo.

—No hay denuncias de personas desaparecidas.

—De poco valor, pasan desapercibidos aunque para nosotros sean importantes…

—¡Mierda! —exclamó Stacey mientras Penn cogía ya su abrigo.

El muy cabrón se estaba refiriendo a las personas sin hogar.

Capítulo 12

8:45

Con una segunda taza de café delante de ella, Kim sintió que con eso ya iba a tener suficientes energías para afrontar el resto del día. Si la policía la echaba alguna vez, acudiría a aquel lugar en busca de trabajo, aunque aún no tenía demasiado claro si le caía bien Ryan Douglas.

—¿Qué nos estaba contando? —lo instó Kim.

Mientras él preparaba el café, ella había revisado su teléfono, pero no tenía ningún correo ni mensaje del resto de su equipo. Esperaba que estuvieran avanzando con la pista, ya que faltaban poco más de dos horas para que se cumpliera el primer plazo que habían recibido.

—¿No van a darme al menos una pista de por qué me lo están preguntando? —dijo Ryan.

—No, la cosa no funciona así —respondió Kim de forma seca y tajante. No cabía duda de que el hombre estaba disfrutando demasiado con aquello.

Ryan suspiró.

—De acuerdo, ha habido ocasiones en las que esta afición ha causado algún problema. Provocó la evacuación de una calle muy concurrida en Wetherby, Yorkshire, en 2011, y de otra en Alvaston, Derby, en 2020. Creo que también se tuvo que evacuar una escuela en Colorado, en 2009. En alguna ocasión se ha tenido que cerrar algún lugar, desde cementerios rurales hasta la propia *Disneyland*, debido a la presencia de paquetes extraños que alguien había colocado en lugares aleatorios.

—¿Ha habido alguna muerte? —preguntó Kim.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Están investigando una muerte?

El entusiasmo de Ryan estaba ejerciendo presión sobre el nervio que controlaba la irritación de Kim.

—Por favor, responda a la pregunta.

—Un buscador experimentado de veintiún años murió en 2011 mientras intentaba encontrar una caché en Washington. Y algunas personas simplemente se pierden. Creo que una vez tres adultos quedaron atrapados en una cueva en Rochester, Nueva York. Y, en 2015, vieron a un grupo de buscadores adentrándose en el estuario del Severn, cerca de Clevedon, en busca de pistas.

—¿Por qué correr esos riesgos por un juego? —preguntó Bryant.

Ryan negó con la cabeza.

—Es más que un juego. Es un reto, es un logro. Una vez que te involucras en ello, te esfuerzas por dar lo mejor de ti.

—¿Hasta el punto de caerte por acantilados? —preguntó Kim.

—Oiga, las cachés también han sido útiles en muchas ocasiones —dijo Ryan a la defensiva—. Hace unos quince años, dos excursionistas que se habían perdido en Oregón se toparon con una caché; llamaron por teléfono a los rescatadores y les dieron las coordenadas que habían encontrado en la caja, y lograron localizarlos.

Kim esperó.

No hubo nada más.

—¿Eso es todo? ¿Puede hablarme de varias muertes, pero solo de una ocasión en la que ha sido algo útil?

—No se puede cuantificar lo que las personas disfrutan jugando —dijo Ryan, de nuevo bastante a la defensiva.

—Vale; en relación con eso, ¿puede la gente llegar a involucrarse demasiado? —preguntó Kim.

—No sé a qué se refiere.

—¿Es un pasatiempo competitivo? —insistió.

—¿No lo es todo en la vida? —replicó Ryan—. En fin, hay gente que va a buscar cajas un par de veces al año. Otros salen cada vez que tienen un minuto en su vida, para buscar las más difíciles. Si te implicas, entonces te exiges el máximo.

Kim entendía eso de esforzarse al máximo. Los atletas entrenaban durante años para competir, pero ellos tenían un objetivo, una meta final: el oro olímpico, un récord mundial, un lugar en la historia…

—¿Les dan un trofeo o algo así? —preguntó ella.

—En realidad, lo único que ganan es el derecho a fanfarronear en los chats *online*.

—¿Y esas salas de conversación…?

—Están en todos los foros de *geocaching*. Es una comunidad, y hay muy pocos aficionados entusiastas que participen únicamente en los foros de una sola página web.

—Según su experiencia, ¿las personas que dejan las cachés sienten la misma pasión por encontrar las que dejan otras personas? —preguntó Kim, que aún no sabía bien si debían centrarse más en las personas que dejaban las cajas o en las que trataban de encontrarlas.

Ryan pensó un momento antes de asentir.

—Yo diría que sí. Que te atraiga colocar las cachés es al final una consecuencia de que te guste encontrarlas. Sabes lo que te atrae a ti, así que te haces una idea de lo que puede atraer a los demás.

Eso tenía sentido, aunque a Kim no la ayudaba en absoluto para reducir su campo de búsqueda.

Parecía que uno de los miembros de su equipo iba a tener que registrarse en muchas webs de *geocaching*.

Por fin llegó el momento de hacer la pregunta que había estado conteniendo.

—¿Recuerda haber estado saliendo con una mujer llamada Tracy Frost?

Ryan frunció el ceño y comenzó a mover la cabeza de lado a lado en señal de negación. No había signos evidentes de que le estuviera mintiendo, aunque no tendría por qué haberlos si el hombre se hubiera estado esperando aquella pregunta.

—Hace ya algún tiempo. Alta, con el pelo largo y rubio…

—¿Se refiere a Patapalo? —preguntó el hombre, en cuyo rostro se dibujó una expresión de reconocimiento.

Kim sintió un escalofrío de irritación.

—La llamaba así por su cojera. Ella odiaba que lo hiciera —dijo con una sonrisa socarrona.

«No me diga», pensó Kim.

—¿Le puso un mote así de desagradable a su novia? —preguntó la inspectora.

Bueno, ya había tomado una decisión. Ryan Douglas no le caía nada bien. Pero, de todas formas, necesitaba su colaboración.

—Bah, ella sabía que estaba bromeando —dijo él, restándoles importancia a las preocupaciones de Kim—. Llevo años sin pensar en ella.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en contacto con ella?

—¡Por Dios, hace por lo menos veinte años! Me rompió el corazón cuando se fue.

—¿Cuando se fue de dónde?

—De mi piso.

Frost, sin duda, lo había hecho parecer menos de lo que fue. La periodista había dado a entender que se trató de un encuentro breve, cuando en realidad estuvieron viviendo juntos cuando ella tenía diecisiete años.

—No logro comprender por qué me pregunta por ella ahora —dijo Ryan, sacudiendo la cabeza.

Y Kim no descifraba si le estaba mintiendo o si de verdad estaba desconcertado. Tenía la impresión de que, después de todo, iba a necesitar que Frost le diera más detalles.

—Da igual. ¿Sabe si hay alguien en su página web que se haga llamar el Bufón?

Él abrió las manos.

—Agente, tenemos más de cincuenta mil usuarios registrados; un solo nombre no es…

—Pero ¿no le viene a la mente al instante? —insistió ella.

—No —respondió Ryan enfáticamente—. En absoluto.

Había sido una esperanza remota. No iba a quedarle más remedio que ir por el camino más largo.

—De acuerdo, si pudiera darnos una lista de los usuarios de su web, podríamos…

—Ni pensarlo —dijo Ryan, negando con la cabeza.

Todo el rastro del hombre afable que hablaba con entusiasmo de su afición desapareció. Surgió, por el contrario, la voz del propietario de un negocio responsable de los datos personales de miles de personas, que se encontraban en la planta de arriba, en el cuarto de los servidores.

—¿Recuerda usted que nos hemos presentado como agentes de policía? —preguntó Kim con severidad.

—Por supuesto, pero ustedes no me han explicado en absoluto a qué han venido aquí.

—Estamos llevando a cabo una investigación seria —respondió Kim, consciente de que ni siquiera podía pronunciar la palabra «delito».

—¿Ha muerto alguien? —preguntó Ryan—. ¿Ha muerto Patap… Tracy?

—¿No acaba de decirnos que es infrecuente que muera gente?

Él se encogió de hombros.

—Solo quiero saber qué está pasando.

—No puedo darle más detalles ahora mismo, pero agradeceríamos su colaboración con esos nombres —dijo la inspectora, tratando de convencerlo para que los ayudara.

—Eso no va a pasar —repitió él, llevando la taza de café de la inspectora, aún medio llena, hasta el fregadero. Parecía que el tiempo de las cortesías había terminado y el hombre los estaba invitando a que se marcharan.

—¿Qué nos está ocultando, señor Douglas?

—La privacidad de mis clientes.

—No es que dirija usted una red de pornografía infantil o una página web de citas para personas casadas. ¿Hay alguna razón por la que sus clientes pudieran oponerse a que se compartan sus datos?

—Esa no es la cuestión. Soy la persona que protege la información personal de mucha gente, y ustedes no me han dado ninguna razón válida para romper esa confianza.

Kim se sentía cada vez más frustrada. Una de las cosas que más detestaba era que una persona obstaculizara su trabajo. Aunque, legalmente, esa persona no estuviera haciendo nada malo.

—Puedo conseguir una orden judicial —insistió.

—No, no puede. Y, aunque pudiera, hoy es domingo y voy a cerrar la oficina justo después de que ustedes se marchen. Mañana estaré disponible durante el horario laboral habitual, junto a mi abogado.

—¿Por qué necesita a su abogado, señor Douglas? —preguntó Kim.

—Porque no voy a dejar que ustedes me intimiden para que les

entregue los datos personales de mis clientes sin ni siquiera explicarme por qué.

Ryan se detuvo junto a la puerta de la cocina y señaló con la cabeza hacia la puerta de la calle, incitándoles a que se fueran ya.

Kim y Bryant salieron, y la puerta se cerró con firmeza detrás de ellos.

—De verdad, tienes un don increíble, jefa —dijo Bryant mientras andaban hacia el coche.

Ella no dijo nada.

—O sea, ¿qué otra persona en el mundo es capaz de convertir a un activo completamente dispuesto y cooperativo en un enemigo agresivo y hostil en menos de diez minutos? En serio, es un placer poder presenciar algo así —dijo, sacudiendo la cabeza.

Kim siguió sin responder. Estaba demasiado ocupada preguntándose por qué el simple hecho de que le hubiera pedido información a aquel hombre lo había sacado tanto de quicio, y por qué había sido tan enfático cuando negó reconocer el nombre del Bufón.

¿Qué era exactamente lo que el señor Douglas quería ocultar?

Capítulo 13

9:30

—Maldita sea —gruñó Stacey.

Seguía intentando encontrarle algún sentido a la primera pista. Su cerebro no le estaba ofreciendo ninguna solución. Rezaba para que las siguientes pistas no fueran cada vez más difíciles porque, como lo fueran, iban a estar bien jodidos.

Tampoco la ayudaba que su compañero a la hora de llevar a cabo una lluvia de ideas hubiera salido de la oficina para buscar información sobre personas sin hogar que pudieran haber desaparecido.

Era una comunidad que Penn había explorado recientemente, durante un caso anterior, y Stacey le deseaba toda la suerte del mundo en su intento de encontrar a alguien entre esas almas perdidas. Tampoco es que hubiera un control al que todos los sintecho tuvieran que acudir en el que se pasara lista, se levantara la mano y se gritara: «Sí, sigo sin hogar». Probablemente fuera una tarea infructuosa, pero merecía la pena investigarla.

Por desgracia, aquello la obligaba a pensar en soledad, sin más compañía que la de Google para tratar de intercambiar ideas.

Hasta el momento, había introducido todas las combinaciones de palabras clave que se le habían ido ocurriendo en el motor de búsqueda y no había conseguido absolutamente nada. En aquella ocasión, Google no estaba siendo su mejor amigo.

Su frustración iba en aumento. A Penn se le daban mejor los acertijos, pero ella no tenía experiencia con la comunidad de personas sin hogar, por lo que cambiarse los roles en la investigación no era una opción.

Lo único que tenía era a Frost, que por fin estaba haciendo lo que debía y se mantenía callada.

—«Forma parte de la naturaleza humana condimentar bien la

comida», dijo en voz alta, como si Frost no estuviera en la habitación. Si la periodista la describía en un artículo futuro como una especie de loca que hablaba sola, tendría que asumirlo.

Por alguna razón, sintió que cerrar los ojos y pronunciar las palabras en voz alta, siguiendo el flujo de su conciencia, podría liberarla de tener que leerlas una y otra vez.

—Naturaleza humana, humano, animal, pájaro, anfibio, insecto, persona, naturaleza, naturaleza personal, condimentar, sal, aceite, pimienta, naturaleza personal, forma parte de la naturaleza personal, servir bien la comida…

Stacey respiró hondo, tratando de pensar en más palabras.

—Condimentar, sal, naturaleza…

Stacey dejó de hablar cuando las palabras encajaron en su sitio.

Cogió el teléfono.

Por fin supo a dónde tenía que ir la jefa.

Capítulo 14

10:20

—Ya casi estamos de vuelta contigo, Stace —dijo Kim al contestar el teléfono. Un accidente y un tractor habían ralentizado su trayecto hasta la comisaría.

—No, no volváis. Id a Dudley Wood.

—¿Por qué?

—Porque creo que es ahí donde encontraréis la siguiente pista. Forma parte de la naturaleza humana condimentar bien la comida. Sazonarla, salarla bien.

—La Reserva Natural de los Manantiales Salados —dijo Kim—. ¿Estás segura?

—No, pero es lo único que tengo.

A Kim le pareció que eso tenía buena pinta.

—Gracias, Stace.

La inspectora movió la cabeza de lado a lado en señal de frustración mientras Bryant cambiaba de dirección. Qué sencillos parecían siempre los acertijos cuando se sabía la respuesta.

—Vamos, Bryant, acelera un poco. Ya tenemos una ubicación.

—Lo sé, jefa, el *pub* de los Manantiales Salados y la reserva natural. Es bastante grande y ni siquiera sabemos lo que estamos buscando. No sé qué es lo que va a suceder a las once, pero estoy bastante seguro de que no lo vamos a poder evitar.

Kim ya conocía las cifras. El recinto en su conjunto tenía casi cien hectáreas en total y unos cuatro kilómetros de largo.

La inspectora aún estaba pensando en cómo dividir aquella superficie en partes iguales entre los dos cuando Bryant entró en el aparcamiento, que ya por sí solo tenía un tamaño considerable. Kim salió del coche a toda velocidad y se acercó hasta el panel informativo que mostraba un mapa de la reserva natural. No paraba de preguntarse qué significado tendría eso de las once de la

mañana. Sabía que el *pub* abría a las doce, así que descartó encontrar nada dentro de ese local.

—Joder, jefa, solo somos dos —dijo Bryant, echando un vistazo a toda la zona.

—No me digas —respondió ella, tratando de trazar una ruta para ambos que les permitiera abarcar la mayor parte de la superficie total en el menor tiempo posible.

Era inviable cubrirlo todo. El lugar era una mezcla de terreno irregular con árboles, zonas abiertas, vegetación impenetrable, matorrales y áreas con agua.

—Lo mejor que podemos hacer es seguir los caminos y a ver si vemos algo —sugirió Kim, trazando las líneas con los dedos—. Tú coge este —instó a Bryant, señalando el camino principal. Aunque se desviaba en diferentes puntos, cubría gran parte del lado occidental de la reserva—. Yo intentaré seguir este —añadió, trazando la línea de un camino más pequeño y mucho menos definido, pero que aun así utilizaban muchas personas. Había señales que indicaban un tercer sendero confuso que no tenían posibilidad de explorar estando los dos solos.

—Bueno, tenemos media hora. Vamos a intentar aprovecharla al máximo —dijo Kim mientras se separaban en direcciones opuestas.

***

Veinte minutos más tarde, la inspectora había recorrido bosques, senderos, puentes y arroyos, y no había encontrado nada.

Estaba a punto de dirigirse al lago cuando algo llamó su atención, pero no era nada que estuviera sobre el terreno.

Sacó su teléfono y llamó a Bryant, que respondió al segundo tono.

—¿Oyes eso? —le preguntó.

—Sí, ¿qué es?

—Vehículos. Y, además, bastantes. Dirigiéndose hacia el aparcamiento.

—¿Por qué? El *pub* no está abierto todavía —dijo Bryant, antes de soltar un improperio por algo.

—Lo sé —dijo la inspectora, mirando su reloj. Faltaban diez minutos para la hora límite—. ¿Qué coño va a pasar a las once?

—No lo sé, jefa, pero más vale que lo averigüemos —dijo él, terminando la llamada.

Kim regresó por el mismo camino que había tomado, corriendo a toda velocidad sin dejar de buscar a su alrededor.

Bryant y ella llegaron al aparcamiento al mismo tiempo.

El lugar tenía un aspecto muy diferente al que habían visto cuando llegaron. Había quince o veinte coches y se estaban congregando pequeños grupos de personas.

Con Bryant siguiéndola de cerca, Kim se dirigió hacia el grupo más grande, que era el que estaba más cerca del *pub* de los Manantiales Salados. Al acercarse, vio que sobre una mesa había tarjetas identificativas, bolsas de basura, chalecos reflectantes y ganchos para recoger objetos.

El hombre que estaba tras la mesa la examinó y frunció el ceño.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Kim, mostrando su identificación policial.

El ceño del hombre se frunció aún más. Cogió una etiqueta y se la pegó en la sudadera.

—Soy Fred Guest, presidente de la Asociación de Amigos de los Manantiales Salados. Hoy nos toca la recogida de basura semestral.

Kim miró a su alrededor para comprobar que se acercaba más gente.

Genial. Unas treinta personas desplazándose por toda la zona y destruyendo cualquier posibilidad de preservar algo de les pudiera resultar de interés.

No tenía ni idea de qué era lo que podrían encontrar en la reserva, pero sabía que había algo.

—Tienen que cancelarlo —dijo Kim.

—¿Por qué? Estas personas han sacrificado su tiempo libre. La fecha lleva meses planificada.

—Tendrán que posponerlo.

Él pareció horrorizarse ante la sugerencia.

—¿Se hace una idea de lo que cuesta organizar esto? Tenemos que proteger la naturaleza.

—Sí, genial, pero no pueden hacerlo hoy.

—¿Por qué no? —preguntó el hombre mientras la gente continuaba acercándose con ganas de escuchar.

—Eh… Pues… porque lo digo yo —respondió la inspectora. No sabía por qué aquel día a la gente no parecía bastarle con que les dijera que era una agente de policía.

Reforzado por la aparición de sus compañeros voluntarios, Fred se irguió justo delante de ella. Miró detrás de la inspectora, observando la reserva.

—Es evidente que no hay ningún incidente en curso y no parece ser la escena de ningún crimen. ¿En qué se basa, pues, para pedirme que lo cancele todo?

Joder, Fred se tomaba muy en serio la protección de su recogida de basura.

—Hay algo ahí adentro que es de nuestro interés —explicó Kim. Esa era toda la información que tenía.

Él esperó a que continuara.

No dijo nada más.

El hombre movió la cabeza de lado a lado, en señal de negación.

—Lo siento, inspectora, pero ese no es un argumento convincente. Vamos a seguir adelante a menos que tenga algún tipo de documento que nos lo impida.

Implícitamente, le estaba diciendo que ella no podía hacer nada para detenerlos.

Y no se equivocaba. Kim no tenía autoridad para suspender su evento basándose en la información de la que disponía.

Por un instante, Kim se preguntó qué demonios estaban haciendo.

No tenía ningún cadáver, no había ninguna persona desaparecida y estaba investigando la primera pista de lo que podría ser un juego de treinta y seis horas, según les habían amenazado. Estaba allí, en aquel aparcamiento, discutiendo con el organizador de una maldita recogida de basura, y casi que estaba esperando a que alguien saliera en cualquier momento de entre los arbustos y le anunciara que le habían gastado una broma.

En parte, quería tirar la toalla y volver a casa. Aún podía salvar el resto del fin de semana y fingir que Frost nunca había llamado a su

puerta. Pero tenía que darle valor a su intuición de que, si hacía eso, iba a suceder algo malo.

Ante ella se encontraba Fred, una fuerza inamovible que iba a enviar a sus recolectores de basura a la reserva, le gustara a ella o no.

Suspiró profundamente.

—Está bien, Fred, enfoquémoslo de otra manera.

Capítulo 15

10:55

Los miembros del equipo policial no eran los únicos que se sentían incómodos con la presencia de Frost en la sala de la brigada. Ni siquiera la propia periodista se sentía cómoda con aquello, y la mención del nombre de Ryan Douglas no había ayudado mucho a relajarla.

Se había esforzado mucho por olvidar aquel nombre a lo largo de los años, y el simple hecho de escucharlo la había transportado a la época más oscura de su vida.

Tenía diecisiete años cuando cayó rendida ante los encantos de un hombre de veintiuno que, para sus ojos jóvenes, parecía sofisticado y cosmopolita. Tenía un buen trabajo como programador de *software*, un coche bonito y un piso propio. Ella acababa de dejar la universidad y le costaba mucho mantener una conversación civilizada con su madre. Tras exactamente cinco citas, se fue a vivir él y se sintió muy agradecida por haberlo hecho. Al principio.

Durante la primera etapa, ignoró las insinuaciones sutiles que Ryan le hacía sobre que no contribuía con los gastos, y se limitó a tratar de cumplir las numerosas reglas que le imponía.

No comer en el coche.

No cagar en el baño del dormitorio.

Meter en táperes toda la comida que estuviera abierta en la nevera.

Había incontables reglas y, a veces, le costaba mucho seguirlas. Y entonces, un día, cometió un fallo.

La primera vez que rompió una regla, él empezó a llamarla Patapalo y le pidió que cojeara menos cuando estuvieran juntos en público. La segunda vez, la empujó contra el frigorífico; la tercera, le dio un puñetazo en la mandíbula.

No hubo una cuarta vez porque ella hizo las maletas y se marchó al día siguiente. Su madre se negó a volver a acogerla y, tras pasar un

par de meses durmiendo en diferentes sofás, consiguió un trabajo como recadera en el *Dudley Star,* haciendo un poco de todo, y logró alquilar una habitación por cien libras al mes.

Aquella fue la época más oscura y solitaria de su vida, un periodo que prefería olvidar. Pero una vocecita no dejaba de martillearle en la cabeza. ¿Podría estar Ryan detrás de todo aquello? ¿Estaría planeando utilizarlos de alguna manera para generar un mayor volumen de negocio? Pero ¿por qué justo en ese momento? Probablemente había hecho una fortuna durante la pandemia. Era el dueño de la empresa, así que no podía necesitar el dinero, pero ¿podría haber algún otro motivo? Había sido un capullo arrogante y controlador cuando estaban juntos, y ella no tenía ni idea de si los veinte años transcurridos habrían cambiado eso.

Frost volvió al presente y se concentró en el trabajo que tenía entre manos. Ese hombre ya le había hecho perder bastante tiempo en su vida.

Aunque tenía instrucciones estrictas de no hablar, lo cual le resultaba difícil, obedecer la instrucción de no escuchar era todavía más complicado. Sin embargo, no quería estar al tanto de los entresijos de una investigación policial.

Entendía la ironía de ese hecho teniendo en cuenta que ella era periodista y que muchos de sus colegas venderían a su propia abuela por estar en su lugar. Pero ella no podía utilizar nada de lo que veía u oía por temor a que le pasara algo grave. Incluso si hubiera podido utilizar sus observaciones, no habría querido hacerlo. Era como las salchichas. Estaban buenas, pero preferías no ver cómo se hacían.

Como cualquier otro ciudadano, ella también quería creer que las mentes más brillantes del país estaban en aquellas oficinas, resolviendo crímenes y atrapando a los malos. Quería aferrarse a esa imagen para poder sentirse segura cuando se acostara por las noches.

También quería poder criticar a la policía por su mal desempeño cuando considerara que estaba justificado hacerlo. Eso era más difícil en aquel momento, con la imagen de uno de ellos corriendo en busca de una posible persona sin hogar desaparecida y de otra

devanándose los sesos tratando de resolver un acertijo. Eran imágenes que no le convenía guardar en la memoria si quería mantener la objetividad.

Y todo porque ella misma los había metido en aquel jaleo. Ella había sido la responsable de haber interrumpido el fin de semana de cuatro agentes de policía, y podía ver la seriedad con la que se estaba tratando la investigación.

¿Y si estaba equivocada? ¿Y si todo aquello era una broma? No podría vivir consigo misma si era responsable de haber enviado al equipo a una búsqueda inútil, a una persecución sin sentido.

Para compensar esa posibilidad, se había dedicado a hacer lo que Stone le había ordenado y, hasta aquel momento, había revisado minuciosamente todos los artículos que había escrito durante el último mes aproximadamente para ver si podía averiguar por qué la habían elegido a ella. Había otros periodistas locales en otros periódicos de la zona. Ella no había cubierto nada que pareciera relacionado con aquello, ni siquiera remotamente.

¿Y qué iba hacer con el artículo que, en teoría, debía escribir?

Se suponía que debía aparecer algo redactado por ella en Internet antes del mediodía. Tenía una hora exacta para encontrar un enfoque, escribir el artículo y conseguir que su jefe lo autorizara.

Ninguna de esas cosas era tan fácil como debería ser para una periodista.

Antes de escribir nada, tenía que hacer una llamada telefónica.

Capítulo 16

11:10

—¿Cómo que te ha dicho que no? —gritó Kim al teléfono.

Habían pasado diez minutos desde que reunió a todos los voluntarios que se habían congregado en la reserva para recoger basura y les solicitó su colaboración.

Aceptando que no tenía autoridad para impedir que el evento siguiera adelante, los había reclutado a todos para que ayudaran en la búsqueda.

Como era incapaz de especificarles qué era lo que estaba buscando, les pidió que estuvieran atentos por si veían una caja pequeña o cualquier otra cosa fuera de lo común.

Tanto Bryant como ella estaban a punto de reincorporarse a la búsqueda cuando apareció el nombre de Frost en su teléfono. Por si eso por sí solo no fuera ya suficientemente molesto, las noticias que le estaba dando eran aún peores.

—¿Se lo has explicado bien? —preguntó Kim, poniendo la llamada en manos libres. Tenía que ser culpa de Frost. Ningún jefe razonable le podría impedir escribir los artículos.

—Le he leído todas las comunicaciones.

—¿Y le has dicho que lo estamos tratando como una amenaza creíble? —le preguntó Kim.

—Sí, y creo que no quieres saber lo que piensa al respecto. Se puede decir que cree que no tenemos nada mejor que hacer con nuestro tiempo, aunque lo ha expresado con más tacos.

—Joder, Frost, tenemos que hacer lo que ese hombre quiera hasta que sepamos a qué nos estamos enfrentando.

—Yo lo sé, pero es mi jefe. ¿Qué esperas que haga?

Kim trató de contener su irritación.

—Pues tienes que…

—Jefa —la interrumpió Bryant, dándole un golpecito en el brazo, y

señaló hacia el fondo del aparcamiento. Allí, Fred, el autoproclamado coordinador de todo el grupo, les estaba haciendo gestos como un loco.

—Tengo que dejarte —dijo Kim, que colgó de inmediato y salió corriendo a toda velocidad hacia Fred.

—Jerry acaba de decirnos que ha visto una caja, debajo del puente. Los llevaré hasta…

—Sé dónde está —dijo Kim, comenzando a moverse al instante. Había pasado por aquel lugar menos de media hora antes.

En cuestión de minutos llegaron al puente, donde Jerry estaba montando guardia como si a la caja le fueran a salir patas y cupiera la posibilidad de que echara a correr. La inspectora sintió cierto respeto por los recolectores de basura; se estaban tomando el trabajo muy en serio.

—Enséñemela —le pidió.

El hombre se agachó.

—Estaba tratando de recoger una lata de Coca-Cola de ahí debajo y mi gancho golpeó algo metálico. Parece una de esas cajas metálicas antiguas para guardar dinero en efectivo. Es un objeto extraño en un lugar como este —dijo Jerry, casi emocionado.

Aquel hombre parecía estar disfrutando enormemente. Seguro que, cuando se presentó aquella mañana para recoger latas, envoltorios de caramelos y a saber qué otras cosas, no pensaba que iba a desempeñar un papel fundamental en una búsqueda de la policía.

Kim se arrodilló y le echó un vistazo. Jerry tenía razón.

—¿Me permite? —preguntó, extendiendo la mano.

Jerry le colocó el mango metálico del gancho en la palma de la mano.

La inspectora utilizó aquel instrumento para alcanzar la caja y luego la acercó hacia ella. Consideró por un instante llamar a los técnicos forenses, pero en ese momento todavía no tenía nada que contarles.

Con la información que tenía hasta entonces, en la caja podría haber una nota que rezara algo así como «¡Era broma!». Si ese fuera el caso, aún estaba a tiempo de invitar a su equipo a un desayuno tardío, mandarlos luego a casa y olvidarse del asunto. Pero su instinto le decía otra cosa.

—Gracias, Jerry, buen trabajo —dijo cuando Fred por fin llegaba a su altura.

—Muchachos, venid hacia aquí —instó Bryant, echando a los voluntarios hacia un lado al ver que aparecían por allí un par de ellos más.

Kim observó de inmediato que la cerradura no tenía llave.

Tras alejar a la gente, Bryant volvió junto a ella y le entregó un par de guantes de látex.

—¿Cómo es posible que tengas un par de guantes en todas y cada una de tus prendas?

El sargento sacó otro par con una sonrisa.

—Es todavía más raro que siempre tenga dos pares, porque tú nunca te acuerdas de cogerlos.

«Tiene razón», pensó Kim mientras levantaba ya con cautela la tapa de la caja.

Dentro había tres cosas.

Una tarjeta.

Un sobre blanco pequeño.

Un dictáfono antiguo.

—Primero, la tarjeta —sugirió Bryant.

Kim la cogió y leyó las palabras que había escritas en ella en voz alta.

—«El líder cúbico se arrastra alrededor de Bonzo. Encuentren la siguiente antes de las tres o…». —Kim se detuvo y movió la cabeza de lado a lado—. Pero ¿qué demonios?

Tras ponerse los guantes, Bryant cogió la tarjeta y sacó su teléfono.

La inspectora ya sabía que se disponía a llamar Stacey para transmitirle lo que tenía que ser la siguiente pista.

A continuación, Kim cogió el sobre, que parecía proceder de algún tipo de kit de papelería. Le dio la vuelta, buscando alguna pista. El sobre presentaba algún abultamiento, pero no pesaba mucho.

Kim alzó la solapa sin saber qué se iba a encontrar dentro.

—¡Oh, Dios mío de mi vida! —exclamó, sintiendo de inmediato ganas de vomitar.

Tras leerle la pista a Stacey, Bryant colgó y miró por encima del hombro de su jefa.

—¿Qué coj…? ¡Oh, no! —maldijo, apretando el puño como para protegerse.

El sobre contenía un montón de uñas sucias y ensangrentadas que, evidentemente, habían sido arrancadas de la piel.

Kim miró hacia el grupo de voluntarios, que se estaba acercando poco a poco.

—Que se echen hacia atrás, Fred, más atrás —les ordenó.

El hombre vaciló, pero terminó entrando en acción y alejando a los voluntarios.

Cuando estuvieron fuera de su vista, la inspectora pulsó el botón de reproducción del dictáfono.

El hecho de que ya hubiera sospechado qué era lo que estaban a punto de oír no hizo que el sonido del grito fuera menos desgarrador.

Ni Bryant ni ella dijeron palabra mientras escucharon con horror un total de diez alaridos cargados de dolor.

El dictáfono se apagó automáticamente tras el décimo grito. Kim no podía ni imaginarse la agonía que tenía que suponer que te arrancaran, una por una, todas las uñas.

La grabación les había servido para saber dos cosas. La primera era que el Bufón había secuestrado a un hombre y que, para entonces, esperaba que ellos fueran conscientes de eso. De lo contrario, no habría permitido que se revelara ese dato.

La segunda era que no se trataba de ninguna broma o engaño. Cualquier idea de no participar en aquel juego había quedado descartada.

A esas alturas, a Kim le resultaba evidente que se estaban enfrentando a un individuo enfermo. ¿Habría torturado a otra persona simplemente porque disfrutaba con ello y obtenía algún tipo de satisfacción retorcida, o lo habría hecho para demostrarles que aquello era más que un simple juego?

La inspectora pensó en la amenaza inicial y en la insistencia de aquel individuo en que siguieran sus pistas y jugaran según sus reglas.

Ahora Kim creía que, si no lo hacían, alguien iba a morir.

Capítulo 17

11:25

Penn ya era consciente de que intentar determinar si había alguna persona que hubiera desaparecido dentro de la comunidad local de personas sin hogar era una labor titánica. Aquel estilo de vida implicaba libertad total para moverse y permanecer siempre en el anonimato, lo cual hacía invisibles a muchos vagabundos. Y así era como algunos de ellos querían ser.

Él no juzgaba a ninguna persona que viviera en la calle. Sabía que muchas personas se habían visto obligadas a seguir ese camino debido al consumo de drogas, pero también había otras historias: hogares rotos, problemas económicos repentinos, enfermedades mentales… También había descubierto, en el transcurso de la investigación de otro caso importante, que para una pequeña minoría era una elección consciente, una forma de vida elegida para algunas personas que preferían no tener las exigencias de un trabajo, un hogar, una familia o el pago de las facturas.

El sargento, más o menos, entendía aquella opción vital, aunque él prefería tener que lidiar con todas esas cosas a cambio de saber dónde iba a dormir cada noche.

Otro mito que se le había caído durante esa investigación anterior era el de la existencia de una fraternidad, una comunidad que cuidaba de los suyos. Lo único que realmente importaba era la supervivencia, y si había que jugar sucio para conseguir el mejor sitio, eso era lo que se hacía.

Y, justo por esa razón, Penn supuso que el hombre al que estaba a punto de acercarse podría tener más respuestas que el resto.

El tipo barbudo que estaba sentado a la entrada del centro comercial Ryemarket de Stourbridge se había hecho con el lugar más privilegiado para aquella hora del día.

—¡Eh, colega, mueve el culo! —gritó el tipo cuando Penn se detuvo

delante de él.

Penn se agachó y se presentó.

—Me la suda por completo, amigo. Estás impidiendo que todos estos compradores encantadores y generosos vean a este pobre hombrecillo.

—¿Puedo hacerle unas preguntas? —sugirió Penn, poniéndose a un lado mientras un joven echaba una moneda en la lata del hombre.

—Gracias, amigo —dijo el hombre al transeúnte antes de fruncirle el ceño a Penn—. ¿No crees que los domingos ya son bastante duros por sí solos?

—¿Y eso? —preguntó Penn.

—La jornada comercial es más corta. Solo tengo unas pocas horas para ganar algo de dinero. Gracias, amigo —volvió a decir cuando cayó otra moneda en la lata. Penn no tenía ni idea del valor de las monedas, pero cada contribución provocaba el mismo grado de agradecimiento por parte de aquel hombre—. Ahora estamos en el mejor momento posible. Lo suyo es cogerlos cuando están entrando, porque aún no van cargando bolsas. Es más probable que se tomen la molestia de buscar sus carteras —explicó, mientras algunas personas pasaban sin hacerle ninguna ofrenda—. Tío, eres malo para el negocio. Lárgate ya.

—Bueno, debe apañárselas muy bien si ha conseguido este sitio en hora punta sin ninguna competencia. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Le dije a WhatsApp que había desayunos gratis en las vitrinas de la cafetería.

Penn no necesitaba que le explicaran que esos desayunos los habían pagado algunos clientes para ayudar a las personas sin hogar.

—¿Tienen un grupo de WhatsApp? —preguntó.

El hombre se rio, mostrando una sonrisa desdentada.

—Sí, tío, lo tengo instalado en mi iPhone nuevo. Joder, eres demasiado ingenuo para ser un madero. WhatsApp es el que lleva más tiempo y conoce los asuntos de todo el mundo.

Por supuesto. Penn había olvidado que muchos sintecho tenían apodos.

—¿Y cómo se llama usted? —preguntó Penn, sentándose en el

suelo a su lado.

—Venga, tío, piérdete ya, o al menos déjame en paz hasta que terminen las horas comerciales. No estás contribuyendo en nada a mi imagen solitaria y vulnerable.

Penn sacó una moneda del bolsillo y la echó en la lata.

—Ya que me lo estás preguntando con amabilidad, puedes llamarme Stig.

—Vale, Stig, ¿algún colega suyo ha desaparecido últimamente?

—¿Te estás riendo de mí?

Penn se encogió de hombros y esperó.

—Amigo, yo no sé si voy a ver a la gente al día siguiente. ¿Entiendes el significado de la palabra «vagabundo»? Nos movemos de un lugar a otro. Si no veo a alguien durante algunas semanas, no le doy importancia, no me preocupo y no espero que nadie se preocupe si no me ve a mí. Daría por hecho que se han mudado a otra ciudad o que han muerto —dijo Stig, encogiéndose de hombros para indicar que le era indiferente cuál de las dos opciones fuera cierta.

—Entonces, no se enteraría si se llevaran a alguna persona en contra de su voluntad, ¿no?

Stig se rio de nuevo, esta vez con más fuerza.

—¿Qué te hace pensar que sería en contra de su voluntad? No lo llevarían a ningún sitio peor que este.

—¿Incluso si acaban muertos?

—Si tienes comida caliente en el estómago y una cama en la que no te congeles, no te paras a pensar quién falta cuando estás a cuatro bajo cero.

Penn puso una expresión de incredulidad en el rostro.

—No todo el mundo —dijo Stig, haciendo un gesto con la mano en señal de reconocimiento.

Al darse cuenta de que, en efecto, estaba perjudicando el negocio de aquel hombre, Penn se metió la mano en el bolsillo y echó otra moneda en la lata. Los generosos benefactores de Stig habían desaparecido desde que se había sentado junto a él. Y Penn lo entendía. El mendigo había pasado a ser el problema de otra persona. Esa otra persona iba a cuidar de él, lo llevaría a un refugio

o le daría una comida caliente. La gente ya no tenía que buscar en su conciencia ni en sus carteras.

—Tienes que entender, amigo, que puedo estar sentado aquí y hablar contigo durante horas, pero, en cuanto te vayas, no volveré a pensar en ti. ¡Gracias, compañero! —gritó Stig de nuevo mientras otra moneda tintineaba en la lata.

A Penn le pareció que probablemente eso era lo más triste de todo. Había personas en su vida con las que estaba muy unido. Como por ejemplo Jasper, su hermano, que, a pesar del síndrome de Down, estaba alcanzando un nivel de independencia que Penn nunca habría podido imaginarse.

Siempre había sido consciente de que el cuidado de Jasper recaería sobre él, y eso le parecía bien. Había organizado su vida en consecuencia. Se trasladó de West Mercia a West Mids para volver a la casa familiar, y evitó las relaciones serias duraderas, ya que no quería comprometerse con alguien que no aceptara su compromiso con su hermano. Pero entonces apareció Lynne, una antigua amiga y compañera de trabajo. Le sorprendió descubrir que ella llevaba tiempo sintiendo algo por él, y le sorprendió todavía más darse cuenta de que él también sentía algo por ella. Además, estaban los viejos amigos y compañeros de trabajo, a los que de alguna manera estaba vinculado. Penn no podía imaginarse no tener esos afectos en su vida.

—¿No echa de menos tener una conexión con alguien? —le preguntó a Stig.

—¿Tú echas de menos ir a la luna?

Penn entendió el significado de aquella pregunta. No se puede echar en falta lo que nunca se ha tenido.

Penn tenía cientos de preguntas más para Stig. Quería saber más sobre su vida. Sus esperanzas futuras, su historia personal. Quería poder ayudar.

—A mí ya no me salva nadie, conmigo no hay nada que hacer, chaval —dijo Stig, como si pudiera leer la mente de Penn.

El flujo de compradores se había ralentizado; su lata llevaba minutos sin sonar.

—Amigo, no te ofendas, pero voy a pirarme para probar suerte en

otro sitio.

Penn se sintió mal por haber perjudicado a aquel hombre. Apartó las monedas del bolsillo y sacó su cartera. Metió un billete de cinco libras en la lata y se levantó.

Stig lo miró durante unos segundos.

—Gracias, amigo. Por suerte para ti, tengo las orejas más grandes que la boca. Puede que no sea nada, pero WhatsApp mencionó algo sobre un tipo nuevo que estaba repartiendo mantas ayer en Dudley.

—¿Y dónde puedo encontrar a WhatsApp ahora?

—De camino al metro de Dudley. Es domingo. Los contenedores estarán llenos.

Penn le dio las gracias y se puso en marcha.

Capítulo 18

11:45

—Repítemelo otra vez —pidió Mitch, mirando el sobre por segunda vez.

Kim no dijo nada, sabiendo que Bryant se lo iba a volver a resumir. La historia ya había sonado bastante ridícula durante la primera explicación, que había ofrecido ella misma. Todavía iba a sonar peor en boca de Bryant.

—Me habéis llamado un domingo por un sobre que contiene uñas. No hay ningún cadáver, no hay escena del crimen… ¡ni siquiera un miembro amputado o algo por el estilo, por el amor de Dios!

Sí, sonaba tan mal como ella se había imaginado.

—Están manchadas de sangre —contraatacó Kim, como si el técnico forense no se hubiera dado cuenta. Le perdonaba a Mitch que estuviera irritado, al menos hasta cierto punto. La gente tenía derecho a disfrutar del fin de semana.

—¿Y qué esperas que pueda hacer al respecto un domingo?

Kim se preguntó cuántas veces más le iba a recordar el día de la semana que era, como si ella no lo supiera ya. Ladeó la cabeza, en un gesto que indicaba claramente que estaba a punto de formular una pregunta.

—Ni lo sueñes —dijo Mitch, conociendo a la inspectora lo bastante bien como para suponer lo que estaba a punto de decir—. No voy a llamar a ningún otro miembro del equipo. A diferencia de ti, yo me sacrifico por mi equipo y respondo a llamadas ridículas, pero no voy a involucrar a nadie más —dijo, lanzándole a Bryant una mirada cargada de significado.

—Yo estoy bien, amigo —le aseguró el sargento.

Ella apreció la lealtad de su compañero, pero aún no se había rendido.

—Mitch, puede que haya algo…

—Inspectora, con el debido respeto, tienes unas uñas ensangrentadas que han aparecido dentro de una caja en una reserva natural. ¿Qué esperas que encuentre exactamente?

—Algo —respondió Kim, lo cual no ayudaba demasiado.

El técnico forense suspiró.

—Lo siento, pero, aunque tú te hayas empeñado en perder el tiempo con esta tontería, eso no es excusa para involucrarnos a todos en una misión imposible que…

—Todos esperamos que no termine con el descubrimiento de un cadáver —espetó Kim—. Y no estaríamos perdiendo nuestro tiempo si no pensáramos que es una amenaza creíble.

La inspectora ya estaba harta de tener que disculparse por tomar las decisiones que consideraba correctas.

Mitch recapacitó un poco al oír sus palabras y volvió a suspirar.

—Voy a pasarme por la morgue y echaré un vistazo más de cerca, pero no me voy a perder el almuerzo que tengo luego en el asador.

Kim levantó las manos para indicar que eso era todo lo que podía esperar de él.

—Ya verás cuando Keats se entere de esto —dijo el técnico forense antes de dirigirse hacia su vehículo.

Era demasiado pedir que Mitch se guardara aquello para sí mismo.

—Uy, la que te espera —dijo Bryant, tratando de ocultar su sonrisa burlona.

—Gracias por tu observación tan aguda, genio —respondió Kim, recorriendo el aparcamiento con la mirada.

Los vehículos de los clientes que estaban llegando al *pub* estaban sustituyendo a los de los voluntarios.

La inspectora se dirigió hacia la mesa, donde Fred parecía estar analizando la ausencia de bolsas de basura bien repletas. El hallazgo de la caja había provocado que los voluntarios se dedicaran más a cotillear que a recoger basura.

—Lo siento, Fred —se disculpó Kim mientras el hombre se despegaba la etiqueta que tenía su nombre impreso en ella.

Fred se encogió de hombros mientras recogía otras hojas repletas de etiquetas en blanco.

Las cuatro hojas estaban llenas de etiquetas, excepto la superior.

Faltaba una etiqueta en la parte inferior derecha de la misma.

Kim frunció el ceño. Fred no parecía el tipo de persona que llevaría a la reunión una hoja donde ya faltara una etiqueta.

—Traigo estas etiquetas por los que vienen a última hora, por los rezagados… —explicó, viendo lo que estaba mirando la inspectora—. Le pido a todo el mundo que confirme su asistencia, pero hay quien viene a echar una mano en el último momento solo si no tiene nada mejor que hacer.

—¿Y hay alguien que haya hecho eso hoy? —preguntó Kim, que empezaba a tener un presentimiento.

—Por lo que parece, solo una persona.

—¿Y le ha dado usted la etiqueta?

Él negó con la cabeza.

—Yo estaba con usted.

—¿Podría habérsela dado otra persona?

—No tengo ni idea —dijo, haciendo un gesto con la mano en dirección al aparcamiento—. Algunos se han ido ya. Se largaron en cuanto se dieron cuenta de que no había té ni galletas gratis.

—Pero ¿usted conoce a todos los que han venido?

—Por supuesto.

—Quiero que les pregunte a todos ellos si le han dado una etiqueta a alguien.

Fred se rascó la cabeza.

—¿Por qué?

—Necesitaría una descripción de esa persona a la que se la han dado, si es que lo han hecho, ¿de acuerdo?

—Déjelo en mis manos —dijo mientras se le hinchaba visiblemente el pecho.

Kim le dio una tarjeta con su número antes de regresar al coche.

—Mucho jaleo por una etiqueta, jefa —observó Bryant.

Y era verdad. Pero estaban jugando al juego que había propuesto una persona, alguien que estaba jugando con ellos.

¿Y qué mejor manera de observar los frutos de tu trabajo que involucrarte tú mismo en la búsqueda?

Capítulo 19

11:55

Miro mi reloj mientras salen disparados del aparcamiento y observo a mi alrededor para asegurarme de que nadie me vea. Todo el mundo está demasiado ocupado; están reunidos en grupos discutiendo los acontecimientos de la mañana. Sin duda, relatarán la historia a cualquiera que les haga caso a lo largo del día: durante la comida del domingo o quizá en la merienda. Puede que hasta llamen luego a un familiar para volver a contar lo que les ha pasado antes de acostarse. Yo soy el creador de todo esto y, sin embargo, nadie me ha visto a la sombra de un roble, tras una rama baja que ya está dejando caer hojas sobre los coches.

Niego con la cabeza. Irresponsables. Esas ramas deberían haberse podado hace años.

Vuelvo a mirar mi reloj y dejo escapar suspiros de fastidio. Se están demorando, están tardando mucho en irse de aquí. Trato de ocultar mi desánimo. Mis instrucciones eran claras: «Reúna *a su equipo*». *No tendría por qué haber sido necesario especificar que el equipo tenía que ser bueno. No tendrá gracia si no son capaces de seguir el ritmo. Necesito oponentes dignos, pues, de lo contrario, el juego no tiene sentido. Veré si están a la altura. Si no es así, exigiré un equipo nuevo. Y lo conseguiré.*

Por fin la gente se está subiendo a los coches para marcharse, y yo sigo siendo invisible. No me ha mirado ni una sola persona. No me sorprende. Esa ha sido la historia de mi vida.

Contengo la rabia y me concentro en lo positivo: la expectación, el placer que voy a sentir cuando termine el juego y mi nombre se relacione con un caso en el que la policía no deja de dar vueltas sin lograr avanzar. Aquellos chicos que no me invitaron a su búsqueda del tesoro reconocerán mi nombre y sabrán que he ganado. Los

habré dejado en evidencia, habré dejado en ridículo a la policía y también a la prensa.

¿Qué dirá el primer artículo de Frost? *Tengo intriga. ¿Se deleitará con mi perversidad? ¿Reflejará la pericia e inteligencia de mis acciones? ¿Me elogiará? ¿Me vilipendiará? No lo sé, pero estoy emocionado. Esta vez seguro que saldré en los periódicos, y por muy invisible que sea ahora mismo, dentro de treinta y seis horas nadie olvidará jamás mi nombre.*

Capítulo 20

11:58

—Entonces, ¿has escrito el artículo? —preguntó Stacey, incapaz de contenerse. Aunque estaba tratando de parecer indiferente, por el rabillo del ojo había visto que la periodista alternaba momentos en los que tecleaba furiosamente en su portátil con otros en los que se quedaba mirando al vacío.

—Sí, está listo.

A Frost no le habían dado permiso para publicar la historia y tenía dos minutos para tomar la decisión. Stacey no dejaba de preguntarse cuáles serían las consecuencias de desobedecer a su jefe.

Frost dio un respingo cuando su teléfono pitó al recibir un mensaje.

—Es él —dijo Frost.

—¿Tu jefe?

Frost negó con la cabeza.

—Nuestro hombre. Me acaba de mandar una cuenta atrás de un minuto.

Aunque Stacey sabía que tenía que concentrarse en la pista, le intrigaba mucho la decisión que tenía que tomar Frost.

Esa mujer tenía carácter, todos lo sabían. Y no les habría llevado el caso de no haber estado convencida de que no se trataba de un juego inocente. Pero ¿estaba dispuesta a enfrentarse a la ira de su jefe por hacer lo correcto?

—Treinta segundos —dijo Frost, sin esperar respuesta.

Stacey se quedó en silencio y se limitó a esperar.

Sabían que el Bufón había prometido que, si no se cumplían sus indicaciones, alguien saldría herido.

El rostro de Frost reflejaba su indecisión.

Stacey no pudo evitar hacerle la pregunta.

—¿Qué crees que haría tu jefe exactamente?

Frost pulsó el botón «Publicar».
—Supongo que estamos a punto de averiguarlo.

Capítulo 21

12:00

HAY UN BUFÓN EN LA CIUDAD

Tracy Frost

En lugar de escribir una noticia, hoy la noticia soy yo. Y voy a explicar por qué.

El día comenzó con la típica mañana tranquila de domingo. Yo estaba relajada, pensando en mis cosas, decidiendo qué hacer con mi día.

Y, de un momento a otro, esa decisión dejó de depender de mí, pues recibí un correo con un mensaje críptico que me invitaba a participar en un juego. Intrigada, lo leí con detenimiento y descubrí que no se trataba de la broma que había imaginado.

El correo contenía instrucciones claras y concisas para el juego; lo había escrito alguien que se hace llamar el Bufón.

Mi primera instrucción era ponerme en contacto con un mando superior de la policía que compartiera mi opinión de que se trataba de un asunto serio.

La respuesta de la policía fue rápida y contundente. Se formó un equipo de inmediato para esperar la primera pista y tratar de resolverla.

La resolución de la misma ha conducido al equipo a la Reserva Natural de los Manantiales Salados, donde han encontrado una caja.

No estoy autorizada para revelarles el contenido de la misma, pero el Bufón va muy en serio con su juego, y aún quedan treinta y una horas.

¿Qué lo mueve a actuar?

¿Qué quiere?

¿Cuál es su objetivo final?

Esto no es una broma.

Capítulo 22

12:10

Penn encontró a WhatsApp sentado con la espalda apoyada sobre el contenedor del metro. A su alrededor había envases y cajas esparcidos por todas partes.

Penn se descubrió a sí mismo pensando de inmediato en la temperatura de los alimentos, las bacterias, los insectos… Cosas que él tenía el lujo de poder considerar antes de cada comida.

—Eh, WhatsApp —saludó.

Cuando el hombre levantó la cabeza, Penn supuso que tendría unos cincuenta y tantos años, pero hacía tiempo que había aprendido que las apariencias no significaban nada entre las personas sin hogar. WhatsApp tenía el pelo gris con algunos mechones castaños sueltos, que delataban el color que había tenido en otro tiempo. Su ropa era una mezcla estrambótica de estampados y texturas. Sus vaqueros de tartán estaban repletos de manchas. Llevaba puestos dos jerséis y unos zapatos que le quedaban demasiado grandes. Tenía la cara sonrosada, y tardó unos cuantos segundos en poder centrar la mirada.

—¿Quiiiéééén preeeguuunta?—balbuceó torpemente.

Penn se presentó, pero no estaba seguro de que el tipo lo hubiera escuchado.

«Genial, borracho como una cuba un domingo a la hora de comer».

—He estado hablando con un amigo tuyo, Stig.

—¿Quién?

«Vaya, no tiene mucha pinta de que vaya a conseguir demasiada información», pensó Penn.

—Me ha dicho que a lo mejor sabías de alguna persona nueva que haya andado por aquí últimamente.

—No, andar, andar, no anda nadie —respondió, y luego se rio de su propia broma.

Penn movió la cabeza de lado a lado en señal de desesperación, considerando la posibilidad de que estuviera perdiendo el tiempo. Por desgracia, aquel hombre era lo único que tenía.

Stacey lo había llamado y le había hablado de las uñas mugrientas y ensangrentadas que la jefa y Bryant habían encontrado, lo que le había hecho creer que iba por buen camino.

—¿Alguna persona a quien nunca hubieras visto antes te ha ofrecido refugio y mantas?

—¡*Reftas*! —exclamó el hombre, que volvió a reírse.

—Amigo, necesito que te concentres —dijo Penn, tratando de mantener la calma, aunque él fuera el único que lo hiciera.

—Sí, sí, van y vienen —dijo WhatsApp al final, agitando las manos como si estuviera espantando moscas—. Poca peña se atreve a venir, a menos que sean del Ejército de Salvación. Con ellos sí que puedes contar.

—Pero ¿ha habido alguien nuevo? —insistió Penn—. ¿Anoche?

—Sí, un tipo de treinta, cuarenta o cincuenta años me preguntó si quería ir a ver a sus cachorritos.

—¿De verdad te preguntó eso? —preguntó Penn.

—No seas idiota. Intentó atraerme a su furgoneta para darme una manta nueva.

—¿Y no fuiste?

—Ni de coña. Tenía un portal grande para mí solo. Si me hubiera ido de allí aunque fueran dos minutos, lo habría perdido. La otra me ofreció una comida caliente.

—¿La otra? —preguntó Penn.

—Sí, una señora que me prometió *fish and chips*, pero yo tenía una cita en la oficina —dijo, dándose una palmadita en el bolsillo.

El día anterior había sido sábado. Habría habido mucha gente comprando y, obviamente, WhatsApp había ganado suficiente dinero como para poder disfrutar de su bebida en su portal.

Penn pensó en pedirle una descripción, pero, dado que le había dado un rango de edad de tres décadas que abarcaba ambos sexos, no tenía muchas esperanzas de conseguir una especie de retrato robot ni nada que se le pareciera.

Así que decidió cambiar de estrategia.

—¿Conoces a alguien que te parezca probable que pudiera aceptar una oferta como esa?

—Hipo.

—No te preocupes.

WhatsApp se cayó de lado de tanto reírse.

Penn esperó.

—No, hombre, no, yo no tengo hipo, amigo —dijo WhatsApp, con lágrimas rodando por sus mejillas—. El tipo se llama así. Hipo. Cuando le da, le da bien fuerte. Se iría con el primero que le ofreciera un paquete de Lacasitos.

—¿Lo has visto hoy?

WhatsApp eructó ruidosamente; luego, negó con la cabeza.

—Gracias, amigo —dijo Penn, volviendo al coche. No era mucho, pero al menos tenía algo por donde empezar.

Capítulo 23

12:15

Kim colocó una serie de pastas y bebidas en el borde del escritorio de Penn.

—No son para ti, Frost —dijo, señalando con la cabeza hacia su oficina, la sala acristalada que su equipo conocía como el centro de operaciones—. Tengo que hablar contigo.

La periodista miró a los demás como si tuviera la esperanza de que alguien la salvase antes de moverse.

—Eres consciente de que yo no soy miembro de tu equipo, ¿verdad? —espetó mientras se dirigía ya al centro de operaciones.

—Y tú sabes perfectamente que eso jamás me ha impedido reprenderte cuando lo he considerado necesario —replicó Kim, cerrando la puerta al entrar en la otra sala.

Frost se quedó de pie en medio de aquella estancia, con los brazos cruzados.

—¿Qué pasa?

Kim se sentó detrás de su escritorio.

—A ver, ¿cuál es la historia entre tú y Ryan Douglas? —le preguntó.

—Ya te lo he dicho. Solo es un antiguo novio.

Kim se detuvo. El hombre era unos años mayor que ella, inteligente, atractivo y ambicioso. ¿Qué había pasado?

—¿Por qué lo dejaste? —presionó Kim.

—¿Quién te ha dicho que lo dejara yo? —replicó Frost.

Kim se preguntó si alguna de las conversaciones que había tenido con ella a lo largo de los años no había sido tensa y cargada de confrontación.

—Te dejó él —dijo Kim.

Frost se sonrojó y se encogió de hombros.

—¿Qué hizo?

—¿Estoy bajo arresto?

—Si ser un coñazo fuera un delito, sí, pero no, no lo estás.

Frost se dio la vuelta, dispuesta a marcharse de allí.

—¿Te agredió físicamente? —preguntó Kim. Llevaba toda la mañana sospechándolo.

Frost no se volvió, pero tampoco respondió.

—¿Hasta qué punto? —insistió la inspectora.

—No te voy a responder, Stone.

—De acuerdo, eso es asunto tuyo, pero la investigación es cosa mía. Un hombre que es a la vez controlador y violento está jugando con nosotros. Así que, si te basas en tu experiencia, ¿deberíamos descartar a Ryan Douglas o mantenerlo en el radar?

Frost reflexionó detenidamente; acto seguido, se giró hacia Kim.

—Mantenlo en el radar.

Kim hizo un gesto con la cabeza para señalar la puerta, indicándole a Frost que podía marcharse.

—Y ahora puedes comerte una pasta si quieres.

La inspectora se tomó un momento para pensar acerca de todo lo que Frost le acababa de contar de forma implícita.

Era evidente que Ryan Douglas había estado en una posición de autoridad en su relación y que la había utilizado para agredirla físicamente. Kim se imaginaba que nunca llegaría a saber con exactitud lo que le había hecho a Frost, pero no dejaba de pensar en qué pasaría si ambos se encontraran ahora. No se podía imaginar a la periodista permitiendo que nadie la intimidara.

Respiró hondo y volvió a la sala de la brigada.

—¿Algún avance? —preguntó, señalando con la cabeza la silla vacía de Penn.

—Acaba de contarnos que quizá haya un posible desaparecido —dijo Stacey—. Está preguntando por más detalles.

Era un tiro al aire, pero tenían que intentar investigarlo. Si alguien podía averiguar algo, ese era Penn.

Kim se giró hacia Frost.

—¿Todavía conservas tu trabajo?

—A duras penas, pero solo porque a mi jefe no le apetece comenzar el procedimiento disciplinario un domingo.

—¿Y qué hay del próximo artículo? —preguntó Kim. El hombre que

buscaban estaría esperando que se publicara una nueva actualización en menos de seis horas.

Frost se encogió de hombros.

—Me preocuparé de eso llegado el momento.

En aquel instante, la continuidad laboral de Frost no era la mayor preocupación de Kim.

La inspectora se volvió hacia su equipo.

—Bueno, os pongo al día. Mitch tiene las uñas y las está revisando antes de retomar su fin de semana.

—Ja, pues a su mujer no le va a gustar eso —comentó Stacey.

Kim esperó.

—Los vi una vez en el asador Dudley Arms. En cuanto él me presentó como compañera de trabajo, la cara de su mujer cambió. Me da que ni siquiera le deja pensar en el trabajo los domingos. A ella le gusta quedarse en el *pub* después de comer, ya sabes a lo que me refiero —dijo Stacey, llevándose la mano a la boca en un gesto de beber.

—Vale, gracias por la información, Stace —dijo Kim.

—Lo siento, pero te lo cuento por si te estabas preguntando por qué Mitch no está siendo tan servicial como de costumbre.

—Estupendo. Bueno, esa etiqueta que faltaba en los Manantiales Salados me hace pensar que nuestro hombre estuvo en la reserva natural para observarlo todo. Nadie se habría cuestionado la presencia de un voluntario cualquiera, siempre y cuando llevara puesta una de esas etiquetas. Creo que el hombre se infiltró en la recogida de basura.

Stacey miró a Bryant y ambos estallaron en una carcajada. Incluso Frost se rio.

—Lo siento, jefa —dijo Stacey—, pero no son palabras que se suelan juntar en la misma frase. Eso de infiltrarse en una recogida de basura…

Kim desvió la mirada en un gesto de fastidio.

—Creo que está haciendo todo esto por diversión, por puro placer. El tío está jugando con nosotros, pero eso no lo hace menos peligroso. Por el dictáfono sabemos que no le da miedo causar dolor, y si ha estado allí esta mañana, tampoco le da miedo asumir riesgos.

—¿Estás dando por hecho que es un hombre? —preguntó Frost.

—Nunca damos nada por hecho, pero nos resulta más natural usar el pronombre masculino. Y tú todavía no tienes permiso para hablar.

—También podría haber ido allí para asegurarse de que nos lo estamos tomando en serio —sugirió Bryant mientras Frost volvía a centrarse en su ordenador.

—Es cierto —dijo Kim, que se giró hacia Stace—. ¿Has tenido suerte con la siguiente pista?

—Sigo trabajando en ella. ¿Qué demonios puede significar «el líder cúbico se arrastra alrededor de Bonzo?».

—Vale, sigue investigando. ¿Algún nombre que destaque en la página web de los Seekers? —preguntó Kim, antes de darle un bocado a una de las pastas.

—Aún no he terminado con la web y hay muchas otras que investigar, pero, si asumimos que quien está haciendo esto es una persona con mucha experiencia en *geocaching*, tengo un par de nombres que parecen interesantes. El primero es Eric Lane, de cuarenta y ocho años. Está casado, tiene dos hijos y trabaja como comercial de electrodomésticos de cocina.

Por alguna razón, esa imagen encajaba perfectamente con la afición que estaban investigando.

—Sigue —instó Kim, que se estaba terminando ya su pasta.

—Es un purista. Le apasiona cumplir las reglas del juego. En las salas de chat se muestra muy insistente con que todo se haga correctamente, e incluso critica a los que cometen errores gramaticales.

—Un tipo divertido —observó Kim.

—El otro es Jared Truss. Es un *youtuber* de veinticinco años que tiene unos cuantos miles de seguidores y que se graba a sí mismo buscando y explorando cachés. Lo hace sobre todo en la oscuridad y lo combina con historias aterradoras de fantasmas. Se cuela en edificios abandonados y le gusta asustar a su público.

—Suena algo más divertido. ¿Por qué te parecen interesantes estos dos tipos?

—Porque son los mejores. Cada recorrido que se establece es cualificado por las personas que lo completan. Estos dos tienen las

puntuaciones más altas. Están compitiendo constantemente por el primer puesto y siempre intentando quedar por encima del otro con acertijos más elaborados y complejos.

«¿Hasta dónde serían capaces de llegar para ser los mejores?», se preguntó Kim. Sin duda, un asesinato sería un precio demasiado alto a pagar solo por estar en lo más alto de la clasificación.

—Se odian profundamente —añadió Stacey.

—¿Hasta qué punto? —preguntó Kim.

—Empezaron lanzándose pullas en las salas de chat. Comenzó Eric, cuando el estilo de juego de Jared se hizo más popular. Para devolvérsela, Jared resolvió el siguiente recorrido de Eric en un tiempo récord y publicó todas las ubicaciones y pistas en Internet en un par de horas. Obviamente, eso le quitó la gracia al acertijo. Eric se hizo con el récord del recorrido de varias cajas más largo, enlazando hasta doce. Una semana después, Jared publicó un recorrido con trece. Han desaparecido algunas cajas en ambos recorridos, rompiendo así la cadena de pistas, por lo que los misterios no se pueden resolver. No hace falta ser un genio para adivinar quiénes son los saboteadores más probables.

—Es una cosa muy inocente —observó Kim.

—Sí y no —dijo Stacey, inclinando la cabeza.

Kim esperó.

—Ninguno de los dos muestra señales de aflojar. La hostilidad va en aumento y ambos parecen ser cada vez más mezquinos en su afán por ganar.

Kim consideró el planteamiento de Stacey. ¿Podría tratarse de un caso de una rivalidad encarnizada? ¿Estaría uno de ellos tratando de superar al otro de forma definitiva, sin posibilidad de vuelta atrás?

—¿Tienes sus direcciones?

Stacey esbozó una sonrisa amplia.

—Y tanto.

—Mándaselas a Bryant —dijo Kim, separándose del escritorio.

El teléfono de la inspectora sonó cuando iba a coger su chaqueta.

—¿Qué tienes, Mitch? —preguntó a modo de saludo.

—No mucho, solo que a este tipo le han arrancado las uñas de forma brutal.

—¿Nivel de dolor? —preguntó Kim.

—Por algo lleva siglos siendo un método de tortura. Podría darte detalles sobre la base de la uña, el tejido epitelial y la matriz estéril… Pero, en definitiva, los rehenes y prisioneros que lo han sufrido describen el dolor como una cosa inimaginable. Creo que eso nos da una buena idea de lo que sufrió este pobre hombre.

—¿Qué probabilidades hay de que las uñas pertenezcan a una persona sin hogar? —preguntó Kim, que quería estar segura de que Penn no estuviera perdiendo el tiempo sin sentido.

—Es muy posible. El nivel de suciedad que hay en ellas no es el de una persona que se haya pasado un par de horas en el jardín. Está incrustada en lo más profundo de la base de la uña. Y eso es básicamente todo lo que te puedo contar.

—Espera, ¿qué me dices del grupo sanguíneo, el perfil de ADN y todas esas cosas útiles?

—No tenéis ningún cadáver ni escena del crimen, y es domingo a mediodía. Si necesitas más ayuda, llama a otra persona.

Kim refunfuñó al teléfono, aunque Mitch ya no la estaba escuchando. Era lógico que quisiera disfrutar de su día libre. La inspectora lo entendía.

Por desgracia para el técnico forense, eso a ella le daba absolutamente igual.

Capítulo 24

13:00

Stacey trató de reprimir el impulso de coger la última pasta que quedaba cuando la jefa y Bryant se marcharon.

Miró de soslayo a Frost y se dio cuenta de que ella estaba considerando exactamente la misma idea.

Ambas se rieron.

—¿La compartimos? —propuso Stacey.

Frost sonrió y sacó una navaja de su bolsillo.

—A ver, como agente de policía, debería advertirte de que llevar una…

—Y, como mujer soltera que pasa mucho tiempo sola, he decidido correr el riesgo de que me detengan.

Stacey consideró la posibilidad de recordarle que estaba en una comisaría. Pero, pensándolo bien, ¿qué iba a hacer al respecto? ¿Arrestarla?

La ayudante de detective aceptó agradecida su mitad de la pasta de pasas y chocolate y se la comió en dos bocados.

Una vez superada la indecisión, era hora de intentar descifrar aquella pista.

«El líder cúbico se arrastra alrededor de Bonzo».

Repitió las palabras una y otra vez en su mente mientras tomaba notas.

Cubitos de hielo, crema, cuadrado, caja, líder, nobleza, condados, títulos nobiliarios, anglosajones, conde, escandinavos.

Se arrastra, se mueve lateralmente, normalmente en silencio, como la serpiente original poco fiable, la del Edén.

Bonzo, apodo de Ronald Reagan, el grupo de música Bonzo Dog Doo-Dah Band, la película *Bedtime for Bonzo*, el personaje animal.

Stacey se recostó en su asiento y miró sus notas. Genial, tenía un

líder cuadrado del Jardín del Edén al que le gustaba ver *Bedtime for Bonzo*.

Miró el reloj. Llevaba casi dos horas con aquella pista y no lograba interpretarla, algo que le daba un poco de miedo.

Hasta ese momento, todos los elementos de aquel juego habían sido precisos. Cada pista debía haberse facilitado con tiempo suficiente para encontrar la siguiente, al menos en la opinión del Bufón.

Stacey no paraba de preguntarse qué sucedería si no lograba descifrarla a tiempo.

Capítulo 25

13:30

Si a Kim le hubieran dicho que tratara de adivinar cuál era la casa de Eric Lane después de lo que le habían contado sobre ese hombre, habría elegido justo aquella.

La propiedad era una bonita casa adosada en una calle arbolada, justo en el límite con Bromsgrove.

Kim contó menos de diez viviendas a cada lado de la calle. Todas las propiedades tenían un pequeño espacio para los coches en la parte delantera, pero la casa que se situaba justo frente a donde había aparcado Bryant era impecable.

La valla que daba a la calle parecía nueva, o como mucho recién pintada. Las losas del pavimento habían sido limpiadas con un chorro de agua a presión para devolverles su antiguo esplendor. Había una serie de arbolitos bien podados y una maceta colgante que desbordaba flores de colores.

—Petunias —dijo Bryant—. Mi señora las odia.

—Es bueno saberlo —dijo Kim, llamando a la puerta de la casa. Para ella, las flores eran como las relaciones. Necesitaban amor, cuidados y atención, así que prefería ni molestarse en ellas.

Les abrió la puerta un muchacho que parecía tener unos dieciocho años. Vestía unos vaqueros holgados y una sudadera con capucha y parecía que estaba masticando algo, aunque era difícil saberlo debido a su vello facial. Llevaba unos cascos colgados al cuello.

Una mezcla de aromas lo había seguido hasta la puerta. Por supuesto: era la hora del almuerzo.

—Estamos buscando a Eric Lane —dijo Kim mientras ambos mostraban sus identificaciones policiales.

El chico abrió mucho los ojos.

—No puede ser que los federales estén buscando a mi padre. ¿Qué ha hecho, olvidarse de lavarse las manos después de mear?

Kim tuvo la sensación de que al chico le sorprendería enormemente que su padre se hubiera metido en algún lío.

—¿Podemos hablar con él?

—Claro, pasen. A ellos les va a encantar esto.

Kim entró en un pasillo que desprendía un olor que le resultaba familiar. Erica, la madre adoptiva de la inspectora, solía usar un neutralizador de olores para alfombras cuando las aspiraba, y no cabía duda de que la señora Lane hacía lo mismo.

—Por aquí —dijo el adolescente con tono divertido.

Kim lo siguió hasta una estancia larga que hacía las veces de salón y comedor. Lo que ella supuso que era el resto de la familia estaba disfrutando de un asado dominical.

No había rastro de diversión alguna en el rostro de los tres comensales.

—Derren, ¿qué es est…?

—Son los federales, papá.

Eric Lane era uno de los hombres más pulcros que Kim había visto jamás. Tenía el pelo negro corto y peinado sin artificios. Su camisa blanca estaba impecable, sin una sola arruga a la vista. Era delgado, pero no escuálido.

Su esposa parecía la más disgustada de los tres. Unos visitantes inesperados estaban a punto de estropear toda una mañana en la cocina. La mujer miró a su marido como si esperara que él les pidiera que se marcharan.

También estaba sentado a la mesa alguien que Kim imaginó que sería su otro hijo. Este parecía una versión en miniatura de su padre, mostrando casi la misma expresión que él. Parecía ser el mayor de los dos chicos, posiblemente con algo más de veinte años.

—Seguid comiendo, Helen, y tapa mi plato para que no se enfríe la comida —dijo Eric Lane, echando hacia atrás la silla para levantarse —. Derren, termina de comer.

—Bah, no te preocupes. Es mucho más divertido ver cómo os ponéis histéricos porque alguien ha interrumpido la comida.

Tanto si era relevante para la investigación como si no, a Kim siempre le gustaba comprender la dinámica de la familia a la que interrogaba. En ese caso, estaba claro que había una oveja negra.

El rostro de Eric Lane se tornó sombrío.

—Derren, tu madre se ha pasado la mañana…

—He terminado. Me voy para arriba. Hasta luego.

Eric negó con la cabeza mientras Derren pasaba junto a Kim y Bryant.

Ah, vale, así era como iban a ser las cosas en aquella casa.

—Adolescentes, ¿eh? —comentó Bryant mientras salían de la vivienda.

—Es el precio que hay que pagar por tener un hijo superdotado.

—¿No lo son todos? —dijo Bryant afablemente. Todos los padres, en algún momento de sus vidas, pensaban que sus hijos tenían un talento extraordinario en algo.

—No, agente, no lo son —dijo Eric Lane sin calidez ni humor—. Boyce es mediocre, a pesar de sus esfuerzos. Su hermano pequeño ni siquiera tiene que intentar esforzarse.

La expresión del hombre contenía una mezcla de desesperación y orgullo; Kim se cuestionaba qué pensaría Boyce de la descripción que acababa de hacer de él su padre.

La dinámica estaba, pues, establecida. Era una familia tradicional normal. El hermano mayor, menos dotado, decide parecerse más a su padre para obtener reconocimiento y aprobación. Al pequeño le importa todo una mierda, pero obtiene aprobación de igual forma.

—Derren es un torbellino, ¿eh? —preguntó Kim.

—No se baña, no se afeita, no se adapta. Ni siquiera sus profesores de programación informática pueden hacer nada con él. Son demasiado lentos para él, que podría hasta enseñarles un par de cosas. Pero bueno, esa no es la razón por la que ustedes han venido aquí —concluyó, cruzando los brazos.

—Nos gustaría hacerle algunas preguntas sobre sus actividades en la página web de Seekers.

El hombre frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Tenemos entendido que se toma muy en serio su afición.

—Sí, pero ¿qué más da eso? Solo merece la pena hacer algo si se hace bien. Tengo el récord de acertijos completados.

—¿Se refiere al récord por crearlos o por resolverlos? —preguntó

Kim.

—Ambos —respondió el hombre con orgullo, antes de cambiar la expresión de su rostro—. Pero ¿qué tiene eso que ver con ustedes?

—Hemos oído que tiene competencia por ese primer puesto, ¿es así? —preguntó Kim, que justo en aquel momento vio una sombra detrás del visillo. Parecía que un miembro de la familia tenía curiosidad por ver o escuchar lo que estaba pasando.

El rostro de Eric se ensombreció y, por primera vez, Kim comprobó la seriedad con la que aquel hombre se tomaba su afición.

—Si se refiere a Jared Truss, ese es un don nadie. Es un sensacionalista que quiere aumentar su número de seguidores en YouTube.

—Pero crea buenos acertijos —lo provocó Kim—. Así que se parece bastante a usted.

—No nos parecemos en nada —espetó Eric, dándole a Kim justo lo que ella buscaba—. He sido aficionado a buscar cajas y resolver acertijos desde los diez años. He crecido con este pasatiempo. He visto cómo ha ido ganando popularidad. Me gusta medirme intelectualmente con otras personas. Disfruto del reto de buscar la siguiente pista. Adoro la satisfacción de acertar una pista y luego encontrar las demás. Que yo sepa, es una emoción sencilla e inofensiva —aseguró el hombre inclinando la cabeza hacia un lado, como si estuviera esperando que le explicaran por qué le estaban preguntando acerca de aquello.

«Todavía no te voy a explicar nada», pensó Kim.

—¿Y Jared?

En la cara de Eric se dibujó una mueca de repugnancia.

—A él no le interesa la pureza del juego. Se inventa fantasmas, asesinos en serie y escenas de crímenes. Se graba siguiendo pistas que él mismo ha colocado. Es repugnante.

—¿Repugnante por qué? Al fin y al cabo, es otra forma de entretenimiento —aseguró Kim.

—Pero es una farsa. Monta un espectáculo, actúa y la gente pica.

¿Cuántas veces habían sido testigos de una situación en la que una persona más joven que el resto se había introducido en una comunidad trayendo ideas nuevas y había puesto todo patas arriba,

trastocando el orden establecido? Las cosas cambiaban, evolucionaban. A veces mejoraban y otras veces no, pero algo era seguro: era imposible evitar que eso sucediera.

—¿Y no se puede coexistir en la misma plataforma, cubriendo sectores de mercados diferentes? —preguntó Bryant.

—Por supuesto que no. Un día de estos, Ryan me hará caso y lo expulsará de la página web. Alguien va a terminar haciéndose daño, y entonces él se va a arrepentir por no haberme escuchado.

—¿Por qué dice que alguien podría terminar haciéndose daño? —preguntó Kim, pensando que aquella había sido una afirmación extraña.

—Porque Jared es una persona imprudente. Anima a la gente a buscar en bosques oscuros, edificios abandonados y a veces inestables o cementerios en mitad de la noche. Coloca pistas en lugares peligrosos. Pero Ryan no quiere escuchar. Está disfrutando del aumento de suscriptores, porque cada vez hay más.

—¿Atraídos por las ocurrencias de Jared? —preguntó Kim intentando picarlo.

Eric respondió tensando la mandíbula. A la inspectora no debería haberle sorprendido que aquel hombre se hubiera dirigido al propietario de Seekers para que echara a su rival. ¿A qué más estaría dispuesto? ¿A hacerle daño a alguien y luego culpar a Jared de ello?

—Inspectora, ¿qué es exactamente lo que quiere preguntarme?

—Quiero saber hasta dónde sería usted capaz de llegar para demostrar que es el mejor.

—No tengo ni idea… —comenzó a responder el hombre, pero dejó de hablar cuando sonó el teléfono de Kim, que se alejó un poco para responder.

—Dime, Stace.

—Jefa, creo que ya sé cuál es el siguiente sitio al que tenéis que ir.

Capítulo 26

14:00

—Oye, Jack, ¿alguna vez has oído hablar de un vagabundo llamado Hipo? —preguntó Penn cuando entró en la comisaría.

Después de llegar a un callejón sin salida en las calles, había vuelto para preguntarles a algunos de sus compañeros si conocían a alguien con aquel nombre. ¿Y a quién podía preguntar mejor que a su irascible sargento de custodia?

Jack ni siquiera tuvo que rebuscar en su memoria para asentir. Genial; de haberlo sabido antes, Penn se habría ahorrado algo de tiempo.

—No es un mal tío. Tranquilo y educado, con problemas de salud mental, depresión, creo. No es de extrañar.

—Continúa —lo instó Penn. En ese momento, se aferraba a cualquier esperanza de haber identificado al sujeto correcto.

—El tal Hipo tiene unos setenta y cinco años, pero está bastante en forma y es robusto. Es difícil de creer cuando lo ves ahora, pero en los años ochenta era corredor de bolsa.

Penn sabía que no debía sorprenderle ese hecho. Todas las personas que vivían en la calle tenían una historia propia.

—Su nombre real es Anthony Parsons. Es un tipo inteligente y culto que vivía a lo grande. Tenía una casa estupenda, una mujer y dos hijos. Y entonces llegó la recesión. Los tipos de interés subieron hasta el catorce por ciento. Perdió su casa, a su mujer y a sus hijos. Se derrumbó por completo y los servicios sociales para adultos nunca pudieron controlar al hombre.

—¿Qué probabilidades crees que habría de que se fuera con un desconocido que le ofreciera comida caliente y una manta?

Jack asintió.

—Hipo lo haría sin pensárselo dos veces.

—¿Tienes la misma cantidad de información sobre todos los

vagabundos? —preguntó Penn.

—No, solo de los que se mean delante de los policías para que los metan en el calabozo para pasar la noche.

—¿Con qué frecuencia hace eso Hipo?

—Semanalmente, sobre todo los sábados por la noche si los refugios están llenos. Es extraño, nadie quiere pasar los sábados por la noche solo, ni siquiera…

—¿Estuvo aquí anoche? —le preguntó Penn, conteniendo la respiración. Si Hipo había estado en las celdas la noche anterior, él se iba a ver obligado a retroceder al punto de partida.

—Espera —dijo Jack, echándole un vistazo rápido al registro de actividades.

Con expresión de sorpresa, comenzó a mover la cabeza de lado a lado en señal de negación.

—No. Debió encontrar una cama caliente en otro sitio.

Penn le dio las gracias a Jack y se dirigió a la sala de la brigada. Cada vez parecía más probable que el Bufón tuviera a Hipo. Eso sí, Penn no sabía qué pretendía hacerle.

Capítulo 27

14:30

—Me da la sensación de que estás un pelín cabreada —dijo Bryant, deteniéndose en un paso de cebra.

—Justo cuando creo que estoy a punto de llegar a alguna parte, me obligan a olvidarme porque tengo que ir buscar otra puñetera pista.

—¿Crees que podíamos sacarle algo más a Eric Lane?

—Me hubiera gustado seguir metiéndole un poco el dedo en la llaga para averiguarlo —admitió Kim. Casi no tenían la oportunidad de profundizar en las cosas que iban descubriendo, pues, en cada ocasión, tenían que salir corriendo hacia la siguiente caja en cuanto sabían de su posible localización.

—Tenemos que jugar al mismo tiempo que investigamos, jefa. ¿Me recuerdas otra vez cómo era esa pista? —le pidió Bryant mientras se acercaban ya a su siguiente destino.

—«El líder cúbico se arrastra alrededor de Bonzo» —respondió Kim —. Y tenemos hasta las tres para encontrar la siguiente.

—Ah, pues sí, ahora lo veo clarísimo. No me puedo creer que no lo averiguáramos a la primera —afirmó, con un gesto irónico—. ¿Y cómo demonios ha vinculado eso Stacey con este lugar?

—«Cúbico» tiene que ver con el número tres, y hay muchos tipos de «líderes», como, por ejemplo, los aristocráticos. El tercer conde de Dudley fundó el zoológico de la ciudad en los años treinta. Hasta mediados de los noventa, el zoo tenía un gorila que se llamaba Bonzo.

—No sé cuánto le pagamos a Stace, pero no es suficiente —aseguró Bryant, entrando en el aparcamiento abarrotado.

Era mediodía de un domingo que se había quedado soleado; aquel lugar iba a estar a reventar de gente.

Bryant y Kim se dirigieron a los tornos de entrada y le mostraron sus identificaciones policiales a un adolescente de aspecto aburrido

que estaba mirando algo en su teléfono. La hora punta de entrada se habría producido horas atrás, lo que implicaba que, probablemente, habiendo ya miles de personas en el recinto, cualquier caja podría haberse contaminado.

—¿A dónde vamos? —preguntó Bryant.

—Piensa en la pista —respondió la inspectora, caminando hacia el panel informativo.

—Ah, «se arrastra»… ¿Al reptilario?

—Es probable que sea allí —dijo Kim, comprobando en el mapa que ese lugar tenía el número treinta y cuatro. La inspectora recordó que no había forma de llegar a ningún sitio del zoológico sin subir colinas o sortear escalones.

Se dirigió hacia la izquierda, dejando atrás la zona de atracciones y la entrada al telesilla. A continuación había un área de pícnic que estaba repleta de familias sentadas en los bancos y sobre el césped. Había un niño gritando como un poseso por la elección de los bocadillos.

—¿Rodeamos la colina o subimos unos escalones empinados junto a las suricatas? —preguntó Kim.

—Escalones —respondió Bryant—. Me encantan las suricatas.

Ella le lanzó una mirada fulminante; luego, ascendió por los escalones y giró hacia la izquierda.

—Yo miro dentro y tú echas un vistazo por el exterior —ordenó, entrando acto seguido en el reptilario.

El espacio oscuro estaba lleno de gente contemplando la gran variedad de serpientes, lagartos y otras criaturas más grandes y aterradoras. Kim estaba más interesada en registrar cada centímetro del suelo, especialmente las esquinas que quedaban ocultas por las piernas y los pies. Divisó algo un poco más adelante, en el suelo, junto al habitáculo de una criatura venenosa de algún tipo. Como no podía empujar a los niños para apartarlos de su camino, no tuvo más remedio que unirse a la multitud de espectadores y esperar hasta llegar al objeto.

Finalmente, cuando lo tocó con un pie, se agachó para cogerlo.

Era una fiambrera de Barbie y, por el peso, comprendió que no estaba vacía.

Se apartó del flujo de personas para abrirla. El hecho de que no fuera igual que la primera caja no significaba que aquello no fuera lo que estaban buscando. ¿Quién sabía de cuántas formas diferentes podría estar jugando aquel tipo con ellos? ¿Y quién podía saber qué podría haber ahí dentro en esa ocasión?

Levantó los cierres rosas de la caja, preparándose en silencio para el contenido que pudiera estar a punto de descubrir.

Contuvo la respiración.

Un golpecito en el hombro la sobresaltó.

Se giró.

Una mujer con una sudadera gris la estaba mirando, igual que también miraba la fiambrera abierta con una de sus manos extendidas.

A una niña con el rostro manchado de lágrimas se le iluminó la cara al ver la fiambrera. La mujer extendió aún más la mano.

—Lo siento —dijo Kim. Le devolvió de inmediato a la mujer la fiambrera, que contenía un bocadillo a medio comer y una manzana.

La mujer le lanzó una mirada de desprecio antes de coger de la mano a su hija y salir de aquel edificio.

Kim sintió el impulso de salir corriendo tras ella y explicarle que era policía y que no necesitaba robarle el almuerzo a una niña. Pero el hecho de escuchar la palabra «jefa» por encima del bullicio de las conversaciones le ahorró aquella explicación.

La inspectora buscó el camino para salir.

—Creo que la he encontrado —dijo Bryant, volviendo por el lateral del edificio.

Señaló hacia un montón de ortigas entre las que había algo metálico que resplandecía.

—Bien visto —reconoció ella.

—Le he tirado una piedrecita y ha tintineado.

Ella no lo culpó por no haber metido la mano allí. Era evidente que el tipo que buscaban lo habría colocado en el suelo y luego empujado entre las ortigas.

Kim estaba considerando la posibilidad de saltar entre las púas de las ortigas para sacar la caja de allí a patadas cuando un

adolescente vestido con un uniforme del zoológico se acercó hasta su posición, empujando un carrito de limpieza.

—¿Están bien? —preguntó con inseguridad, siendo consciente de que no había una razón lógica para que estuvieran en ese lugar, pero sin saber bien qué hacer al respecto.

—Ahora sí. Páseme esa escoba —instó la inspectora, extendiendo la mano.

El chico lo hizo sin preguntar después de que Bryant le mostrara su placa policial.

Kim se colocó lo más cerca que pudo de las ortigas y utilizó el extremo de la escoba para acercar la caja.

Como en la otra ocasión, se trataba de una caja metálica antigua para guardar dinero en efectivo y no había llave en la cerradura. Kim le devolvió la escoba al empleado y le indicó que se marchara.

Una vez fuera de su vista, abrió con cuidado la tapa.

—¡Dios mío! —exclamó al ver que contenía otro dictáfono, otra tarjeta y otro sobre blanco pequeño de papelería. Esta vez, la sangre de lo que hubiera dentro del sobre había empapado el papel por fuera.

Kim abrió el sobre con cautela.

—¡Mierda! —dijo al ver unos dientes que parecían haber sido arrancados de forma brutal.

Contó cinco dientes, una mezcla de molares e incisivos. Se estremeció al pensar en el dolor que tuvo que haber soportado la persona a la que se los hubieran arrancado.

La inspectora cerró el sobre y centró su atención en el dictáfono.

—Reprodúcelo —le exigió Kim a su compañero, sabiendo exactamente lo que iban a oír, pero sin tener otra opción que hacerlo.

Bryant pulsó el botón y la reproducción comenzó.

Los dos hicieron un esfuerzo por escuchar algo, pero no hubo nada hasta que un pequeño sonido agudo rompió el silencio. Se miraron con el ceño fruncido. Dos segundos y el ruido volvió a oírse. Dos segundos, ruido; dos segundos, ruido.

—¿Es un tipo de clic o algo así? —preguntó Bryant.

Kim le mandó callar, pero también se estaba preguntando si se

trataría de alguna clase de herramienta que se estaba preparando para la tortura.

El ruido se detuvo cuando comenzaron los gritos.

El sonido del primero golpeó a Kim directamente en el estómago. Los gritos eran agonizantes, aterradores y desesperados. Estaban llenos de terror.

La tortura duró por lo menos siete minutos, momento en el que la grabación finalizó.

—Jefa, te lo digo de verdad, estoy loco por ponerle las manos encima a ese cabrón.

Kim estuvo completamente de acuerdo con eso.

Cuando acudían a la escena de un crimen, por horrible que fuera, el dolor ya había desaparecido. Ya había pasado lo que fuera que le hubieran hecho a la víctima, y ellos no podían haberlo evitado de ningún modo. En aquel caso, sin embargo, la acción parecía seguir estando en curso, y la única esperanza que tenían de detenerla era hacer lo que aquel psicópata quería que hicieran.

Bryant volvió a pulsar el botón para reproducir el contenido del dictáfono.

—No…

—Solo la primera parte —dijo, escuchando el sonido rítmico que había antes de los gritos.

El sargento detuvo la reproducción antes de que comenzaran los gritos, rebobinó y volvió a ponerla.

—Jefa, estoy a punto de decir algo muy muy estúpido.

—Eso no suele detenerte.

—Me parece el sonido de alguien con hipo.

—Bryant…

—Lo sé, pero solo te lo comento.

El hombre tenía derecho a dar su opinión, pero, como aquella observación no tenía ningún sentido, ella decidió ignorarla. Todo lo que hacía aquel psicópata tenía algún tipo de significado, y ella estaba segura de que eso no lo tenía.

Kim volvió a pensar en su reciente encuentro con Eric Lane. En apariencia, parecía un tipo sólido, estable, respetable, tal vez incluso un poco formal, pero ella sabía por experiencia que las apariencias

podían ser engañosas. ¿Sería Eric capaz de infligirle a alguien un nivel de tortura como el que estaban escuchando? A la inspectora le hubiera gustado tener más tiempo para averiguarlo, pero de nuevo se encontraban en una carrera contrarreloj.

—¿Cuál es la siguiente pista? —preguntó, sacando su teléfono.

—«Puede que esto sea un capricho. Suban alto h4st4 que vea la cima ennegrecida. Encuentren la siguiente antes de las nueve de la noche o…».

—Llama a Stace y léele la pista mientras yo intento contactar con Mitch.

Bryant se alejó con la tarjeta mientras ella buscaba el número de contacto del técnico forense.

Kim comprobó que su llamada dio tono, pero al final saltó el buzón de voz.

No, no quería dejar ningún mensaje, muchas gracias. Quería hablar con Mitch para quedar con él.

La segunda vez que lo llamó, le saltó directamente el buzón de voz.

«Ah, ¿así es como quieres hacer las cosas?», pensó Kim.

—¿Hecho? —le preguntó a Bryant cuando este terminó de hablar con Stacey.

Él asintió con la cabeza.

—Genial. Oye, ¿dónde dijo Stacey que a Mitch le gusta ir a comer los domingos?

Capítulo 28

15:00

Stacey leyó un par de veces las palabras que había escrito y luego las recitó en voz alta. Estaba contenta por tener que ponerse a trabajar en la siguiente pista. Había estado buscando en todas las páginas web de *geocaching* que había podido encontrar con la esperanza de dar con alguna referencia del Bufón, pero no había tenido suerte. Penn había tenido la gentileza de salir a comprar algo para picar antes de que cerrara el supermercado.

—«Puede que esto sea un capricho. Suban alto h4st4 que vea la cima ennegrecida».

—¿Qué dices? —preguntó Penn.

—Es la siguiente pista. Nos la han dejado junto con unos dientes arrancados de forma brutal y otro dictáfono que contenía la grabación de la tortura.

Stacey se detuvo y miró a Frost.

—¿Estás bien? —le preguntó. La periodista parecía haberse quedado blanca.

—No sigas —respondió esta, haciendo un gesto con la mano—. Tengo fobia total a los dentistas. Solo puedo ir a las revisiones si me sedan.

—Ah, vale —dijo Stacey, temiéndose que la mujer fuera a irse al baño más cercano para vomitar si le describía un solo detalle más. Eso sí, se guardó aquella información, segura de que a la jefa le podría venir muy bien tener conocimiento de aquello para cuando quisiera quitarse de encima a la periodista.

Stacey le pasó a Penn las palabras que había anotado.

—¿Quieres echarles un vistazo mientras contacto con el zoológico para preguntarles por las cámaras de seguridad?

—Sí, porque de todos modos no puedo hacer nada más por nuestra víctima.

—Ya… Bryant cree que en la grabación se escuchaba un sonido parecido al hipo de una persona. La jefa le ha dicho que…

—¿Estás segura? —le interrumpió Penn.

Ella se encogió de hombros.

—Eso es lo que ha dicho Bryant. ¿Por qué lo preguntas?

—«Hipo» es el apodo del tipo al que llevo rastreando toda la mañana.

—Pero ¿qué más puedes hacer? —preguntó Stacey, al ver la tensión en el rostro de Penn—. Quizá terminemos sabiendo que es el hombre al que nuestro psicópata ha secuestrado, pero será imposible averiguar de dónde se lo llevó. Tus fuentes no son muy fiables.

—Soy consciente de ello. Pero ¿quién cojones se cree este cabrón que es? —se preguntó un enfurecido Penn—. ¿Cómo es posible que piense que puede coger a una persona que vive en la calle y hacer lo que le dé la gana con ella?

—Para él, es desechable —sugirió Frost—. No considera que la vida de ese hombre sea importante o valiosa, así que no es una gran pérdida.

—¿Y eso no nos está diciendo algo? —preguntó Stacey, pensando en todas las conversaciones que había tenido con su amiga Alison, la psicóloga conductista.

Penn y Frost permanecieron callados.

—Podría indicar que tiene en cuenta el conjunto de la situación, que no quiere afectar a demasiadas personas. Solo estoy divagando, pero creo que, en su mente, ha decidido que, si va a arrebatarle la vida a alguien, lo hará tratando de herir al menor número posible de personas. Además, nos ha cargado a nosotros con la obligación y la responsabilidad de encontrar a Hipo antes de que sea demasiado tarde. Si le pasa algo al hombre, no será culpa suya, sino nuestra.

—Pero ¿y qué me cuentas de la tortura? —preguntó Penn.

—A ver, que yo no estoy diciendo que nuestro psicópata sea un angelito. Lo que intento decir es que no creo que su principal motivación sea matar. Se trata del juego en sí. Se ha visto obligado a subir al máximo su apuesta, a hacernos ver que lo que está en juego es muy importante, y esta es la única forma que tiene de llamar

nuestra atención. —Hizo una pausa—. Incluso me atrevería a decir que este hombre nunca ha matado a nadie con anterioridad.

Penn negó con la cabeza.

—No estoy convencido. Cualquiera que sea capaz de arrancarle las uñas y los dientes a un hombre indefenso es capaz de mucho más.

Stacey abrió la boca para discutírselo, pero Penn cogió sus auriculares, indicando que abandonaba la conversación.

Ella suspiró profundamente y volvió a concentrarse en su pantalla.

A Penn no le quedaba otra que esperar que Stacey tuviera razón. De ser así, al menos a Hipo aún le quedaba alguna oportunidad.

Capítulo 29

15:30

El Dudley Arms estaba situado en la carretera de Wolverhampton, en Himley, y era famoso por ser uno de los mejores lugares para disfrutar de un buen almuerzo dominical en el Black Country.

Kim pensó que muchos clientes creían exactamente eso al entrar en el local y encontrarse con un ambiente de satisfacción general.

Ya había concluido una siempre concurrida hora del almuerzo, y los camareros estaban retirando bandejas de comida. El olor a carne y verduras aún perduraba en el aire y le dio a Kim una sacudida en el estómago, pues ella no había consumido más que una pasta pequeña que no la había llenado en absoluto.

En cuanto terminara lo que había ido a hacer allí, llamaría a Luigi, justo en el límite de Halesowen, para pedir algo de comida. Estaba bastante segura de que el resto de su equipo tampoco habría comido nada.

La inspectora se fue abriendo paso entre la atmósfera de bienestar propia de un momento como aquel hasta que encontró a quien buscaba.

—Hola, Mitch, qué casualidad verte aquí —dijo mientras le daba al técnico forense palmadas en el hombro.

La mirada de sorpresa en el rostro del hombre se asemejaba a la de ira que reflejaba el de su mujer, que enseguida había comprendido quién era ella.

—Encantada de conocerla —dijo Kim amablemente, en un intento por rebajar la tensión y ganársela.

Pero no funcionó. La mujer miró a su marido para que actuara de forma rápida y con determinación.

—Inspectora, no puede ser verdad, tienes que estar…

—Ha habido novedades —dijo Kim, arrastrando un taburete de la

mesa contigua que se acababa de quedar vacío—. He intentado llamarte, pero la cobertura aquí debe ser pésima.

—No, te he colgado voluntariamente.

—Ya da igual —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Ahora estoy aquí.

—No puedo imaginarme siquiera cómo me has encontrado en este sitio, pero estás perdiendo el tiempo, inspectora. Mañana le echaré un vistazo a lo que tengas. Ahora, por favor, déjanos disfrutar del resto del fin de semana.

La mirada de su mujer indicaba que le habría gustado que su marido hubiera ofrecido una respuesta mucho más contundente que aquella.

—Tenemos unos dientes —dijo Kim, sacando el sobre de un bolsillo de su chaqueta, contenido en una bolsa de plástico para pruebas—. ¿Quieres verlos? —preguntó, mostrándole el sobre empapado de sangre a su mujer.

Ella arrugó la nariz del asco antes de volver a mirar a su marido con dureza.

Kim le entregó la bolsa a Mitch, quien, a pesar de su expresión furiosa, echó un vistazo al interior del sobre.

El forense se estremeció como si se hubiera imaginado por un instante las acciones que habían sido necesarias para arrancar aquellos dientes.

—Tenemos la grabación —dijo Kim—. Es horrible.

Mitch negó con la cabeza.

—No sé muy bien qué es lo que quieres de mí.

—Primero, quiero saber si los dientes pertenecen a la misma persona que las uñas. Luego, me gustaría saber qué se utilizó para extraerlos y, por último, querría averiguar si hay alguna pista en la caja, el sobre o la cinta que nos ayude a encontrar a ese cabrón antes de que empecemos a recibir partes del cuerpo de la víctima sin las cuales no puede vivir.

Kim sonrió rápidamente a la mujer de Mitch antes de volverse hacia él.

—En realidad, tampoco es mucho. Podrías estar en casa a la hora de merendar.

—Mitch, es fin de semana —se quejó la mujer.

—Lo sé, cariño, pero es que…

—Si lo haces, Mitch, no te molestes en volver a casa.

Kim comprendió que el hombre se encontraba entre la espada y la pared. Era hora de echarle una mano y calmar los ánimos.

La inspectora se giró hacia la mujer.

—No nos conocemos, señora Mitch, pero le voy a explicar lo que está sucediendo. A una persona sin hogar, vulnerable y desesperada, la han secuestrado en la calle, usando como cebo la promesa de una comida caliente. —Hizo una pausa para mirar alrededor del *pub*—. Nos hemos visto envueltos en una carrera contrarreloj para intentar salvar la vida de esa persona. Parece estar sufriendo en estos momentos, ya que le han arrancado las uñas y los dientes de forma violenta y brutal. Su marido tiene tanto la habilidad como la tecnología necesarias para ayudarnos a encontrar a ese pobre hombre y poner fin a su sufrimiento. Si no es capaz de entenderlo, señora, debería darle vergüenza.

Capítulo 30

15:50

—Bueno, pues Mitch va de camino al laboratorio con los dientes —dijo Stacey tras terminar la llamada con Kim—. Y creo que la jefa está disculpándose con Bryant por todo el asunto de Hipo.

—No creo que eso sea muy probable —murmuró Frost entre dientes sin apartar la vista del ordenador.

Era evidente que la periodista estaba escuchando en todo momento. Aunque se suponía que debía estar revisando a fondo todos sus artículos para averiguar por qué aquel psicópata la había elegido a ella como recadera de sus mensajes, Stacey daba por hecho que la mujer estaba tomando notas de todas las conversaciones que escuchaba para utilizarlas en algún momento futuro.

A Stacey le recordaba aquello a esas personas que tenían como mascota a animales exóticos salvajes. Nunca era buena idea confiar en ellos plenamente.

Al pensar en animales, Stacey revisó la bandeja de entrada de su correo. Habían pasado veinte minutos desde que había hablado con el encargado de seguridad del zoológico de Dudley, y la conversación había sido toda una odisea.

Después de explicarle que no le interesaban las cámaras web que grababan a los tigres de Sumatra o a los lémures en su hábitat forestal, el hombre por fin comprendió que lo que ella necesitaba era acceder a las grabaciones de cualquier cámara de seguridad que tuvieran cerca del reptilario.

El encargado de seguridad le explicó que tenían una cámara estática en la entrada y otra en la bifurcación del camino que conducía al edificio. La ayudante de detective le pidió las grabaciones de ambas cámaras, desde la hora de apertura del zoo hasta las dos y media de la tarde, que era cuando la jefa había

estado allí. El hecho de que la caja estuviera seca y hubiera habido un fuerte chaparrón alrededor de las diez de la mañana indicaba que quien hubiera colocado la caja lo había hecho aquel mismo día. ¿Podría Ryan Douglas haber tenido tiempo para llegar desde Telford después de hablar con la jefa? ¿Podría Eric Lane haberla colocado y haber llegado a casa antes de que Kim y Bryant fueran a visitarlo? Ambas cosas eran factibles, pero Stacey también contemplaría cualquier otra opción mientras veía las imágenes.

Como si desearlo bastara para que ocurriera, su bandeja emitió el sonido característico de un nuevo correo que contenía un archivo multimedia y al que acompañaba un mensaje corto.

Más información próximamente.

Stacey hizo clic para abrirlo y descubrió que le acababan de mandar las imágenes de la cámara de la bifurcación del camino. Tal y como había solicitado, el intervalo de tiempo abarcaba desde las diez de la mañana hasta las dos y media de la tarde.

Stacey suspiró al darse cuenta de la tarea que tenía por delante y de que lo más probable era que no obtuviera ningún resultado. Cualquier persona con una mochila podría llevar en ella una caja oculta, y la ayudante de detective no podría verla. Además, tardaría cuatro horas y media en tiempo real ver todo el vídeo para que no se le escapara ninguna opción de pillar al sospechoso in fraganti.

A los pocos segundos de comenzar la grabación, los visitantes empezaron a pasar por delante de la cámara. Las familias se detenían en la bifurcación para decidir qué dirección tomar. Los niños tiraban de las manos, las chaquetas o cualquier cosa a su alcance para guiar a los adultos por el camino que querían seguir, y todos y cada uno de los padres parecía obedecerlos. Excepto una madre. Una mujer sola con un cochecito y un niño de unos siete años se detuvo justo delante de la cámara para echarle al niño una buena bronca por intentar tirar de ella hacia la izquierda cuando ella estaba decidida a ir hacia la derecha.

Stacey sonrió cuando desaparecieron de su vista y a continuación pasó una familia con más niños de los que ella podía contar.

Continuó examinando las pertenencias de todas las personas que iban apareciendo en la grabación, pero prestaba más atención a los hombres que iban solos. No había muchos, y muy pocos de ellos llevaban algo lo bastante grande como para guardar la caja. A medida que la avalancha inicial disminuía, aceleró la grabación y solo la detuvo cuando aparecía una persona de interés o una familia con mochilas.

Stacey no pudo evitar asombrarse ante el número de padres que se limitaban a seguir a sus hijos hacia donde ellos querían ir. Cuando era niña, ella siempre iba agarrada de la mano de su madre, y tenía que ir a donde ella le decía.

El reloj de la grabación se acercaba a la una de la tarde y Stacey tuvo la sensación de que tenía que haber pasado algo por alto. Aquel psicópata no podía saber cuánto tiempo iban a tardar en resolver la pista anterior, así que seguro que se había cerciorado de que la caja estuviera colocada en su lugar con tiempo de sobra.

Stacey volvió al principio de la grabación. Tenía que haber algo que le diera una pista por la que poder empezar.

Vio pasar de nuevo a las mismas personas por delante de la cámara, pero esta vez se fijó en sus expresiones faciales, su agilidad al desplazarse, su postura y su comportamiento.

Otra vez aparecieron en su pantalla la mujer con el cochecito y el niño, y ella ralentizó las imágenes. El niño ya estaba señalando hacia la izquierda cuando entraron en el plano, y su madre ya negaba con la cabeza. El niño se volvía cada vez más beligerante, pero ella mantenía una expresión decidida.

¿Por qué estaba tan empeñada en dirigirse hacia el reptilario cuando era obvio que su hijo quería ir en la otra dirección?

La mujer se apartó un poco del cochecito para reprender al niño, y Stacey hizo *zoom* en la bandeja que había en la parte inferior del carrito.

Había una mochila, una manta doblada y, debajo, lo que parecía ser una caja metálica brillante.

Capítulo 31

16:10

—No eres capaz de decirlo, ¿verdad? —le preguntó Bryant a Kim cuando se acercaban a la dirección de Jared Truss—. Te he dado tiempo de sobra, pero no te salen las palabras.

—¿Qué quieres que te diga exactamente?

—Me gustaría escuchar: «Bryant, te pido mis más sinceras disculpas por haber desestimado tu observación sobre el ruido que se escuchaba en la cinta y en el futuro me voy a esforzar por valorar tus aportaciones y tratarlas con más respeto».

—Pues sí, tienes razón —dijo Kim.

—¿La tengo?

—Sí, es verdad. Esas palabras nunca saldrán de mi boca.

Bryant movió la cabeza de lado a lado en un gesto de desesperación mientras aparcaba frente a un bungaló en la urbanización New Pool, en Cradley Heath. La casa parecía no encajar con un *youtuber* de veinticinco años.

Kim y Bryant estaban a punto de hablar con la némesis de Eric Lane, su mayor rival por ser el número uno de la página web Seekers. A Kim le interesaba mucho saber si Jared tenía la misma animadversión por Eric que la que Eric sentía por él. Solo así podría evaluar si aquel enfrentamiento particular se había desmadrado por completo.

Una mujer que parecía tener unos setenta y cinco años les abrió la puerta.

—¿Es esta la dirección en la que vive Jared Truss?

Una sonrisa iluminó el rostro de la mujer al instante.

—Sí, sí, Jared vive aquí —respondió. Enseguida, una sombra se cernió sobre su expresión.

Kim se imaginó que ellos no parecían los visitantes habituales que recibía su nieto.

La mujer se giró para llamarlo, pero él ya había aparecido por la entradilla de la casa.

—¿Todo bien, señora H? —preguntó, colocándose tras ella como para sentirse protegido.

Ella se giró hacia él.

—Creo que son policías —dijo en el susurro más alto que Kim había oído en toda su vida.

—Entonces, deben haber venido por usted, no por mí, señora H —bromeó él.

La mujer se rio antes de alejarse.

—Llámame si me necesitas —dijo, guiñándole el ojo.

—Por supuesto que lo haré —respondió el chico antes de volver a centrar su atención en Kim y Bryant.

—¿Es su abuela? —preguntó ella.

—Es mi casera —respondió él, sin invitarlos aún a entrar.

—¿Hay algún lugar en el que podamos hablar tranquilamente?

El joven dudó, pero, al final, les hizo un gesto con la cabeza para que pasaran.

Lo siguieron por un pasillo decorado con gusto hasta una habitación que había al final del mismo. Una sombra detrás de una de las puertas de cristal indicaba, de forma obvia, que la señora H andaba cerca de ellos.

Entrar en la habitación de Jared era como hacerlo en una casa diferente por completo. Lo primero que Kim dedujo fue que probablemente se trataba del dormitorio principal y que el espacio se había aprovechado al máximo. Había un escritorio que se extendía por dos paredes y que tenía mucha más presencia en la habitación que la cama individual, que era un poco más grande de lo normal. El espacio estaba repleto de tecnología: pantallas de ordenador, cámaras, videocámaras, elementos de iluminación, micrófonos… Era como si MediaMarkt hubiera vomitado sobre su escritorio. En una de las paredes tras el escritorio había una serie de montajes fotográficos y, en su extremo izquierdo, un letrero de neón con su nombre. Kim se imaginó que ese sería el fondo que empleaba para sus vídeos en directo.

La inspectora se sorprendió al ver que el suelo y el resto de las

superficies estaban despejados.

Jared se sentó en el sillón de estilo *gamer*, obligándoles a ella y a Bryant a sentarse en la cama.

—Entonces, ¿la señora H y usted no son parientes? —preguntó Kim, tomándose un minuto para evaluarlo un poco.

Con su pelo negro cortado con estilo y sus ojos azules, el chico era lo que ella consideraba un guaperas. Dios había decidido darle unos rasgos que le iban a abrir puertas durante toda su vida. Vestía vaqueros y camiseta y parecía un joven de unos veinticinco años completamente normal.

—No somos familia, pero cuidamos el uno del otro.

—¿A qué se refiere? —preguntó Bryant.

—La señora H se siente más segura conmigo en la casa, y a mí me gusta más su comida que la mía.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Kim, intrigada. En aquel momento no estaba segura de cuál de los dos salía ganando con la convivencia.

—A la antigua usanza —respondió él.

—¿Una tarjeta en la ventanilla de un quiosco? —preguntó Bryant.

Jared frunció el ceño, como si no tuviera ni idea de a qué se refería el sargento.

—Eh… No, en la web de Craigslist.

Kim estaba convencida de que Bryant se estaría preguntando cuándo se había convertido Craigslist en la «antigua usanza».

—Estamos aquí en relación con su afición, señor Truss —dijo Kim.

—Por favor, llámeme Jared. Están sentados en mi dormitorio.

Kim aceptó la intimidad prematura y continuó.

—¿Le gusta pasar tiempo en una página web llamada Seekers?

—Entre otras, sí, pero esa es la mejor.

—Usted es bastante famoso en esa página —observó ella.

Él se encogió de hombros, delatando de forma evidente que era consciente de ello.

—Mucha gente sigue sus acertijos.

Jared volvió a encogerse de hombros, pero esta vez lo acompañó con los primeros indicios de una sonrisa o una mueca. Kim no supo distinguir muy bien de cuál de las dos cosas se trataba.

—Tanto que está alterando un poco el orden establecido, ¿no?

La sonrisa desapareció de la cara del chico.

—Eric Lane es un completo idiota.

No había hecho falta que le explicaran a quién se refería Kim.

—Están muy igualados en las clasificaciones, pero usted hace las cosas de forma muy diferente.

—Ese estúpido es un purista. Quiere que los acertijos sean como siempre fueron, le gusta lo tradicional. Eso ya pasó de moda. La gente quiere algo un poco más emocionante. Quieren seguir las pistas de un crimen, quieren que los lleven hasta el lugar donde ocurrió algo terrible. Quieren terror, fantasmas, sangre, emoción.

—¿Y usted les ofrece eso?

—Si me lo está preguntando, es que no ha visto ninguno de mis vídeos. ¿Quiere ver uno? —preguntó, girándose hacia su ordenador.

—No, gracias, solo explíqueme lo que hace.

—Me grabo por la noche en el bosque, cerca de lagos, en lugares oscuros que dan miedo, y busco huesos, charcos de sangre, muñecas desfiguradas, crucifijos, sogas…

El chico estaba cada vez más animado.

—Entonces, ¿de quién son los acertijos que usted sigue? —preguntó Kim.

El chico la miró como si eso fuera algo obvio.

—Los míos propios.

Aunque a Kim no le había caído especialmente bien Eric Lane, empezaba a comprender qué era lo que a ese hombre le molestaba del chico que ahora tenían delante.

Eric Lane creaba acertijos y luego seguía otros creados por otras personas. Era un intercambio de gente que creaba y seguía pistas. La inteligencia y la astucia se enfrentaban en igualdad de condiciones. Pero Jared Truss era un artista solitario.

—Yo me dedico a divertir a los demás, soy un artista del entretenimiento —dijo como si Kim le hubiera leído el pensamiento —. No voy a mentirles. Quiero suscriptores para mi canal. Quiero seguidores. Quiero patrocinadores. Y solo puedo conseguir todo eso si soy el mejor en lo que hago.

—Entonces, ¿la competencia entre ustedes dos es real?

—Por supuesto. No voy a permitir que un viejo se interponga en mis planes.

Había una severidad en las palabras de Jared que antes no estaba presente.

Kim se sintió frustrada. Había conocido a dos personas que utilizaban la página de Seekers por diferentes motivos. Ambos eran sospechosos potenciales y ella no podía hacer nada. No podía obtener órdenes judiciales ni tampoco interrogarlos porque, en ese momento, ni siquiera podía demostrar que se hubiera cometido un delito. De haber tenido la opción, habría abordado a Jared con un poco más de contundencia. El interés de aquel chico por lo macabro podría ser un indicador de que no le importaría recurrir a la tortura para ganar a Eric Lane y también para darse publicidad. No había duda de que aquel chico quería su minuto de fama.

Solo le quedaba una pregunta más por hacerle.

—¿Y qué estaría usted dispuesto a hacer para conseguir lo que quiere, Jared?

—Lo que haga falta, agente. Lo que sea necesario.

Capítulo 32

16:30

—¿Alguien puede quitar esa *pizza* de mi vista, por favor? —suplicó Stacey cuando un tercer trozo de la misma comenzó a tentarla.

Cuando la jefa pedía comida, sabía cómo cuidar de su equipo. No había menús de supermercado ni hamburguesas de restaurante de comida rápida. Las *pizzas*, las lasañas y los canelones que traía Luigi eran caseros, recién hechos y deliciosos.

—Voy a ponerla con el resto —dijo Penn, que cogió la caja de *pizza* del escritorio y la llevó a la pequeña cocina contigua.

Por suerte, la segunda grabación del zoológico de Dudley había llegado mientras Stacey devoraba la *pizza* margarita.

Ahora que ya tenía una sospecha sobre quién había dejado allí la caja, quería obtener un mejor ángulo de lo que había debajo del cochecito y, lo que era más importante, saber la hora exacta en la que la mujer había entrado en el zoo.

La verdad era que la silueta que había visto dirigirse hacia el reptilario no era lo que ella se había imaginado, pero, si algo le había enseñado su trabajo, era que las apariencias no significaban nada. Algunos de los peores asesinos con los que se había encontrado en su carrera no destacarían entre ninguna multitud.

Aún no le había contado su hallazgo a Penn, pues, a diferencia de su compañero, ella todavía se aferraba a la esperanza de que pudieran salvar a Hipo antes de que sufriera más daños. Por muy dolorosa que hubiera sido la tortura a la que lo habían sometido, aún no le había sucedido nada que no tuviera solución.

Stacey reprodujo la grabación y encontró el momento exacto en que la mujer abandonó la fila de acceso.

Anotó los detalles y volvió a llamar al zoológico.

Travis, el tipo de seguridad, respondió al número que le había dado a la ayudante de detective anteriormente.

—Soy yo otra vez —dijo Stacey—. Y necesito más ayuda. No sé si es usted la persona adecuada para obtenerla, pero de momento no me ha fallado.

—Dispare —respondió el hombre, con el tono de voz de una persona que estaba teniendo un día tranquilo.

—Esta mañana ha entrado en el zoológico una mujer a las diez y diecinueve minutos, a través del acceso A. Necesito saber si pagó en efectivo o con tarjeta. Lo entiendo perfectamente si no puede ayudarme con eso, pero necesito esa información con urgencia.

El hombre dudó.

—Podría estar ayudando a salvar la vida de una persona.

Más vacilación.

—Espere un momento —dijo antes de que la línea se quedara en silencio.

Penn había desviado su atención de la pista que estaba investigando hacia la conversación de Stacey.

Ella tamborileaba con los dedos mientras esperaba.

Y esperaba…

Cinco minutos más tarde, el hombre volvió al teléfono.

—De acuerdo, el gerente dice que no estoy infringiendo ninguna ley de protección de datos al decirle que sí, que una mujer utilizó una tarjeta de débito para entrar en el zoológico exactamente a esa hora, pero lo único que puedo darle es su nombre.

—Eso es lo único que necesito, Travis. Lo único que necesito.

Capítulo 33

16:50

—Te juro por Dios que si Stacey alguna vez quisiera hacer más trabajo de campo, estaríamos bien jodidos —afirmó Kim mientras Bryant aparcaba frente al primer bloque de viviendas sociales de dos plantas del barrio de Hollytree.

Kim no podía entrar en aquella zona sin estremecerse. No solo porque fuera un pozo de inmundicia que reunía a lo peor de la humanidad, ni tampoco porque la adicción a las drogas, el crimen y las bandas organizadas hubieran destruido cualquier atisbo de esperanza que quedara en aquel barrio. El estremecimiento era más bien una reacción física involuntaria causada por el hecho de volver al lugar donde le habían arrebatado lo más importante de su vida. Nunca visitaría aquel sitio sin recordar la sensación del contacto de su cuerpo con el de su hermano gemelo mientras él se moría poco a poco de inanición.

Pero en aquellos momentos había vuelto allí porque uno de los miembros de su equipo era absolutamente brillante. Stacey había conseguido convertir una pequeña semilla de información en un jardín completo, un jardín que incluía la dirección de la mujer que había dejado la caja en el zoológico de Dudley.

Kim llamó a la puerta de la segunda vivienda de la fila.

Cuando dicha puerta se abrió, Kim vio el cochecito plegado contra la pared y, colgada sobre él, la chaqueta rosa que aparecía en la imagen de la cámara de seguridad que Stacey les había enviado.

—¿Joanne Deary?

La mujer que les había abierto asintió y Kim supo enseguida que no llevaba mucho tiempo viviendo en Hollytree. Aquel lugar inculcaba un sentimiento de odio hacia la policía, y las expresiones en los rostros de la mayoría de aquellos que llevaban tiempo viviendo en el barrio reflejaban asco y desprecio.

—¿Podríamos pasar? —preguntó Kim mientras ambos mostraban sus identificaciones policiales.

Joanne dudó, pero terminó haciéndose a un lado. Otro indicio de que era nueva en el barrio. Casi ningún otro residente les habría permitido pasar del umbral de la puerta.

Kim y Bryant entraron y se colocaron entre la puerta y el cochecito; sintieron la presión sofocante de la casa casi de inmediato.

Aquella parte de las viviendas sociales adosadas de dos plantas contaba con un pasillo exterior de hormigón que sostenía el pasillo del piso superior, lo que volvía el espacio oscuro y claustrofóbico.

—¿Podemos hablar aquí? —preguntó Joanne, abriendo la puerta de la cocina—. Los niños están durmiendo.

Kim conocía aquellas propiedades lo bastante como para estar segura de que al entrar en la cocina se iban a encontrar una mesa pequeña apoyada contra la pared, justo a la izquierda de la puerta. El espacio no permitía que se colocara en ningún otro sitio.

Bryant entró en la cocina y se situó en la esquina más alejada. Kim ocupó una de las sillas y evaluó a la mujer y el entorno que la rodeaba.

La inspectora no juzgó el hecho de que el fregadero y las encimeras estuvieran llenos de platos y cubiertos de plástico, que el suelo estuviera repleto de migas o que hubiera comida en las puertas de los armarios y no se hubiera limpiado. Ya sabía que Joanne Deary vivía sola con los niños.

—Hemos ido al zoo —dijo, como estuviera leyéndole la mente a Kim—. Aún no he tenido tiempo de limpiar.

Y ese fue el momento en el que Kim supo que aquella mujer no era el o la psicópata que buscaban. Era una mujer con dos hijos pequeños a su cargo que simplemente intentaba hacer lo que estaba en su mano para sobrevivir y salir adelante. ¿Cómo podía juzgar a una persona que, aunque probablemente estuviera agotada y al límite, había decidido llevar a sus hijos a pasar el día fuera de casa y preocuparse del desorden más tarde?

—Ya sabemos que ha estado en el zoológico —dijo Kim, y luego, para asegurarse de que estaba en lo cierto, añadió—: pero ¿no ha ido el señor Deary con usted?

—¿Cómo lo saben? —preguntó la mujer con recelo.

Kim no dijo nada.

—No hay ningún señor Deary. Bueno, sí que lo hay, pero no sé dónde está.

La inspectora siguió esperando.

—El covid —explicó Joanne—. Y no, no murió por eso. Pero el virus acabó con nuestro matrimonio. Él es chef. Le concedieron una suspensión temporal del trabajo. Se dio cuenta de que no le gustaban tanto sus hijos después de estar encerrado con ellos día y noche. Se fue a Brighton, creo.

Ah, eso explicaba muchas cosas. Kim supuso que el cambio en el volumen de ingresos habría obligado a aquella mujer a mudarse y que se encontraba a expensas de la vivienda social.

—Esto no es para siempre —dijo, señalando el espacio a su alrededor—. Solo hasta que me organice un poco.

—¿No tiene familia por aquí cerca? —preguntó Kim.

Hubo una ligera vacilación antes de responder.

—La verdad es que no.

Kim decidió no indagar más. Aquel no era el motivo de su visita.

—¿Dejó usted una caja en el reptilario del zoo esta mañana? —preguntó Kim.

El hecho de que la mujer no fuera la psicópata no significaba que no pudieran averiguar algo. Quizá Joanne supiera incluso quién era ese psicópata que buscaban.

Joanne asintió.

—No he infringido ninguna ley, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Pero necesito hacerle un par de preguntas al respecto.

—De acuerdo.

—¿Le dio alguien la caja para que la pusiera allí? —preguntó Kim.

Joanne negó con la cabeza.

—Era parte de un recorrido.

—¿Es algo que hace a menudo?

—Un par de veces al mes. Después de que Drew desapareciera, tuve que inventarme formas de mantener ocupado a mi hijo mayor mientras le daba un poco el aire. Mi tío me lo sugirió y a mi hijo le

encanta. Sin embargo, solo hacemos los más sencillos. Y solo los hago en los sitios en los que hay mucha gente alrededor.

—¿Usa la página web de Seekers?

Joanne asintió.

—¿Y cómo supo de esta caja?

—Recibo una notificación cuando se crea un nuevo recorrido.

Kim tomó nota mental de aquello para hablar con Stacey, que se suponía que debía estar controlando la página web.

—¿Y qué decía?

—No recuerdo las palabras exactas, pero había una pista críptica que indicaba dónde localizar la caja y dónde había que dejarla luego. Además, contenía la promesa de una recompensa.

—¿Cuál era el punto de recogida? —preguntó Kim. El tipo tendría que cometer un desliz en algún momento y revelar su identidad.

—Estaba detrás del contenedor del aparcamiento del zoo. No era difícil de encontrar, pero llegué justo antes que otras dos familias.

A Kim todavía le sorprendía que aquella afición fuera tan popular, porque jamás había oído hablar de ella.

—¿Miró dentro de la caja?

Joanne negó con la cabeza.

—No, hay que seguir las instrucciones.

—¿Y la recompensa? —preguntó Kim.

—Ochenta libras. Suficiente para que pudiéramos entrar en el zoológico y disfrutar de un almuerzo de lujo en The Oak Kitchen —dijo con una amplia sonrisa—. Los niños lo han disfrutado de principio a fin.

Y la mujer estaba visiblemente emocionada, casi eufórica, por haber podido ofrecer a sus hijos un día tan estupendo.

—¿Puede contarme cómo habían dejado el dinero? —preguntó Kim.

—En un sobre de plástico transparente. Ya sabe, como el *ticket* de un aparcamiento.

—¿Ha guardado el sobre?

La mujer frunció el ceño.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Maldita sea. Habían perdido cualquier posibilidad de obtener huellas.

Kim no veía que pudiera sacar nada más de aquella conversación. La mujer había sido una simple mensajera. Había visto una oportunidad de ganar una recompensa y poder darles un capricho a sus hijos.

—Quizá podría ayudarlos más si supiera de qué va todo esto —dijo mientras Kim se ponía de pie.

—Creo que ya ha respondido a todas nuestras…

—Bueno, solo un par de preguntas más —la interrumpió Bryant.

Joanne Deary se giró en su asiento para mirar al sargento.

—Usted recibió una notificación que le indicaba que había un nuevo recorrido disponible, pero nosotros estamos registrados en la misma página web. ¿Por qué no hemos recibido la misma notificación?

—Depende de a lo que se hayan suscrito. Hay diferentes áreas. Nosotros no estamos suscritos a la sección para adultos, por ejemplo, porque es demasiado cara y los recorridos son muy difíciles.

Kim se lamentó en silencio al darse cuenta de lo que Joanne estaba a punto de decir y de la razón por la que no habían visto la notificación.

—Solo estamos suscritos a la sección para niños.

Kim apretó los puños casi inconscientemente. El muy cabrón había vuelto a ir un paso por delante de ellos.

—Una última pregunta y ya la dejamos tranquila —dijo Bryant con esa sonrisa afable que parecía conquistar a la mayoría de la gente.

Joanne no era una excepción, ya que asintió complaciente.

—Ha dicho que solo hace recorridos en los que hay bastante gente alrededor. ¿Por qué razón?

A Kim no le había llamado la atención aquello, pero le pareció que Bryant hacía muy bien en preguntarlo. Exceptuando al psicópata que buscaban, aquella afición parecía completamente inofensiva.

—Por la violación —respondió Joanne, como si esperara que ellos lo supieran todo al respecto.

—¿Cómo dice? —preguntó Kim.

—Una mujer fue agredida sexualmente mientras seguía uno de los recorridos, en las afueras de Stourport. Hace seis o siete meses.

Ah, era un caso de West Mercia.

—Explíquenos —instó Kim.

—La ruta estaba publicada en una página web gratuita llamada Little Trekkers. Yo encontré el enlace en Mumsnet. No hay que pagar cuota de inscripción ni tampoco suscripción, solo incluye actividades diversas para madres con hijos y pocos recursos económicos. Atacaron a la mujer mientras caminaba por un terreno que llevaba de una pista a la siguiente. La policía no la creyó cuando les explicó que estaba siguiendo un recorrido de varias cajas. Pensaron que había quedado con un chico, que la cosa se habría puesto un poco fea y que la mujer necesitaba una excusa para poder explicárselo a su novio.

—¿Cómo sabe todo esto? —preguntó Kim.

—Mumsnet.

Kim se preguntó si tal vez deberían acudir a Mumsnet para que los ayudaran a atrapar al Bufón.

—¿Está usted segura de que no se trataba de una cita secreta? —preguntó Kim. Por mucho que odiara admitirlo, había mujeres que habían denunciado violaciones y que les habían puesto las cosas mucho más difíciles a las innumerables víctimas reales.

—Estaba con su hija de siete años.

—Ah —dijo Kim. Habría que ser un tipo muy particular de mujer para organizar un encuentro sexual secreto llevando a tu hija a cuestas. Kim cada vez sentía un interés mayor por la historia—. ¿Y cree que el recorrido procedía de la página web Little Trekkers?

—No —dijo Joanne, estremeciéndose—. Lo sé con seguridad porque yo también iba a hacerlo.

Capítulo 34

17:15

—Aquí está —dijo Stacey, desplazándose por la sección infantil de la página web de Seekers—. Joder, ¿qué clase de perturbado podría involucrar a niños en hallazgos tan macabros?

—¿Sigues pensando que no es un tipo tan malo, Stace? —preguntó Penn.

—Yo nunca he dicho que no sea un cabrón repugnante y enfermo; lo único que he dicho es que creo que no ha matado antes.

Stacey sabía que Penn seguía sin estar convencido de eso y quizá tuviera razón, pero hacía mucho tiempo que había aprendido a no luchar contra su propio instinto por las opiniones que pudieran tener los demás.

La publicación se había subido a la sección infantil de Seekers a las nueve de la mañana.

La ayudante de detective había mantenido abierta la página principal de los recorridos y había estado pendiente de las nuevas publicaciones que se subían al tiempo que revisaba otras webs, pero no había considerado la opción de que aquel tipo fuera tan despreciable.

Volvió a la página de inicio. Había siete foros diferentes que ofrecían distintos tipos de recorridos.

Se desplazó por cada uno de ellos en busca de las publicaciones más recientes.

Sintió un vuelco en el estómago.

El Bufón había publicado la pista de la Reserva Natural de los Manantiales Salados a las 11:01 de la mañana.

Bajo el mismo nombre y en un foro diferente, había publicado la pista del zoológico exactamente a las 15:01 de la tarde.

Mierda, la jefa se iba a poner echa una fiera.

Aquel enfermo lo estaba convirtiendo todo en un caos absoluto. Las

pistas que hacía llegar a la policía incluían una hora límite e insinuaban que habría consecuencias si no las resolvían antes de la hora indicada. ¿Iba a publicar todas las pistas en el minuto siguiente a que expirara cada plazo? ¿Estaba tratando de presionarlos más ante la posibilidad de que cualquier ciudadano pudiera llegar a la caja y a la pista antes que ellos? Stacey no podía ni imaginarse lo que podría ocurrir si eso sucediera, si el «afortunado» que las encontrara acudiera a la prensa para contarle algún detalle sobre una nueva parte del cuerpo de Hipo. Los medios de comunicación los machacarían, y, además, ellos no tendrían forma de llegar a la siguiente pista.

Stacey se estremeció solo de pensarlo.

Pero ¿sería esa la única consecuencia o habría repercusiones peores si no daban con alguna pista a tiempo?

Capítulo 35

15:25

—¿En serio? —preguntó Bryant mientras contemplaba el sándwich que tenía en la mano.

—Era lo mejor que tenían. Y te he traído patatas fritas —dijo Kim, lanzándole un paquete de patatas con sal y vinagre.

—¿Me estás diciendo que incluso Frost puede comer las delicias de Luigi y yo me tengo que conformar con un sándwich de huevo y mayonesa?

—Es triple —respondió ella, como si eso lo mejorara todo.

La inspectora abrió su sándwich de ensalada de pollo, le dio un bocado y entendió las quejas de su compañero.

Estaban volviendo a la comisaría cuando Kim recibió una llamada de Fred Guest, que le proponía ir a verla a su despacho. Pero, cuando se enteró de que el hombre vivía en Old Hill, le pareció más lógico ir ella a su casa a visitarlo. Sin embargo, se había detenido en el coche frente a la casa de Fred por más razones que simplemente comer algo.

—Bryant…

—No, jefa, no… —gruñó el sargento, temiéndose lo que iba a decir.

—Tengo que hacerlo —dijo ella, sacando su teléfono.

Él se cubrió la cara con las manos.

—No tiene nada que ver con nuestro caso.

—Y estoy segura de que disfrutarás mucho de tu momento de triunfo si se demuestra que tienes razón. Incluso te permitiré que des una vuelta de honor por la sala de la brigada llegado el momento. Pero no puedo ignorar el hecho de que tal vez violaran a alguien mientras seguía uno de esos malditos recorridos.

—Es un condado diferente, una web diferente y un delito diferente.

Ella arqueó una ceja.

—¿No te parece que sería factible que una misma persona

cometiera violación y tortura, al menos potencialmente?

—En nuestro caso, la tortura no es más que un acompañamiento. Lo principal es el juego. No pretendía que sonara así de mal.

—Entiendo lo que quieres decir, pero sigo pensando que necesitamos tener más información —dijo mientras marcaba ya el número de Stacey.

—Hola, jefa —respondió la ayudante de detective.

—Stace, intenta averiguar…

—Espera un momento, jefa. Le enviado un correo a Ryan Douglas y he intentado llamarlo para pedirle que bloquee la cuenta del Bufón en Seekers. Silencio sepulcral por su parte. No responde a ninguna de las dos cosas. Le he especificado lo que queremos que haga, pero, o está muy ocupado, o…

—No tiene intención alguna de impedir que el Bufón publique lo que quiera —terminó Kim por su compañera.

A la inspectora aquello no le sorprendió. Probablemente, el hombre estaba encantado de que el Bufón utilizara Seekers como herramienta de comunicación. ¿Por qué iban a esperar que Ryan cooperara con una investigación policial cuando muy posiblemente aquello era bueno para su negocio?

—Vale, Stace, no podemos hacer nada más sin una orden judicial. Tengo otra cosa para ti. Averigua todo lo que puedas acerca de una violación que tuvo lugar a las afueras de Stourport hace unos seis meses. Podría estar relacionada con uno de los recorridos.

—¿Estáis seguros?

—Todavía no. Por ahora es una mezcla de rumores generales y lo que circula por Mumsnet, así que averigua lo que puedas. La página en la que estaba el recorrido era Little Trekkers, por si te sirve de ayuda.

—Me pongo con ello, jefa —dijo Stacey antes de colgar.

—No satisfecha con intentar resolver todos los casos de la policía de West Mids, ahora quieres resolver también los del resto de cuerpos de policía —se quejó Bryant.

Ella ignoró su puya.

—Tanto si el caso se remitió a la Fiscalía como si no, lo más lógico

es pensar que se recopilarían pruebas. ¿Y si tienen algo que nos sirva de ayuda?

—Cualquier cosa que añada será una pérdida de tiempo, porque no va a servir para nada —dijo el sargento, abriendo la puerta del coche.

Ella lo siguió. Al salir al exterior, se sorprendió por el estado de la propiedad de Fred, después de haber conocido al hombre en persona.

La urbanización había sido el orgullo de Old Hill cuando se construyó en los años setenta. Todos los que entonces vivían en viviendas sociales intentaron trasladarse a aquellas casas y pisos, que estaban situados en calles como Cherry Orchard y Blossom Grove. Pero muchas de esas casas parecían ahora viejas y deterioradas, incluida la que ocupaba el hombre al que habían ido a ver.

Fred abrió la puerta con un dedo sobre los labios.

Kim pensó de inmediato en posibles nietos.

—Por favor, no hagan ruido, acabo de conseguir que mi padre se duerma.

—De acuerdo —dijo Kim, entrando en la casa, y vio una silla de ruedas junto a un elevador para las escaleras.

Fred señaló hacia el techo para indicar el lugar en el que dormía su padre y, acto seguido, los condujo hasta el salón.

—¿Su padre está enfermo? —preguntó Kim.

—Tiene esclerosis múltiple. La padece desde que yo tenía doce años.

—¿Y su madre? —preguntó Kim, que tomó asiento.

Bryant hizo lo mismo que ella.

—Murió cuando yo tenía trece años. Estamos solo mi padre y yo.

—¿Tiene otros familiares? —preguntó Bryant.

—No —respondió Fred mientras cogía un montón de papeles.

Kim se tomó un momento para observar su entorno. Aunque la casa estaba ordenada y era funcional, no había en ella ningún indicio de la presencia de una mujer. No había nada que suavizara los contornos, ni flores, ni velas, ni cojines. Solo había un par de fotos sobre la repisa de la chimenea. En una de ellas se podía ver a un

joven Fred sentado junto a su padre en un muro con la costa de fondo, y la otra mostraba a un Fred un poco mayor sentado junto a la silla de ruedas de su padre en algún tipo de evento.

Kim lo vio con nitidez. Fred había sido un niño cuidador, un menor encargado de cuidar a un familiar durante prácticamente toda su vida.

La inspectora había visto programas sobre niños que pasaban mucho tiempo cuidando a su padre o a su madre. Esos programas siempre la entristecían, pues la hacían sentir que esos niños se lo estaban perdiendo todo, que les estaban arrebatando la infancia.

En el caso de Fred, la enfermedad de su padre se había desarrollado en un momento en el que debería haber estado haciendo amigos de su edad, empezando a descubrir su independencia, comenzando a tener alguna novia…

—Estuvimos bien —aseguró Fred, que parecía haberle leído la mente a Kim.

Pero ella lo dudaba mucho. Aquello habría sucedido unos cincuenta años atrás. En esa época no existían medidas de protección que garantizaran que todas las necesidades de los niños fueran satisfechas: que terminaran sus estudios, pudieran pasar tiempo lejos de su familiar enfermo o, quizá, conocieran a otros niños en su misma situación. Y, por descontado, la terapia psicológica no habría sido ni siquiera una opción remota.

Kim estaba segura de que al señor Guest padre le habrían dado en su día la opción de dejar a Fred al cuidado de los servicios sociales y, cuando se negó, básicamente los abandonaron a su suerte.

La inspectora vio a Fred con otros ojos de inmediato. Aquella mañana le había parecido el típico entrometido autoritario satisfecho de sí mismo que se daba mucha importancia, pero ahora comprendía que solo había hecho lo que estaba acostumbrado a hacer: organizar, clasificar, planear y ocuparse de las cosas. Había demostrado esa cualidad al ofrecerse a recopilar la información que estaba a punto de entregarles.

—Estos son los nombres de los cuarenta y tres voluntarios que se han presentado hoy. No tengo las direcciones de todos ellos, pero sí les he indicado la zona en la que viven en los casos en los que la

conozco. Además, les he añadido sus números de teléfono. —Fred hizo una pausa—. He hablado con todos ellos.

—¿Con todos? —preguntó Kim, sorprendida e impresionada a la vez.

—Bueno, he tenido unas cuantas horas. Ninguno de ellos le dio una etiqueta a nadie, pero supongo que alguien podría haber aparecido por allí y cogido una por sí mismo.

—Supongo que…

—Así que, partiendo de esa premisa —la interrumpió Fred—, les he preguntado a todos si recordaban haber visto a alguien a quien no reconocieran.

—¿Y? —preguntó Kim, que estaba considerando la posibilidad de ofrecerle un trabajo al hombre.

—La señora Billingham cree que vio a un adolescente en chándal alejándose de la zona cuando entró en el aparcamiento, y la señora Smart vio a alguien que no conocía con una mochila no muy lejos del puente.

—¿Alguna descripción más detallada? —preguntó Kim, segura de que Fred ya lo habría preguntado.

Él negó con la cabeza.

—De acuerdo, Fred, gracias por todo esto —dijo la inspectora, cogiendo la lista.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que está pasando, agente?

Por un instante, Kim estuvo a punto de negarse a revelar nada, pero se mostró un poco más flexible después de la ayuda que él les había prestado. Esas llamadas telefónicas les habían ahorrado horas de trabajo.

—Estamos lidiando con un individuo retorcido que se cree que puede hacer que la policía pierda el tiempo buscando pistas inútiles. Pero no es un juego divertido para nadie, excepto para él.

—Lamento que les estén haciendo perder el tiempo, inspectora. Si hay algo más en lo que pueda ayudarlos, avíseme —dijo Fred, señalando con la cabeza hacia el techo—. Yo no me voy a ir a ninguna parte.

Kim estuvo a punto de rechazar esa ayuda, pero nunca se podía

descartar que una persona con el nivel de atención al detalle que tenía Fred terminara resultando útil.

—Gracias, Fred. Nunca se sabe, quizá le llamemos en algún momento.

Capítulo 36

17:55

—Bueno, Penn, tienes tres horas y seis minutos para resolver esa pista —dijo Stacey, echándole un vistazo a los foros de acertijos en Seekers.

—Por Dios, Stace, no me presiones —dijo el sargento, rascándose la frente.

—Lo único que sé es que a las nueve y un minuto la publicará, y cualquiera que siga las novedades y los foros tendrá exactamente lo mismo que nosotros.

Penn movió la cabeza de lado a lado en un gesto de frustración y volvió a concentrarse en su trabajo.

—A mí, por otro lado, me han dado los nombres de más de cuarenta voluntarios que participaron en la recogida de basura, y tengo que investigarlos a todos.

El hecho de que ni Penn ni Frost se molestaran en responderle le hizo sentir que era la única persona que había en la sala de la brigada.

—Y también tengo que investigar una posible violación en Stourport.

Penn levantó la cabeza y una ceja al mismo tiempo.

Stacey se encogió de hombros.

—No, yo tampoco lo sé, pero es lo que quiere la jefa.

—No veo la conexión —dijo Penn antes de volver a bajar la cabeza.

—Y, para quien le interese, la jefa va de camino a la morgue para ver a Mitch.

Recibió como única respuesta dos gruñidos.

Stacey hizo una mueca de fastidio y se puso a imprimir los nombres que le había mandado la jefa. Por un momento, se cuestionó sus propias decisiones profesionales. ¿Qué coño estaba haciendo un

domingo por la tarde investigando los antecedentes de un grupo de recolectores de basura?

Antes de empezar, decidió buscar cualquier información acerca de la violación en Stourport. Cuanto antes pudiera sacárselo de la cabeza a la jefa, mejor para todo el mundo.

—Publicado —dijo Frost, echándose hacia atrás en su sillón.

Stacey se dio cuenta de que era la primera vez que la periodista hablaba en horas.

—Déjame ver —dijo Stacey, actualizando la pestaña del *Dudley Star*. El artículo apareció inmediatamente y ella pudo comprobar que casi un centenar de personas lo estaba leyendo ya.

La ayudante de detective miró a Frost, que asintió.

—Sí, está despertando interés.

Stacey leyó el artículo y tuvo que valorar el trabajo de la periodista. Había seguido las instrucciones que le habían dado sin magnificar ni dramatizar el caso. Había registrado los hechos sin mencionar los nombres de los policías implicados.

—¿Te vas a meter en un lío por esto? —preguntó Stacey.

—Y tanto.

—¿Hasta qué punto?

—Lo sabré mañana.

Stacey se quedó en silencio.

—Algunos días de la semana, mi jefe es un capullo, y, otros, un tipo decente. Pero todos los días teme la mala prensa y una demanda por despido improcedente.

—¿Improcedente aunque te advirtiera con antelación? —preguntó Stacey.

—Hay un proceso, y el Departamento de Recursos Humanos tiene que participar en cada parte del mismo. En este momento, él piensa que me ha asustado con su advertencia verbal… Pero en realidad no lo ha hecho, porque incluso eso requiere que se siga un proceso determinado.

Como si las hubieran estado espiando, justo en ese momento sonó el teléfono de Frost. Stacey pensó en que una sola palabra dura de su jefa era suficiente para que se pusiera las pilas.

Frost respondió a la llamada con el manos libres.

—Hola, jefe.

—Frost, ¿qué cojones crees que estás haciendo? Te prohibí expresamente que publicaras otro artículo sobre esta ridiculez.

—Anda, ha sido un error mío. Pensé que sus palabras solo tenían carácter de recomendación.

—Ah, ¿pensaste que amenazarte con despedirte era un comentario en tono amistoso?

—Por supuesto. Es domingo. Usted jamás me despediría un domingo.

La línea se quedó en silencio y, a continuación, Stacey oyó un gruñido sordo al otro lado.

—Pero mañana será lunes, Frost.

—Sí, y para entonces puede que hayamos atrapado a este tipo y yo tenga la exclusiva de cómo sucedió eso.

Stacey había oído hablar del método de la recompensa y el castigo para conseguir lo que se quiere. Daba la sensación de que la versión de Frost consistía en ser lo más molesta posible y luego apretar sin piedad.

—Frost, ni se te ocurra intentar que cambie de opinión. Te espero en mi oficina a las nueve en punto. Si quieres, puedes traerte un testigo —gritó antes de colgar.

—Vaya, parece que habla en serio —dijo Stacey—. ¿Qué vas a hacer?

—Lo que me parezca más correcto. No tiene nada con lo que amenazarme. En fin, por mucho que me gustaría charlar contigo, lo mejor será que me ponga a trabajar en el próximo artículo.

Stacey se preguntó si Frost y su jefe se hacían una idea de lo mucho que se parecían el uno al otro.

Antes de volver a ponerse con la lista, echó otro vistazo a las interacciones del artículo que Frost había publicado.

Casi cien comentarios y más de mil visitas en cuestión de unos pocos minutos.

Hizo clic en el artículo anterior de la periodista y casi se quedó sin aliento. Aquel artículo, que se había publicado a la hora del almuerzo, había sido visto diecisiete mil veces y tenía casi trescientos comentarios.

—¿Has leído alguno de los comentarios del primer artículo? —le preguntó a Frost.

La periodista negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a hacerlo? Si lo escribí yo misma. De todos modos, la mayoría de los comentarios los hacen los típicos troles de Internet.

Stacey comenzó a desplazarse por la página y comprobó que Frost estaba en lo cierto. Muchos comentarios insultaban a la policía. Otros, a la periodista. La mayoría alentaban a la persona que les estaba haciendo la vida imposible.

—¡Oh…, mierda! —exclamó Stacey al encontrar lo que había sospechado, aun esperando no estar en lo cierto. Pero no se había equivocado, y era incluso peor de lo que se había imaginado.

—El tipo está publicando comentarios en tu artículo anterior —afirmó.

—¡¿Qué?! —exclamó Frost, pulsando algunas teclas de su portátil.

—Sí, sí. Se lo está pasando en grande respondiendo a los comentarios que lo felicitan. Unas cuantas palabras por aquí y por allá, agradeciendo a la gente su apoyo. Excepto en este, en el que alguien le pregunta qué aspecto tenía la policía corriendo por la reserva natural con sus cafés y sus dónuts.

—¿Qué ha respondido? —preguntó Penn, levantando la vista.

—Dice que «se mueven con bastante rapidez cuando quieren».

Penn emitió un leve gemido, comprendiendo inmediatamente la preocupación de Stacey.

El tipo había estado allí presenciándolo todo. Estaba observando cada uno de sus movimientos.

Capítulo 37

18:00

EL BUFÓN SIGUE EN LA CIUDAD

Tracy Frost

La policía de West Midlands sigue trabajando para localizar al hombre que se hace llamar el Bufón.

Hasta ahora, la búsqueda los ha llevado desde la Reserva Natural de los Manantiales Salados hasta el zoológico de Dudley. ¿Quién sabe a dónde más los conducirá en las próximas horas?

No voy a revelar nada que pueda obstaculizar la investigación policial, pero sí que puedo confirmarles que el hombre es inteligente. Sus pistas son lo bastante crípticas como para que cueste descifrarlas, pero es factible resolverlas en el plazo de tiempo que establece.

¿Por qué, se preguntará usted, la policía se está tomando la molestia de jugar a este juego, persiguiendo por toda la región de Black Country a una persona que les hace perder el tiempo?

Les voy a decir por qué. No tienen más remedio que hacerlo.

El Bufón ha dejado más que claro que, o se siguen sus reglas, o habrá gente que resultará herida. Y ha demostrado que no se trata de una amenaza sin fundamento.

Si les parece que estoy desarrollando cierto respeto, aunque sea poco entusiasta, por este particular equipo policial, puede que estén en lo cierto. Eso dejará de ser así una vez que este caso haya terminado y pueda volver a verlos con objetividad. Pero de momento están moviendo cielo y tierra para atrapar a este hombre.

Y creo que lo van a conseguir.

Capítulo 38

18:30

—¡Joder, lo sabía! —dijo Kim cuando terminó la llamada con Stacey —. El cabrón estaba allí esta mañana. Nos está observando. Estaba segura de que había una razón que explicara por qué faltaba esa maldita etiqueta.

—¿Crees que estuvo allí desde el principio? —preguntó Bryant mientras se dirigían al depósito de cadáveres.

Kim negó con la cabeza, echándose a un lado para dejar pasar a un grupo de visitantes formado por las típicas personas que nunca se apartan para permitirle el paso a nadie. La inspectora evitó por muy poco un globo con el mensaje «Que te mejores pronto» que parecía tener vida propia.

—Si hubiera estado inmerso en el grupo durante la reunión informativa inicial, habría llamado la atención. Pero, una vez que todos los voluntarios se involucraron en la búsqueda, nadie se iba a fijar en una cara desconocida. Puede que pasáramos junto a él y que lo ignoráramos. Puede que Jared, Ryan o Eric estuvieran allí y nos evitaran sin problemas. Ni siquiera estábamos buscando a nadie en particular, porque estábamos demasiado ocupados tratando de encontrar la puta caja.

—Te digo una cosa: tiene un descaro tremendo —afirmó Bryant mientras doblaban una esquina, tras la cual encontraron al técnico forense, que estaba esperándolos.

—¿Sabes?, siempre me he preguntado por qué Keats cargaba tanto contra ti —dijo Mitch, abriendo la puerta de su pequeño laboratorio junto a la morgue.

Kim hizo un gesto con la cabeza hacia su compañero.

—Bueno, Bryant podría ayudarte a saberlo. Me porto igual de mal con él.

—¿De verdad que era necesario acosarme en el *pub* estando con

mi mujer? —preguntó Mitch, que no la iba a dejar escapar tan fácilmente.

—Deberías haber contestado al teléfono —dijo ella sin disculparse —. Bueno, ¿qué tienes para mí?

—¿Ni siquiera lo sientes por la mierda que me espera cuando llegue a casa? —preguntó el técnico forense, incrédulo.

Ella negó con la cabeza.

—Imagínate lo terrible que sería tu vida si tus compañeros de trabajo también estuvieran enfadados contigo —le dijo, dándole unas palmadas en el brazo para dejarle claro que ese no era el caso.

Mitch se rindió y se dirigió a su mesa de trabajo.

—En fin… Los dientes fueron extraídos de forma rudimentaria y, sin duda, dolorosa.

—¿Seguro?

—Y tan seguro. En primer lugar, los dientes no estaban en muy buen estado. Eran débiles y estaban llenos de caries, lo que significa que era muy poco probable que se pudieran extraer con un único movimiento ágil y certero. Sería necesario tirar con fuerza para sacarlos. Especialmente estos.

Mitch, sobre su mesa de trabajo, empujó hacia delante los molares.

—¿Con qué los han extraído? —preguntó Kim, temiéndose ya la respuesta.

—Yo diría que con unos alicates domésticos. Los dentistas utilizan unas pinzas especiales que ayudan a soltar primero un poco los dientes. Están diseñadas para agarrar el diente de la mejor forma posible y reducir el dolor, y eso con anestesia.

Kim se estremeció y siguió adelante.

—Un par de preguntas más y te dejo ir a casa para lidiar con lo que te encuentres.

—Soy todo oídos —dijo Mitch. La tensión comenzaba a desaparecer de su rostro, pues ahora podía ver la luz al final del túnel.

—¿Podemos confirmar que las uñas y los dientes son inequívocamente de la misma persona?

—Sí, en unas dos semanas. La extracción de ADN de los dientes lleva su tiempo. No es como un hisopo bucal.

—Pero hay sangre tanto en las uñas como en los dientes —

argumentó Kim. La sangre, ciertamente, debería ayudar a conseguir el ADN.

—Siendo domingo y tan tarde, creo que no procede que te hable de leucocitos, trombocitos y eritrocitos…

—Tiene que existir una canción sobre eso —bromeó Bryant.

Nadie se rio.

Mitch continuó hablando: —Solo los leucocitos contienen núcleo, así que tenemos que…

—¿Le echarás un vistazo mañana? —presionó Kim. Si hubiera querido conocer los detalles del procedimiento forense, habría hecho un curso acelerado.

Mitch suspiró.

—Empezaré mañana.

—Y me gustaría saber si hay rastros de analgésicos en su sangre.

—Puedo intentar buscar algunos de los medicamentos de venta libre más comunes si hay suficiente sangre, pero ¿en qué te puede ayudar eso a encontrar a vuestro sintecho?

—En nada, pero sí que nos dirá mucho sobre la persona que lo ha secuestrado. Hasta qué punto es despiadado o si tal vez hay algo de compasión en él.

Mitch asintió, en señal de haber entendido a lo que se refería la inspectora.

—Gracias, Mitch —dijo Kim, dirigiéndose hacia la puerta.

—Mañana nos vemos —le respondió él.

Ella no estaba segura de si era una despedida inocente, la típica frase hecha o la declaración de un hecho del que estaba convencido.

Kim lo dejó estar. Quizá Mitch estuviera en lo cierto…, pero quién sabía lo que se iban a encontrar en la siguiente caja.

Capítulo 39

19:00

Frost admitió para sus adentros que no le era tan indiferente perder su trabajo como hacía ver.

Era una mujer soltera con un coche que aún no estaba completamente pagado y una hipoteca. No una tenía una pareja que pudiera asumir la responsabilidad de los gastos hasta que ella encontrara otro trabajo y, siendo sinceros, tampoco es que hubiera muchas oportunidades laborales en aquellos momentos.

Sí, había días en los que el curro era una mierda y cubría eventos locales en lugar de sucesos, pero su editor le daba el suficiente trabajo como para poder ganar el sueldo de un empleo a tiempo completo.

Por supuesto, había trabajos en otros sitios si estuviera dispuesta a mudarse. Pero ya lo había intentado un par de años atrás. Aceptó un puesto en Londres, alquiló su casa durante seis meses y regresó el día en el que expiró el contrato de alquiler. Por suerte, su editor la había echado tanto de menos como ella a su trabajo y prefirió calificar su ausencia como una simple «anomalía».

En cuestión de días, tuvo la sensación de que nunca se había ido. Si los miembros del equipo policial entre los que se encontraba en la actualidad pensaban que ella era implacable, fría e insensible, estaba en condiciones de asegurarles que era un angelito en comparación con los tiranos que había conocido en Londres. Su arsenal de trucos sucios era un juego de niños en comparación con algunas de las artimañas que había visto ejecutar. Había existido la clásica táctica de «voy a darte la oportunidad de contar tu versión de la historia antes de publicar», aunque eso era algo habitual. Pero ella había visto a periodistas colarse en las viviendas de algunas víctimas para obtener una declaración. Y había sido testigo de documentos

falsificados, declaraciones falsas, sobornos, amenazas e intimidaciones.

Se estremecía solo de pensarlo. Así que, a pesar de la bravuconería que mostraba ante los demás, la realidad era que le importaba mucho conservar su trabajo.

Pero, por mucho que el equipo policial jamás lo reconociera, ella también creía en hacer bien las cosas. No tenía ninguna duda: mientras aquel psicópata estuviera poniendo vidas en peligro, iba a seguir las instrucciones que ellos le dieran hasta que su jefe le denegara el acceso al programa informático o hasta que se le cayeran las manos de teclear.

A pesar de haber revisado los siete años completos de sus artículos en el *Dudley Star*, aún no había descubierto ninguna razón por la que ella hubiera sido la elegida. Jamás había hecho acertijos, nunca había entrevistado a nadie de esa comunidad y en toda su carrera había escrito nada relacionado con ella.

Sus publicaciones en Internet tenían una media de entre tres mil y cuatro mil lecturas si se trataba de artículos independientes. Cuando había una secuencia de artículos vinculados entre sí, el número de lectores tendía a aumentar con el paso del tiempo. Pero los artículos que había escrito aquel día habían resultado ser más populares de lo que ella jamás podría haberse imaginado. El segundo tenía aún más repercusión que el primero y, paradójicamente, el Bufón parecía haber despertado el interés de la comunidad local, que observaba y comentaba con entusiasmo. Las interacciones eran fantásticas para el ego de la periodista, pero en parte habría preferido que esas historias hubieran pasado más desapercibidas, negándole así a aquel enfermo la adulación y la aprobación que parecía ansiar.

Solo dos semanas antes, había escrito una serie de artículos durante un fin de semana sobre el aumento de los comportamientos antisociales y los incidentes que no se denunciaban. Al final del domingo, se había ganado una mención en las noticias nacionales.

—¡Oh…, mierda! —exclamó Frost, que no podía creerse que aquello hubiera estado delante de sus narices todo el día.

Tanto Penn como Stacey la miraron.

—Ya sé por qué me ha elegido a mí, y sé lo que quiere. Hace dos

semanas, escribí una historia que tuvo cobertura nacional.

—Entonces, ¿no se trata solo del juego? —preguntó Penn.

—*Nop*. Creo que nuestro tipo también quiere su minuto de fama.

Capítulo 40

19:50

—Bueno, pues no va a conseguir ninguna fama si está en mi mano evitarlo —dijo Kim una vez que el equipo la puso al corriente de las últimas novedades.

La inspectora miró con anhelo la cafetera que Penn había puesto en marcha. ¿Tendría tiempo de tomarse un café antes de salir corriendo hacia la siguiente localización?

Le sorprendió que Frost hubiera tardado casi doce horas en comprender la razón por la que la habían elegido a ella. Si siempre trabajaba a ese ritmo, jamás tendría éxito en su equipo.

Kim había decidido ser más indulgente con la periodista. Después de decirle a Bryant que no le gustaba tener a Frost en la sala de la brigada, su compañero le recordó que la mujer estaba arriesgando su puesto de trabajo para ayudarlos, y, además, la inspectora sabía que su situación estaba empeorando por los mensajes de texto que le mandaba Stacey. Uno de esos mensajes decía que Frost había ido al baño y la ayudante de detective quería saber si debía seguirla.

Kim no había respondido a ese mensaje.

—Bueno, vamos a comenzar con un resumen por nuestra parte —dijo Kim después de darle un sorbo a su café—. Para empezar, todo este asunto misterioso del *geocaching* es mucho más serio de lo que pensábamos. Es muy competitivo para los jugadores y bastante lucrativo para la página web. Ryan Douglas no tenía ninguna prisa por facilitarnos algún dato personal.

—No estoy segura de que pudieran servir de algo, jefa. Este tipo está publicando con el nombre de Bufón674, así que me imagino que ha encontrado la manera de ocultar su identidad verdadera.

Kim supuso que Stacey tenía razón, pero seguía mosqueada porque el propietario de la web hubiera decidido no cooperar con ellos.

Tenía muchas ganas de encontrar una razón para restregarle por la cara una orden judicial.

—Por otra parte, hemos conocido a la familia Lane. Eric, su mujer Helen y su hijo Boyce, que es una miniatura de su padre, parecen sacados de las páginas de una revista de los años cincuenta. Derren, el hijo menor, es sin duda un niño de estos tiempos. Luego tenemos a Jared Truss, la otra mitad de esa rivalidad continua que no cesa. Es un tipo que quiere ser noticia, que disfruta de la gloria y la atención. Le gusta causar un impacto en la gente y parece que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa para aumentar su número de seguidores en YouTube.

—Suscriptores —corrigió Frost.

—Lo que sea —dijo Kim antes de continuar explicándose—. Ambos se toman muy en serio esto de seguir los recorridos, rastrear y el juego en general, pero parecen querer obtener cosas diferentes de la actividad. Jared querría poco menos que su propio programa de televisión, mientras que lo que Eric desearía es que Jared desapareciera para poder ser el rey de los buscadores.

—Pero si es solo un *hobby*… —dijo Penn, moviendo la cabeza de lado a lado.

—Sí, un *hobby* que condujo a que agredieran sexualmente a una persona —le recordó Kim.

Él asintió.

—Una cosa está clara, chicos. Aunque no tengamos más remedio que seguir las pistas, no podemos basarnos solo en ellas para resolver este caso. Tenemos que seguir pensando, investigando, buscando y analizando todo y a todos, como hacemos en cualquier otro caso en el que trabajamos. Creo que Joanne Deary, la mujer que movió la caja en el zoológico, es una madre soltera que hace lo que puede por entretener a sus hijos con un presupuesto limitado. Pero todavía no podemos eliminar ningún nombre de la lista. —La inspectora hizo una pausa para servirse un café—. Mitch va a seguir analizando las uñas y los dientes mañana, cuando el laboratorio vuelva a estar operativo.

Todos asintieron para dejar claro que habían comprendido las

novedades, pero daba la impresión de que la ayudante de detective quería decir algo.

—¿Stace?

—Está jugando con nosotros —dijo Stacey.

—Eso no es ninguna novedad.

—Me refiero a que va cambiando las reglas sobre la marcha. El margen de tiempo entre la primera pista y la segunda fue de tres horas. Ahora parece que son seis. Está intentando sincronizarlo todo al segundo, y, si fallamos, lanza la pista al público para provocar caos, casi como si se enfadara con nosotros por no conseguir descifrarla.

Kim no estaba segura de eso. Pensaba que tal vez Stacey le estaba dando demasiada importancia al funcionamiento de la mente de aquel psicópata. A aquellas alturas, lo único que Kim veía era a un monstruo que quería salir en los periódicos y que disfrutaba torturando a una persona que había confiado en él.

—Si quieres más buenas noticias —añadió Frost—, mis artículos están recibiendo mucha atención.

—Explícate —instó Kim, dándole permiso para hablar.

—Hay gente que está viajando hacia aquí desde muy lejos para seguir el juego. Mi último artículo se ha compartido cientos de veces y los comentarios se acercan al millar. Normalmente todo esto sería una gran noticia para mí, pero esta gente lo único que va a hacer es molestar.

—Es domingo por la tarde. ¿Ninguno de ellos tiene un trabajo?

Frost se encogió de hombros.

—Tenemos que encontrar las cajas antes que ninguna otra persona. Tenemos que resolver las pistas antes de que Hipo…

—Anda, ya tenía yo dudas de que fuéramos a mencionarlo en algún momento —dijo Penn, hablando por primera vez en la reunión.

Era raro percibir cierta dureza en el tono de voz de Penn. Su personalidad afable y bondadosa hacía que fuera muy difícil que se enfadara.

Kim miró a Stacey, que le devolvió una expresión pensativa y un encogimiento de hombros.

La inspectora cruzó los brazos y esperó.

—A ver, no da la sensación de que Hipo sea la prioridad aquí. Estamos hablando más de un enfermo mental que de la víctima, un hombre que no tiene absolutamente nada.

Kim quería hacerle ver que Hipo era su prioridad absoluta. Si no fuera así, todos estarían en casa terminando de disfrutar el fin de semana. Pero se mordió la lengua. Penn no estaba de humor para escuchar a nadie.

—No podemos ni imaginarnos lo que tienen que sufrir estas personas a diario. Ninguno de nosotros ha pasado tanta hambre como para considerar la opción de comerse la basura de otra persona. Me refiero a sacarla de un contenedor lleno de colillas y de mierda de perro —dijo Penn, haciendo una pausa a continuación para mirar a su alrededor—. ¿Alguno de vosotros ha hecho eso alguna vez?

El silencio de Kim fue una señal para que sus compañeros también se mantuvieran callados.

—No digo que todos ellos sean angelitos, pero algunos como Hipo simplemente han tenido una mala racha, y ahora hay un cabrón que se cree que puede cortarlo en pedazos e ir enviándonoslos a nosotros. Hipo es un mero accesorio, una pieza de un acertijo, como si fuera un dado o una ficha.

El sargento volvió a mirar a la sala buscando una reacción.

Silencio.

—Es una puta broma —dijo, pasándose los dedos por su pelo rizado—. ¿Cómo es que ninguno de vosotros está indignado con…?

—Penn, al centro de operaciones —lo interrumpió Kim. No le importaba que el sargento se desahogara ante la injusticia de la situación, pero probablemente estaba a solo un par de frases de decir algo de lo que luego se podría arrepentir.

Kim cerró la puerta tras Penn cuando entraron en la otra sala.

—Desahógate conmigo, no con ellos —le dijo, indicándole que se sentara.

—Es que no lo entiendo, jefa. A nadie parece importarle una mierda que…

—¿Y qué estamos haciendo todos aquí, Penn? —preguntó Kim, señalando al resto del equipo—. Llevamos más de doce horas con

esto y no parece que vayamos a terminar pronto. ¿Has oído a alguno de ellos mencionar la palabra «casa»? ¿Alguien está pensando en abandonar su puesto de trabajo?

Penn no dijo nada. Se limitó a pasarse una mano por unos ojos que ya le molestaban.

—Lo único que nos mantiene aquí en la comisaría es la esperanza de encontrar a Hipo antes de que nos lleguen más partes de su cuerpo. Incluso Frost está arriesgando su trabajo para hacer lo correcto.

El sargento respiró hondo y exhaló.

—Lo sé. Tienes razón, estoy…

—Agotado e involucrado a nivel emocional —terminó Kim por él.

Todos ellos habían pasado algún tiempo entre la comunidad de personas sin hogar, pero, sin duda, Penn bastante más que los demás. No ayudaba que su postura por defecto en la vida fuera querer la felicidad de todo el mundo. Su experiencia de toda una vida protegiendo a su hermano Jasper había provocado que sintiera empatía y afinidad por cualquier persona menos afortunada. Todas esas razones hacían que Kim ni siquiera pudiera enfadarse por el arrebato que acababa de tener.

—Son las ocho y diez. Quiero que te tomes un tiempo para relajarte. Échate una siesta, medita, respira profundamente, lo que sea, pero si sales del centro de operaciones en las próximas dos horas, haré que te saquen de la comisaría, ¿entendido?

—Estoy bien, jefa. Tengo que trabajar en la pista. Necesitamos…

—Dos horas, Penn. Te lo digo en serio —dijo ella, saliendo de aquella sala y volviendo a la de la brigada.

No le gustaba dejar a nadie inactivo, sin tareas asignadas, pero intuía que la frustración de Penn había ido en aumento durante toda la tarde, tras haberse pasado la mañana de acá para allá. El hombre necesitaba despejar la cabeza y, por mucho que Kim no pudiera permitirse perder a nadie ni un solo minuto, su trabajo también consistía en asegurarse de que todos los miembros de su equipo pudieran funcionar en plenitud de sus facultades.

Sin embargo, Penn tenía razón sobre la pista. Tenían menos de una

hora para resolverla y encontrar la siguiente. Ninguno de ellos quería averiguar cuáles serían las repercusiones si no lo conseguían.

Capítulo 41

20:20

—Bueno, continuemos —dijo Kim, girándose hacia Stacey—. ¿Alguna novedad sobre la agresión sexual?

—Según Mumsnet, ocurrió en el mes de abril.

—¿Esa es nuestra fuente de información? —preguntó Kim.

—Prácticamente no hay nada en la prensa al respecto, y de todas formas, no se trata de una comunidad para tomarse a la ligera.

—¿No es solo una web que incluye foros para intercambiar consejos sobre la crianza de los hijos? —preguntó Bryant—. Quiero decir, el nombre nos dice que…

—Ay, Bryant —dijo Stacey, moviendo la cabeza de lado a lado—. Me preocupa cómo te las puedas apañar en este mundo moderno. Tienes razón en que es el foro de encuentro para padres y madres más famoso del país, pero es mucho más que eso. Hay ocho millones de usuarios únicos cada mes y más de veinte mil publicaciones cada día. Hay reseñas de productos para bebés, consejos para quedarse embarazada, debates sobre bebés y niños pequeños… Algunos utilizan la web como un hombro en el que llorar. Comparten conocimientos sobre actividades, comidas baratas, ofertas de supermercados, problemas de comportamiento… Prácticamente sobre cualquier cosa.

—Continúa —instó Kim.

—He confirmado lo que te contó Joanne. Mumsnet publica enlaces a búsquedas del tesoro, y muchos de los miembros utilizaban Little Trekkers para actividades de ese tipo. Sin embargo, este recorrido en concreto desapareció de la web en cuestión de un par de horas.

—Ajá… —dijo Kim mientras la sensación de inquietud en el estómago se le hacía más intensa. ¿Por qué se había eliminado el recorrido tan pronto?

—Y también sé quién fue la víctima. Se llama Melissa Keene.

—Maldita sea, Stace, ¿cómo lo has averiguado? —preguntó Bryant.

—Como cualquier otra comunidad, Mumsnet es bastante cerrada y excluyente. Encontré al grupo de personas que estaba hablando del incidente, y se referían a la víctima como MK. Empecé a desplazarme hacia fechas anteriores hasta que comprobé que Melissa Keene estuvo interactuando con ese mismo grupo hasta la fecha de la violación. Desde entonces, nada.

—Buenísimo trabajo, Stace —dijo Kim.

—¿Quieres que hable con West Mercia mañana por la mañana?

Kim miró a Bryant, que no parecía tan convencido como antes de que aquello fuera una pérdida de tiempo.

—Sí, llámalos. Es una pista que no podemos ignorar. Pero por ahora centrémonos en la información que tenemos —dijo, mirando hacia la pared.

Aunque Stacey había escrito la pista en la pizarra, Kim no pudo evitar leerla en voz alta con la esperanza de que cobrara algún sentido.

—«Puede que esto sea un capricho. Suba alto h4st4 que vea la cima ennegrecida».

—Sería un capricho si no fuera porque estamos recibiendo partes de cadáveres —dijo Bryant.

—¿Es eso lo que quiere decir, que esta pista es un capricho, una tontería en sí misma? —preguntó Kim.

—Puede que en parte sí —respondió Stacey—. Pero tiene que estar dándonos algo, una oportunidad para resolverlo.

—Una cima ennegrecida en el Black Country, donde prácticamente estamos construidos sobre carbón. Dios mío, podría ser cualquier lugar.

—Un momento —dijo Stacey—, centrémonos en las palabras clave una por una. Capricho, estupidez, tontería, broma, locura…

—Falta de sentido común, idiotez —leyó Frost en su pantalla.

—Gracias por…

—O también puede ser una construcción ornamental costosa sin finalidad práctica, especialmente una torre o una ruina de un estilo similar al gótico construida en un jardín grande o en un parque.

—¿Qué caprichos tenemos en Black Country? —preguntó Kim,

volviéndose hacia Stacey.

—La Torre Broadway —respondió ella.

—El capricho de Alice en Black Country Metal Works —añadió Bryant.

—Hay muchos en Hawkstone Park y otras casas de campo abiertas al público —afirmó Stacey.

—«Suba alto» —dijo Kim—, así que tachad todas las que estén en las casas de campo señoriales. Y ahora, ¿qué cojones es eso de h4st4? ¿Estamos tratando con un adolescente que a veces usa números en vez de letras?

—No lo ha hecho en ninguna otra pista —observó Bryant.

—Espera un momento —dijo Kim, a quien se le ocurrió una idea repentina—. Hay cuatro piedras en la parte superior de Clent, pero no son un capr…

—Sí, sí que lo son —dijo Stacey, leyendo con entusiasmo la pantalla —. Los trabajadores del excéntrico lord Lyttleton de Hagley Hall erigieron ese lugar místico alrededor de 1763. —Stacey hizo una pausa antes de continuar—. Y, en un día claro, se puede ver la Montaña Negra en el…

Kim no esperó a que Stacey terminara. Cogió su abrigo y comenzó a correr.

Capítulo 42

20:40

Stacey miró hacia el centro de operaciones mientras sacaba de nuevo la lista de nombres.

Penn estaba de espaldas a ella, pero sabía que no estaba descansando porque no dejaba de tamborilear con los dedos sobre el escritorio.

Stacey esperaba que su compañero saliera de allí con un mejor estado de ánimo. Tampoco podía evitar sentirse avergonzada porque Frost hubiera presenciado el arrebato de Penn, ya que ahora su opinión sobre su compañero podría ser errónea.

—A mí me da igual —dijo Frost, como si hubiera sido capaz de leerle la mente.

—¿Cómo has sabido lo que estaba pensando? —preguntó Stacey.

—No dejas de mirarnos a los dos y no soy tonta. Como te digo, me da igual.

La ayudante de detective comprendió que esa mujer podría estar sentada en aquel sillón durante cien años y seguiría sin caerle bien.

Volvió a centrar su atención en la lista de voluntarios que habían ayudado en la recogida de basura, que había tenido lugar aquella misma mañana aunque tuviera la sensación de que habían pasado tres días.

Los nombres se difuminaban hasta convertirse en un amasijo de garabatos. Intentó parpadear para quitarse la sensación de pesadez que sentía en los ojos. Por primera vez desde las siete de la mañana, sintió los primeros indicios de frustración. Llevaba casi catorce horas delante de la pantalla, sin apenas descansar para ir al baño. Todos estaban cansados. Era consciente de ello, pero empezaba a sentir que nadie estaba velando por ella.

Una vez más, se puso a mirar los nombres, sin saber bien por dónde empezar.

—Descansa un rato, Stace —dijo una voz desde arriba.

Ni siquiera se había dado cuenta de que Penn había salido del centro de operaciones en contra de las instrucciones de la jefa.

—Estoy bien. Solo necesito…

—Sé exactamente lo que necesitas. He vuelto, Stace. Soy tu superior y te ordeno que descanses un rato.

Capítulo 43

20:50

—Hay varias formas de llegar hasta allí —dijo Kim, tratando de averiguar la ruta más rápida hacia las Cuatro Piedras.

Ella y Barney habían pasado muchas horas explorando aquel terreno de unas ciento sesenta hectáreas, pero rara vez habían subido hasta la cima, ya que solía estar llena de gente paseando a sus perros. Y eso no les gustaba ni a ella ni a Barney.

—Gira aquí a la izquierda —indicó a su compañero. De los tres aparcamientos, el de Saint Kenelm's Pass Lane era el que estaba más cerca, pero desde allí había que subir por una colina bastante empinada, de aproximadamente un kilómetro de longitud.

—¡Mierda! —exclamó la inspectora al llegar al aparcamiento. Había otros tres coches allí.

—Malditos paseadores de perros —dijo Bryant para aligerar el ambiente.

Un poco extraño teniendo en cuenta que eran casi las nueve de la noche y los caminos no estaban iluminados.

—¿Estás listo? —preguntó Kim al salir del coche.

—Un segundo —respondió el sargento mientras sacaba su teléfono.

Hizo una foto de las matrículas de cada coche. Era una medida sensata que tendría que habérsele ocurrido a ella, pero estaba concentrada en el tiempo que iban a tardar en llegar a la cima.

Les quedaban ocho minutos para la hora límite. Después de eso, valdría todo.

Un kilómetro cuesta arriba por una colina empinada para llegar hasta la caja y la siguiente pista.

Era imposible que llegaran a tiempo.

Capítulo 44

20:58

Penn no podía quitarse de encima la vergüenza que sentía por su rendimiento tan pobre.

No solo no había logrado descifrar la pista, sino que también se había obsesionado en exceso con Hipo y con lo que el pobre hombre estaba sufriendo. Además, había tenido un berrinche delante de la jefa y lo habían castigado como a un niño travieso y desobediente.

No había descansado nada, pero había aprovechado el tiempo en el centro de operaciones para aclarar sus ideas y dejar de actuar de manera estúpida.

Y, mientras él se había mostrado ineficiente y frustrado, su compañera estaba cada vez más cansada por haber tenido que cargar con el peso de la investigación a lo largo del día.

A pesar de que la jefa le había ordenado que no se moviera, había decidido que Stacey necesitaba el descanso más que él. Ahora podía ver que ella estaba echándose una siesta en el centro de operaciones.

—Vaya, hay veces en las que me alegro de trabajar sola —dijo Frost.

—Sí, tus compañeros probablemente estén de acuerdo con eso —respondió Penn.

—Muy gracioso —dijo ella antes de levantarse de su escritorio.

La periodista cogió la taza de Penn al pasar junto a él, por lo que el sargento supo que no se había ofendido.

Penn estaba a punto de volver a ponerse con la lista de voluntarios cuando sonó una alarma en su teléfono. Eran las 21:01 y tenía que comprobar los foros de Seekers.

Hizo clic en el foro principal de acertijos y allí estaba: una nueva publicación con la pista.

—Maldita sea —murmuró Penn. Nunca había estado en las Cuatro

Piedras, pero un vistazo rápido a Google Maps le reveló que había una caminata bastante larga hasta llegar allí y que probablemente la jefa aún no lo habría hecho.

Y, lo que era más importante, en aquel momento había siete personas siguiendo el acertijo de forma activa.

Aquello estaba recibiendo cada vez más atención, y eso era precisamente lo que aquel enfermo quería.

Capítulo 45

21:05

—¿Qué coño es eso? —gritó Kim cuando llegaron a la cima de la colina.

Lo primero que pensó al ver los destellos oscilantes de las antorchas fue que se trataba de algún tipo de ritual pagano nocturno. Sabía que ese tipo de ritos se practicaba en otras zonas del Black Country, pero no había oído hablar de nada parecido en las colinas de Clent.

Estaba segura de que Bryant le habría respondido si le hubiera quedado aliento suficiente en el cuerpo. La propia voz de la inspectora era poco más que un graznido.

Pero se olvidó de su cansancio en cuanto comenzó a dirigirse hacia las seis siluetas que la luz de las antorchas iluminaba alrededor de las Cuatro Piedras. Por suerte, todos estaban completamente vestidos. Uno de ellos sostenía una caja.

—¡No abra esa caja! —gritó, clavando una mirada amenazante en el hombre que la sostenía—. Entréguemela —continuó, irrumpiendo en medio del grupo.

El tipo apenas le llegaba al hombro y apretó la caja contra su vientre forma protectora. Ella ya podía notar que aquella caja era más grande que la anterior.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Por esto —dijo Bryant, poniéndole su identificación policial prácticamente en la cara.

El compañero de Kim se había recuperado más rápido de lo que ella había previsto.

—No he hecho nada malo —replicó el hombre con tono petulante, apretando la caja con más fuerza.

—¿Nombre? —preguntó Bryant, sacando su libreta.

No había forma de que el sargento pudiera ver lo suficiente como

para ser capaz de escribir nada, pero su acción surtió el efecto deseado.

—Barnaby Kett. Este es mi marido, Jeremiah Kett.

Uno de los otros levantó la mano.

—¿Y el resto?

—Formamos parte de un grupo de excursionistas nocturnos. No voy a entregarle la caja. El que la encuentra se la queda. Usted no eres excursionista, ¿qué interés tiene en ella?

—¿Les ha enviado alguien? —preguntó Kim, que no sabía si aquello se trataba de otra de las distracciones del Bufón.

La expresión de desconcierto en el rostro del hombre le pareció auténtica.

—¿Enviarnos alguien? Hacemos esto dos veces al mes.

Vaya, qué suerte la suya, encontrarse con un grupo de gente a la que le gustaba pasear sin rumbo en la oscuridad. ¿Qué otras aficiones extrañas existirían y se llevarían a cabo delante de sus narices sin que ella fuera consciente de ello?

El hombre miró la caja y luego volvió a mirarla a ella.

—Me han despertado el interés por saber qué hay dentro. ¿Tienen una orden judicial para quitármela? Porque, si no, creo que me la voy a quedar.

A Kim no le gustaba creer en los estereotipos, pero en ese momento le pareció que Barnaby Kett desprendía la energía típica de un hombre bajito. No tuvo más remedio que responder con la energía típica de una mujer alta.

—Señor Kett, le voy a hablar muy claro. Estoy teniendo un día de mierda. Llevo despierta tanto tiempo que me parece que han pasado días desde la última vez que dormí, he recorrido más kilómetros por Black Country que el servicio municipal de autobuses, me he encontrado a gente que me ha cabreado, yo he cabreado a otras personas y no he tomado ni de lejos suficiente café para poder lidiar con toda esta mierda. Así que voy a quitarle esa caja aunque tenga que reducirlo y tirarlo al suelo. ¿Me ha entendido?

Por fin, el hombre se la extendió bruscamente, y ella se alegró de que hubiera tomado esa decisión. No porque su amenaza hubiera sido falsa, sino porque habría supuesto otra queja más por la que

Woody tendría que haberse preocupado. Solo Dios sabía cuántas más podría acumular antes de que encontraran al enfermo aquel.

—Vamos a llevarla al coche —dijo Kim, alejándose de Barnaby Kett.

—¿Deberíamos añadir su nombre a la lista, jefa? —preguntó Bryant mientras comenzaban a caminar de vuelta.

—En mi estado de ánimo actual, voy a añadir a la lista hasta el nombre de la chica que nos ha servido el café en la ventanilla del autoservicio.

—¿Gemma? —preguntó él.

—¿La conoces?

—Por la placa con su nombre.

Ella movió la cabeza de lado a lado, en un gesto de fascinación. Llevaban más de catorce horas seguidas trabajando, y él seguía fijándose en los detalles pequeños.

Recorrieron el camino de vuelta al coche usando sus teléfonos para iluminar el trayecto, prefiriendo estar concentrados en lugar de hablar.

—Enciende la luz —dijo Kim, ya en el interior del coche—. Y enfoca la linterna del móvil aquí.

Bryant obedeció.

La inspectora abrió la caja y casi vomitó de inmediato; Bryant soltó un pequeño gemido.

En la caja, tirado de cualquier forma sin ningún esfuerzo por envolverlo, había un pulgar sucio sin uña que había sido amputado.

—Y esta vez hay una cámara de vídeo —señaló Bryant.

—No hace falta ser adivino para saber lo que va a mostrarnos.

—¿Tenemos que…?

—Sí, Bryant, tenemos que hacerlo —respondió Kim, sacando la vieja videocámara Sony de la caja. Ya sabía que el sobre contendría la siguiente pista.

La inspectora respiró hondo y pulsó el botón para reproducir la grabación.

Se escuchó el sonido antes de que se viera la imagen. Hipo ya estaba gritando.

Desde la posición en la que se encontraba, debía ser consciente de lo que estaba a punto de suceder.

La cámara estaba colocada por encima de su mano, que había sido inmovilizada de forma que el pulgar quedara lo más alejado posible del resto de los dedos.

—*No… no… por favor, no… te lo ruego…*

Kim no quería mirar, pero tenía que hacerlo. Sobre todo, deseaba poder taparse los oídos para no escuchar el pavor evidente en la voz de Hipo.

El metal de un cuchillo carnicero bloqueó la visión de la cámara. El cuchillo cayó y seccionó el pulgar, que saltó lejos del resto de la mano como si lo hubiera atravesado una corriente eléctrica.

Kim sintió aún más náuseas cuando los gritos de terror pasaron a ser de agonía.

La cámara permaneció enfocando la mano temblorosa durante unos segundos; luego, la pantalla se quedó en blanco.

Kim sabía que no tenía sentido volver a ver la grabación en busca de pistas. En ningún momento se había visto quién sostenía el cuchillo. En el plano no había aparecido ni siquiera su mano.

—Lee la pista, Bryant —le ordenó Kim al sargento, como loca por poder pensar en otra cosa.

—«Encuentren mi siguiente pista antes de las tres de la madrugada o…».

—¡¿O qué, joder?! —exclamó la inspectora, girándose hacia su compañero—. ¿Dónde está la puta pista?

—Eso es todo, jefa. No hay nada más —respondió él, dándole la vuelta a la tarjeta.

Con cada nueva comunicación, Kim comprendía mejor la rabia de Penn. La injusticia de lo que le estaban haciendo a Hipo la corroía por dentro, y cada hora que pasaba odiaba más a aquel psicópata.

Capítulo 46

21:30

Penn no sabía si alguna vez habían tenido tantos nombres en la pizarra de la sala.

La jefa acababa de facilitarles otro, además de tres nuevas matrículas. Dado el volumen de posibles sospechosos, casi lo único que podía hacer con ellos era comprobar si tenían antecedentes penales.

No dejaba de mirar la pizarra, sopesando posibles opciones.

Entre todos aquellos nombres, alguno tenía que sobresalir como candidato. Estaba de acuerdo con que el tipo al que buscaban podía estar entre todos ellos, pero ¿no tenía más sentido centrarse en una persona que hubiera participado activamente en el juego? ¿En alguien que, por ejemplo, hubiera movido una de las cajas?

Tecleó el nombre de Joanne Deary en Google. Ya había comprobado que no la tenían registrada, pero quería ver qué más podía averiguar sobre ella. La jefa había dejado claro que no se podía eliminar ningún nombre de la lista.

De inmediato, comprobó que su nombre aparecía en casi todas las redes sociales, cosa normal para una mujer soltera con dos hijos. Era probable que ansiara algo de compañía con la que alejarse de las conversaciones sobre bebés y los programas infantiles de televisión.

Parecía que donde más activa se mostraba era en Instagram.

Mientras se desplazaba por sus publicaciones, a Penn se le desmoronó su razonamiento.

Todas las fotos eran de sus hijos. Uno de ellos, los dos o ella con ambos. No había fotos de la mujer con amigos, comiendo en algún sitio con adultos o haciendo cosas ella sola.

No había nada raro en ello, excepto que necesitaría encontrar una niñera ocasional para tener algo de tiempo para sí misma.

El sargento había retrocedido ya casi un año para buscar algo, pero no encontraba nada.

Estaba a punto de ponerse con el siguiente nombre de la lista cuando una publicación le llamó la atención.

Era una reunión pequeña para la fiesta de cumpleaños de un niño. Había un par de personas etiquetadas, y Penn reconoció ambos nombres.

Capítulo 47

21:50

—Sabes que esto no les va a gustar ni un poquito —dijo Bryant al salir del coche.

—Tampoco es que sea medianoche —respondió Kim, llamando ya a la puerta de la casa.

—Para nosotros no, pero para ellos… —dijo él, señalando hacia la ventana de la fachada.

No hacía falta. Kim ya se había dado cuenta de que no parecía haber luces encendidas.

La inspectora volvió a llamar.

Se encendieron las luces y se escucharon pasos acercándose a la puerta.

—¿Cuántas veces te he dicho que…?

La señora Lane dejó de hablar al darse cuenta de que ninguna de las personas que tenía delante era la que ella pensaba. La expresión de leve irritación de su rostro se transformó en una de indignación.

—¿Podríamos pasar, señora Lane? —preguntó Kim amablemente.

—No, no pueden. ¿Cómo se atreven a hacer visitas a domicilios a estas horas de la noche?

—¿Podemos hablar con el señor Lane? —preguntó Kim.

—No puedo ni imaginarme qué es lo que quieren de mi marido, pero no está aquí. Por favor, vengan a una hora más razonable —dijo, intentando cerrarles la puerta.

Aquella mujer arisca parecía seguir molesta porque les hubieran interrumpido la comida del domingo y, con sinceridad, Kim empezaba a sentirse cada vez menos tolerante con la gente que estaba teniendo con ella una actitud tan asquerosamente desagradable.

La inspectora puso un pie en la puerta.

—¿Y dónde podría estar? —preguntó alzando bastante la voz.

—Está en el *pub* —respondió la mujer, bajando la voz tal y como Kim había previsto.

—Vale, díganos dónde está el *pub* y nos iremos —dijo Kim casi gritando.

El pánico se reflejó en el rostro de una señora Lane que no dejaba de mirar a todas las casas vecinas.

Para algunas personas, las apariencias lo eran todo.

—Será mejor que entren y esperen aquí —dijo, resoplando mientras se ajustaba la bata alrededor del cuerpo.

—Gracias —respondió Kim, como si no hubiera tenido que amenazar sutilmente a la mujer con humillarla en público.

—Esperen ahí —les pidió la señora Lane, señalando hacia el salón y dirigiéndose hacia la cocina.

Kim la siguió, percibiendo que la casa estaba sumida en un silencio muy llamativo teniendo en cuenta que se trataba de una propiedad en la que vivían dos chavales.

—¿Los niños están jugando a algún videojuego? —preguntó Kim.

La señora Lane se giró con el rostro desencajado por el horror. Kim pensó de primeras que esa cara se debía a que la mujer no se había dado cuenta de que la estaban siguiendo hacia la cocina en lugar de quedarse en el salón como les había indicado.

—Mis hijos no juegan a videojuegos inútiles para matar el tiempo. Derren solo utiliza la tecnología para sus trabajos universitarios y Boyce no tiene ningún interés en Internet.

Kim no se creyó ninguna de las dos afirmaciones.

—Son muy tranquilos, ¿verdad?

—Derren está en casa de un amigo estudiando y Boyce ya se ha acostado.

Y continuaba el autoengaño sobre su hijo pequeño. Eso sí, después de haber conocido a Boyce, Kim podía creerse que estuviera metido en la cama a las diez de la noche.

—Señora Lane, mientras esperamos a su marido, ¿le importaría contarnos cómo es la relación de su familia con Joanne Deary?

Si Kim había pensado unos instantes antes que la mujer tenía el rostro agrio, ahora parecía que le hubieran echado por la cara una jarra de zumo de limón. La mirada de sus ojos escupía veneno.

—No tenemos ninguna relación con esa mujer.

«La trama se complica», pensó Kim. Le lanzó una mirada a Bryant, que también las había seguido hasta la cocina.

—Bueno, según una publicación de esa mujer en Instagram relacionada con una fiesta de cumpleaños de hace casi un año, sí que la tienen. ¿No es su sobrina?

—No somos familiares de sangre. Es por parte de mi marido.

—Entonces, ¿no tienen una relación cercana? —preguntó Kim.

El rostro de la mujer se torció como si estuviera deseando ofrecer un montón de respuestas a través de esos labios sellados, pero, por su propia seguridad, se limitó a negar con la cabeza.

—Pero ¿estuvo en la fiesta del sexto cumpleaños de su sobrino nieto?

La señora Lane se ahorró tener que responder a esa pregunta gracias a que Eric Lane abrió la puerta de la casa y apareció por la cocina.

El hombre miró de forma significativa su reloj mientras se acercaba a ellos.

—Por favor, explíquenme qué significa esto.

—Me están preguntando por Joanne —espetó la señora Lane.

Kim permaneció en silencio, esperando que el señor Lane dijera algo que pudiera ofrecer una respuesta a la discordia en el seno de su familia.

Joanne les había contado que había sido un familiar el que le había sugerido la página de Seekers. Kim no tenía ni idea entonces de que ese familiar era el purista Eric Lane. Penn se había redimido de su arrebato anterior al descubrir ese pequeño detalle.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Eric, sin revelar nada con sus palabras ni con su tono de voz.

—Su nombre ha surgido durante la investigación del mismo caso que nos trajo a su casa. Vaya casualidad, ¿no?

—Es normal si tiene algo que ver con Seekers. Durante la pandemia, le sugerí que utilizara esa web. Necesitaba hacer cosas divertidas con los niños.

Por el rabillo del ojo, Kim vio que la expresión del rostro de la señora Lane se torcía cada vez un poco más Interesante.

—Bueno, fue usted muy amable —dijo Kim mientras él se quitaba la chaqueta.

—Es mi sobrina —dijo el hombre con un tono seco.

—Pero ¿ya no están tan unidos?

—Son cosas que pasan, inspectora —respondió Eric, pasando por su lado en dirección al fregadero. Cogió un vaso y lo llenó de agua antes de girarse hacia ella—. Las familias se distancian.

La señora Lane no dejaba de abrir y cerrar el puño, lo cual hacía creer que la cosa no era tan sencilla como la contaba su marido, pero Kim no estaba segura de si tal vez solo se trataba de líos familiares. Quizá no fuera nada demasiado grave, algo así como que la señora Lane le hubiera dado a Joanne demasiados consejos sobre la crianza de los hijos. O tal vez le hubieran prestado dinero a la mujer en un momento difícil y ella nunca se lo había devuelto. En cualquier caso, la inspectora no estaba convencida de que la respuesta a esas dudas fuera a resolver su caso, aunque sí que se le ocurrió otra idea.

—Joanne nos contó algo sobre una agresión sexual que se produjo justo a las afueras de Stourport. ¿Ha oído algo al respecto?

—¿Debería haberlo hecho? —preguntó Eric mientras la señora Lane cogía el vaso de agua de la mesa y lo enjuagaba.

—Me sorprendería que no lo supiera. La víctima era una mujer que estaba siguiendo un recorrido publicado en una página web de acertijos de acceso gratuito. Seguro que se comentó en su comunidad, ¿no?

El hombre cruzó los brazos y negó con la cabeza.

—Yo no lo comenté.

Kim no pudo seguir preguntándole, ya que el hijo menor de los Lane irrumpió en la casa con aire despreocupado, dejando caer su mochila sobre el suelo.

—Bueno, bueno, bueno… ¡Otra vez ustedes! Por favor, díganme que van a arrestarlos y llevárselos de aquí —dijo Derren, mirando a sus padres.

Kim no percibió que lo estuviera diciendo en broma, pero su madre logró convertir su mueca en una sonrisa.

—¿Ha ido bien el estudio? —le preguntó.

—Sí, mamá, genial.

Solo una mujer que se negara la realidad a sí misma podría mostrar la sonrisa complacida que descansaba en sus labios. Kim comprendió que la señora Lane había renunciado ya a cualquier tipo de control que pudiera ejercer sobre aquel crío y había optado por fingir que su comportamiento y actitud eran normales para no tener que enfrentarse a ellos.

Kim observó cómo Derren abría la puerta de la nevera y empezaba a sacar ingredientes.

—Me apetece una tortilla, ¿alguien quiere?

Sus padres no respondieron, y Kim sospechó que el ofrecimiento no los incluía a ellos.

El chico abrió un cajón y eligió la sartén más grande que había en el fondo, provocando que todos los artilugios que había encima resonaran con estrépito.

—Shh, no despiertes a tu hermano —dijo la señora Lane con un tono de súplica que Kim no pasó por alto.

—Ja, créeme, no voy a despertarlo. Ni siquiera está aquí.

—Pues claro que está aquí —espetó la señora Lane—. Subió a su habitación un poco antes que yo.

Derren se encogió de hombros.

—Lo que tú digas.

El chico rompió los huevos en una jarra medidora mientras la señora Lane salía con rapidez de la cocina.

—Por cierto, ¿te lo has pasado bien esta noche en el *pub*, papá? —preguntó Derren, mirándolo fijamente.

Eric desvió un poco la mirada.

—Sí, gracias.

La señora Lane volvió a irrumpir en la cocina.

—No está arriba, Eric —dijo como si ellos fueran las dos únicas personas presentes.

—Ooooh, ¿dónde coño podría estar el adorado hijo modélico a las diez de la noche? No estará haciendo nada malo, ¿verdad? Tiene veinte años. Puede cuidarse solo. O quizá no —dijo Derren sin girarse.

—Derren, cállate —susurró la señora Lane.

El hecho de que ninguno de los padres reprendiera a Derren por su actitud o su lenguaje confirmó lo que Kim había sospechado. Lo habían dado por perdido, se habían rendido.

Como si de repente recordara que él era el hombre de la casa, Eric se giró hacia Kim.

—Inspectora, si ya hemos respondido a sus preguntas, ¿podrían dejarnos en paz?

Kim echó un último vistazo por la cocina antes de dirigirse a la puerta de la calle. Sí, ya habían respondido a las preguntas que ella quería hacerles, aunque ahora habían surgido unas cuantas nuevas.

¿Por qué le preocupaba tanto a la señora Lane que su hijo adulto estuviera fuera de casa a las diez de la noche?

¿Por qué Derren odiaba tanto a sus padres?

¿Qué encerraba ese tono con el que le había preguntado a su padre sobre el *pub*?

¿Por qué ella no había notado olor a alcohol en Eric Lane cuando pasó por su lado y solo percibió el del *aftershave*?

¿Por qué el señor y la señora Lane tenían tantas ganas de que se fueran de la casa?

Kim aún no sabía si Eric sería capaz de cometer los actos perpetrados por el Bufón, pero había una cosa que sí sabía con certeza: en aquella familia había algo raro. Y, cuando no tuviera que estar buscando una maldita pista, iba a intentar descubrir de qué se trataba.

Capítulo 48

22:25

Penn había hecho bien al darle la orden de descansar, y así lo admitía Stacey para sí misma cuando regresó a su escritorio. No había sido una siesta larga, pero la había refrescado y revitalizado.

Se alegraba mucho de haber podido disfrutar de la intimidad del centro de operaciones, a diferencia de Frost, que en aquel momento estaba dando una cabezada en su sillón, con la boca abierta y soltando algún que otro leve ronquido.

Stacey se sintió tentada de grabar aquel espectáculo y enviárselo a la jefa, pero su conciencia le decía que podría ser una invasión excesiva de la privacidad de la periodista.

Otro suave ronquido escapó de los labios de Frost, lo que provocó que tanto ella como Penn se rieran por lo bajini.

En cuanto Stacey salió del centro de operaciones, Penn le había explicado que el Bufón no les había facilitado la pista sobre la siguiente ubicación, solo que tenían que llegar a ella antes de las tres de la madrugada.

Ambos sospechaban que la pista iba a llegar al teléfono de Frost, pero Penn le había asegurado que a la periodista no le había llegado ningún mensaje mientras dormía. Lo único que podían hacer era esperar.

Penn intentó darle de nuevo la lista de nombres a Stacey, pero ella le pidió que siguiera él con ellos mientras ella se ponía a investigar posibles cámaras de seguridad.

No era un trabajo que a Stacey le encantara realizar, pero, si conseguía encontrar las cámaras más cercanas a cada una de los localizaciones, tal vez podría identificar algún vehículo que apareciera en todas ellas. Establecer marcos temporales de búsqueda iba a ser muy complicado, pero por algún sitio tenía que empezar. Porque la jefa tenía razón: seguir las pistas no era

suficiente. Las pistas solo les iban a llevar a aquellos lugares en los que el Bufón quería que estuvieran. Lo único que los iba a ayudar a atraparlo era el trabajo de investigación policial más clásico y tradicional.

La ayudante de detective anotó en un papel la ubicación de las cajas.

1. Reserva Natural de los Manantiales Salados.
2. Aparcamiento del zoológico de Dudley.
3. Cuatro Piedras, Clent.

La cámara más cercana a los Manantiales Salados estaba en Dudley Road, a aproximadamente unos ochocientos metros de distancia. Había muchas otras formas de llegar hasta la reserva natural, pero no podía permitirse que eso la intimidara ni la desanimara.

Para el aparcamiento del zoológico, había una cámara en Birmingham New Road, a un kilómetro y medio más o menos. Por último, para las Cuatro Piedras en Clent, había una cámara de tráfico en la carretera que llevaba a West Hagley. Puede que hubiera otras, pero esas eran las más cercanas.

Ahora tenía que considerar los marcos temporales.

A Hipo lo habían secuestrado durante la noche anterior. No tenían forma de saber si el Bufón había llevado a cabo las torturas de inmediato y había alineado las partes del cuerpo para ir enviándolas, o si tal vez estaba ejecutando sus acciones en tiempo real, metiendo las diferentes partes del cuerpo en cada caja y colocando estas en su ubicación final.

Se planteaba el mismo problema con esa colocación de las cajas. Podría haberlas dejado durante la noche en los Manantiales Salados, en el aparcamiento del zoológico y en Clent, antes incluso de que le hubiera enviado a Frost el correo o la primera pista, pero esa teoría no la convencía porque ninguna de las cajas estaba mojada, y había caído un buen chaparrón por la mañana.

Hasta aquel momento, todo indicaba que aquel tipo planificaba las

cosas y tenía necesidad de controlar la situación. Dejar las cajas con horas de antelación provocaba que hubiera más posibilidades de que algo saliera mal, de que cualquier persona pudiera mover las cajas o encontrarlas antes que ellos.

Stacey decidió establecer el comienzo del marco temporal de búsqueda dos horas antes de que ellos o Joanne hubieran encontrado las cajas. Seguro que el psicópata había querido estar en las diferentes localizaciones con tiempo suficiente para dejar la caja antes de que comenzara el jaleo.

La ayudante de detective se tomó un momento para apreciar la magnitud de la tarea que tenía por delante, pero aquella era una de esas situaciones en las que no tenía nada que perder y mucho que ganar.

Tenía ya las manos sobre el teclado, a punto de comenzar su labor, cuando el ordenador de Frost emitió un sonido que se parecía mucho a la alarma de un coche.

La periodista y casi todos los habitantes de Halesowen se despertaron al instante.

El rostro de Frost se ensombreció de inmediato, con un gesto de desaprobación. Pulsó unas cuantas teclas y permaneció en silencio mientras parecía estar observando algo.

—¡Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda! —maldijo. Luego levantó la cabeza para mirarlos—. A vuestra jefa no le va a gustar esto ni un pelo.

Capítulo 49

22:50

—Pero ¿qué pudo ocurrir para distanciarlos de ese modo? —preguntó Kim después de pasar por lo que le pareció el décimo autoservicio en el que paraban en el día. Recordaba vagamente haber estado en aquel en algún momento de la jornada.

La inspectora seguía reflexionando sobre la dinámica con la que funcionaba la familia Lane. Que los nombres de dos de los miembros de la familia hubieran aparecido en la investigación tenía que ser algo más que una simple coincidencia.

—Hace nueve meses estaban juntos celebrando un cumpleaños, y además Eric intentó ayudar a Joanne durante la pandemia. ¿Qué pudo suceder para que ahora estén tan distanciados y para que Supermamá se muestre tan abiertamente hostil con ella?

—¿Acaso es importante? —preguntó Bryant, cubriéndose un bostezo con la mano.

—Siento estar aburriéndote, pero no voy a saber si es importante hasta que averigüe de qué se trata, ¿no te parece? —espetó Kim.

—Siempre podemos ir a preguntarle a Joanne.

—Por Dios, Bryant, ¿qué clase de monstruo crees que soy? Son casi las once de la noche y ella es madre soltera de dos hijos.

—Es verdad, aunque eso es algo que normalmente no te imped…

El sargento dejó de hablar cuando escuchó sonar el móvil de Kim.

—Hola, Stace, dime que me estás llamando para contarme dónde está Hipo y para darme el nombre y la dirección de nuestro enfermo mental.

«Y así podremos irnos todos a casa y dormir un poco», pensó para sí misma.

—Lo siento, jefa, pero las noticias que tengo no son nada buenas.

A Kim se le encogió el corazón. Menos mal que ya había organizado que Barney se quedara esa noche con su mejor amigo, Charlie.

—Cuéntame —dijo Kim, preparándose para lo que pudiera venir.

—Ya está en las noticias locales, jefa.

—¡Mierda! —exclamó la inspectora—. Vale, vamos para allá.

Bryant arrancó en cuanto su compañera colgó.

De inmediato, el teléfono de Kim volvió a sonar. A ella no le hacía ninguna falta mirar la pantalla del móvil para saber de quién se trataba.

Se guardó el teléfono en el bolsillo sin contestar.

Estaba segura de que lo iba a ver muy pronto.

Capítulo 50

23:05

Aunque la tarea era un auténtico coñazo, Penn comprendía por qué la jefa había insistido en que se revisaran bien todos los nombres de los voluntarios que habían ido a la recolección de basura.

La primera mitad de la lista había resultado ser un fiasco, pero la segunda estaba resultando mucho más interesante.

La primera persona de interés con la que dio el sargento fue Peter Harris, de treinta y ocho años, que vivía a poco más de kilómetro y medio de la reserva natural y tenía a sus espaldas un cargo por agresión. Aparentemente, un tiempo entre rejas parecía haber calmado su sed de violencia, y llevaba casi diez años limpio. O, cuando menos, sin que lo pillaran.

El segundo aspirante era Richard Johnston, de cuarenta y dos años, que se había dedicado al tráfico de drogas desde los últimos años de su adolescencia y acudía a recoger basura como parte de sus servicios comunitarios.

No era mucho, pero al menos era algo. Si el Bufón los había estado observando desde el principio, existía la posibilidad de que fuera uno de aquellos dos hombres.

Capítulo 51

23:25

—Bueno, pues no podría haber sido mucho peor que esto, ¿no? —se quejó Kim a los presentes después de ver el vídeo que había salido en las noticias.

Su equipo policial había sido el guiño simpático que remataba el programa, algo que Kim estaba segura de que no habría ocurrido si Frost hubiera descrito en sus artículos lo de la tortura y las partes del cuerpo que estaban encontrando.

El breve reportaje venía a decir algo así como que «un bromista engaña a un equipo de agentes del Departamento de Investigación Criminal y los embarca en una búsqueda inútil». Sin ser conocedores de todos los hechos, los estaban haciendo quedar en ridículo y, lo que era aún peor, los estaba haciendo parecer incompetentes.

Kim había logrado evitar otras dos llamadas de Woody, pero era muy consciente de que, tarde o temprano, iba a tener que enfrentarse a él.

—Sabes que esto va a atraer todavía más atención, ¿verdad? —preguntó Frost.

—Y yo que pensaba que no, que iba a servir para convencer a ese malnacido para que se entregara y pusiera fin a esta locura —respondió Kim.

Tener a Frost en la oficina estaba empezando a agotarla.

La periodista ignoró su sarcasmo, probablemente porque tampoco esperaba que se comportara de otra manera, y volvió a ponerse a teclear en su ordenador portátil. El siguiente artículo debía estar listo en media hora.

—¿Alguien tiene algo útil que contarme? —preguntó Kim, mirando a Stacey y a Penn.

—Por la cámara situada cerca de la Reserva Natural de los

Manantiales Salados pasan más de mil vehículos cada hora —apuntó la ayudante de detective.

—¿Eso te parece muy útil?

La ayudante de detective asintió y se encogió de hombros al mismo tiempo.

—¿Penn?

—Uno de los recolectores de basura tiene antecedentes por agresión.

Eso de la recogida de basura le parecía a la inspectora algo que había sucedido mucho tiempo atrás.

—Vale —afirmó, pensando que aquello no era mucho más útil que lo que había aportado Stacey.

La inspectora estaba a punto de decírselo a Penn cuando por la puerta apareció una silueta. Sabía que solo era cuestión de tiempo.

—Tenemos que hablar, Stone —dijo Woody con un tono de voz que no admitía réplica.

Kim se dirigió hacia el centro de operaciones y dejó la puerta abierta para que Woody pasara. Por la expresión del rostro del inspector jefe, parecía obvio que habría preferido tener aquella conversación lejos del resto del equipo, pero ella estaba demasiado agotada como para que eso le preocupara.

Woody cerró la puerta y se puso frente a ella.

—Explícame por qué somos el hazmerreír de las noticias locales.

Kim estuvo tentada de advertirle de que existía una posibilidad muy real de que se convirtieran en el hazmerreír de las noticias nacionales si no capturaban pronto al Bufón.

—¿Puede que porque hoy no hay muchas noticias interesantes? —sugirió ella.

—¿Por qué seguimos trabajando en este caso si no tenemos una víctima?

—Bueno, tenemos partes de una víctima, señor. Tenemos uñas que se han arrancado con Dios sabe qué. Tenemos dientes que se han extraído con unos alicates domésticos y un pulgar que se ha cercenado con un cuchillo carnicero. Sospecho que, si no seguimos trabajando en el caso, nos van a quedar muy pocas partes del cuerpo de Hipo por encontrar.

—No sabía lo del pulgar —dijo Woody, frunciendo el ceño.

—Aún no he tenido oportunidad de ponerle al día sobre eso. —A pesar de que Woody había estado pasando el día con su nieta, ella le había estado enviando mensajes con las novedades a lo largo de la jornada.

—¿Seguro que se trata de la misma persona?

—Nosotros creemos que sí, y Mitch también lo piensa.

—¿Has involucrado al Departamento Forense?

—Él ha querido echarnos una mano —dijo Kim, prefiriendo no recordar la escena del *pub*.

—¿Cuál es el móvil de ese tipo? —preguntó Woody, que empezaba a pensar como un investigador y no como un político.

A Kim siempre le había gustado más esa faceta de su jefe.

—No tenemos ni idea. Puede que solo esté buscando su minuto de gloria, pero es inteligente. Siempre va cinco pasos por delante de nosotros —admitió Kim.

—¿Estás segura de que esto tiene más que ver con él que con nosotros? —preguntó Woody—. ¿Y si quiere algún tipo de venganza contra la policía? ¿Y si todo esto es para hacernos parecer incompetentes?

Ella se encogió de hombros. La verdad era que no lo sabía.

—¿Algún sospechoso?

—La última vez que lo miré, unos cincuenta y siete.

Woody esperó la explicación.

—Estamos investigando a prácticamente todas las personas con las que vamos hablando. Estamos obligados a hacerlo. El Bufón es completamente anónimo. Podría ser cualquier persona, así que aún no podemos descartar a nadie.

Woody se frotó su cabeza calva.

—Estoy en una situación delicada, Stone. Ya me ha llamado el superintendente jefe.

—¿Ve las noticias locales? —preguntó ella con cierta ironía.

—Su mujer sí que las ve, y consideró necesario interrumpir la partida de *bridge* de su marido para informarle.

—¡Ay, no! —exclamó Kim, llevándose una mano a la boca.

Woody la ignoró.

—Quiere que la investigación se detenga de inmediato.

—¿Le ha hablado de los restos humanos y del sintecho desaparecido?

Woody arqueó una ceja.

—Qué cabrón —dijo ella, comprendiendo perfectamente que esos hechos no le importaban lo más mínimo al superintendente, cuya única prioridad era no parecer estúpido.

El psicópata había estado en lo cierto al asegurar que la primera víctima no se echaría en falta. ¿Habría detenido el superintendente jefe tan rápidamente la investigación si estuvieran recibiendo partes del cuerpo de uno de los hijos de sus amigos del *bridge*? La muerte de un vagabundo no provocaba titulares sensacionalistas. Quizá, como mucho, podría ocupar un centímetro en la página siete de algún periódico.

—Señor, sin ánimo de ofender, pero aunque tenga que llevar a cabo esta investigación desde la cocina de mi casa, no voy a abandonar a Hipo, y mi equipo tampoco lo va a hacer.

Woody asintió en un gesto que no parecía mostrar la frustración que correspondía a la situación. Él ya sabía de antemano cuál iba a ser la respuesta de la inspectora.

—Son los artículos los que nos están matando. Dile a Frost que deje de publicarlos.

—El loco este los ha pedido específicamente —respondió Kim, echando un vistazo al reloj. El siguiente debía publicarse en menos de media hora.

—Tienes que decírselo, Stone —dijo Woody con firmeza.

—Señor, con el debido respeto, no hay nadie en esa sala que no haya estado dándolo todo por este caso durante las últimas dieciséis horas. Frost está haciendo todo lo posible por seguir las instrucciones y salvar vidas mientras los demás intentamos descifrar el motivo y la identidad de este tipo. Todos estamos agotados, y…

—Si has terminado ya, yo acepto todos esos hechos, pero mi argumento sigue siendo válido. Sus artículos no aportan nada para resolver el caso, pero sí que contribuyen en gran medida a atraer más atención y dañar nuestra credibilidad.

Kim asintió en señal de comprensión. El inspector jefe tenía razón.

Pero Frost iba a tomar sus propias decisiones.

Woody dio un golpecito en su reloj.

—Quiero novedades regularmente durante toda la noche.

—Sí, señor.

Cuando se disponía a salir ya del centro de operaciones, Woody se giró.

—Y que tu equipo descanse.

—Por supuesto, señor —respondió Kim antes de que su jefe saliera.

La inspectora respiró hondo, salió hacia la sala de la brigada y esperó hasta oír cómo se cerraba la puerta exterior.

—El superintendente jefe no está contento, chicos.

Hubo un silencio cargado de frustración e irritación.

Pero, casi de inmediato, todos se echaron a reír.

—Eso no es ninguna novedad —comentó Stacey.

—Sí, ¿alguna vez lo está? —preguntó Penn.

—Ay, pobre jefe —se compadeció Bryant.

—Quiere cerrarnos el caso porque siente un poco de vergüenza.

A pesar del cansancio, tres pares de ojos se clavaron en ella. Incluso Frost frunció el ceño.

—Sí, eso es lo justo lo que pensaba que todos diríais —dijo Kim; acto seguido, miró directamente a Frost—. También ha exigido que no publiques más artículos.

Frost resopló.

—Si no voy a hacerle caso a mi jefe, ya te digo yo que tampoco se lo voy a hacer al tuyo.

Capítulo 52

0:00
EL PROGRESO DEL BUFÓN

Tracy Frost

Para aquellos de ustedes que estén leyendo el artículo siendo ya medianoche, espero que sus jefes sean comprensivos cuando llamen mañana para avisar de que van a llegar tarde. A juzgar por el número de comentarios de los dos últimos artículos, parece que son bastantes los que se encuentran en esa situación.

En esta actualización de medianoche puedo confirmarles que el equipo policial ha tenido que ir a las Cuatro Piedras, en Clent, y que ahora mismo está trabajando en la pista para tratar de resolver el siguiente acertijo.

También cabe destacar que el caso ha aparecido en las noticias locales, lo que, como podrán imaginar, ha entusiasmado al equipo que está tratando de encontrar al culpable.

Los miembros del grupo policial que trabajan en el caso están cansados, hambrientos y frustrados, y, además, están recibiendo críticas por todas partes. Sin embargo, eso no ha disminuido su determinación de encontrar al responsable de este juego antes de que alguna persona pueda resultar herida.

Y a ti, Bufón, pues sé que estás leyendo estos artículos. Quieres devorar cualquier noticia en la que aparezca tu nombre. Quieres leer los comentarios, ya sean positivos o negativos, porque hablan de ti. Necesitas esa retroalimentación, esa atención, pero, por muy inteligente que seas, también eres un cobarde y un farsante dominado por las reglas y el control.

Esa necesidad de aprobación es lo que va a hacer que te atrapen.

Capítulo 53

LUNES, 2:15

Kim echó un vistazo hacia la sala de la brigada y volvió a mirar a la pizarra desde la distancia. Tras la marcha de Woody, había dado instrucciones a todos para que descansaran un poco.

Penn se había ido al vestuario de los hombres tras insistir en que uno de los bancos era bastante cómodo.

Frost simplemente se había recostado en su sillón y se había quedado frita en cuestión de minutos.

Bryant le había ofrecido las llaves de su coche a Stacey para que pudiera echarse un rato en su Astra ranchera; mientras, él se había acercado el sillón de la ayudante de detective para apoyar los pies. Tenía las manos cruzadas sobre el estómago.

Por su parte, Kim había apagado la luz del centro de operaciones e intentado descansar los ojos. Se había quedado dormida durante un rato, pero la había despertado la imagen de un pobre hombre sin uñas, sin dientes y sin pulgar. Sus gritos de horror y agonía permanecerían para siempre en su recuerdo.

Aquella imagen había provocado que volviera a encender la luz y estuviera esperando a que el teléfono de Frost sonara para indicar que había llegado la siguiente pista. Solo tenían cuarenta y cinco minutos para encontrar la caja antes de que el Bufón difundiera la pista públicamente.

La inspectora echó un vistazo hacia el exterior del centro de operaciones y vio que, aunque las manos de Bryant seguían descansando sobre su estómago, el sargento estaba mirando los nombres escritos en la pizarra.

Kim se dirigió hacia la sala de la brigada y, justo cuando lo hacía, llegaba también Penn.

—No puedo dormir —dijo, encogiéndose de hombros, y se sentó en su puesto.

Antes de que la inspectora pudiera siquiera abrir la boca, Stacey apareció por la puerta.

—No me duermo —dijo la ayudante de detective, devolviéndole a Bryant las llaves de su coche.

Kim se limitó a observar a su equipo en silencio durante un momento antes de dirigirse a ellos.

—Bueno, chicos, ¿por qué no hemos recibido la pista todavía?

Frost cogió su teléfono para comprobarlo una vez más y negó con la cabeza. No había nada nuevo.

—¿Qué nos estamos perdiendo? —preguntó Kim, empezando a sentirse inquieta—. Por muy difíciles que fueran las pistas anteriores, hasta ahora han sido factibles de resolver. Solo se ha comunicado por mensaje de texto con Frost, o a través de una pista que lleva a otra y que luego publica en la página web de Seekers.

Stacey movía la cabeza de lado a lado mientras navegaba por esa web.

—No hay nada nuevo en las últimas dos horas.

—No me extraña; la gente sensata está en la cama a estas horas —se quejó Bryant.

—Tiene que haber algo —insistió Kim—. La pista tiene que estar en algún lugar en el que podamos encontrarla.

—Un momento —dijo Stacey, abriendo de repente los ojos de par en par. Pulsó unas cuantas teclas y luego se desplazó por la pantalla. Su mirada la recorrió a toda velocidad—. ¡¡Mierda!! —exclamó—. La tenemos aquí mismo, en el artículo de medianoche de Frost. El Bufón hizo algún comentario en el primero, y no llegué a revisar en el segundo. Lo siento, ha sido fallo m…

—¿Qué dice, Stace? —interrumpió Kim.

Stacey frunció el ceño y se puso de pie con un rotulador.

—Voy a escribirlo en la pizarra tal y como aparece en su comentario.

Stacey se levantó y Kim ocupó el asiento de la ayudante de detective para leer la pista, pero desvió por un momento la mirada hacia la pantalla del ordenador y se fijó en el último artículo de Frost. Se quedó boquiabierta mientras leía.

—Frost, ¿qué coño es esto?

La periodista se encogió de hombros, sin necesidad de que Kim le explicara a qué venía su cabreo.

—Es un tarado, y se lo he dicho.

—¿De verdad quieres provocarlo? —espetó Kim.

—Solo me estoy divirtiendo un poco.

—Tienes presente que ha amenazado con hacerle daño a la gente, ¿verdad? —preguntó Kim, moviendo la cabeza de lado a lado, desesperada. ¿Por qué demonios había decidido aquella mujer desafiarlo tan abiertamente?

—No se atrevería a hacerlo. Lo siento, pero llevamos horas siendo buenos, jugando limpio. Todos estamos corriendo de un lado a otro cumpliendo sus órdenes. Estamos hechos polvo y seguimos haciendo lo que le da la gana. Ese tipo es un capullo y ya estoy harta de que me diga lo que tengo que hacer.

—Nosotros también, Frost, y por eso estamos haciendo trabajo policial de verdad paralelamente, por si no te habías dado cuenta.

—Por supuesto que me he dado cuenta y, como verás, incluso lo he mencionado en el artículo. Debería ganar puntos por eso.

—¿Cómo es posible que no seas capaz de ver que lo estás provocando? —insistió Kim.

A aquellas alturas, no tenían ni idea de lo peligroso que podría ser aquel psicópata. Sí que eran conscientes de que Hipo no estaba precisamente disfrutando del tiempo que pasaba junto a él. Pero ninguno de ellos sabía qué sería capaz de hacer.

—Sí que lo veo, y me gusta la idea. Quiero picarlo —respondió Frost—. Quiero que pierda parte de su control. Quiero desafiar sus reglas y que en algún momento la cague para que podamos atraparlo y, tal vez, salvar la vida de Hipo.

Kim no estaba segura de cuál de esas excusas creerse. ¿Lo había hecho Frost porque estaba harta de que le dieran órdenes o había sido un movimiento calculado para irritar al Bufón? En cualquier caso, la periodista estaba jugando con fuego y Kim no quería que ningún miembro de su equipo se quemara.

—Antes de publicar el siguiente artículo, me lo mandas para que lo revise —exigió.

—No —dijo Frost, negando con la cabeza.

—Frost, si te…

—Inspectora, ¿cuándo vas a entender que no trabajo para ti? La instrucción del Bufón fue que publicara los artículos en unos plazos determinados, y eso es lo que he hecho. No había ninguna norma sobre lo que tenía que escribir. Yo no te digo cómo hacer tu trabajo, así que, por favor, no me digas tú cómo tengo que hacer el mío —dijo, volviéndose hacia su ordenador.

—Te juro que, cuando esto termine, te voy a detener.

—¿Por qué motivo? —preguntó Frost sin mirarla.

—No lo sé, por hacer volar una cometa en público o tal vez por sacudir la alfombra en la calle —respondió Kim, citando un par de delitos medievales antiguos que aún seguían vigentes—. Pero te pillaré por algo —añadió, antes de volver a centrar su atención en la pizarra, donde Stacey había escrito la última pista.

Esta vez, se trataba de una fila larga de letras.

Unconodemasiadograndecomoparallenarlodehelado.

Al darse cuenta de que la conversación entre Kim y Frost había terminado, todos los miembros del equipo comenzaron a, prácticamente, gritar las palabras una a una.

—Grande.

—Demasiado.

—Helado.

—Lleno.

—Cono.

Kim leyó las palabras en voz alta.

—Un cono demasiado grande como para llenarlo de helado.

La inspectora se levantó de la silla, cogió su chaqueta y se dispuso a salir corriendo.

—Vamos, Bryant, creo que sé a dónde tenemos que ir.

Capítulo 54

2:45

El Red House Cone era una estructura de cristal con forma de cono situada en Wordsley.

El edificio tenía veintisiete metros de altura y dieciocho de diámetro, y Stuart Crystal lo había utilizado para la producción de vidrio hasta los años treinta. Se trataba de una de las cuatro estructuras de aquel tipo que había en todo el país, y el ayuntamiento de Dudley la había adquirido y en la actualidad la mantenía como museo.

—¿En serio, joder? —exclamó Kim cuando Bryant se detuvo junto a la acera.

—Maldita sea, ¿por qué no está durmiendo toda esta gente? —preguntó el sargento, observando a los grupos que se habían congregado en la zona.

Kim no recordaba ahora cuántas personas estaban siguiendo y comentando los artículos de Frost, pero estaba claro que por lo menos treinta de ellas habían visto y descifrado la pista antes que ellos.

—Pide algunos refuerzos —ordenó Kim mientras salía del coche—. Apártense, señores —gritó a la gente que había a su alrededor.

La inspectora ignoró los comentarios que les lanzaban algunas personas. Intentó reunirlos a todos en un solo grupo.

—¡Vaya, se lo han tomado con tranquilidad!

—¡Llevamos esperando un siglo!

—¡Ya hemos buscado la caja!

—¡Aquí no hay nada!

—¡Muévanse! —exclamó Kim con los brazos abiertos, procurando no tocar a nadie. Lo último que necesitaba era una denuncia por brutalidad policial.

—¡No, venga ya! Queremos ver cuál es la siguiente pista.

La inspectora se detuvo cuando estaban a unos treinta metros de las puertas de acceso al edificio.

—A ver, en primer lugar, no voy a decirles nada sobre la siguiente pista. Por otro lado, algunos de mis compañeros vienen de camino para empezar a tomar sus nombres, así que más les vale irse a casa. Por último, les aseguro que arrestaremos a cualquiera que decida quedarse aquí y cruzar esta línea invisible que les estoy marcando, justo donde me encuentro ahora.

—¡No puede arrestarnos por estar en la acera de la calle!

Kim no tenía ni idea de quién le había gritado aquello, así que se dirigió al grupo en su conjunto.

—Es cierto, pero acabo de darles la orden de que retrocedan, así que, a partir de ahora, cualquiera que decida ignorarla sí que podrá ser arrestado por desobediencia a la autoridad.

Kim esperó a ver si alguien más protestaba por algo antes de dirigirse a las puertas de entrada. ¿Podría aquel enfermo hacer algo más para complicarles la vida?

—¿Estás segura de que estamos en el lugar correcto, jefa? —dijo Bryant, mirando a la multitud.

—Creo que ese pequeño grupo de alborotadores lo confirma —respondió Kim, señalando con la cabeza a los curiosos.

De momento, nadie había cruzado la línea imaginaria. Puede que sintieran curiosidad por lo que estaba ocurriendo, pero ninguno quería pasarse el resto de la noche en el calabozo.

—¿Tú conoces algún otro cono emblemático en la zona? —preguntó Kim, mirando a su alrededor.

—Pero aquí debe haber muchas cámaras de seguridad. No creo que se arriesgara tanto.

—Es verdad —admitió la inspectora. En aquel recinto de media hectárea había diez pequeños negocios, entre ellos artesanos del vidrio, alfareros, joyeros, una tienda de regalos y una cafetería. El Bufón no habría corrido el riesgo de que ninguna de las cámaras de esos negocios registrara su presencia—. La caja debe estar en el exterior.

Ambos recorrieron las aceras por separado, en diferentes direcciones, utilizando las linternas de sus teléfonos para iluminar el

suelo, a pesar de que la multitud les había dicho que por allí no había ninguna caja.

—Jefa, no hay nada —dijo Bryant cuando se volvieron a encontrar en las puertas metálicas de la entrada.

—Sé que está aquí —insistió Kim—. Sé que tengo razón.

—Sí, ya, pero hubo una vez en la que no tuviste…

—Cállate. Déjame pensar.

La inspectora estaba justo enfrente de las puertas, mirando hacia el interior. Algo se le estaba escapando, y la esperanza que había surgido cuando descifró la pista se estaba desvaneciendo. Ya pasaba un minuto de las tres de la madrugada.

Sonó su teléfono.

—Dime, Stace —contestó, poniendo la llamada en manos libres.

—Ha publicado la pista en Seekers, aunque la ha escrito correctamente, espaciando las palabras.

—Maldita sea —dijo Kim. Eso, sin lugar a dudas, iba a atraer a más personas a aquel lugar—. ¿Cuánta gente lo está viendo?

—Casi mil personas ahora mismo.

—Madre mía, ¿esta gente no necesita dormir?

—Jefa, parece que algunos ya van de camino para allá.

Kim volvió a maldecir antes de colgar. Ahora iba todavía más a contrarreloj que antes.

«Piensa, piensa, piensa», se dijo a sí misma. ¿Cómo podía colocar el Bufón una caja en aquel recinto sin que las cámaras lo detectaran?

La inspectora recorrió con la mirada cada detalle de todo lo que tenía ante sí. Y entonces su linterna iluminó el objeto más cercano a la puerta de entrada.

—Ya sé dónde está —afirmó, levantando un pie para empezar a trepar por la puerta.

—Eh, tranquila, fiera, que te está viendo un montón de gente. Como salte la alarma, nos vamos a meter en otro marrón.

A pesar de la urgencia de la situación, Kim no pudo evitar fijarse en el detalle de que, aunque era ella quien estaba a punto de cometer un delito, al usar las palabras «nos vamos» Bryant había demostrado que no le importaría en absoluto comerse la mierda que les pudiera

tocar afrontar. Las personas congregadas allí tal vez se unieran a la lista de las que ya estaban esperando para presentar una queja sobre ella. O tal vez simplemente se limitaran a disfrutar del espectáculo.

—Está en esa papelera. Sé que está ahí. Está tan cerca de la puerta que el Bufón podría haber deslizado la caja en él mientras pasaba por al lado y que las cámaras no lo detectaran.

Con mucha suerte, las cámaras podrían haber captado parte de un antebrazo, como mucho.

—Jefa, escúchame, te…

—¿Quieres esperar hasta que abran mañana por la mañana? —preguntó Kim, levantando el otro pie y comenzando a trepar por la puerta.

Capítulo 55

3:15

Penn no podía evitar sentir que algo se les estaba escapando.

Todos los miembros del equipo estaban corriendo en diferentes direcciones siguiendo las pistas. Estaban peinando las grabaciones de las cámaras de seguridad con la esperanza de encontrar algo que destacara. Estaban siguiendo los muy numerosos nombres que iban recopilando sobre la marcha. Estaban examinando las pruebas, buscando pistas… Pero todo se estaba haciendo de forma superficial porque había demasiadas cosas que revisar.

Golpeó con los dedos sobre la mesa preguntándose qué era lo más valioso que tenían hasta aquel momento.

Mitch estaba trabajando con las partes del cuerpo de Hipo, pero lo único que iban a sacar de eso era la identidad de la víctima, y estaban bastante seguros de conocerla ya.

Tener esa cantidad de nombres era una novedad para ellos, pero eran tantos que solo podían hacer verificaciones básicas de sus antecedentes.

—Stace, ¿tienes los archivos de audio y vídeo? —le preguntó a su compañera.

—Un momento y te los envío.

Tenían tres grabaciones. Dos elementos multimedia diferentes que se habían producido en tiempo real.

¿No sería mejor emplear el tiempo en comprobar si había algo en las grabaciones que se les hubiera pasado por alto?

—Enviadas —dijo Stacey sin levantar la vista.

Penn se tomó un momento para actualizar el ecualizador que tenía en su ordenador. Dudaba que fuera tan bueno como el que tenían en el laboratorio de Birmingham, pero él tenía la suerte de tener un oído excepcional y unos cascos de gran calidad.

Respiró hondo antes de reproducir los audios. No iba a ser nada

agradable, pero le debía a Hipo el intentar dar lo mejor de sí mismo.

Apretó la mandíbula cuando en sus oídos retumbó el sonido de los gritos de Hipo. Por un segundo, lamentó tanto la claridad con la que podía escuchar la grabación como el volumen que alcanzaba con sus cascos.

Penn cerró los ojos, consciente de que a aquel pobre hombre le estaban arrancando las uñas y los dientes de forma muy dolorosa.

Escuchar a través de los cascos le proporcionaba una intimidad mucho mayor que la que habría experimentado con los oídos descubiertos. Era como escuchar música y oír cada inflexión de la voz, consiguiendo una conexión más profunda con la reproducción, una percepción mejor de cada emoción.

En los gritos de Hipo, Penn pudo distinguir todo: el miedo, el dolor y la desesperación. Cada alarido parecía alcanzar una nota diferente. Le recordaba a un niño que lloraba porque necesitaba la presencia de su madre, de alguien que lo calmara.

Por muchos sonidos que resaltara y potenciara, ninguno de ellos le daba una pista. A pesar de las herramientas que utilizaba, al no haber pausa entre los gritos, no podía aislar nada por detrás de ellos.

Penn se recostó en su sillón. Tras haber vivido cada segundo del calvario de Hipo, no había obtenido nada.

Hizo clic en el otro archivo, que no había visto ni escuchado aún, pero del que conocía su contenido gracias a Stacey.

Se preparó para ver las imágenes. Un sentimiento de ira lo invadió al ver el cuchillo caer y seccionarle a Hipo el pulgar.

Los gritos eran diferentes esta vez. En las primeras grabaciones, había miedo en ellos, pero también dejaban entrever la esperanza de que gritar pudiera influir en el resultado. En esta, esa esperanza no existía. Penn pensaba en ello mientras volvía a escuchar la reproducción, esta vez con los ojos cerrados.

Lo que no había percibido la primera vez era que existía una pausa de dos o tres segundos entre dos de los gritos de Hipo.

Penn abrió los ojos y volvió a ver el vídeo.

La pausa se produjo en el momento en el que el cuchillo carnicero se levantó en el aire por encima del pulgar. Hipo debía estar tan

aterrorizado ante la perspectiva del descenso de la hoja que no había sido capaz ni de gritar.

Penn aisló esos tres segundos y repitió el proceso.

Escuchó con atención. Y entonces escuchó un sonido extraño de fondo.

Capítulo 56

3:30

—¡La tengo! —gritó Kim, sacando la caja de la papelera. Se encontraba a aproximadamente un tercio de la profundidad de la misma.

La inspectora prefirió no pensar demasiado en las cosas entre las que había tenido que rebuscar para alcanzarla.

Menos mal que Bryant siempre llevaba guantes protectores encima, y aquella vez tampoco había sido una excepción. Habían servido para proteger la piel expuesta de Kim, pero no tanto la manga de su chaqueta de cuero. Pero bueno, estaba segura de que Bryant tendría toallitas húmedas en algún lugar del coche.

Al no obtener respuesta de su compañero, volvió a gritar.

—¡Oye, te he dicho que ya tengo la caja!

—Sí, jefa, pero me temo que tienes algo más que eso.

La linterna del sargento estaba iluminando a un grupo de unas cincuenta personas, acompañado por solo dos agentes de uniforme.

Entre ambos agentes había una mujer que sostenía unas llaves.

Bryant le había advertido a su jefa que probablemente iba a hacer saltar alguna alarma, y los dos agentes se habían visto incapaces de controlar a la multitud cada vez mayor, que se había acercado para tener una mejor perspectiva de la situación.

A Bryant se le había dibujado una expresión en el rostro que dejaba entrever cierta diversión ante lo que estaba contemplando.

—¿Me deja alguien salir de aquí?

Kim no tenía ninguna intención de volver a escalar la valla sabiendo que había un juego de llaves estupendo al otro lado de la misma.

La mujer que las tenía miró a los agentes en busca de confirmación. Kim era inspectora de policía, pero los uniformes siempre conferían una autoridad incuestionable.

Uno de los agentes asintió y la mujer dejó salir a la inspectora.

—Bueno, gracias a todos por venir, pero ya estoy bien —dijo casi gritando, dirigiéndose hacia el coche.

—¿Qué es lo que tiene ahí, inspectora? —preguntó el policía.

—Es una cosa que tiré antes y luego me di cuenta de que…

Kim dejó de hablar al mirar hacia la calle contigua. Cada vez había una cantidad mayor de personas arremolinadas, que se iban dirigiendo hacia ellos.

El agente siguió la mirada de Kim. Aunque tardó en darse cuenta, finalmente comprendió la situación.

—Un momento, esto tiene que ver con esa especie de búsqueda del tesoro que está apareciendo en las noticias —dijo, mirando la caja—. Venga, ábrala.

La multitud se acercaba a toda velocidad con los ojos encendidos, llenos de interés y expectación. Kim percibió que, para las personas que desconocían todos los detalles del caso, aquello resultaba muy entretenido.

Y ella estaba harta de eso. La vida de un hombre pendía de un hilo.

—Esto no es un juego, agente, así que borre esa sonrisa de la cara.

Al inspector jefe le iba a encantar leer el informe de aquel incidente.

Kim se giró hacia la propietaria de la llave.

—No he dañado nada mientras recuperaba la caja, pero, si quiere presentar una queja, adelante —le dijo, dirigiéndose hacia el coche.

Sí, Woody también iba a disfrutar mucho con esa parte.

La inspectora estaba a punto de llegar al coche cuando un Toyota azul se detuvo bruscamente y aparcó en el espacio que había justo detrás del Astra de Bryant.

Un hombre de cerca de cuarenta años se bajó del Toyota a toda velocidad, casi antes de que se hubiera detenido del todo. Vestía vaqueros, sudadera y gorra de béisbol.

—¿Son ustedes miembros del equipo que está llevando a cabo esa persecución absurda, esa búsqueda del tesoro inútil? —preguntó con la viveza y los modales que solo caracterizan a un tipo muy concreto de profesional.

No cabía duda de que se trataba de un periodista, probablemente de algún periódico de los distritos vecinos.

Kim decidió ignorar su pregunta y abrir la puerta del coche.

—¿Cómo la ha conseguido, inspectora? —preguntó el hombre, mirando la caja que ella llevaba en la mano.

—No es asunto suyo —respondió Kim, colocándola en el asiento del copiloto.

Él frunció el ceño.

—Entonces, ¿la ha robado?

—¿Disculpe? —preguntó Kim, mirándolo con dureza.

—Otra vez la policía saltándose las reglas. A los espectadores les va a encantar.

—¿Los espectadores? —cuestionó Kim, sintiendo cómo se le helaba la sangre.

—Sí, mi nombre es Steve Ashworth, corresponsal de *Sunrise News.*

—¿Sunrise va a emitir esto? —dijo Kim, haciendo referencia al nuevo canal digital de noticias.

—Sí, si consigo que sea lo bastante atractivo. Y creo que usted me acaba de dar justo lo que necesito.

De todo lo que acababa de suceder, Kim estaba segura de que eso último era lo que más le iba a gustar a Woody.

Capítulo 57

3:45

He elegido el momento en el que un coche llegaba a toda velocidad y se detenía junto a la acera para escapar. Nadie ha mirado siquiera en mi dirección mientras me alejaba de la escena por una callejuela.

Han llegado más tarde de lo que esperaba. La pista era bastante fácil. Sí, se la he hecho llegar a través de otros medios, pero deberían haber estado atentos a todos los canales de comunicación.

¿Est*arán cansados, apáticos, agotados y sin esperanzas? Espero que no. Lo que resta del juego va a ser muy aburrido si van a trompicones entre pista y pista. Yo también estoy cansado, pero no por ello menos entusiasmado. Por eso he venido hasta este lugar en mitad de la noche. Para ver los frutos de mi trabajo.*

El espectáculo ha merecido la pena y la inspectora Stone es una oponente muy digna. Ha evaluado la situación en un santiamén y no ha dudado en saltar la verja para recuperar la caja.

Ha sido divertido ver cómo reunía a la multitud en un solo grupo y los alejaba. Lo ha hecho ella sola, solo con sus dos brazos; da la sensación de tener una autoridad natural que ha provocado que los curiosos allí presentes no replicaran. Personas que, por cierto, parecían estar pasándoselo en grande. Gracias a mí.

Me ha venido bien escaparme un rato. Los lloriqueos de Hipo ya empezaban a molestarme un poco. Pero bueno, de todas formas, eso no va a ser un problema por mucho más tiempo.

No fue difícil secuestrarlo; podría haber sido cualquier persona de esa comunidad. ¿Quién me iba a decir que lo único que hacía falta para convencer a un hombre adulto de que te siguiera a cualquier parte era una voz suave y la promesa de una comida caliente y un techo? Daba la sensación de que el hecho de estar en la calle le hubiera robado el sentido común y lo hubiera vuelto tan vulnerable y confiado como un niño.

A estas alturas, ellos ya sabrán quién es. Les he dado suficientes pistas. Sabrán que es alguien prescindible. Serán conscientes de que nadie lo va a echar de menos, y los regalos que les he estado dejando en las cajas deberían dejarles claro hasta dónde estoy dispuesto a llegar. Que voy en serio. Que estoy al mando de este juego y que no les queda más remedio que hacer lo que yo les diga. Ahora mismo, ocupo la mente de todos ellos. Todos están pensando en mí. Soy una sola persona que acapara la atención de todos y, por el momento, estoy ganando.

Y creo que ella es consciente de eso. Mi investigación ha confirmado que se trata de una oponente formidable. Cuando la derrote, habrá valido la pena.

Por mucho que me hubiera encantado seguir observándola, seguir viendo cómo me persigue, aún tengo muchas cosas que preparar.

Es una pena que no se den cuenta de que, si llegan tarde a la próxima, sus vidas nunca volverán a ser las mismas.

Capítulo 58

4:00

Penn escuchó pacientemente mientras Stacey leía la siguiente pista, que la jefa les acababa de enviar.

—«Los raíles que rodean el montículo viejo se tiñen de carmesí una hora antes del amanecer. Encuentren mi siguiente pista antes de las 6 o…».

—Vaya, cada vez son más enrevesadas —observó Penn—. Y vamos muy justos. No tenemos mucho tiempo para encontrar la siguiente pista… Aunque yo creo que no voy por mal camino con esta grabación.

Stacey rodeó su escritorio para acercarse al de Penn.

—Déjame escuchar.

El sargento le pasó los cascos y reprodujo el clip.

—Sí, escucho el sonido, pero no sé qué es —dijo la ayudante de detective—. Parece un bum-bum rápido, uno después de otro.

Eso era lo mismo que Penn había pensado.

—¿Un bum-bum? —preguntó Frost, levantando una ceja—. ¿Eso es un término técnico?

Era la primera vez que la periodista hablaba en horas, y Penn casi había olvidado que estaba allí.

—No sé describirlo mejor —afirmó Stacey.

—Siempre podéis dejarme escucharlo —respondió Frost, encogiéndose de hombros.

Penn no estaba seguro de que fuera buena idea, pero la realidad era que tampoco contaban con otras opciones. Ni él ni Stacey tenían ni idea de qué podría ser aquel sonido.

Así pues, el sargento le indicó a la periodista que se acercara y le pasó los cascos.

Frost cerró los ojos mientras escuchaba la breve grabación.

—Otra vez —pidió, todavía sin abrirlos.

Penn la obedeció.

El sargento reprodujo el sonido hasta cuatro veces, siguiendo las instrucciones de Frost.

Ya estaba a punto de decirle que se moviera de la silla cuando la periodista se quitó los cascos.

—Ya sé lo que es —dijo con esa expresión de satisfacción de la que tanto habían oído hablar.

Stacey y Penn esperaron.

—Tiro al plato.

En cuanto lo dijo, Penn supo que la mujer estaba en lo cierto. Incluso Stacey se dio palmadas en la frente mientras movía la cabeza de lado a lado en un gesto de frustración.

—Siempre es más fácil cuando sabes la respuesta —dijo Frost, volviendo al escritorio que ocupaba en la sala de la brigada.

Penn miró a Stacey. Aquella grabación pertenecía a la tercera caja, que se había encontrado en Clent alrededor de las nueve de la noche.

—Nuestro tipo tuvo que llevar la caja hasta allí con bastante antelación para no ser descubierto. Creo que debió cortarle el pulgar a Hipo probablemente a mediodía, o poco después de la hora de comer.

Stacey empezó a teclear en su ordenador.

Penn ya sabía que su compañera le estaba preguntando a Google acerca de localizaciones dentro del Black Country en las que se pudiera practicar tiro al plato.

—Lichfield, Lea Marston, Coventry, Warwick, Nuneaton.

—Todo eso está demasiado lejos —dijo Penn—. El tiempo es fundamental para él. Necesita un cronograma muy estricto que no admita posibles retrasos.

—Podría estar pagando a otra persona para que lo ayude.

Penn negó con la cabeza.

—Sería involucrar a demasiada gente. Si lo estuviera haciendo, estaríamos recorriendo aún más kilómetros de los que estamos haciendo, porque tendría medios para dejar las cajas en lugares más lejanos. A nuestro hombre le gusta tener el control de todo. Cuanta más gente estuviera implicada, más posibilidades habría de que algo

saliera mal. Alguna razón debe haber que explique que se esté moviendo en un radio tan cercano.

—¿Wolverhampton? —preguntó Stacey.

—Quizá —respondió el sargento, aunque seguía teniendo dudas. El núcleo de la actividad era todavía más próximo.

—De todas formas, ayer no hubo ningún evento en esa zona —explicó Stacey, que seguía examinando resultados de sus búsquedas en Google—. Un momento… —añadió la ayudante de detective—. ¿Qué me dices de Dunsley?

—Eso podría tener sentido —respondió Penn mientras algo se movía en su interior.

Aunque Dunsley se encontraba oficialmente en el condado de Staffordshire, estaba a solo unos kilómetros de algunos de los lugares a los que la jefa había tenido que ir durante la investigación del caso. Era una zona parcialmente rural en la que había mucho espacio entre las diferentes propiedades.

Penn levantó la vista y vio que Stacey le estaba sonriendo.

—¿Qué?

—La casa de campo de Dunsley ha celebrado una fiesta privada de tiro al plato esta tarde, entre las dos y las cinco. Han publicado fotos en su galería.

—De nada —dijo Frost sin levantar la vista.

—Bueno, a ver, espera —le dijo Penn a la periodista. Luego, giró su silla hacia el escritorio de Stacey—. ¿Puedes conseguir una foto aérea de la casa de campo de Dunsley?

Poco después, apareció en la pantalla de la ayudante de detective una imagen cenital. Penn pudo ver de inmediato la superficie que rodeaba la propiedad.

Al norte estaba el pueblo de Stourton. Al este, la planta de tratamiento de residuos de energía sostenible Severn Trent. Al sur, kilómetros y kilómetros de campo. Al oeste, el pueblo de Dunsley.

Penn se frotó la frente.

—¡Jesús, Stace! Hay muchas propiedades en esos pueblos.

—Sí, e Hipo no puede estar en ninguna de ellas. Tú has oído sus gritos al igual que yo. Si hubiera vecinos cerca de él, los habrían escuchado y ya nos habrían dicho algo. No parecía que Hipo tuviera

una mordaza puesta, así que el enfermo este sabía perfectamente que podía hacer lo que le diera la gana sin miedo a que lo descubrieran —afirmó Stacey, que a continuación tecleó con ímpetu en su ordenador—. Todo es cuestión de números, Penn.

Su compañero la observaba con asombro mientras ella hablaba y tecleaba.

—Google dice que las escopetas que se utilizan para el tiro al plato registran una media de ciento cincuenta y tres decibelios, y se pueden oír desde algo más de tres kilómetros de distancia. —Stacey hizo una pausa antes de continuar explicándose—. Asumiendo que Hipo está dentro de un edificio que tenga las puertas y las ventanas cerradas, podemos dar por hecho que está mucho más cerca de los disparos que esos tres kilómetros, teniendo en cuenta lo que hemos podido oír en la grabación.

—Estoy de acuerdo —dijo Penn, acercándose a su compañera.

—Aquí también dice que el sonido puede atenuarse según la dirección del disparo, el entorno, el clima, la nubosidad y la humedad —explicó la ayudante de detective, recostándose en su sillón—. Considerando todas esas variables y el volumen con el que sonaban los disparos en el clip, yo diría que Hipo no estará a más de un kilómetro y medio de distancia.

—Estoy de acuerdo —repitió Penn.

—Bien, entonces, si hago esto… —dijo Stacey, utilizando una escala para trazar un perímetro de un kilómetro y medio alrededor del lugar de los disparos—, deberíamos ser capaces de encontrar a Hipo en algún lugar dentro de este perímetro.

Con lo que Stacey acababa de hacer, Penn podría examinar una por una las propiedades y descartarlas o considerarlas como localizaciones factibles.

—Stace…

—Sí, ya lo sé, pero yo soy gay y tú tienes pareja, así que lo nuestro jamás podría funcionar.

—Tienes razón —dijo Penn, que arrastró su sillón para volver a su escritorio.

—Ya te he enviado el enlace.

El sargento le lanzó a Stacey un beso en respuesta antes de

ponerse a mirar detenidamente los edificios que quedaban dentro del área de búsqueda.

Tenía la esperanza de que, si lo inspeccionaba todo con suficiente atención, vería algún edificio abandonado o un granero en desuso alejado del resto de las propiedades. Amplió la imagen hasta que se comenzó a volver borrosa, pero no encontró nada que se ajustara a lo que buscaba. No había ninguna construcción independiente anexa que estuviera lo suficientemente aislada como para que el psicópata tuviera carta blanca y pudiera infligir la tortura que había llevado a cabo.

Los únicos edificios de la zona eran propiedades rurales rodeadas de tierras de cultivo.

¿Qué se le estaba escapando?

Penn no tenía dudas sobre la lógica que había empleado Stacey para definir el área de búsqueda, pero lo único que veía eran casas habitadas.

—Un momento… —dijo; no le sorprendió que ni Stacey ni Frost le respondieran.

El sargento abrió una nueva pestaña en su navegador para entrar en el famoso portal inmobiliario Rightmove.

Buscó propiedades que estuvieran en venta en un radio de un kilómetro y medio alrededor de la casa de campo de Dunsley.

Había cuatro. Dos estaban en el propio pueblo, por lo que las descartó de inmediato.

La tercera era un granero reformado. Leyó la descripción, pero no coincidía con su corazonada.

La cuarta era una granja vieja con un interior anticuado y un par de dependencias exteriores en mal estado.

Penn examinó los detalles, cada vez con más entusiasmo.

Se encontró con unas palabras que le llamaron la atención igual que si hubieran estado escritas con letras mayúsculas.

«Venta rápida por defunción, entrega inmediata».

Penn levantó la cabeza de golpe.

—Stace, creo que sé dónde está Hipo.

Capítulo 59

4:30

—No, no me lo creo —dijo Bryant, negando con la cabeza.

Kim tuvo que admitir que ella también albergaba algunas dudas.

—¿Tienes un lugar mejor al que ir a las cuatro y media de la mañana?

—No me tientes a responderte a eso. En serio, ¿me estás diciendo que entre Penn y Stacey han sido capaces de localizar la propiedad donde ese tipo tiene secuestrado a Hipo?

—Al parecer, Frost también ha participado —explicó Kim.

—Eso no me inspira mucha más seguridad —murmuró el sargento mientras giraba hacia un carril estrecho que salía de la carretera A-449.

A Kim le apetecía hablar de cualquier otra cosa que no fuera el contenido de la última caja.

No había dictáfono en su interior, ni tampoco una cinta de vídeo, pero a Kim no le hicieron falta ninguna de las dos cosas para hacerse una idea de las nuevas torturas a las que habían sometido a Hipo.

La inspectora había desplegado un trozo de tela para descubrir un pedazo de piel de aproximadamente cinco por siete centímetros, en el que podía verse el tatuaje de un pájaro. Penn había llamado de inmediato a Jack, el sargento de custodia, que le confirmó que Hipo tenía efectivamente un tatuaje de un pájaro en el brazo izquierdo. El psicópata quería asegurarse de que la policía conociera la identidad de su víctima y, a falta de enviarles su nombre, les había dado todos los instrumentos para averiguarlo.

Y, al pensar en los instrumentos, Kim reflexionó sobre los que se habrían utilizado para arrancar la piel del cuerpo de aquel pobre hombre. Las marcas de serrado en los contornos indicaban que se había hecho de forma muy tosca, con un cuchillo eléctrico para

trinchar. La inspectora estaba bastante segura de que Mitch les confirmaría sus sospechas en cuestión de horas.

Kim no podía ni imaginarse el miedo que había tenido que sentir Hipo al ver acercarse al maldito enfermo con una herramienta así. El hombre solo había querido una comida caliente y un lugar en el que pasar la noche.

Apartó sus pensamientos del pobre sintecho cuando el carril por el que circulaban se convirtió en una pista de tierra con una cresta de hierba en la parte central.

Kim se agarró al asidero del techo y se preparó para los baches que iluminaban las luces largas del coche de Bryant.

Los setos a ambos lados de la carretera estaban muy crecidos y rozaban el coche.

Cuando llegaron a la propiedad, Kim se dio cuenta de que no habían visto ningún desvío, ninguna otra salida. Era la única propiedad que había en aquel carril, y el tipo al que buscaban no habría tenido que cruzarse con nadie para ir y venir de la misma.

Las luces largas iluminaban la propiedad, que parecía descuidada y muy deteriorada. La pintura, que en su día fue blanca, era ahora de un gris muy sucio y se estaba descascarillando en varios lugares. El arco de madera que había sobre la puerta estaba en muy mal estado de conservación y las macetas, que en su día habrían estado repletas de flores, ahora solo contenían malas hierbas y musgo.

Kim y Bryant salieron del coche y utilizaron sus linternas para seguir explorando.

—No sé qué opinarían de esta casa los presentadores de los típicos programas de televisión sobre reformas y ventas inmobiliarias —bromeó Bryant.

Al mirar a su alrededor, Kim tuvo que estar de acuerdo con eso. Había montones de bolsas de basura apiladas contra la pared. El pequeño césped estaba cubierto de maleza y los hierbajos habían invadido cada centímetro de terreno que se podía ver. Los contenedores municipales estaban tan llenos de basura que tenían las tapas abiertas.

Quien estuviera vendiendo aquella propiedad había decidido sin lugar a dudas que, por mucho que la limpiara, no iba a conseguir un

mejor precio, así que había optado por no tocarla desde la muerte del ocupante, lo que significaba que aquel lugar abandonado no habría recibido demasiadas visitas.

—Incluso en medio de esta oscuridad y sin verte la cara, sé lo que estás pensando. Sigue siendo un tiro al aire, pero voy a ir por detrás de todas formas.

Kim admitió para sus adentros que su compañero tenía razón. Probó a abrir la puerta principal del edificio, pero estaba cerrada con llave, lo cual provocó que disminuyeran sus esperanzas de que se encontraran en el lugar correcto.

A continuación, se dirigió hacia una construcción independiente que en otro tiempo podría haber sido un establo, pero todas las puertas originales del mismo habían sido sustituidas por otras de cuerpo entero de madera maciza, con espacio para un cerrojo. Kim pensó que aquel lugar se habría transformado para servir de almacén. Abrió la primera de las cinco puertas.

Tras ella había un montón de maquinaria vieja, cortacéspedes oxidados y desbrozadoras medio rotas.

Luego, abrió la segunda para encontrarse con bolsas viejas de grano y semillas que debían haber servido para alimentar a las gallinas.

Tras la tercera había un buen número de muebles viejos que los anteriores propietarios debían haber ido guardando allí a largo de los años tras comprar mobiliario nuevo, pero que nunca habían llegado a tirar. La inspectora oyó el inconfundible sonido de algo correteando, lo que hizo que cerrara la puerta rápidamente justo en el momento en el que Bryant reaparecía desde la parte trasera de la casa.

—Lo de ahí detrás es una maldita trampa asesina. He visto desguaces más ordenados —se quejó—. No se ven ventanas o puertas.

—Vale, deja de quejarte y abre la puerta número cinco.

Ambos abrieron las dos puertas que quedaban al mismo tiempo.

Kim ni siquiera tuvo tiempo de evaluar lo que había detrás de la que había abierto ella antes de que Bryant hablara.

—Eh…, jefa.

Esas palabras bastaron para helarle la sangre a la inspectora.

Kim se colocó al lado del sargento y siguió la luz de la linterna que este sostenía.

Sacó su teléfono. Era hora de volver a ganarse la simpatía de una persona.

Capítulo 60

5:00

—Gracias por venir, Mitch —dijo Kim cuando el técnico salió de su furgoneta.

—Tampoco es que haya molestado a nadie. Si total, estaba durmiendo en la habitación de invitados.

—¿Y eso por qué? —preguntó la inspectora de forma inocente.

Mitch la miró con severidad, pero enseguida se concentró para trabajar.

—Bueno, ¿qué es lo que tengo delante?

—Esperábamos que nos los dijeras tú —respondió Kim.

Aunque no había ningún cadáver en la estancia, la cantidad de sangre que había en el suelo y en la mesa, que Kim había reconocido al instante gracias al vídeo, era preocupante.

—Hay mucha —dijo Mitch, rascándose la barba.

Kim contuvo la respiración.

—Pero creo que no lo suficiente. Echaos a un lado —les ordenó el técnico forense.

Tanto Bryant como Kim lo obedecieron mientras él echaba otro vistazo.

—Ponte ahí —le dijo a Kim, señalando un punto a un par de metros de distancia—. Y tú, ahí —le ordenó después a Bryant—. Iluminad todo lo que podáis del suelo —les exigió.

Kim usó la linterna de su teléfono y Bryant hizo lo propio, además de utilizar también otra de bolsillo que llevaba.

Acto seguido, Mitch sacó una linterna que dejaba en evidencia a todas las demás. Toda la luz concentrada hizo que el suelo cobrara vida. A pesar de la maleza y de la suciedad, Kim estaba segura de que habría sido capaz de ver una aguja de un tamaño decente.

—Ahí lo tenemos —dijo Mitch, dando un par de pasos hacia delante —. Manchas de sangre. Yo diría que vuestro tipo aparcó aquí y

trasladó a la víctima a un vehículo. En ese momento, todavía estaba vivo.

—Menos mal que…

—No lo celebres todavía. Con una pérdida de sangre de tal calibre y sumando el hecho de que el pobre hombre seguía sangrando aún, la cosa no tiene muy buena pinta para él. No va a seguir vivo mucho tiempo si no recibe ayuda médica pronto.

¿Por qué, por qué, por qué aquel maldito psicópata seguía queriendo a Hipo con vida? ¿No había sufrido ya lo suficiente el pobre?

¿Qué coño era lo próximo que tenía planeado para él?

Capítulo 61

5:45

—¿Va a traer la jefa la caja? —preguntó Penn.

Stacey arqueó una ceja.

—¿De verdad tienes tantas ganas de ver un trozo de piel cortada?

Ambos se estremecieron al mismo tiempo.

Kim les había explicado que a Hipo le habían cortado un trozo de piel con un cuchillo que debía tener un filo dentado, y Stacey sabía que jamás volvería a cortar pan sin pensar en ello.

—Vuelve a leer la pista, Penn —dijo la ayudante de detective.

Cerró los ojos mientras él pronunciaba las palabras.

—«Los raíles que rodean el montículo viejo se tiñen de carmesí una hora antes del amanecer. Encuentren mi siguiente pista antes de las 6 o…».

—¿Qué raíles, a qué se refiere con «montículo viejo» y qué coño tiene que ver el amanecer con todo esto? —preguntó Stacey.

—¿Y si el carmesí se refiere a la sangre? —preguntó Penn.

—Tiene sentido —dijo Stacey, abriendo los ojos—. Entonces, ¿está diciendo que la sangre de Hipo será derramada una hora antes del amanecer?

—Para lo cual faltan cuarenta y cinco minutos exactos —añadió Penn.

Stacey maldijo su cabeza embotada. Tenía la sensación de pensar con una lentitud extrema.

—Raíles, raíles, raíles a las seis en punto —dijo Stacey, como si repetir las palabras fuera a servir para que cobraran libertad.

—Montículo viejo —dijo Penn, caminando de un lado a otro por la sala de la brigada—. ¿Qué es un montículo viejo?

De repente, se detuvo en seco.

—Estación de tren de la Colina Vieja, raíles.

A Stacey se le encogió el corazón.

Iba a atar a Hipo a los raíles.
La ayudante de detective cogió el teléfono.
Ahora estaba completamente despierta.

Capítulo 62

5:52

Bryant condujo hacia la estación de tren justo cuando las calles que iban cruzando comenzaban a cobrar vida.

Lunes por la mañana. La hora en la que Kim debería estar saliendo para pasear a Barney antes de dirigirse hacia la comisaria. Sin embargo, el estado del cuerpo de la inspectora le hacía pensar que ya hubiera trabajado tres días esa semana y fuera miércoles en vez de lunes.

Kim trató de olvidarse de su cansancio y se concentró. Era curioso que, una vez más, el acertijo resultaba completamente obvio una vez resuelto. Ahora las palabras crípticas parecían muy fáciles de descifrar, y la inspectora se preguntaba cómo era posible que todos hubieran tardado tanto tiempo en comprenderlas. Aunque claro, tampoco es que ninguno de ellos estuviera trabajando con la mente despejada. Pero, eso sí, su propia mente se había despejado notablemente en cuanto recibieron una nueva posible ubicación para Hipo.

Penn le había informado de que había llamado a la compañía ferroviaria y esta había suspendido el tránsito de los trenes hasta nuevo aviso. Por suerte, habían accedido a la petición del sargento fácilmente.

Kim también había llamado al sargento de guardia de la comisaría, solicitándole que enviara todos los agentes que pudiera.

Él le había explicado que justo era la hora del cambio de turno, así que la inspectora le pidió que los enviara a todos, los que salían y los que entraban. No se trataba de una petición precisamente popular; Kim estaba segura de que terminaría llegando a oídos de Woody. Pero bueno, cuantos más recursos, mejor.

Puede que ya no tuvieran la amenaza del tren, pero quién sabía

cuánto tiempo podría aguantar Hipo con vida teniendo en cuenta la cantidad de sangre que había perdido.

Bryant se detuvo junto a la estación a la vez que un cuarto coche patrulla que había entrado en un aparcamiento que en aquellos momentos bullía ya de chalecos reflectantes.

A la inspectora le alegró mucho ver al inspector Plant dirigiéndose hacia ella.

—Acababa de empezar mi turno, así que pensé en hacerme cargo de la situación. ¿Qué necesitas?

Kim sintió una gratitud inmediata por aquel oficial de pelo blanco y piel bronceada. Durante toda la noche, había sentido que su equipo y ella estaban completamente solos en su intento por salvar la vida de aquel hombre. Por fin tenían algo de apoyo.

—¿Sabes lo que está pasando?

—Y tanto que lo sé. Por las noticias y por las otras noticias, ya sabes a lo que me refiero.

Kim lo sabía; se refería a los diferentes grupos de WhatsApp que tenían entre los compañeros. Se imaginaba que el jueguecito al que los estaban sometiendo sería la comidilla de la mayoría de esos grupos. Y que ellos serían el blanco de innumerables bromas.

—Creemos que han atado a nuestro hombre a las vías. No sabemos a qué distancia ni en qué dirección.

—Entendido. Cuatro equipos. ¿Te parece bien que dispongamos dos a lo largo de cada vía y que, de los otros dos, uno se dirija hacia el este y el otro, hacia el oeste?

Ella asintió.

—Nosotros nos encargaremos de este lado hacia el este. Diles a tus chicos que busquen rastros de sangre.

Él asintió dando a entender que lo había comprendido; mientras, ella y Bryant se dirigieron al interior del recinto.

La estación de la Colina Vieja se encontraba en la línea de tren Birmingham-Stourbridge y se había inaugurado en 1866. Por lo que les había contado Penn, los trenes pasaban cada treinta minutos.

Kim miró su reloj y dio gracias a Dios porque el de las 6:02 no fuera a pasar, porque faltaban apenas dos minutos para las seis. Pero eso no significaba que su búsqueda fuera menos urgente.

—Todavía no veo nada —dijo Bryant cuando se quedaron ya sin andén y comenzaron a avanzar a través de una franja cubierta de hierba crecida.

Aunque la vía se curvaba y se perdía de vista, tenían una visibilidad de unos cuatrocientos metros hacia delante.

Kim escuchó a varios agentes corriendo por el puente peatonal sobre las vías para buscar en las del lado opuesto.

La inspectora era consciente de que tenían un cincuenta por ciento de posibilidades repartidas entre ellos y los equipos que estaban trabajando en la dirección opuesta.

Tenía la esperanza de que alguno de ellos, cualquiera de los que conformaban aquel equipo de búsqueda, encontrara algo pronto.

Fue al doblar la curva que hacía la vía cuando Kim vio algo en la distancia. Un pequeño punto, a algo más de un kilómetro.

Los agentes que estaban al otro lado de las vías también lo vieron.

Todos empezaron a correr al mismo tiempo.

Mientras corría, Kim no apartó la mirada de aquel punto, que iba creciendo con cada paso que daba la inspectora.

Lo que en primera instancia le había parecido una bolsa de basura estaba comenzando a perfilarse mejor.

Seiscientos metros.

Era una persona.

Quinientos cincuenta metros.

Era un hombre.

Cuatrocientos cincuenta metros.

Era Hipo.

A la inspectora le costaba respirar. Había dejado atrás a Bryant y a los demás agentes, pero no iba a reducir la velocidad para esperar a nadie.

Trescientos metros.

Hipo se estaba moviendo.

Cuando la inspectora se encontraba a poco más de doscientos metros, escuchó el sonido inconfundible de un tren que se acercaba rugiendo a toda velocidad.

Apenas una fracción de segundo después, el tren apareció a la vista.

Kim empezó a agitar las manos en el aire, consciente de que no serviría de nada.

El estrépito de los frenos resonó en el aire. La inspectora sabía que el tren tardaría unos cuarenta y cinco segundos en detenerse, pero, de todas formas, siguió corriendo.

Estaba ya a menos de cien metros de distancia cuando lo que quedaba de Hipo quedó esparcido sobre la vía.

Capítulo 63

6:15

—Que le den por culo a esto —dijo Frost, recogiendo sus cosas.

—No puedes irte —protestó Stacey.

—Tendrás que meterme en una celda para impedírmelo.

Stacey se preguntó por un momento si la jefa consideraría eso una opción viable. Aunque también era verdad que a Kim en aquellos instantes probablemente no le preocupara demasiado Frost, después de haber presenciado cómo un tren a toda velocidad destrozaba a Hipo.

Penn, pálido, estaba al teléfono tratando de averiguar cómo demonios había sido posible que un tren que se suponía que no debía estar circulando acabara de matar al pobre hombre.

—Pero tú eres el contacto —le dijo Stacey a la periodista.

—Hace horas que no me envía ningún mensaje. Yo solo era la herramienta para llegar hasta vosotros. Él ya sabe quién está a cargo de la investigación.

—¿Y los artículos? Ya te has saltado el de las seis, y sabes que quiere actualizaciones periódicas.

—Pues va a tener que aguantarse sin ellas. He hecho todo lo que me ha pedido; he bailado al son que me ha ido marcando. Probablemente haya perdido mi trabajo, y todo ha sido en vano. Acaba de morir un hombre, y me voy a pasar mucho tiempo preguntándome qué podría haber hecho para salvarle la vida. Yo no estoy hecha para esta mierda.

Stacey la entendía a la perfección. El hombre por cuya vida llevaban horas trabajando sin descanso había muerto. Habían asesinado a un hombre que no habían llegado a conocer porque ellos le habían fallado. No habían resuelto las pistas a tiempo o habían llegado tarde a las diferentes localizaciones. Todos se sentían

responsables, y Stacey supuso que de ahí provenía la frustración de Frost.

—Ninguno de nosotros está hecho para esta mierda —espetó la ayudante de detective—. ¿Crees que a nosotros nos afecta menos que a ti? Nos sentimos así cada vez que tenemos una víctima. Vivimos con la rabia, el dolor, la tristeza y la injusticia de todo ello. Respiramos hondo, nos tomamos un pequeño descanso y seguimos adelante con la esperanza de poder evitar que ninguna otra persona resulte herida. No salimos huyendo.

Frost se detuvo, ya a la altura de la puerta.

—Sí, pero la diferencia es que a vosotros os pagan por ello.

Stacey abrió la boca para seguir discutiendo, pero Frost ya se había marchado.

Hizo una llamada rápida a Jack, en recepción, para asegurarse de que dejaran salir a aquella mujer insufrible.

Stacey colgó la llamada al mismo tiempo que Penn hacía lo propio con la suya.

El sargento tenía los ojos muy abiertos, en un gesto de asombro.

—No te vas a creer lo que me acaban de decir.

Capítulo 64

6:40

—Estamos completamente estancados, joder, Bryant —espetó Kim.

Su compañero se había atrevido a sugerir que iban a encontrar al cabrón que había hecho aquello.

—Siempre va un paso por delante de nosotros, en cada momento. Sabe lo que vamos a hacer y consigue que fracasemos en cada ocasión. No hay forma de que podamos ganar este juego.

Bryant cedió, sabiendo que la rabia de la inspectora provenía de haber sido incapaz de evitar lo que acababan de presenciar.

Ella era la que estaba más cerca de Hipo cuando el tren chocó contra él, y ya sabía a esas alturas que aquella imagen jamás se le borraría de la mente.

Con que hubieran llegado unos minutos antes, solo unos cuantos minutos, Kim habría podido ponerlo fuera de peligro.

—Ni aunque hubieras sabido que el tren iba a aparecer podrías haber corrido más rápido —dijo Bryant antes de alejarse de ella.

Eso era algo que ella nunca sabría con certeza.

Y el tren, ese maldito tren. Penn la había llamado para informarles de que alguien le había mandado un mensaje de texto a la compañía ferroviaria para advertirles de que recibirían una broma telefónica, una llamada pidiendo que detuvieran los trenes. La compañía había dado por hecho que la llamada de Penn había sido esa broma y, por lo tanto, la habían ignorado. Aquella decisión había cambiado varias vidas para siempre.

El inspector Plant y su equipo habían sacado a todos los pasajeros del tren, y los sanitarios estaban atendiendo al maquinista, que estaba en estado de *shock*. A pesar de lo terrible que sería el calvario para aquel hombre, Kim no se sentía capaz de sentir compasión por otra persona que no fuera el pobre Hipo, que jamás tuvo posibilidad alguna.

—Joder, espléndido —susurró Kim para sí misma cuando Keats se acercó hasta su posición.

El forense la miró y se limitó a asentir en su dirección.

—Te aviso si encuentro algo que pueda ayudar —dijo al pasar junto a ella.

—Gracias —respondió Kim, contenta de saber que Hipo iba a estar en buenas manos.

Algo que la inspectora siempre había apreciado del forense era que aquel hombre sabía cuándo dejarla sola. Al igual que su compañero, que ahora caminaba en silencio a su lado.

Lo que ninguno de los dos podía sentir era la rabia que se acumulaba en su interior. No solo porque hubieran tratado como un trozo de carne a un hombre pobre e indefenso y le hubieran quitado la vida sin pensar en el valor que tenía, sino además porque el asesino había considerado a Hipo un ente desechable, una herramienta que utilizar para su juego. Pensar en ello la repugnaba profundamente.

A eso se sumaba el cabreo que sentía porque nada de lo que estaban haciendo era por iniciativa propia. Todo estaba orquestado y ellos se limitaban a seguir las órdenes del Bufón. Él siempre sabía exactamente lo que el equipo policial iba a hacer.

Kim creía que nunca había tenido un caso que la hubiera frustrado más que aquel.

Capítulo 65

6:50

He regresado a la furgoneta, que estaba escondida detrás de un bar y no se podía ver desde la calle.

La he visto entrar corriendo y salir cabizbaja, y la he oído gritar en algún momento entre medias.

Sacudo la cabeza de lado a lado. Los únicos culpables son ellos. Tenían todo lo que necesitaban, pero apuesto a que han intentado hacer trampa. No es culpa mía. Es culpa suya. Yo no lo he matado. Lo han hecho ellos.

Conocen las reglas y, a estas alturas, ya deberían saber que me las tomo muy en serio. Sé que habrán intentado detener el tren, y eso es hacer trampa. Si hubieran llegado a tiempo a la estación, lo habrían salvado.

Me sorprende la ligera tristeza que siento por la muerte de Hipo. Hemos pasado tiempo juntos y, si dejo a un lado sus gritos y alaridos, lo voy a echar menos. No merecía morir, y no lo habría hecho si el equipo de policía hubiera estado a la altura.

Saco mi teléfono con expectación. Tengo una alerta de Google configurada para cuando se publique algo sobre el Bufón. Mi mano se queda paralizada. No tengo ninguna notificación. Actualizo la página. Sigue sin haber nada.

¿Dónde está el artículo? Son las *siete menos diez. ¿Dónde está el maldito artículo?*

Envío un mensaje de texto rápido antes de arrancar. Tengo que irme. La claridad está empezando a asomar en el cielo y necesito el amparo de la oscuridad para la siguiente parte del plan. Pero no puedo moverme hasta que reciba una respuesta.

La recibo de inmediato. Es breve. Cinco palabras. No demasiado agradables.

Le respondo exigiéndole que escriba el artículo.

Ella me vuelve a responder con las mismas cinco palabras.

A pesar de que cada vez estoy más cabreado, debo continuar.

Tardará un poco en darse cuenta, pero ella aprenderá que hay consecuencias. Hay unas reglas, y ella ha roto la más importante.

Dejo a un lado mi consternación. Esta es la parte que estaba esperando.

Si el equipo pensaba que antes estaba trabajando bajo presión, ahora están a punto de sentirse mucho peor.

Por desgracia, esta será mi última oportunidad de observar el desarrollo de los acontecimientos antes del desenlace final. Tengo mucho que planificar, mucho trabajo por hacer.

Esto está a punto de ponerse emocionante.

Es hora de pasar al siguiente. Y, sin duda, a este lo echarán en falta.

Capítulo 66

7:00

—Me alegro de veros a todos tan descansados y frescos después del fin de semana —dijo Kim para intentar aligerar el ambiente en la sala de la brigada, aunque su estado de ánimo coincidía exactamente con el de los demás.

Ni siquiera obtuvo una risa educada que agradeciera el esfuerzo que acababa de hacer.

La inspectora respiró hondo.

—Hicimos todo lo posible, chicos. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos por salvarle la vida.

Aunque todos asintieron con la cabeza, Kim sabía que todos pensaban que había sido en vano.

Kim se mostraba comprensiva con su equipo. Hasta cierto punto.

—¿Queréis haceros un Frost y salir pitando? —les preguntó, abriendo las manos.

En un primer momento, a Kim le había molestado que la periodista se fuera, pero, pensándolo mejor, tenerla allí observándolo todo había ejercido una presión adicional sobre su equipo. Frost había sido la intermediaria, pero el asesino era completamente consciente de quién dirigía la investigación y Kim estaba segura de que encontraría la manera de ponerse en contacto con ella si así lo deseaba. Incluso sin la presencia de Frost, las reglas del juego estaban claras: tenían que encontrar las cajas y seguir las pistas.

Pero ya no había ni cajas ni pistas. Tampoco las habían encontrado en la estación de tren. A la inspectora le preocupaba más el hecho de no encontrar una caja que encontrarla. Porque tenía claro que aquel juego no había concluido. Lo que no tenía tan claro, y lo que más le preocupaba, era qué iba a ser lo siguiente que sucediera. Fuera lo que fuera, necesitaba que su equipo estuviera comprometido y listo para actuar.

—¿Alguien quiere largarse? —preguntó.

Todos negaron con la cabeza.

—Bueno, entonces pongámonos manos a la obra para atrapar a ese cabrón.

Los tres se enderezaron en sus asientos.

—Vale, vamos a cambiar el enfoque. Llevamos veinticuatro horas siguiéndole el juego y no nos queda más remedio que continuar siguiendo las pistas que nos vaya dando, pero debemos ser más proactivos a la hora de descubrir quién es este tipo. Tenemos que llevar este caso a nuestra manera. Sabemos que vamos a volver a saber más de él, que va a pasar algo más, pero, así de primeras, ¿qué opináis sobre nuestro psicópata? ¿A quién estamos buscando?

—Sé que Penn no está de acuerdo conmigo, pero yo sigo sin creer que nuestro hombre sea un asesino experimentado —dijo Stacey.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que le ha hecho a Hipo? —preguntó Penn.

—Si este hombre sintiera la necesidad de hacer algo así, si tuviera esa obsesión, habríamos oído hablar de él hace mucho tiempo. Ningún otro cuerpo de policía se ha enfrentado a nada parecido en el pasado, así que su área de acción es local. Tiene que haber una razón por la que está haciendo esto ahora.

Penn movió la cabeza de lado a lado en señal de negación.

—No te lo compro.

—Bueno, ¿qué me podéis contar de sus rasgos de personalidad? —preguntó Kim.

—Es pulcro, organizado, metódico —respondió Bryant—. No se puede llevar a cabo algo así si no se es capaz de pensar de una forma muy lógica. Hay que escribir las pistas, calcular los tiempos, colocar las cajas, enviar las pistas, mantener todo en orden. Es mucho trabajo.

—¿Y las reglas?

—Se las toma en serio —respondió Penn—. Pero le da igual romperlas él mismo. Llamó a la compañía ferroviaria, así que no nos ha dado ninguna oportunidad de salvar a Hipo. Ha cambiado las reglas del juego.

—Pero, en realidad, no lo ha hecho, ¿no os parece? —preguntó

Stacey—. Al hacer esa llamada, nos ha impedido tener más tiempo para encontrar a Hipo. Si lo planteamos desde su perspectiva, quizá seamos nosotros los que hayamos roto las reglas al intentar salvarlo después del tiempo estipulado. Si hubiéramos llegado a la estación exactamente a las seis en punto, podríamos haber tenido la oportunidad de salvarlo. El tren pasó dos minutos después de esa hora.

Kim estuvo a punto de mandar callar a Stacey, pero la verdad era que tenía razón.

—¿Y qué pasa con el sitio donde dejó la pista del cono? No estaba en una caja —argumentó Penn.

—Nunca dijo que las pistas fueran a estar en las cajas. No infringió ninguna regla.

A Penn se le tensó un músculo de la mandíbula.

—Stace, te juro que me estás volviendo…

—Venga, chicos. Vais a tener que aceptar que no estáis de acuerdo en esto —dijo Kim, poniendo fin a la discusión—. En lo que creo que sí que estamos todos de acuerdo es en que no estamos buscando a un psicópata.

—Lo cual tampoco nos ayuda demasiado —dijo Bryant—. Porque muy pocos psicópatas llevan un cartel que los defina o lo van gritando a los cuatro vientos.

—Muy útil, Bryant —señaló Kim.

—¿Hay alguna posibilidad de que el tipo haya terminado, jefa? —preguntó Bryant—. No tenemos caja, así que no tenemos pista.

Ella negó con la cabeza.

—Ya sabemos que habrá una segunda víctima. Nos advirtió en su primera comunicación que echaríamos en falta a la siguiente. ¿Qué quiso decir con eso?

—En su mente, Hipo tenía poco valor, era un ser prescindible. Lo secuestró para mandarnos un mensaje —sugirió Penn.

—¿Cuál?

—Que su juego va en serio —respondió Stacey—. Para nuestro asesino, Hipo no aportaba nada a nadie. Cabe suponer que con la próxima víctima ocurra todo lo contrario.

Kim asintió.

—Comprobad si se ha producido alguna desaparición en las últimas cuarenta y ocho horas y a ver si hay algo que os llame la atención. Jack tiene instrucciones estrictas de informarme de cualquier denuncia en ese sentido. Chicos, también tenemos que seguir revisando la lista de nombres y las cámaras de seguridad —dijo Kim. Luego miró a Penn—. ¿Has empezado a trabajar en la orden judicial?

Un magistrado daría su autorización para que accedieran a los registros de Seekers ahora que tenían pruebas de que el asesino era un usuario conocido de esa página web.

Penn asintió.

—A la espera de confirmación.

—De acuerdo. Necesito que os pongáis manos a la obra ya, y sí, soy consciente de que prácticamente os estoy pidiendo a ambos que os clonéis, pero…

Kim dejó de hablar al escuchar sonar el teléfono de Bryant.

El sargento miró hacia arriba para indicarle que la llamada provenía de la planta superior.

—Dile que voy para allá —dijo Kim, separándose del borde del escritorio vacío.

Y para allá fue, eso sí, pasando antes por el vestuario de mujeres, donde al menos podría echarse un poco de agua fría en la cara.

A Woody ya le costaba mucho tolerar el carácter de Kim cuando ella dormía como de costumbre. Solo Dios sabía cómo iba a lograr lidiar con ella aquel día.

Capítulo 67

7:20

—¿Podría haber salido peor, Stone? —le preguntó su jefe una vez que ella se sentó.

Vale, iba a ser una de aquellas reuniones tan características.

—¿Peor que el hecho de que el hombre al que intentábamos salvar acabara destrozado y esparcido por las vías del tren? No, señor, no lo creo —respondió Kim, apretando los dientes.

—No seas ocurrente. Sabes perfectamente a lo que me refiero —espetó él.

Ella lo sabía. Era consciente de que su jefe sentía empatía por la víctima. Era una de las cosas que respetaba de él. También sabía que, en la posición del inspector jefe, sus sentimientos hacia las víctimas no podían ser su única prioridad. En el fondo seguía siendo un agente de policía, pero también tenía que conciliar entre los equipos que actuaban sobre el terreno y los políticos del cuerpo.

—¿A qué nos estamos enfrentando? —preguntó Woody.

—A un individuo que se rige por unas normas. Se las toma muy en serio y espera que nosotros también lo hagamos. Sabemos por su primera comunicación que esto no ha terminado. Va a secuestrar a otra persona, pero esta vez será alguien que se eche en falta. Está claro que quiere fama y notoriedad y que no tiene reparos en recurrir a la brutalidad y la crueldad para conseguirlas.

—¿Qué crees que pasaría si simplemente dejáramos de jugar a su juego? —preguntó Woody.

Kim había considerado aquella opción varias veces durante las últimas veinticuatro horas y entendía por qué Woody se lo preguntaba. No existiría el juego si uno de los dos oponentes abandonaba.

—No creo que sea una opción, señor —respondió con sinceridad—. Nuestro hombre ha demostrado hasta dónde está dispuesto a llegar

para mantenernos involucrados. Nos ha ido enviando diferentes partes de un cuerpo para asegurarse de que no pudiéramos abandonar el juego. No ha dudado en permitir que se produjera una muerte espantosa si eso le sirve para que mantengamos la persecución, y sabemos que habrá más. Que abandonemos no va a cambiar eso. Las pistas que seguimos nos llevaron hasta la víctima. Si hubiéramos llegado dos minutos antes, se habría salvado. Si secuestra a otra persona y no seguimos la ruta que nos marque, no tendremos una sola oportunidad.

La frustración de la inspectora se reflejaba en la expresión del rostro de Woody.

—¿Cuál es el plan para atraparlo? ¿Simplemente seguir las pistas y esperar que alguna de ellas nos lleve hasta él?

—No, señor, vamos a hacer lo que siempre hemos hecho. Trataremos de concretar plazos de tiempo, buscar vehículos, analizar documentos, revisar las cámaras de seguridad, hablar con gente, seguir nuestro instinto…

Woody asintió.

—¿Algún sospechoso?

—Según el último recuento, unos setenta y cinco, sin contar a todos los usuarios de la página web de Seekers. Eso nos da unos cincuenta mil más.

—Stone, ¿estás diciéndome que…?

—No, señor. Solo le estoy dando una idea de a qué nos estamos enfrentando. Él establece las reglas y las cambia, no deja ningún rastro y es verdaderamente inteligente. Y, además, se adelanta a cada acción que emprendemos.

—Sabes que esto va a aparecer hoy en todos los medios nacionales, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió Kim, prefiriendo no contarle que un reportero de *Sunrise News* la había hostigado en mitad de la noche —. Señor, es posible que hoy reciba alguna queja extraña en su oficina.

—¿Por qué? —preguntó Woody, entrecerrando los ojos.

—Nada demasiado grave —dijo Kim, haciendo un gesto con las manos. No le iba a enumerar a todas las personas a las que había

cabreado en las últimas veinticuatro horas. Si las quejas terminaban llegando, ya se ocuparía entonces de gestionarlas. Si no lo hacían, ¿para qué darle a su jefe una lista de sus malas conductas sin motivo alguno?

—Sabes que tenemos que minimizar esto ante la prensa, así que voy a dar un comunicado oficial en una rueda de prensa ahora a las ocho.

—¿Por qué usted, señor? —preguntó Kim.

—Tenemos que mantenerte al margen de esto. Tu credibilidad como detective experimentada se está viendo gravemente dañada. Es lo correcto.

—Para nada es lo correcto —protestó la inspectora—. En primer lugar, mi credibilidad ante cualquier persona que no trabaje en este edificio me importa bien poco. Y, de todos modos, ya es demasiado tarde. Ya soy la cara visible de todo esto, así que ya no hay vuelta atrás en relación con eso. Si usted interviene, sinceramente, me va a hacer más daño. Dará la impresión de que soy incapaz de gestionar el caso. Y, además, ¿de verdad quiere darle a ese tipo la atención de un inspector jefe de policía? Eso solo va a servir para alimentar su ego.

Kim comprobó que todos sus argumentos habían sido certeros y habían tenido un gran impacto en su jefe.

Woody dudó durante lo que a Kim le parecieron minutos. El trabajo del inspector jefe consistía en parte en equilibrar lo que los políticos querían que hiciera y lo correcto desde el punto de vista de un movimiento táctico y una maniobra operativa. Por ello, Kim no se sintió mal por haberlo puesto en aquella situación.

Lo que Woody le había sugerido era incorrecto, y Kim esperaba que su jefe tuviera la sensatez de darse cuenta.

El inspector jefe tamborileó con los dedos sobre la mesa. Normalmente esa era una buena señal. Al menos estaba considerando sus argumentos.

—El contacto con la prensa debe seguir estrictamente el protocolo. Solo leer el comunicado aprobado.

El comunicado del responsable de prensa sería trivial, estándar, aplicable a un sinfín de situaciones diferentes. Lo había redactado

alguien centrado en limitar los daños, utilizando para ello una redacción astuta y otras artimañas para preservar la imagen de la policía. Sin duda, no habría salido de la pluma de alguien vinculado con el caso.

Kim esperó a que Woody continuara.

—Si te dejo hacerlo, ¿puedo contar con que te ciñas al guion?

—Por supuesto, señor. Usted sabe que yo siempre sigo sus instrucciones.

Capítulo 68

7:40

Frost dejó caer la funda de su ordenador portátil al suelo antes de desplomarse sobre el sofá.

Sabía que su actitud al salir furiosa de la sala de la brigada debía haber parecido infantil, pero en aquel momento concreto consideró que era lo único que podía hacer.

La profesión a la que se dedicaba tenía sus consecuencias. Era objeto de ataques e insultos. Podía pasarse horas, días y hasta semanas trabajando en una historia que a veces no llevaba a ninguna parte. Le cerraban algunas puertas en las narices y no era parte de ningún equipo. Tenía que gestionar quejas, había de lidiar con un editor inflexible y muy exigente y debía soportar la competencia de otros periodistas. Pero nunca moría nadie.

Contrariamente a lo que creía el equipo policial, ella había estado escuchando y descubriendo cosas acerca de Hipo y de su vida solitaria en las calles. Sí, ella tenía la suerte de tener un hogar y un trabajo, o eso esperaba con respecto a lo segundo, pero aun así podía identificarse con la soledad. Aunque eso nunca se lo admitiría a nadie.

En realidad, envidió la camaradería que había presenciado en la dinámica del equipo policial, incluso el lugar que ocupaba Stone en él. Esa mujer no mostraba ternura, afecto ni delicadeza, y a menudo se olvidaba de decir «por favor» y «gracias», pero se había preocupado por traer comida para darles energías a sus compañeros y Frost había percibido cómo mimaba y protegía a todo su equipo. Había gestionado la pequeña crisis de uno de los miembros de su equipo con profesionalidad, firmeza y una compasión auténtica que Frost nunca había visto en otros ámbitos. A pesar de los modales bruscos de la inspectora, su equipo la quería y la respetaba.

En el entorno laboral de la periodista no existía ese sentido de

equipo. Todos querían la próxima gran noticia, la mayor repercusión posible y que su nombre destacara.

Frost nunca se lo reconocería a Stone, pero había disfrutado del breve periodo en el que había formado parte de un equipo, trabajando codo a codo por un objetivo común.

Lo que no les había contado a los miembros de aquel equipo era que el tipo al que buscaban no dejaba de bombardearla con mensajes de texto exigiéndole el siguiente artículo. El hombre había esperado una nueva pieza sobre la brutal y trágica muerte de Hipo. Ella simplemente no podía escribir un artículo sobre aquello, y eso fue lo que la condujo a abandonar el caso.

Antes de salir del aparcamiento de la comisaría, le había dedicado al Bufón un elocuente «Vete a tomar por culo». En dos ocasiones. Desde entonces, su teléfono había permanecido en silencio. Había tenido la ridícula idea de ir a casa de su madre. Necesitaba hablar, desahogarse. Necesitaba consuelo, tranquilidad, comprensión. Seguía viviendo con la esperanza de que algún día su madre le proporcionara esas cosas.

A pesar de aporrear la puerta de su casa durante veinte minutos y atraer la atención de la mayoría de los vecinos, su madre no abrió.

Así que Frost había conducido hasta la cafetería más cercana para intentar dominar sus emociones con un café con leche reconfortante.

Lo que más necesitaba ahora era dormir. No solo porque estaba agotada, sino porque necesitaba descansar mentalmente de todo. Necesitaba recomponerse y volver a ser ella misma.

Cuando se le empezaron a caer los párpados, comprendió que tendría que llamar a alguien de la comisaría para disculparse por haberlos dejado plantados cuando había sido ella quien les había llevado aquel caso. Quizá más tarde, cuando hubiera dejado de darle vueltas a la cabeza, cuando fuera capaz de pensar con claridad y hubiera dejado de sentirse tan exhausta.

Sí, eso era lo que iba a hacer. Llamaría a Stone para disculparse.

Satisfecha con su plan, recostó la cabeza sobre el sofá.

En cuestión de segundos, el sueño la venció.

No llegó a escuchar cómo se abría la puerta trasera de su casa.

Capítulo 69

8:00

Kim no se sintió amedrentada ante la perspectiva de tener que dar la rueda de prensa. Ni siquiera cuando vio que algunos de los medios nacionales se habían levantado muy temprano para intentar sacarles alguna foto.

Había dicho muy en serio que su reputación no le importaba demasiado. Lo único que le preocupaba era encontrar a la persona que había matado a Hipo.

Antes de salir a la conferencia de prensa, tocó el trozo de papel que llevaba en el bolsillo. Había acertado con respecto al comunicado que iba a emitir el responsable de prensa.

[PRESS STATEMENT FORMAT START]

Han asesinado a un hombre. No descansaremos hasta que se capture al responsable. Se están utilizando todos los recursos disponibles. Agradecemos a los servicios de emergencia su rápida actuación. Se están siguiendo pistas, bla, bla, bla…

[PRESS STATEMENT FORMAT END]

Y al final, en letras mayúsculas y en negrita, podía leerse:

ROTUNDAMENTE NO SE ADMITEN PREGUNTAS

Sacó la mano del bolsillo y atravesó las puertas automáticas.

Comenzaron a lloverle preguntas a raudales por todas partes mientras los *flashes* estallaban en su rostro. Kim se concentró y se dirigió con paso firme hacia el atril.

Bryant ocupó su lugar detrás de la inspectora mientras ella ajustaba el micrófono.

Aunque estaba mirando hacia al frente, no le fue difícil darse cuenta de que Frost no estaba por ninguna parte. O seguía de morros todavía, o de verdad la habían despedido.

Cualquier esperanza de que Steve Ashworth hubiera regresado discretamente a *Sunrise News* se desvaneció cuando Kim vio que

aquel hombre estaba en primera fila, justo en su línea de visión. Al igual que los del resto, su teléfono móvil apuntaba hacia ella.

Al darse cuenta de que Kim no iba a poder hablar hasta que cesaran las preguntas, los periodistas finalmente se calmaron un poco.

La inspectora pensó un instante en que Woody y las personas ante las que el inspector jefe tenía que responder estarían observándola, esperando a que leyera el comunicado.

«Ya, claro*»*, pensó mientras respiraba hondo.

—Ayer de madrugada, se puso en contacto con nosotros un individuo con la intención de hacernos parte de un juego previamente planeado. Nos tomamos esa invitación muy en serio, puesto que suponía una amenaza real para una persona inocente.

Hizo una pausa cuando su teléfono, que estaba en silencio, comenzó a vibrar.

Tenía que ser Woody. El inspector jefe sabía que ella no podía dejar lo que estaba haciendo para contestarle, pero era su forma de decirle que se estaba metiendo en un buen lío.

«Bueno, de perdidos, al río».

—Seguimos todas las instrucciones que el individuo nos iba dando mientras trabajábamos para descubrir pistas sobre la persona o personas involucradas. En esto fue especialmente útil la reportera del *Dudley Star*, Tracy Frost, que fue quien recibió la comunicación inicial. Mi equipo agradece la paciencia y el apoyo del equipo directivo del *Dudley Star*.

*«*Despídela ahora, cabrón*»*.

Kim se tomó un momento para evaluar las expresiones de los rostros que tenía delante. Los periodistas no estaban pensativos ni parecían tener especial ganas de conocer los detalles escabrosos. Con cierto desdén y aparente diversión, parecían aguardar la oportunidad de burlarse de la investigación. Ashworth, en particular, parecía estar pasándoselo en grande.

Aquello no era más que una broma enorme para todos ellos.

—Una persona inocente sin hogar fue secuestrada en la calle el sábado por la noche y, posteriormente, fue utilizada como cebo para

obligarnos a participar en el juego. Le prometieron una comida caliente y una cama cómoda.

La diversión comenzó a desvanecerse.

—Mientras seguíamos el rastro, junto con las pistas que nos iban llevando a los siguientes lugares, encontramos partes de su cuerpo extraídas mediante horribles métodos de tortura.

Ya quedaban muy pocas expresiones divertidas en los rostros de los presentes, aunque la cara de Steve Ashworth apenas había cambiado.

—Ese mismo hombre ha perdido la vida esta madrugada, a pesar de nuestros esfuerzos por localizarlo.

Kim hizo una pausa para comprobar que a todos se les había borrado la sonrisa de la cara.

—Y ahora responderé a algunas preguntas —afirmó. Tras hacerlo, escuchó a Bryant gruñir detrás de ella.

—*Daily Mail*. ¿Cree que ese hombre se está burlando de ustedes?

—Solo si la gente cree que torturar y asesinar a un hombre inocente es divertido, y yo no veo aquí a mucha gente riéndose.

—*Sunrise News*. ¿Cree que es demasiado inteligente para ustedes?

Por supuesto, esa pregunta había provenido de Ashworth.

—Ha tenido suerte. Siguiente.

—*Daily Mirror*. ¿Está involucrada la policía científica?

—Estamos utilizando todos los recursos. Este incidente no se está tratando a la ligera.

—*Midland News Group*. ¿Van a revelar la identidad de la víctima?

—Cuando hayamos localizado e informado a su familia. ¿Siguiente?

—*Sunrise News*, de nuevo. ¿Se siente usted responsable por no haber encontrado a ese hombre antes de que el tren lo aplastara contra las vías? Y una segunda pregunta, ¿está la policía ajustándose estrictamente a la ley durante esta investigación?

Kim sintió la presencia de Bryant detrás de ella y supo que era el momento de terminar la rueda de prensa. Pero primero dejó que Ashworth, que seguía teniendo en su rostro una sonrisa burlona, viera la repulsión en su cara.

Era probable que Woody le estuviera enviando mensajes amenazándola con ir a sacarla físicamente de allí.

Asintió con la cabeza para agradecer a la prensa su tiempo y se alejó del micrófono, aunque seguía escuchando cómo decenas de preguntas continuaban disparándose a sus espaldas.

Había sido mucho más transparente de lo que cualquiera de sus superiores habría deseado, pero esperaba que compartir aquellos detalles hubiera servido para algo.

Que se rieran de ella todo lo que quisieran, pero no de la víctima. Lo único que Hipo había hecho era aceptar una oferta de amabilidad. No se merecía la hilaridad que desprendía cada noticia sobre el caso.

—Jefa, quizá sea buena idea ir a algún sitio donde Woody no pueda encontrarte. Estará que hierve.

—Oh, tengo en mente el lugar perfecto —dijo Kim, dirigiéndose hacia el coche.

Era hora de ir a indagar en busca de secretos.

Capítulo 70

8:40

Solo los buenos modales que Kim no era consciente de que tenía la habían mantenido alejada de aquella dirección durante las últimas doce horas. Pero muy pocas madres solteras con dos hijos no estaban despiertas y en pie a esas horas de la mañana.

Y, tal y como se había imaginado, Joanne Deary abrió la puerta con la chaqueta ya puesta.

—¿Podríamos habl…?

—Ahora no. Tengo que llevar a este al colegio —dijo, prácticamente empujando a un niño fuera de la casa—. Y ya hemos tenido un drama con unos calcetines desparejados. ¿Podría esperar? —preguntó, sacando el cochecito del pequeño marcha atrás por la puerta.

—La verdad es que no —respondió Kim.

La inspectora odiaba profundamente las preguntas que quedaban flotando en el aire sin respuesta, y esta llevaba rondándole la cabeza toda la noche.

—¿Van andando? —preguntó Kim mientras Joanne daba la vuelta al cochecito.

—Por supuesto.

—Les acompañamos —dijo la inspectora, que no era el tipo de persona que interferiría en la educación de ningún niño—. A ver. Su tío, el que le sugirió que usara la web Seekers, ¿es Eric Lane?

—Sí —reconoció Joanne, sin dejar entrever nada especial.

—¿Tenían una relación cercana?

—Supongo —respondió la mujer, asegurándose de que su hijo mayor no se alejara demasiado—. De alguna manera dio un paso al frente cuando perdí a mis padres en un accidente de coche. Yo tenía diecinueve años, así que no es que necesitara que me cuidaran las

veinticuatro horas del día ni nada por el estilo, pero mi tío simplemente se pasaba a ver cómo estaba y cosas así.

—Sí, ya he visto fotos de todos ustedes celebrando el cumpleaños del pequeño.

Joanne pareció sorprendida por aquello, como si no pudiera imaginarse cómo había podido Kim ver algo así.

—En Instagram —aclaró la inspectora—. Aunque no es algo reciente —añadió.

—Hace tiempo que no los veo —dijo Joanne, deteniéndose para esperar en un cruce.

—¿Y por qué?

—Supongo que porque todos estamos muy ocupados —respondió la mujer mientras comenzaban a cruzar hacia el otro lado de la calle.

—Voy a ser muy franca con usted, Joanne: voy a detenerla antes de que me cuente más mentiras.

—No le estoy mint…

—La expresión del rostro de su tía dice lo contrario. No se imagina cómo se refirió a usted.

—Sí que me lo imagino. Nunca le he caído bien. Es rara. Solo le preocupan las personas con las que tiene lazos sanguíneos. Intenta mandar en esa familia con mano de hierro.

—Sigo sin creerla —dijo Kim—. La reacción que tuvo su tía cuando le mencioné su nombre no se corresponde con el simple hecho de que usted no le caiga bien.

—Bueno, venga, si de verdad tienen que saberlo, tuve un acercamiento demasiado íntimo con uno de sus adorados hijos.

—¿Su primo?

Joanne asintió sonrojada.

Kim intentó imaginarse juntos a la joven madre y al estudioso Boyce de veintitantos años. No le rechinaba tanto la diferencia de edad como el hecho de que parecían estar en etapas muy diferentes de sus vidas.

—Por eso me odia. Ahora, por favor, déjenme en paz.

Joanne siguió adelante, avanzando con prisa, justo cuando el teléfono de Kim empezó a sonar.

Como había establecido que aquello no tenía nada que ver con el

caso, la inspectora pensó que no tenía sentido ir corriendo tras la mujer.

Kim se sorprendió al ver que la llamaban desde comisaría.

—Dime, Jack —respondió, ya caminando de vuelta al coche.

—Acabo de enterarme de algo que te puede interesar.

—Explícame.

—Ha llegado un aviso para acudir a una dirección en Hagley, por una mujer que no se ha presentado a trabajar.

Las esperanzas de Kim se desvanecieron. Se le ocurrían cientos de razones que explicaran un posible retraso.

—Gracias, Jack, pero eso no es exactamente lo que…

—¿Había terminado de hablar acaso?

—Continúa —le pidió Kim, haciendo un gesto de contrariedad.

—Lo han comunicado sus compañeros, que insisten en que habría sido extremadamente raro que hubiera llegado tarde al trabajo justo hoy.

—Por Dios, ¿qué es, neurocirujana? —preguntó Kim.

—De hecho, chicos, es cirujana cardíaca, y hoy ingresa una paciente a su cargo.

A la inspectora se le vinieron a la cabeza las palabras que había leído pocas horas antes, aunque tenía la sensación de que hubieran transcurrido días.

«No echarán en falta al primero, pero sí al siguiente».

—Dame la dirección —ordenó mientras aceleraba el paso.

Capítulo 71

9:30

La casa de Hagley no era exactamente lo que Kim se había imaginado. Sí, era bastante bonita, una vivienda de estilo rústico retirada de la calle con un seto alto que rodeaba el jardín delantero. Pero, después de haber hecho una búsqueda rápida de la mujer en Google durante el trayecto, Kim había descubierto que Nazeera Khan era la cirujana pediátrica especialista en trasplantes de corazón más importante de todo el condado.

Por alguna razón, la inspectora se había imaginado algo más lujoso.

El espacio reducido que había delante de la propiedad estaba ocupado por tres coches normales y uno de policía.

—¿De verdad crees que esto podría estar relacionado con nuestro caso? —le preguntó Bryant mientras apagaba el motor del coche.

Era la forma que tenía su compañero de decirle que estaban perdiendo el tiempo.

—Ojalá que no —respondió Kim mientras salía del coche.

La inspectora deseaba de todo corazón que los compañeros de Nazeera ya tuvieran una respuesta acerca de su paradero y que todo aquello no hubiera sido más que un desvío inútil.

Esa esperanza se desvaneció cuando entró en la parte exterior de la propiedad y dos personas vestidas de forma elegante la miraron con preocupación.

El agente de policía que los acompañaba la miró de forma extraña, probablemente preguntándose por qué el Departamento de Investigación Criminal acudía a un aviso de que alguien había llegado tarde al trabajo.

—¿Es usted detective? —preguntó la mujer, dando un paso adelante.

—Sí.

—Yo soy Audra Wilkinson, directora clínica del Russell's Hall. Este es

Robert Dickens, mi ayudante, y estamos muy preocupados por Nazeera.

Como para demostrar lo que decía, comenzó a frotarse las manos con nerviosismo.

—¿Han llamado a la puerta?

—Una y otra vez. A las puertas y a las ventanas. Hay otro agente echando un vistazo por la otra parte. ¿No podemos entrar sin más?

Eso era lo que a Kim le apetecía, pero no era algo que pudieran ir haciendo por ahí sin una buena razón.

—Entiendo su preocupación, pero la gente…

—Sé lo que va a decir, pero Nazeera no —respondió Audra justo cuando apareció el segundo agente.

El hombre negó con la cabeza para indicar que no había nada abierto.

Kim asintió en señal de reconocimiento y se giró hacia la directora clínica.

—Incluso los cirujanos pueden tener días en los que no quieren ir a trabajar.

—Pero no un día como hoy, agente. Seguro que hoy no —dijo Audra con rotundidad, negando con la cabeza. Era obvio que su ayudante estaba de acuerdo con ella, aunque no dijera nada.

Kim sintió cómo se le iba formando un nudo en el estómago.

—Hoy es la operación de Jessica.

Kim esperó, sin comprender por qué Audra pensaba que esa explicación sería suficiente para alguien que no trabajaba en el hospital.

Al darse cuenta de su error, la mujer frunció el ceño.

—¿No ven las noticias locales?

Kim se contuvo de responder que estaba un poco ocupada.

—Puede asumir usted que no.

—Jessica Styles es una niña de ocho años que necesita urgentemente un trasplante de corazón. Morirá si no se le realiza. A las tres de la tarde habrá disponible un donante compatible con ella.

—¿Habrá? —preguntó Kim. Era lógico pensar que el corazón de un donante estaba disponible de inmediato o no lo estaba, por eso le extrañó que hablara de una hora futura tan concreta.

—Esta tarde van a desconectar del soporte vital a una niña pequeña de Bristol que está en coma.

Una niña por otra. La desesperación de una familia y la esperanza de otra.

—No hay ninguna posibilidad de que esa pobre niña pueda recuperarse —explicó Audra con una tristeza muy auténtica—. Está en un estado de muerte cerebral y solo las máquinas la mantienen con vida. Una vez que su familia haya tenido la oportunidad de despedirse de ella, se le permitirá descansar en paz.

Kim apreciaba el gesto de buena voluntad, pero en su mente tenía la imagen de un equipo preparado, esperando para abrir a la pequeña niña y extraerle los órganos antes incluso de que su cuerpo estuviera frío.

—Tenemos que salvar a los que podemos, agente, y ahora mismo nuestra prioridad es Jessica Styles. Tenemos una ventana de solo seis horas. La cirugía está programada para las siete de esta tarde. Ninguna otra persona puede realizar esta operación. Nazeera es la única que conoce el caso lo suficiente.

—¿No tienen un plan B? —preguntó Kim.

La mujer abrió las manos.

—¿Por qué necesitaríamos tenerlo?

El nudo en el estómago de Kim continuaba creciendo.

—Quizá haya decidido llegar tarde —añadió Kim—. Como tiene un día tan largo por delante…

Kim no estaba segura de si estaba tratando de convencer a las personas que tenía delante o a sí misma. La posibilidad de que el enfermo mental que buscaban hubiera secuestrado a la cirujana era demasiado horrible como para siquiera contemplarla.

—Ella no haría eso —respondió Audra—. Jessica ha ingresado a las ocho de la mañana y Nazeera debería haber estado allí a esa hora para tranquilizarla y hablar con los padres. Conoce a esa niña desde hace tres años. Tendría que haber estado allí, se lo juro. Acabo de hablar con su familiar más cercano, su madre, que no sabe de ningún motivo por el que Nazeera pudiera llegar tarde.

Kim miró una vez más a la mujer antes de girarse hacia uno de los agentes.

—Vamos a forzar la entrada.

En cuestión de minutos, el hombre había sacado una llave roja grande de su coche y comenzó a maniobrar con ella en la puerta de entrada de la vivienda.

Era una cerradura que funcionaba con un pestillo; cedió al segundo intento.

—Esperen, esperen, esperen, ¿qué está pasando aquí? —oyó Kim detrás de ella.

Aquella voz con un acento muy marcado provenía de una diminuta señora india que se dirigía a toda velocidad hacia ellos, llevando a la vista unas llaves y un teléfono.

—¿Señora Khan? —preguntó Audra.

—Sí. Sí. Me ha llamado una señora preguntándome por Nazzy.

—He sido yo —explicó Audra, dando un paso adelante—. Muchas gracias por…

—Yo vivo allí arriba —la interrumpió la mujer, señalando la parte alta de la calle. Dirigió una mirada fugaz a todos los presentes—. Bueno, ¿dónde está mi hija?

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar —explicó Kim—. No sabemos si está en casa.

—Voy a ver —dijo la señora Khan, dirigiéndose hacia la puerta abierta.

—No, no, no —se opuso Kim, bloqueándole el paso a la mujer. La inspectora no tenía ni idea de lo que se iban a encontrar allí dentro. Ahora que habían forzado la puerta, era un asunto policial.

La mujer rechazó con un gesto los esfuerzos de Kim, pero sacó su teléfono.

—Voy a llamarla. Seguro que me contesta —dijo con confianza.

Kim esperaba sinceramente que así fuera.

La señora Khan frunció el ceño al no obtener respuesta, pero Kim pudo escuchar que el teléfono sonaba en algún lugar del interior de la vivienda.

—De acuerdo, señora Khan, ¿podría volverse a casa? Iremos a hablar con usted en breve.

La mujer cruzó los brazos y negó con la cabeza.

—Yo me quedo aquí hasta que sepa dónde está mi Nazzy.

Kim supuso que ella se comportaría exactamente de la misma forma.

—Venga conmigo, señora Khan —dijo uno de los agentes, apartándola con delicadeza de la puerta—. Deje que los detectives hagan su trabajo e irán a hablar con usted en un momento.

Una vez que Kim se aseguró de que la mujer no podía oírlos, se giró hacia la puerta abierta de la vivienda.

El segundo agente se hizo a un lado para que Kim entrara y, nada más hacerlo, se le encogió el corazón.

El salón mostraba signos de una lucha titánica. Había cojines esparcidos por el suelo y muebles volcados. Un jarrón con flores se había estrellado contra el suelo laminado.

—¿No tiene otros familiares? —preguntó Kim a la gerente desde la distancia. Necesitaba saber a cuántas personas podía estar buscando.

—Está divorciada y no tiene hijos —respondió la mujer—. ¿Está ahí dentro? —le preguntó.

Kim no respondió. Bryant subió los peldaños de las escaleras de dos en dos.

La inspectora registró la planta baja y no halló más indicios de una pelea. Sospechaba que Bryant encontraría lo mismo en la planta de arriba.

—Ahí no había nada, jefa —dijo el sargento cuando volvió a bajar —. Excepto su ropa de trabajo, que estaba colgada en la puerta del armario.

—¡Mierda! —exclamó Kim, ahora capaz de imaginarse la escena.

Quien tuviera a aquella mujer la había secuestrado durante la noche. Había conseguido que le abriera la puerta y ella, al descubrir que se trataba de alguien que no conocía, había retrocedido hacia el salón, donde se había producido la pelea. Y vaya si le había plantado cara. Aun así, él había logrado imponerse y había secuestrado a Nazeera.

—Mierda —repitió Kim, echando otro vistazo a la habitación.

Y entonces vio algo que no había apreciado cuando entró, concentrada en el desorden.

A la izquierda de la puerta de entrada había una caja metálica de

las que se usan para guardar dinero en efectivo. Igual que las que llevaba encontrándose todo el día.

Dentro no había dictáfono ni cámara de vídeo ni restos humanos. En vez de todo eso, solo había una tarjeta blanca y una almohadilla para alfileres con forma de corazón.

Bryant se asomó por encima del hombro de Kim.

—Sabe exactamente quién es esta mujer y lo que tenía previsto hacer.

—Siguiente pista —dijo la inspectora, entregándole la tarjeta a su compañero.

—«Muy alto, pero más bien pequeño. Encuentre mi siguiente pista antes de las doce del mediodía o…» —leyó el sargento en voz alta.

Kim le entregó la caja a Bryant y sacó su teléfono. Seguro que Woody no se esperaba que ella lo fuera a llamar de forma voluntaria.

El inspector jefe le respondió enseguida.

—Stone, más te vale que vengas a mi ofic…

—Ha secuestrado a otra persona, señor —dijo ella, sabiendo que aquella novedad tendría prioridad sobre las ganas que el hombre sentiría de darle un buen escarmiento en aquel momento. La bronca podía esperar.

Kim se imaginaba a Woody tragándose su rabia.

—¿A quién?

—Una cirujana cardíaca. Tenía que realizarle un trasplante de corazón a una niña hoy mismo.

Mientras sopesaba cuál sería el siguiente paso que iba a dar, el silencio de Woody resultaba ensordecedor.

Por un lado, quería ordenarle a Kim que volviera a la comisaría para cantarle las cuarenta tras su actuación en la rueda de prensa. Probablemente su teléfono habría estado echando humo sin parar.

Pero, por otra parte, ahora tenían una segunda víctima que sin duda se echaría muy en falta, y las personas que estaban llamando al teléfono de Woody mostrarían mucho más interés en el caso si esta aparecía muerta. A Kim le dolía admitir que la pérdida de Hipo apenas tendría relevancia para ellos, pero una cirujana cardíaca pediátrica sacaría al político que todos los jefazos llevaban dentro.

Cuando Woody habló, lo hizo con un tono de voz que Kim rara vez

oía.

—De acuerdo, Stone, ponte a ello, pero no te equivoques: si esta cirujana no aparece con vida, este será el último caso en el que trabajes.

La línea se cortó.

Había sucedido exactamente lo que Kim se había imaginado, pero escuchar el tono de aquellas palabras la había convencido de que su jefe hablaba en serio.

No era la primera vez que iba a tener que desempeñar su trabajo bajo la amenaza de perderlo. Joder, parecía suceder durante casi todos los casos en los que trabajaba. Woody confiaba en su instinto. Su jefe tenía fe en sus capacidades y su pasión, y le concedía un amplio margen de maniobra para que pudiera hacer su trabajo.

Pero esta vez estaban involucrados los altos mandos. Woody no era el único que vigilaba cada uno de los movimientos de Kim. Los superiores se asegurarían de exponer a alguien, de poner a una persona en el foco para que, si algo salía mal, cargara con las culpas.

Así que, aunque aquella amenaza no le resultaba novedosa, esta vez no iba a ser Woody quien tomara la decisión.

Capítulo 72

9:50

Kim llamó a la puerta del final de la calle.

La abrieron inmediatamente.

—¿Estaba en casa? —preguntó la madre de Nazeera.

Kim negó con la cabeza mientras entraba. La propiedad parecía tener una distribución similar a la de su hija.

—Tiene que haber una buena explicación —dijo la señora Khan—. Volverá en cualquier momento.

La mujer miró a Bryant por encima del hombro de Kim.

—¿Ha traído a Sal y Pimienta?

Kim frunció el ceño. ¿Por qué le preguntaba a su compañero si había traído condimentos?

—Son los gatos que rescató Nazzy. Son inseparables. Ella los adora —explicó la señora Khan mientras tomaba asiento—. No me los ha dejado. Lo hace cuando va a estar un tiempo fuera, así que no puede andar muy lejos.

Kim pensó en el acuerdo que tenía con su vecino Charlie, que estaba cuidando a Barney en aquellos momentos. Miró a Bryant, que se dio la vuelta y volvió a la casa de Nazeera.

—Probablemente solo haya salido a dar una vuelta en el coche para despejarse un poco. Hoy es un día importante para ella.

Kim entendía que la señora Khan quizá hubiera apreciado que el coche de su hija seguía estando aparcado fuera de su casa, pero había decidido ignorar ese hecho.

—O a dar un paseo largo —añadió la mujer, como si estuviera leyendo la mente de Kim.

—Debe estar muy orgullosa de ella —dijo la inspectora con delicadeza, dándole a la mujer unos minutos para aceptar el hecho de que algo no iba bien.

El rostro de la mujer se iluminó con una sonrisa.

—Es la primera de nuestra familia que fue a la universidad. Su padre murió justo antes de que terminara la carrera de Medicina, y desde entonces hemos estado las dos solas. Es una buena chica. Se encarga de cuidar de mí —dijo la señora Khan, señalando toda la casa con las manos.

Ahhh, eso tenía sentido. Kim se había imaginado que Nazeera tendría una propiedad más grande y lujosa, pero la mujer también era responsable de la casa de su madre.

—¿Habla con Nazeera todos los días? —preguntó Kim.

La señora Khan asintió.

—Al menos una vez al día, y nos turnamos para cocinar. A veces viene ella a comer aquí, y a veces como yo en su casa.

—¿Y le ha contado algo sobre que la hayan estado siguiendo últimamente?

—¿A dónde la iban a seguir? Se sube al coche y va al trabajo. Sale del trabajo, se sube al coche y vuelve a casa.

—Entonces, no socializa mucho, ¿no? —preguntó Kim, dando por hecho que la respuesta a esa pregunta sería negativa. La inspectora pensaba en si habría alguna forma de averiguar por qué Nazeera había sido el objetivo concreto de aquel loco. ¿Habría estado en contacto de alguna manera con él?

La señora Khan suspiró.

—Ojalá, pero desde el divorcio solo trabaja y vuelve a casa. El divorcio le afectó mucho, sobre todo al producirse tan poco tiempo después de la terrible noticia.

Kim esperó.

—Le dijeron que nunca podría tener hijos. *Endonosequé*.

—¿Endometriosis? —preguntó Kim.

La señora Khan asintió.

—Amir no soportaba la idea de no tener hijos, así que la dejó.

Kim pensó de inmediato en el efecto que habría tenido aquello en la confianza y el sentimiento de valía de la mujer. Para algunos era una cirujana cardíaca pediátrica de primer nivel y para otros, una simple máquina de fabricar bebés.

Como si Nazeera no hubiera sufrido ya lo suficiente, ahora estaba

en manos de un cabrón enfermo que quería jugar al juego que él mismo había creado.

Ahora que Kim ya tenía una idea más clara del tipo de mujer que iban a tener que buscar, debía decidir si contarle la realidad a la señora Khan.

—Señora Khan, tengo que explicarle que…

Bryant interrumpió a su compañera al entrar en la estancia con un par de bolas de pelo entre los brazos y un par de arañazos en la mano derecha.

—Estaban escondidos debajo de la cama —dijo, entregándoselos a la señora Khan, que los cogió con los brazos extendidos.

—Venid aquí, preciosos. Mamá volverá pronto. No pasa nada —los tranquilizó mientras ambos ronroneaban.

La expresión de Bryant indicaba que los gatos no se habían mostrado igual de complacientes con él.

—Nazzy se quedaría destrozada si a sus bebés les ocurriera algo.

La mayoría de la gente no entendería que se utilizara esa palabra en relación con unas mascotas, pero Kim sí que lo entendía.

—El hombre desagradable que vivía enfrente murió. Su familia no quería a los gatos. Iban a sacrificarlos. Nazzy no soportaba la idea y los acogió. Estaban en los huesos y llenos de gusanos, pero ella los cuidó hasta que recuperaron la salud.

Obviamente, la inclinación de Nazeera a cuidar de los demás no era algo que solo mostrara en su entorno laboral.

—Señora Khan, lamento tener que decirle que Nazeera ha sido secuestrada.

Las manos de la mujer se detuvieron de golpe sobre las cabezas de los gatos.

—¿Secuestrada?

Kim asintió.

—¿Quién la ha secuestrado? —preguntó la mujer.

—Alguien involucrado en un caso en el que estamos trabajando —respondió Kim.

—¿Saben quién la tiene? —preguntó la señora Khan, confundida.

—No puedo darle más detalles —explicó Kim—. Pero tiene saber que no ha salido a dar un paseo largo.

—Pero ¿por qué? —preguntó la mujer con lágrimas en los ojos—. Nazzy no le haría daño a nadie, y no tenemos dinero para pagar un rescate.

—Ella no ha hecho nada malo. Ni siquiera es algo personal. Su secuestrador quiere mandar un mensaje, pero vamos a detenerlo —aseguró Kim con más confianza de la que sentía.

Pero la madre de Nazeera parecía haberse encogido delante de ella.

—Dondequiera que esté, estará bien. Ella… ella es fuerte —dijo la señora Khan, conteniendo las lágrimas.

Kim se acercó a la mujer, le apretó una mano en un gesto de cariño y se puso de pie.

La señora Khan se levantó y abrazó a Kim.

—Inspectora, por favor, traiga a mi hija a casa.

Kim le aseguró que lo haría y se separó rápidamente del abrazo. Mientras lo hacía, divisó un Toyota azul aparcado al otro lado de la calle.

El puto Ashworth no se daba por vencido. No tenía ni idea de cuánto le pagaba *Sunrise News,* pero era obvio que le compensaba seguir investigando el caso.

—Bryant, ¿avisaste a la central? —preguntó Kim mientras salían de la propiedad de la señora Khan. Bryant siempre avisaba por radio a la sala de control cuando acudían a cualquier incidente.

—Por supuesto.

—El muy hijo de puta debe tener un detector de radiofrecuencia —se quejó Kim mientras el periodista abría la puerta de su coche.

Kim tuvo que pensar rápido mientras el hombre se dirigía hacia ellos. Tenía que alejarlo de aquel caso. Tras la rueda de prensa, la inspectora esperaba que los periodistas interesados en el caso se retiraran un poco. Sin más novedades escritas por Frost y sin más comunicaciones por parte de la policía, todo se estaba enfriando. La prensa tenía una muerte y un cadáver y no sabía que el maldito psicópata había prometido hacer algo más. Para ellos, la policía estaba investigando el caso como si se tratara de cualquier otro asesinato.

Kim empezó a caminar de vuelta hacia el coche. Tenía que actuar a

la perfección para deshacerse de aquel hombre.

—Menuda rueda de prensa —dijo Ashworth, poniéndose a su lado —. Me juego lo que sea a que eso no figuraba en el comunicado oficial.

—Y ya he pagado el precio, así que déjame en paz.

—¿La han sacado del caso?

—¿Tú qué crees?

¿Cómo demonios podía alejarlo sin que pareciera que le estaba proporcionando información?

—Entonces, ¿quién está a cargo de…?

—Mira —le espetó Kim, deteniéndose tan repentinamente que el reportero casi choca contra ella—. Si quieres continuar siguiéndome mientras cumplo mi castigo trabajando en robos y revisando grabaciones de cámaras de seguridad, adelante. Te aburrirás y no podrás escribir un artículo muy interesante, pero haz lo que te dé la puta gana.

Kim esperaba que su ira fingida convenciera a Ashworth de que su pobre rendimiento y la desastrosa rueda de prensa habían provocado que sus jefes la apartaran del caso y que ella no estaba nada contenta con ello.

El hombre pareció no inmutarse y siguió caminando a su ritmo. Ella movió la cabeza de lado a lado en un gesto de frustración, mirando a Bryant cuando este intentó intervenir.

Pero no tenía sentido darle a aquello más importancia de la necesaria. El objetivo era convencer al periodista de que no había nada interesante que investigar allí.

—Oh, no se preocupe por mí. No estoy aquí por el Bufón. Tiene razón, eso es agua pasada. He estado dedicando mi tiempo libre a investigar un poco.

Kim siguió caminando, aunque no le gustaba la sensación que se estaba gestando en su estómago.

—Me alegro por ti.

—Usted es una inconformista, inspectora Stone, y los inconformistas no suelen durar mucho tiempo en el cuerpo de policía.

—Sí que duran si son buenos en su trabajo —respondió Kim

mientras se acercaban al coche.

El periodista negó con la cabeza.

—No me vale. Deberían haberla puesto de patitas en la calle, y quiero saber por qué no lo han hecho. Así que, como le he dicho, no se preocupe porque yo pueda estar perdiendo el tiempo. Ahora usted es mi noticia.

Kim abrió la boca para decirle que no iba a encontrar nada, pero él ya se había dado la vuelta.

—Maldito idiota —dijo Bryant cuando se subían ya al coche.

Ella estaba de acuerdo con su compañero, pero eso no hizo que desapareciera de su estómago aquella sensación de incomodidad.

Capítulo 73

10:05

—Es una jodida heroína —dijo Stacey con la boca completamente abierta.

—¿Qué dices? —preguntó Penn, que justo acababa de colgar una llamada que, según sospechaba, haría feliz a la jefa, ya que acababan de comunicarle que por fin podría solicitar los registros a Seekers.

Stacey no quería ser escéptica, pero supuso que ahora las cosas irían mucho más deprisa, y no solo por el mero hecho de que fuera lunes por la mañana. En cuanto Penn actualizó la petición de los registros de la página web con la información correspondiente a la segunda persona desaparecida, la orden judicial se emitió de inmediato.

—Nazeera Khan. Ha salvado un montón de vidas —continuó Stacey —. Y se costeó por su cuenta la carrera de Medicina. Sin un fondo fiduciario para estudios, sin unos padres ricos. Estudió y trabajó muy duro, y ahora salva la vida de niños pequeños.

Stacey era consciente de que estaba dando la sensación de admirar a la cirujana, y la realidad era exactamente esa. A la ayudante de detective le gustaba pensar que su trabajo significaba algo, que servía para cambiar las cosas, pero ni siquiera podía imaginarse cómo sería tener la capacidad de salvar la vida de un niño.

Hizo clic en un enlace para ver un vídeo que se había grabado en el hospital solo un par de semanas antes. La imagen la impactó en una parte de su cuerpo que no sabía ni que existía. Estaba entre las costillas, pero debajo del corazón. Se sintió profundamente conmovida cuando vio a una niña pequeña sentada entre su madre y Nazeera.

El vídeo constituía una petición para que la gente se registrara como donante de órganos y, aunque Nazeera hablaba de forma

profesional y elocuente, el gesto casi inconsciente de pasar el brazo por el respaldo de la silla de Jessica demostraba que se había creado un vínculo personal entre la doctora y la paciente.

La madre de Jessica miraba fijamente a la cámara, pero la tensión que parecía haber en su mandíbula y el enrojecimiento de sus ojos a causa de intentar contener las lágrimas delataban a una madre que intentaba no mostrar lo que sabía que era cierto. Su hija se iba a morir.

Esa extraña sensación que Stacey había sentido nada más comenzar a ver el vídeo se intensificó al observar a la niña sentada entre las dos mujeres que, evidentemente, sentían un gran afecto por ella.

Jessica tenía mal aspecto. La palidez de su piel acentuaba unas ojeras muy marcadas. Sus brazos enclenques sobresalían de las mangas a tres cuartos de su blusa amarilla. Su cuello flaco le otorgaba a su cabeza el aspecto de una piruleta.

La niña miraba a la cámara casi todo el tiempo, pero las ocasionales miradas furtivas a la cirujana y a su madre dejaban claro que era consciente de la gravedad de la situación.

A Stacey se le iba a romper el corazón de un momento a otro. Jessica solo era una niña. Debería estar jugando en la calle, ensuciándose y corriendo, no suplicando al público por la oportunidad de una nueva vida.

El vídeo la afectó profundamente.

Aquella niña iba a morir si no encontraban a Nazeera a tiempo.

—Penn, tenemos que encontrar a Nazeera —susurró Stacey, cerrando el vídeo.

—Hay que resolver esta maldita pista —respondió su compañero.

Penn amaba los acertijos, pero aquel tipo lo estaba poniendo verdaderamente a prueba.

—«Muy alto, pero más bien pequeño» —dijo Stacey, tanto para refrescar su memoria como para borrar de su mente la imagen de la pobre Jessica.

La jefa les había ordenado que continuaran investigando los nombres y las grabaciones de las cámaras de seguridad y que

siguieran intentando resolver la pista. Además, ahora también quería información sobre un tipo que trabajaba en *Sunrise News*.

—¿Qué hay por aquí que sea muy alto? —preguntó Stacey, ofreciendo un poco de ayuda a Penn.

—¿Las antenas de radio de Turners Hill, en Rowley Regis? Es la colina más alta que tenemos en West Midlands.

—¿Las que se pueden ver desde Kinver?

—Sí, pero no hay nada «más bien pequeño» que tenga que ver con ellas.

La breve esperanza de Stacey se desvaneció. Ambos sabían que cada palabra significaba algo.

—Penn, me preocupa que no vayamos a conseguir resolver esta.

Penn se ahorró la respuesta al escuchar sonar el teléfono de su compañera.

Era un número que no tenía grabado.

—Ayudante de detective Wood —respondió.

—Sargento Jones, West Mercia. Me ha dejado un mensaje —dijo una voz femenina.

—Gracias por devolverme la llamada. La llamé para preguntarle por una agresión sexual que sucedió hace unos seis meses, cerca de Stourport. La víctima se llamaba Melissa Keene.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la mujer con recelo.

—Creemos que esa violación podría tener relación con un caso en el que estamos trabajando.

—¿Otra violación? —preguntó la sargento.

—En realidad, no, pero está relacionado con las páginas web de acertijos —respondió Stacey, esperando que la mujer no atara cabos.

La sargento Jones se rio.

—¿Cree que tiene algo que ver con el tipo que les tiene a todos corriendo alrededor de Black Country?

Maldita sea, la mujer había estado rápida. Stacey sintió que se le encendían las mejillas y se preguntó si alguna vez dejarían atrás aquello.

Su silencio fue suficiente.

—Espero que esta no sea la mejor pista que tienen, porque ni

siquiera pudimos demostrar que Melissa estuviera siguiendo algún tipo de recorrido. Si lo había, lo quitaron de allí rápidamente y la página web lo cerró por completo en cuanto empezamos a hacer preguntas.

—¿Tienen dudas de que la violaran? —preguntó Stacey.

—Por supuesto que no. Yo lo creo al cien por cien, pero la mujer estaba en medio de un prado y no fue capaz de darnos ningún tipo de descripción.

—Entonces, ¿no se hizo nada? —preguntó Stacey.

—Se hizo todo lo que se pudo hacer, pero ya sabe cómo son estos casos. Nuestras posibilidades de encontrar a la persona que lo hizo son prácticamente nulas.

Stacey odiaba admitir que tenía razón.

—De acuerdo, gracias por…

—Escuche, probablemente no debería contarle esto, pero ya está teniendo que lidiar con suficiente mierda. No obtuvimos ninguna coincidencia, pero tenemos ADN.

Stacey le dio las gracias a la mujer y, tras anotar la dirección de Melissa, colgó desanimada, sin haber averiguado prácticamente nada. ¿De qué servía tener una muestra de ADN si no había ningún sospechoso con quien cotejarla?

Capítulo 74

10:40

Kim estaba deseando borrar la sonrisa de la cara de Ryan Douglas en cuanto le presentara la orden judicial, que abarcaba todos los registros de la página web. Aunque lo que ella quería en realidad eran los nombres de los miembros registrados. Tenía que haber un registro del nombre real asociado al usuario Bufón674.

A pesar de que le habían suplicado su ayuda, Ryan se había mantenido indiferente, dándole igual la gravedad de la investigación. Eso demostraba una arrogancia que Kim rara vez veía.

A diferencia del día anterior, el hombre abrió la puerta de su oficina con pinta de jefe y de propietario de un negocio. No llevaba corbata, pero su camisa blanca impecable con un botón abierto y sus pantalones negros de corte muy elegante proyectaban autoridad y seguridad. Demasiada seguridad. Y a Kim tampoco le gustaba la sonrisa despreocupada que mostraba.

—Inspectora, qué alegría verlos —dijo, guiándolos para que pasaran junto a un montón de archivadores—. Los esperaba mucho antes.

Kim no respondió y lo siguió mientras él continuaba atravesando la oficina, en la que todos los escritorios estaban ocupados.

Ryan los condujo hasta una pequeña sala de reuniones y cerró la puerta cuando todos hubieron entrado.

—Entonces, ¿aún no lo han detenido?

Kim ignoró la pregunta y deslizó la orden judicial sobre la mesa.

Él ni siquiera la miró.

—La he visto a usted en las noticias —dijo, colocando el pie derecho sobre la rodilla izquierda como si estuvieran hablando del tiempo.

—Sí, suele pasar cuando se produce un asesinato horrible.

—Una tragedia —añadió Ryan, examinándose las uñas.

Bryant carraspeó para que Kim mantuviera la compostura. El sargento sabía perfectamente que ella estaba haciendo un gran esfuerzo por no lanzarse sobre la mesa y estrangular a Ryan.

—Para usted no parece una tragedia. ¿En qué porcentaje han aumentado sus solicitudes de suscripción?

El hombre no hizo ningún esfuerzo por ocultar su sonrisa.

—Lo suficiente como para que el equipo que han visto trabajando ahí fuera reciba una buena paga extra de Navidad.

—De verdad le interesa que esto siga así cuanto más tiempo mejor, ¿verdad? Cada mención en la prensa debe hacer sonar sus cajas registradoras. Por eso se mostró tan reacio a ayudarnos ayer.

—En absoluto, inspectora. Yo respeto las leyes en todos sus aspectos, incluyendo aquellas que prohíben apropiarse de la propiedad ajena. Y también la que establece que unos agentes de policía no pueden entrar en mi negocio exigiendo cosas sin tener una orden judicial.

—Entonces, ¿ayer solo estaba fanfarroneando un poco?

Él se rio.

—Si quiere decirlo así, pues vale, sí, eso fue lo que hice.

—¿Y cómo justifica esa actitud estando en juego la vida de un hombre? —lo desafió ella.

—Era un vagabundo, ¿no?

—¿Acaso importa? —espetó Kim.

Ryan negó con la cabeza, pero no con la velocidad suficiente como para convencer a la inspectora de que le importaba lo más mínimo.

—Bueno, entonces, ¿qué pasa ahora? —preguntó el hombre, frotándose las manos como si anhelara participar en todo aquello.

—¿Dónde estuvo usted ayer, señor Douglas?

—Aquí. Todo el día. Trabajando y observando cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

—Las únicas personas que vi ayer fueron ustedes dos, así que supongo que eso les convierte en mi coartada.

—Durante una hora, quizá. ¿Alguna otra prueba?

—Solo el hecho de que los documentos que estuve recopilando durante todo el día ya están listos para que se los puedan llevar.

Aunque usted también fanfarroneara un poco para exigir mi cooperación, yo era consciente de que, más pronto que tarde, iban a volver con una orden judicial, así que me pasé el día preparándome para ello.

Kim extendió la mano, pensando que Ryan le iba a entregar un *pendrive* o algo por el estilo.

La sonrisa del hombre se convirtió en una mueca burlona.

—Oh, va a necesitar más manos que esa, inspectora —dijo mientras se incorporaba—. Los archivadores junto a los que han pasado al entrar deberían contener todo lo que necesitan.

Kim recordó haber visto cuatro archivadores apilados.

—No sabía qué exigiría la orden judicial, así que me tomé la libertad de asegurarme de entregarles absolutamente todo.

—¿No ha podido hacerlo de forma electrónica? —preguntó Kim.

—Lo siento, es demasiado arriesgado por los *hackers*. Hay mucha gente mala por ahí suelta.

Kim apretó los puños en los bolsillos, convencida del poco control que tenía sobre ellos.

Sin decir nada más, la inspectora salió de la sala de reuniones, atravesó la oficina, cogió el archivador superior y se dirigió al coche. Bryant la siguió con otros dos archivadores.

—Siento que no estén tan organizados como deberían, pero lo hice todo yo solo —dijo Ryan, apoyado en la puerta de entrada.

Por un instante, Kim percibió la magnitud de la arrogancia de aquel hombre. La absoluta convicción de que no iba a sufrir ninguna consecuencia por sus actos. Se preguntó si esa era la misma cara que en su día había visto Frost.

La inspectora tropezó llevando el archivador, que pesaba bastante, en la mano y le dio a Ryan un golpe tan fuerte en la espalda que el hombre cayó de bruces sobre el camino de grava.

—¡Uppsss, lo siento, no le he visto! —dijo Kim, que a continuación colocó el archivador en el coche de Bryant—. Ah, y Tracy Frost le manda saludos.

Bryant fue a coger el último archivador y no le ofreció al hombre ninguna ayuda para levantarse.

Kim se tomó un momento para disfrutar del hecho de que la

sonrisa burlona hubiera desaparecido del rostro de Ryan. Sí, aquello podría terminar en una queja formal, pero ella alegaría que había sido un accidente. Y, además, si Woody tenía que atender las quejas en orden cronológico, lo más probable era que ella ya estuviera despedida antes de que su jefe llegara a esa.

Lo que más le preocupaba era cómo iban a encontrar algo útil en la jungla de documentos que Ryan les había preparado, y si el hombre tenía alguna razón para intentar ralentizarlos.

Capítulo 75

11:10

—¿Ese tipo se está riendo de nosotros? —preguntó Stacey, llevando el último de los cuatro archivadores a la sala de la brigada.

—No parecía estar pasándoselo demasiado bien mientras se sacudía la grava de las palmas de las manos —comentó Bryant.

—¿Eh?

—Olvídalo —dijo la jefa, mirando a Bryant—. A Ryan Douglas no le interesa que termine nuestra búsqueda del tesoro. Le está yendo bastante bien con ella.

—¿Incluso si mientras tanto muere gente? —preguntó Penn.

La jefa se encogió de hombros, indicando que al hombre eso le daba igual.

Iban a tardar semanas en revisar todo aquello, y además no podrían trabajar de forma eficiente. Si les hubieran enviado la información por medios electrónicos, Stacey podría haber realizado búsquedas de mil formas distintas, pero de aquel modo había que revisar y analizar cada hoja de forma individual.

Por un segundo, la ayudante de detective pensó en la niña cuya vida dependía del regreso a salvo de Nazeera Khan. Ya les quedaban menos de diez horas para conseguir que ese regreso se produjera. Y eso suponiendo que la encontraran en pleno uso de sus facultades. Después de lo que el Bufón le había hecho a Hipo, ¿quién podría saber en qué estado se encontraba la cirujana?

Stacey apartó los pensamientos negativos de su cabeza. Tenía que creer que Nazeera estaba a salvo.

Volvió a centrar su atención en los archivadores de documentos.

Levantó la vista de nuevo y vio que la jefa la estaba observando.

—Ponte con ello solo cuando no tengas nada mejor que hacer, Stace —le dijo Kim.

—Por cierto, tengo una dirección de Melissa Keene, por si crees que

vale la pena profundizar en ello —le explicó Stacey, entregándole un pósit.

Kim se lo guardó en su bolsillo trasero.

—Concéntrate en las pistas. Así es como encontraremos a Nazeera.

Stacey asintió para indicar que estaba de acuerdo con eso.

—No somos capaces de sacar nada en claro de esta. Ni siquiera tenemos suficientes palabras para continuar. «Muy alto, pero más bien pequeño». Hemos estado buscando todas las cosas altas en un radio de quince kilómetros, pero no hay nada que haga referencia a algo pequeño o casi pequeño.

—«Más bien pequeño» —dijo la jefa, pensativa—. En esa parte está la clave.

—Pero, si es muy alto, no puede ser más bien pequeño —afirmó Bryant.

—Exacto. Así que nos está diciendo otra cosa.

Eso era exactamente lo que pensaba Stacey, pero todavía no había sido capaz de descifrar aquella pista.

—Más bien pequeño, más bien pequeño…

Kim dejó de hablar, hizo una pausa y luego se giró hacia Bryant.

—Ponte las pilas, compañero. Ya sé a dónde tenemos que ir.

Capítulo 76

11:30

El Obelisco de Hagley se alzaba cerca de la cima de la colina de Wychbury, a tiro de piedra de una zona llamada Lyttelton. Era visible a kilómetros de distancia gracias a sus veintiséis metros de altura y se podía acceder a él desde senderos públicos.

Por lo que Kim sabía, se trataba de un edificio protegido, pero eso no impedía que de vez en cuando se pintara en él con espray la pregunta «¿Quién puso a Bella en Wych Elm?». La frase se refería a un misterio sin resolver de la Segunda Guerra Mundial: se había encontrado el cadáver descompuesto de una mujer en un bosque cercano con ese nombre.

—Puede que esta vez logremos adelantarnos —dijo Bryant cuando comenzaron el recorrido desde Monument Lane—. Pero ojalá este tipo no estuviera tan obsesionado con las colinas. Voy a necesitar un puto marcapasos cuando hayamos resuelto este caso.

Kim sonrió para sus adentros ante la positividad innata de Bryant, que parecía no tener dudas de que iban a resolver el caso. Francamente, el maldito enfermo podía obligarlos a subir todas las colinas que quisiera, siempre y cuando al final del día hubieran recuperado a Nazeera.

Tanto Kim como Bryant decidieron conservar el poco aliento que les quedaba y permanecieron en silencio hasta que estuvieron en la cima de la colina.

Llegaron a la altura del obelisco y lo rodearon caminando.

—¿Dónde está? —preguntó Kim, aunque era consciente de que Bryant no conocía la respuesta a esa pregunta.

—No está aquí, jefa. ¿Y si nos hemos equivocado de lugar?

La inspectora negó con la cabeza. Estaba segura de que se encontraban en el lugar correcto, pero ¿dónde demonios estaba la caja?

—Son casi las doce —continuó Bryant—. Es poco probable que seamos los primeros en pasar por aquí en el día hoy. Puede que la haya cogido cualquier persona.

Kim consideró el argumento de su compañero y movió la cabeza de lado a lado en señal de negación.

—No tiene sentido que nos haga participar en el juego si no nos da la oportunidad de resolverlo.

—Él va cambiando las reglas —observó Bryant, y tenía razón, pero había una base fundamental para un juego como aquel. Tenía que haber un gato y tenía que haber un ratón. Cualquier gratificación que el demente pudiera obtener desaparecería si ellos no llegaban a participar en el juego. Y el tipo había hecho todo lo posible por involucrarlos.

—Está aquí, en alguna parte —aseguró Kim—. Camina cuarenta metros hacia delante y rodea el obelisco en sentido contrario a las agujas del reloj.

Ella se movería en el sentido opuesto, mirando atenta hacia todas las direcciones.

Unos minutos más tarde, se encontraron al otro lado de obelisco. Ninguno de los dos había visto nada en la distancia.

«Piensa, piensa, piensa», se dijo la inspectora a sí misma. ¿Cómo podía aquel tipo dejar algo en ese lugar para que la policía lo encontrara pero que no fuera visible para cualquier otra persona que pasara por allí? Kim no veía ninguna forma de entrar en el obelisco, y el objeto que buscaban tenía que estar en algún lugar al que se pudiera acceder.

La inspectora examinó con más atención el punto en el que la hierba se encontraba con la piedra del obelisco. «Más bien pequeño…».

—¿Qué? —preguntó Bryant.

—Mira esto —dijo ella, agachándose.

Había una franja de hierba de aproximadamente cuarenta centímetros de largo que no estaba tan cerca de la superficie dura de la base del obelisco como debería estar.

Kim se arrodilló. Al inspeccionar la zona más de cerca, vio dos líneas tenues en la hierba que nunca habría podido percibir estando

de pie a cierta distancia. Alguien había cortado la hierba con gran habilidad.

La inspectora decidió no utilizar la misma técnica minuciosa; agarró la tira de hierba y la despegó.

Primero se sintió sorprendida, y, poco después, aliviada.

Sorprendida porque tenía ante sí un sobre blanco liso dentro de una bolsa de plástico transparente, y aliviada porque el sobre no contenía ninguna parte del cuerpo de Nazeera. Kim no quería encontrarse ningún dedo.

—Maldita sea, jefa, ¿cómo es posible que no te apellides «tenacidad»? Yo habría bajado de la colina hace diez minutos.

Kim lo ignoró mientras rasgaba el plástico para sacar el sobre. No tenían tiempo para enseñárselo a Mitch.

El sobre contenía dos cosas. En primer lugar, una tarjeta de esas que ya les resultaban tan familiares, que incluía la siguiente pista del juego.

—«Localicen a los que unen nudos en la oscuridad. Encuentren mi siguiente pista antes de las tres de la tarde o…» —leyó la inspectora en voz alta.

El segundo objeto era un recorte de periódico del día anterior. El titular clamaba: **JESSICA TIENE UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD**

Kim gruñó. El malnacido sabía con exactitud lo que había en juego.

Capítulo 77

12:00

—¡Hostia, no puede ser! —exclamó Stacey, esperando que Penn le preguntara qué pasaba. Aunque la jefa los había llamado para facilitarles la siguiente pista, la ayudante de detective estaba muy cerca de descubrir algo que podría terminar revelando una identidad real.

—¿Qué pasa? —dijo el sargento sin levantar la vista.

—Puede que haya descubierto la furgoneta que está utilizando.

Penn la miró con escepticismo, y ella no lo culpaba por ello. Con tantos datos, tantos marcos temporales y tantas grabaciones de diferentes cámaras que comprobar, parecía muy improbable captar el mismo vehículo en dos de los lugares que estaban investigando. Pero lo había conseguido.

El vehículo en cuestión era una furgoneta Citroën vieja de color rojo que le llamó la atención la primera vez que la vio por su forma tan fea. Volver a verla en un marco temporal factible en otra de las cámaras que estaba revisando no podía ser una simple coincidencia.

Stacey intentó calmar la emoción que había comenzado a invadirla. En ninguna de las cámaras pudo obtener el número de matrícula completo, por lo que, aunque la furgoneta tuviera algo que ver con el caso, ella aún no podía contribuir con nada a su resolución.

Pero lo que sí que sabía era que el asesino había transportado a Hipo desde el lugar donde lo había torturado, cerca de la casa de campo de Dunsley, hasta el lugar donde lo ató a las vías del tren.

Trazó la ruta de un punto a otro usando una página web de planificación de rutas y asistencia en carretera. La ruta más rápida y directa era seguir la carretera de Bridgnorth hasta la circunvalación de Stourbridge, y luego coger la A458 hacia la estación de la Colina Vieja.

Había cámaras en la circunvalación, operadas por el Ayuntamiento

de Dudley.

Stacey inició sesión en la web y encontró las cámaras que buscaba. Un par de clics después estaba observando la carretera de circunvalación dos horas antes de que mataran a Hipo.

Debido a la dirección que llevaba la furgoneta y al ángulo de grabación, Stacey sabía que solo iba a poder ver la parte trasera del vehículo, pero el tráfico era bastante escaso a las cuatro de la madrugada y podría leer fácilmente la matrícula.

Dio golpecitos con los dedos, nerviosa porque era consciente de que, si el vehículo no aparecía, no tenía nada.

«Vamos, vamos, vamos», pensó, y como si sus deseos si hicieran realidad, la furgoneta Citroën roja y fea apareció en su pantalla.

—¡Bingo! —gritó. Pero, casi acto seguido, su júbilo se desvaneció.

La matrícula no se podía ver con claridad.

Al principio pensó que tal vez el asesino había utilizado un accesorio llamado «placa furtiva». Se trataba de una cubierta transparente de policarbonato que, aunque era visible para el ojo humano, actuaba como un espejo para los infrarrojos. Pero, cuando observó por segunda vez, se dio cuenta de que el artificio era aún más sofisticado.

Stacey sospechó que aquel tipo había instalado luces led por encima y por debajo de la matrícula, provocando así que cualquier cámara tuviera serias dificultades para captar los detalles debido a los reflejos de esas luces brillantes.

—¿Acabas de marcarte un canto erróneo? —preguntó Penn.

—¿Un qué?

—Es lo que se dice cuando gritas «bingo» en el casino pero te has equivocado, así que el juego continúa. Se llama «canto erróneo».

Aparte de preguntarse en qué parte de su cabeza guardaba Penn toda esa información, Stacey apreció la ironía de sus palabras.

Sí, el juego continuaba, y parecía que el maestro del mismo lo había previsto todo.

La ayudante de detective reprodujo las imágenes una y otra vez, y en cada ocasión veía algo diferente. Lo único que podía hacer era ir fotograma a fotograma hasta que pudiera averiguar algo.

A medida que la furgoneta se iba alejando, las luces led

deslumbraban menos. Justo antes de que desapareciera por completo del plano de la cámara, Stacey pudo observar que algunas de las luces de la parte superior derecha de la matrícula parecían apagadas, lo que significaba que, gracias a un solo fotograma, tenía la oportunidad de distinguir parte de la matrícula.

—Oye, Penn, ¿cuál es el término que se usa cuando cantas bingo, resulta ser un canto erróneo pero después vuelves a cantar bingo y esta vez no te equivocas?

—Eh… Pues no tengo ni idea.

—Bueno, pues averígualo, porque creo que puede que acabe de hacer eso.

Capítulo 78

12:15

—Hola, Fred —dijo Kim cuando el recolector de basura contestó al teléfono tras un par de intentos.

—Lo siento, estaba dándole la medicación a mi padre.

—No se preocupe —respondió la inspectora, sintiéndose un poco mal por interrumpirlo—. Escuche, si este es un mal momento…

—No, no, está bien. ¿Puedo ayudarla en algo?

Kim sabía que Fred tenía muchas cosas entre manos, pero el hombre les había ofrecido su ayuda y la inspectora pensaba que, tal vez, el hecho de echarles una mano pudiera brindarle una distracción muy bienvenida de sus problemas.

—Probablemente sea un tiro al aire, pero ¿sabría usted por casualidad alguna de las matrículas de las personas que acudieron ayer a la recogida de basura?

El trabajo de Stacey para localizar a un posible sospechoso había sido poco menos que milagroso. Y Kim se había visto obligada a considerar la posibilidad de que durante la mañana del día anterior se hubieran cruzado con el asesino que andaban buscando.

Hubo una pausa.

—Fred, ¿está bien?

—Ay, madre, debo admitir que, con todas las emociones de ayer, se me olvidó hacer los controles de seguridad que realizo habitualmente con las matrículas.

—¿Las anota todas? —preguntó Kim, sorprendida. Eso era más de lo que podía haberse esperado.

—No tengo por qué hacerlo, pero lo hago. No todos los que vienen son voluntarios. Algunos están prestando servicio comunitario. No se pueden organizar estas cosas de forma irresponsable, ya sabe a lo que me refiero. Debemos tener mucho cuidado porque a veces la

gente trae a sus hijos. Pero, como le digo, ayer con todo el alboroto se me olvidó hacerlo. Puedo llamar a todos y pedírselas, o…

Fred dejó de hablar como si se le hubiera ocurrido de repente una idea. Kim esperaba que así fuera, porque, por mucho que agradeciera su oferta, le iba a llevar demasiado tiempo.

—Tengo la lista de matrículas de la última recogida, que fue hace seis meses. Vinieron prácticamente las mismas personas. Podría enviársela, con los nombres de los que no asistieron ayer tachados. Puede disponer de ella en diez minutos como mucho.

Aquello podría serle de ayuda a Kim si la mayoría de las personas que habían acudido en aquella ocasión seguían teniendo los mismos vehículos.

La inspectora aceptó la oferta, le dio las gracias a Fred y colgó, pero su teléfono sonó enseguida. En la pantalla apareció un número que no tenía guardado.

—Stone —respondió.

—A ver, ¿dónde está? —preguntó una voz masculina áspera e impaciente.

—¿Perdone? —respondió Kim con brusquedad.

—Soy Hamish Fitzroy, el jefe de Frost. ¿Dónde está?

—No tengo ni idea —dijo la inspectora con sinceridad.

—Ah, y no me gustó nada el comentario que soltó usted en la rueda de prensa. ¿Cree que no la voy a despedir por eso?

—Si tuviera un mínimo de decencia, no lo haría —replicó Kim.

—Bueno, por suerte, no le corresponde a usted tomar esa decisión. Si aparece, avíseme. Necesito verla para despedirla.

—Espere un momento, ¿eso es todo? —preguntó Kim.

—No responde al teléfono ni a los correos electrónicos y no se ha conectado a la plataforma. Si le soy sincero, ni siquiera hace falta que la despida, porque, en cierto modo, se está echando ella sola. Así que, como solía decir mi querida madre sobre nuestro gato: o aparece, o no aparece, no puedo hacer mucho al respecto.

Y, con esa joyita, la línea se cortó.

A Kim le gustaba pensar que, si de repente desaparecía, su jefe y sus compañeros de trabajo se esforzarían algo más que simplemente

hacer un par de llamadas para encontrarla antes de darla por perdida.

Ella misma dedicaría más tiempo a buscar algo en el cesto de la ropa sucia que el que parecía dispuesto a emplear el jefe de Frost en buscarla.

Tampoco es que fuera extraño que la periodista desapareciera y se enfurruñara.

Dios, como si Kim no tuviera ya suficientes cosas de las que preocuparse.

La inspectora buscó el número de Frost en su lista de contactos y la llamó.

La llamada sonó hasta que terminó saltando el buzón de voz.

«Joder, a veces puede ser muy cabezona», pensó Kim, que la volvió a llamar.

Otra vez el buzón de voz.

Kim miró su reloj. Habían pasado unas seis horas desde que Frost salió furiosa de la comisaría. Daba la impresión que desde entonces nadie había sabido nada de ella, ni tampoco hablado con ella.

Kim intentó quitárselo de la cabeza. Frost no era responsabilidad suya y muy probablemente estuviera recuperando unas horas de sueño muy necesarias.

Sí, tenía que ser eso.

Pero ¿y si no fuera así? Aquel maldito loco había dejado sus instrucciones muy claras desde el principio. Quería que Frost participara en el juego y quería que la periodista, a través de sus artículos, actualizara periódicamente sus acciones. Les había dicho que habría consecuencias si no se seguían las reglas.

Kim tuvo ganas de darse una bofetada a sí misma cuando se giró hacia su compañero para informarle del siguiente destino.

—Bryant, vamos a Quarry Bank.

Capítulo 79

12:30

—¿Crees que deberíamos preocuparnos? —preguntó Stacey, que le transmitió a Penn las intenciones de la jefa mientras esperaba la lista de Fred.

—¿Nos preocuparíamos cualquier otro día si Frost no contestara al teléfono?

Penn tenía razón. Ni siquiera se enterarían. Pero, sin embargo…

—El asesino dejó claro que teníamos que seguir sus instrucciones porque, de lo contrario, alguien saldría herido —dijo Stacey. Sin duda, eso sonaba a amenaza.

Penn suspiró.

—Personalmente, creo que era una táctica para asustarnos. Todo este asunto ha salido ya en las noticias nacionales, así que Frost ya ha cumplido su objetivo.

—Las cifras siguen aumentando en la página web —argumentó Stacey.

El Bufón había publicado la pista sobre el obelisco a las doce y un minuto, y a Stacey le daba vergüenza admitir que mucha gente la había resuelto en cuestión de minutos, considerablemente más rápido que ellos.

Penn estaba trabajando precisamente en la siguiente pista en aquellos momentos, mientras que la ayudante de detective estaba centrada en ver a dónde la llevaba ese número parcial de matrícula que había encontrado.

—Oye —dijo Penn con un guiño pícaro—. Imagínate que la jefa irrumpiera en casa de Frost y se la encontrara dándose un buen baño relajante.

A pesar de la presión a la que estaban sometidos, Stacey se echó a reír. Sospechaba que la jefa y la periodista jamás volverían a verse con los mismos ojos.

Mientras esperaba los nombres y los números de matrícula de la lista de Fred, realizó una búsqueda de Steve Ashworth.

—¿Tienes alguna idea de qué es lo que pasa con la jefa y el tipo este de *Sunrise News*?

—¿Es un sospechoso? —preguntó Penn, levantando la cabeza.

—No lo creo, pero está dando un poco la lata.

—¿Por qué? Los demás periodistas parecen haberse puesto ya con otras historias más interesantes.

—Mmm… —murmuró Stacey, contemplando algunos de los artículos más destacados relacionados con aquel nombre—. Vaya, por lo que parece, es un periodista sensacionalista, un metomentodo.

—Stace —respondió Penn con un tono de voz que venía a decir «déjame trabajar».

Stacey captó la indirecta y continuó leyendo en silencio. La biografía del hombre detallaba que se había abierto camino empezando desde lo más bajo. Había trabajado en todos los periódicos locales de la zona de Stoke-on-Trent antes de escribir artículos para el *Daily Mail*. Desde allí, había ascendido a *Sunrise News* como corresponsal local. La ayudante de detective ya podía ver un patrón en sus reportajes; no era demasiado agradable de leer.

El correo electrónico la alertó de la entrada de un nuevo mensaje y Stacey se alegró al comprobar que provenía de Fred. Minimizó la pestaña de búsqueda sobre Steve Ashworth, consciente de que la jefa daría prioridad a las matrículas.

—¡Ajá! —exclamó mientras abría el correo.

La lista que Fred le había enviado no incluía marcas ni modelos, solo los números de matrícula.

Estaba buscando algo que terminara en TYL.

Dirigió la mirada de inmediato hasta aproximadamente la mitad de la página, donde encontró esas iniciales exactas, que parecían estar mirándola fijamente.

—Oye, Penn, ¿qué averiguaste sobre el recolector de basura llamado Peter Harris?

Penn echó un vistazo a su lista.

—Es el que resalté por haber cometido una agresión grave.
Stacey sintió un cosquilleo de emoción.
—¿Me puedes pasar todo lo que tengas sobre él?

Capítulo 80

12:35

—Bueno, el coche está aquí —señaló Bryant mientras aparcaba justo detrás del Audi TT de Frost.

«¿A dónde iba a haber ido después de la noche que ha pasado?», se preguntó Kim.

—Te lo juro, como solo esté durmiendo un rato para recuperarse un poco de esta noche, me la cargo —dijo la inspectora mientras se acercaban a la puerta de la casa.

«Sobre todo porque dormir es exactamente lo que a todos nos apetece hacer», pensó para sí misma, admitiendo que se sentía un poco resentida con la periodista por haberles dejado plantados.

Aporreó la puerta sin intentar ser educada. Frost se iba a llevar una buena bronca por aquello.

No hubo respuesta.

—¡Joder, por el amor de Dios! —exclamó Kim, dirigiéndose hacia la única ventana que había en la parte delantera de la casa adosada. No podía permitirse perder el tiempo de aquella manera. Si la periodista le hubiera cogido el teléfono a su jefe, ellos no habrían tenido que acudir a su domicilio.

Kim había estado en aquella casa suficientes veces como para saber que la puerta principal daba directamente al salón, que a su vez conducía a la cocina y a un cuarto de baño pequeño. La puerta de atrás daba a un patio trasero cercado al que se podía acceder por un callejón estrecho.

Por desgracia, Frost tenía unas cortinas densas en las ventanas. Al estar en la parte baja de una calle muy transitada, no tenía mucha privacidad frente a peatones, vehículos y autobuses, así que la densa tela blanca dificultaba la visión a través de la ventana.

Kim colocó las manos a ambos lados de la cara mientras echaba un

vistazo hacia el interior, tratando de distinguir algo más allá de la cortina.

Lo primero que vio fue la funda del portátil que Frost había estado usando en la comisaría.

La inspectora cambió ligeramente de posición y vio que la periodista estaba sentada en el sofá con la cabeza apoyada en una especie de almohada roja, durmiendo profundamente.

—Guau, pues está durmiendo —dijo Kim, sacando su teléfono—. Aporrea la puerta otra vez y no dejes de hacerlo —le indicó a Bryant mientras marcaba el número de Frost.

La inspectora volvió a mirar por la ventana y vio que el teléfono que estaba en el sofá junto a Frost se iluminaba.

La periodista no se movió.

Vale, quizá hubiera silenciado el teléfono, pero era imposible que ignorara los constantes golpes en la puerta.

Kim colgó y volvió a mirar hacia el interior.

Ni rastro de movimiento. Ni uno solo.

—Bryant, esto no me gusta nada —dijo Kim, alejándose de la ventana.

Salió corriendo hasta el final de la pequeña hilera de casas adosadas y cruzó el césped que separaba la última casa de la calle.

Cuando entró en el pequeño callejón trasero, Bryant ya estaba justo detrás de ella.

Kim no tuvo que prestar especial atención para contar las puertas, pues sabía de sobra que era la tercera. Estaba abierta, oscilando de un lado a otro. Eso no contribuyó a que se calmara.

La puerta trasera de la casa estaba entreabierta y la inspectora irrumpió en el interior de la misma, rezando para oír las protestas indignadas de la periodista.

Solo halló silencio.

Kim entró en el salón y se quedó paralizada. Lo que había creído que era una almohada roja detrás de la cabeza de Frost era en realidad el sofá manchado de sangre.

Si no fuera por la palidez mortal de su rostro, la mujer habría parecido estar durmiendo profundamente.

Bryant hizo el movimiento instintivo de alcanzar su radio, y eso la

impulsó a actuar. Puso dos dedos en el lado derecho del cuello de Frost para comprobar su pulso.

—Es débil, pero está ahí —le informó a Bryant, que ya les estaba dando la dirección a los servicios de emergencia.

Kim se sintió ligeramente aliviada, aunque esa sensación no duró demasiado, pues enseguida percibió el estado en el que se encontraba la parte posterior de la cabeza de la periodista.

Su cabello rubio estaba empapado de sangre en la coronilla, pero Kim era incapaz de ver la herida debajo del pelo y de la sangre.

La inspectora se pudo imaginar la escena. Frost llevaba puesta la misma ropa que la última vez que Kim la había visto. La mujer había vuelto a casa, se había desplomado exhausta en el sofá y no se había movido desde entonces.

El asesino se había colado en la casa y la había atacado, y Kim creía, por la posición en la que se encontraba Frost, que la periodista ni siquiera se había llegado a despertar. Solo podía haber sido aquel enfermo. Había dejado muy claro que habría consecuencias si no se seguían sus instrucciones al pie de la letra. Frost no había publicado ningún artículo a las seis de la mañana, y aquel era el precio que había pagado.

—Maldita sea, Frost —murmuró Kim, tocando de nuevo el cuello de la mujer. Seguía teniendo pulso, pero no sabía por cuánto tiempo.

Le resultaba difícil imaginar que alguien pudiera sobrevivir a la pérdida de sangre que tenía ante sus ojos, pero también sabía que las heridas en la cabeza a veces eran muy aparatosas, porque solían sangrar profusamente. Lo que le preocupaba de verdad era el daño que pudiera existir debajo de la herida.

—Dios mío —dijo Bryant, moviendo la cabeza de lado a lado.

Kim pudo ver en el rostro de su compañero que se le estaban pasando por la cabeza las mismas cosas que a ella.

—No la des por perdida todavía —dijo Kim, sentándose junto a la periodista. Colocó los dedos en la muñeca de la mujer para asegurarse de que no perdían el pulso débil que tenía.

Se sentía tentada de intentar sacudir a Frost para que recuperara la conciencia, pero no era médico y no tenía ni idea de las consecuencias que una acción como esa podría tener. Si los golpes

en la puerta y las llamadas de teléfono no la habían despertado, sospechaba que no podía hacer mucho más. «Excepto una cosa», pensó, presionando ligeramente la muñeca.

—Frost, estamos aquí contigo. Si puedes oírnos, que sepas que viene ayuda de camino y que no nos vamos a ir hasta que lleguen.

Kim se dio cuenta de que Bryant se había sorprendido ante su tono de voz. Ella también estaba asombrada por haber podido adoptarlo pensando en el bien de Frost. Normalmente solo lo reservaba para cuando Barney no se encontraba bien. Pero ¿quién sabía si aquellas iban a ser las últimas palabras que escuchara aquella mujer?

Mientras Kim seguía hablando con delicadeza, Bryant se señaló una oreja y luego miró hacia la puerta, para indicar que ya podía oír sirenas en la distancia.

Kim asintió con la cabeza hacia la puerta para que el sargento fuera a hacerles señas a los equipos de emergencias.

—Te vas a poner bien, Frost. Eres demasiado pesada como para que no lo consigas —dijo Kim, mientras las sirenas sonaban cada vez con más fuerza.

La inspectora continuó hablando hasta que entraron los sanitarios. Aquellos profesionales solo tenían ojos para la mujer del sofá, y Kim sabía que Bryant ya los habría puesto al corriente de la situación La mirada seria y concentrada del sanitario lo decía todo.

Kim soltó la muñeca de Frost cuando este se colocó en posición.

Una segunda sanitaria entró en el salón, precediendo a Bryant.

—Tranquila, Tracy —dijo la mujer, ocupando el lugar de Kim al lado de la periodista.

El sonido del teléfono de la inspectora atrajo todas las miradas hacia ella.

Por un momento, había olvidado que estaban investigando un asesinato y un secuestro.

Ahora podían añadir intento de asesinato a la lista de delitos del Bufón, y Kim no quería pensar en la posibilidad de que ese último delito culminara de forma trágica.

—Dime, Stace —respondió, saliendo del salón.

—Tengo algo, jefa. El propietario de un vehículo con una matrícula

similar a la que encontré en las grabaciones estuvo ayer por la mañana en la recogida de basura.

A Kim casi le da un vuelco el corazón. Oh, aquello era demasiada coincidencia.

—Buen trabajo, Stace. Envíale a Bryant la dirección.

La inspectora colgó y volvió a entrar en el salón justo cuando el inspector Plant aparcaba frente a la casa. Ahora sería él quien se hiciera cargo de la escena.

—¿Familiares cercanos? —preguntó uno de los sanitarios.

—Su madre, pero no tengo ninguna información sobre ella.

—Es por si tenemos que llamar a alguien en caso de que pase…, eh…, bueno, en caso de que pase algo.

Kim sabía lo que el sanitario estaba intentando decirle y no iba a perder el tiempo buscando números de contacto. La prioridad debía ser ayudar a Frost en todo lo que necesitara.

Kim no lo dudó.

—Entonces, creo que la mejor opción es que me llaméis a mí.

—¿No te estás involucrando demasiado, jefa? —preguntó Bryant.

—¿Qué otra opción tengo? ¿Prefieres que le dé tu número? —preguntó la inspectora mientras un vehículo que no quería ver ni en pintura aparcaba en el hueco que había justo delante del Astra de Bryant.

—No puede ser verdad —dijo Kim cuando Steve Ashworth comenzó a dirigirse hacia ellos.

Bryant había pedido ayuda urgente a través de la radio. «Maldita sea la prensa con sus malditos detectores de radiofrecuencia», pensó la inspectora.

—¿Todavía sigues por aquí? —le preguntó Kim al hombre cuando se acercó.

—Ya hemos tenido esta conversación. Lo más importante, ¿por qué me mintió?

—¿Sobre qué?

—¿No es esta la casa de Tracy Frost, la periodista local que trabaja con usted para atrapar al Bufón?

Kim no dijo nada; mientras, el inspector Plant se interpuso entre ellos con la cinta de acordonamiento en las manos.

—Vaya coincidencia que le haya pasado algo justo el día que trabaja con ustedes. ¿Algo más que cargar sobre su conciencia, inspectora?

—Sácalo de aquí —le dijo a Plant.

Su compañero la obedeció y lo apartó con delicadeza, pero a la vez con firmeza.

—No me voy a ir a ninguna parte, Stone. Va a tener que soportarme, y la pienso seguir hasta que comprenda mejor su historia.

«Hoy no me vas a seguir», pensó Kim mientras le hacía una señal a Plant para que volviera.

El inspector todavía tenía la cinta de acordonamiento en las manos.

—Precinta todo hasta ese Toyota azul, incluyéndolo —le indicó—. Y que no salga nadie.

Capítulo 81

12:50

—A ver, Penn, ¿cómo evito sentirme como una puta mierda por haberla llamado de todo después de que nos dejara tirados? —preguntó Stacey.

La jefa les había informado sobre el estado de Frost cuando ya estaba en el coche alejándose de su casa.

—Es imposible, porque yo me siento exactamente igual que tú —respondió Penn—. Así que recemos un poco y esperemos que se recupere pronto y podamos invitarla a una cerveza cuando todo esto haya terminado.

—¿Quién te echaría de menos a ti, Penn? —preguntó Stacey—. Me refiero a si desaparecieras del mapa durante un tiempo.

—Jasper, Lynne, vosotros, la tía Edna que vive en Fife y supongo que algunos de mis amigos del *pub* si pasara mucho tiempo. ¿Y a ti?

—Devon, mi madre, vosotros, tres tías y cinco primos. Ah, y probablemente el repartidor de Deliveroo. —Hizo una pausa—. Entonces, ¿cómo es que hemos sido nosotros los que hemos encontrado a Frost? O sea, no somos ni amigos ni familia ni compañeros de trabajo. Por lo que sabemos, hasta su jefe llamó a la nuestra y luego se desentendió de ella. En una escala del uno al diez, ¿cómo de triste es eso?

—Joder, Stace, ahora quiero invitarla a mi cena de Navidad.

Stacey se sentía igual. Odiaba pensar en la idea de que una persona pudiera tener tan poca gente que se preocupara por ella que la hubiera tenido que encontrar una policía a la que ni siquiera le caía bien. Aunque sabía que eso era simplificar demasiado una relación complicada, una relación que en ese momento no tenía ni el tiempo ni la capacidad de analizar.

Simplemente dio gracias a Dios de que la jefa fuera tan obstinada

como era. Quién sabe cuándo habrían descubierto a Frost si Kim no fuera así.

Por esa misma razón, esperaba que la jefa le sacara a Peter Harris algo positivo acerca de su furgoneta.

En cuanto a ella, llevaba varias horas pensando en alguien. Una persona a la que sentía que no le habían prestado suficiente atención hasta el momento, y que precisamente era atención lo que parecía ansiar. Al igual que el Bufón. Mientras Penn estaba ocupado trabajando en la pista, ella iba a obedecer las instrucciones de la jefa y a examinar más de cerca a las personas que podían sacar provecho de aquel asunto.

Stacey no tenía ninguna duda de que vivían en una época en la que la gente estaba obsesionada con la fama. Había familias que habían ganado miles de millones exponiendo sus vidas al juicio público, al consumo de la gente y al entretenimiento general. Había personas que conseguían programas derivados de *reality shows* que, aunque no seguían un guion estricto, tampoco eran del todo reales. Había grupos de supuestos amigos que no se veían entre temporada y temporada de un programa y luego actuaban como si fueran amigos mientras las cámaras estaban grabando, solo para crear tensión para los espectadores enganchados al programa, ávidos de historias.

Stacey lo sabía muy bien porque ella era una de esas espectadoras. No seguía todos los programas, pero había alguno que le gustaba. Incluso alguien como ella se daba cuenta de que todo aquello había ido demasiado lejos. En aquella época, seleccionaban a supuestas celebridades de unos programas para formar parte de otros y luego aparecer en algunos más, y todo porque vivían en Essex o Chelsea o porque iban a una isla en busca del amor. Aunque, en realidad, ninguno de ellos quería amor y eso a nadie le importaba mientras existieran suficientes conflictos como para ocupar todo un episodio de noventa minutos.

Se había convertido en una cultura. Había estrellas de Instagram, *tiktokers* y *youtubers* dispuestos a hacer cualquier cosa por su minuto de gloria.

Y, por eso, en cuanto terminó con Steve Ashworth, Stacey sintió

que Jared Truss merecía que le echaran otro buen vistazo.

Capítulo 82

13:15

Kim pensó que la casa de Peter Harris no tenía nada de especial cuando aparcaron frente a ella. Se trataba de un adosado de ladrillo rojo situado en Tipton. Aunque el terreno en el que se encontraba sí que era un poco más interesante.

En su día había sido la sede de la central eléctrica de Ocker Hill, que cuando se construyó en 1902 estaba destinada a ser la mayor instalación eléctrica de toda Inglaterra. Nunca llegó a alcanzar ese honor, y en 1985 demolieron lo que quedaba de ella para construir viviendas.

Kim se estaba esforzando mucho por volver a concentrarse en el trabajo que tenían entre manos y en la persona con la que tenían que hablar, pero en su cabeza no dejaba de ver la mancha de sangre en el respaldo del sofá de Frost.

—¿Estás lista? —le preguntó Bryant mientras apagaba el motor del coche.

—La verdad es que no —respondió Kim con sinceridad.

La escena que acababan de presenciar había provocado que creciera en su interior una ira que no sabía cómo gestionar. Si no la sacaba de ella, se enconaría, continuaría creciendo y terminaría provocando que estallara, probablemente contra una víctima inocente. Y lo más probable era que acabara pagándolo el compañero que tenía sentado a su lado.

—Un segundo —dijo Kim, sacando su teléfono.

Se desplazó por su lista de llamadas recientes y pulsó el botón de llamar.

La respuesta fue un «hola» muy brusco.

—La he encontrado —dijo Kim con una falsa alegría.

La inspectora tenía la esperanza de que aquellas palabras bastaran para que Hamish Fitzroy supiera quién la estaba llamando.

Así fue.

—Bueno, espero que le haya transmitido mi…

—Me habría encantado, pero, por desgracia, estaba inconsciente y no reaccionaba porque alguien se había colado en su casa y le había destrozado el cráneo.

—Espera. ¿Está…?

—Está de camino al hospital Russell Hall y los sanitarios no saben si podrán salvarle la vida. Después de la preocupación que me mostró antes sobre ella, estaba segura de que querría enterarse de lo que le ha pasado.

—Espere, espere…

Kim colgó y luego bloqueó el número del jefe de Frost.

—¿Mejor? —preguntó Bryant.

—Mucho mejor —respondió ella, saliendo del coche.

—No quiero bajarte de la nube y fastidiarte el momento, jefa, pero el vehículo que estamos buscando no está aparcado en la entrada de la casa.

—Mierda, Bryant, a menudo me pregunto cómo podría sobrevivir sin ti. Pensaba que la furgoneta a lo mejor tenía puesta por encima una capa de invisibilidad.

—Eso no tendría gracia ni siquiera en un buen día —se quejó el sargento.

—Tampoco la tiene que me digas algo que puedo ver con estos dos ojos —dijo Kim mientras llamaba ya a la puerta de la vivienda.

El hombre que la abrió tenía cerca de cuarenta años, algo de sobrepeso y la cabeza rapada. Kim recordaba vagamente haberlo visto entre todas las personas que acudieron a la recogida de basura, en el momento en el que ella se dirigió a todo el grupo.

La misma expresión de reconocimiento se dibujó en el rostro del hombre.

—Usted es la poli de ayer.

—Así es. ¿Podemos pasar?

Peter dudó, se encogió de hombros y finalmente dio un paso atrás para dejarlos entrar.

La casa estaba limpia y ordenada, pero había poca decoración.

Mientras Kim lo seguía hasta la cocina, observó que había solo un

ejemplar de cada cosa que veía, como por ejemplo unas botas junto a la puerta o un abrigo de invierno colgado en una percha. Sin embargo, en la pared había fotos enmarcadas en la que aparecían tres personas: Peter, más musculoso que en la actualidad, una mujer atractiva y una niña de unos diez años. En ninguna de las fotos la niña parecía tener más edad que esa.

Al mirar más de cerca, Kim observó que las fotos eran copias impresas, no originales.

Había más imágenes en la cocina, pero seguían sin mostrar signos de que la niña hubiera envejecido.

Peter Harris señaló hacia una mesita tipo bistró, adecuada para una sola persona. Kim empezaba a formarse una imagen clara en su mente.

Tanto ella como Bryant se sentaron en unas sillas incómodas, mientras que el hombre se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos.

«Ya a la defensiva», observó Kim para sus adentros.

—¿Todo bien, señor Harris?

Una vez más, Peter se encogió de hombros.

—No parece que se alegre mucho de vernos.

—Son policías. ¿Hay alguien que se alegre de verlos?

—¿Es un buen momento? Quiero decir, si su mujer está…

—No hay problema. Es buen momento para lo que sea que les haya traído hasta aquí.

Kim quería sacarle ya el tema de la furgoneta, pero le intrigaban su actitud y las fotos de la niña que nunca envejecía.

—Una niña preciosa —afirmó Kim, señalando con la cabeza una de las fotos.

—Sí que lo es —respondió Peter sin mirar hacia la pared.

—Se parece mucho a usted. ¿En qué curso está?

—En la universidad —respondió él.

—Ah, lo siento, pensé que estaría en los últimos años de primaria.

—Lo estaba la última vez que la vi —dijo con amargura.

—¿Y a qué se debe que no la haya visto desde entonces?

—¿Hay alguna razón concreta por la que quiera saberlo?

—¿Hay alguna razón concreta por la que no me lo quiera contar? —

respondió Kim, sosteniendo la mirada del hombre.

Después de un minuto, Peter volvió a hablar: —Me abandonaron. O, mejor dicho, esa zorra me abandonó y se llevó a mi hija.

El destello de ira en su gesto fue muy intenso. Como si se hubiera dado cuenta de lo que había dejado mostrar, Peter hizo un esfuerzo por relajar los músculos de la cara y volver a aparentar neutralidad.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Kim con intención.

—Hace ocho años. Poco después de salir de la cárcel.

—Estuvo arrestado por una agresión, ¿verdad? —insistió la inspectora.

—Como si no lo supieran ya.

—Pero no sabemos su versión de los hechos —replicó Kim, recostándose en la silla.

Ese movimiento molestó a Peter enormemente. Un gesto fugaz de irritación le tensó la mandíbula.

Por alguna razón, aquel hombre no quería que ellos estuvieran en su casa.

—Estaba trabajando, cumpliendo con mis obligaciones. Era viernes por la noche. La locura y los borrachos de siempre, excepto un tipo que no había manera de que retrocediera y me dejara en paz.

Kim sabía que, además de su trabajo como guardia de seguridad en el centro comercial Mander, el hombre había sido portero en un club de Wolverhampton.

La expresión que tenía Bryant en su rostro parecía indicar que pensaba que estaban perdiendo un tiempo valioso, pero ella no estaba de acuerdo. Quienquiera que estuviera moviendo los hilos de aquel juego debía tener una razón, y ellos tenían que intentar comprender cuáles podían ser sus motivaciones.

—Explíquese —lo instó Kim.

—El tío fue una puta pesadilla toda la noche. Logró sacarme de quicio, así que me convertí en el entretenimiento tanto para él como para sus amigos.

—¿Qué le estuvieron haciendo?

—Se me echaban encima, me pisaban los pies, me daban golpes en la placa y me insultaban. Parece ridículo, pero después de tres horas aguantándolos, empujé a uno de ellos y se golpeó la cabeza contra

el bordillo. La cosa acabó en daño cerebral permanente para él y cinco años en chirona para mí.

Kim miró las fotos.

—¿Y eso rompió su matrimonio?

—Y tanto. Ella tuvo que comerse mucha mierda después de que yo fuera a la cárcel. Violencia verbal en la calle, amenazas. Me pusieron el apodo de «el lisiador» y ella no iba a vivir toda su vida junto a una persona con esa reputación —espetó.

—¿Luchó por su hija?

—Por supuesto, pero esa zorra consiguió lo que quería. Al final, me rendí.

—¿Por qué?

—Porque no dejaba de llevar a Emily a las vistas judiciales. La pobre cría parecía estar cada vez más angustiada. No podía seguir haciéndole eso, así que me alejé de ellas. Pensé que tendría otra oportunidad cuando fuera mayor. Me creé varias cuentas en diferentes redes sociales para encontrarla. Lo conseguí y me puse en contacto con ella. Me bloqueó. Así que se acabó.

—Eso debió provocar que usted se enfadara mucho —dijo Kim.

Peter se encogió de hombros, pero ella pudo ver la amargura en su rostro.

—Supongo que ninguna de los dos quiere tener nada que ver con un exconvicto. El estigma es demasiado para ambas —dijo el hombre—. Y Emily no es mejor que su madre.

Kim contempló una de las fotos y se cuestionó cuáles serían los motivos de ese hombre para conservarlas, viendo la rabia que había en sus ojos cuando hablaba de sus familiares. ¿Constituirían un foco de venganza? Peter había perdido a su familia porque ni su mujer ni su hija querían estar vinculadas con alguien tristemente famoso. ¿Sería posible que ese hombre quisiera asegurarse de que ninguna de las dos pudiera nunca escapar del estigma de estar relacionadas con un asesino?

Peter volvió a dirigirle a la inspectora aquella mirada fría.

—Ahora que saben que no soy nadie y que no tengo nada, ¿qué más necesitan saber?

—Sus razones para participar en la recogida de basura.

—Porque es ilegal, ¿no?

—Es que no me cuadra, si le soy sincera —dijo Kim.

—Solo porque no me gusten los maderos ni tampoco esas dos —dijo, señalando con la cabeza hacia una de las fotos—, eso no significa que odie a todo el mundo.

Ella esperó.

Peter hizo una mueca de fastidio.

—Por Dios, ¿quiere que le venda mi alma también? He tenido que hacer servicios comunitarios después de cumplir condena en la cárcel. Recoger basura. No me importaba. Sentía que estaba haciendo algo útil.

Prestando atención a lo que Peter no decía, Kim lo comprendió todo. El hombre se sentía solo. Lo había perdido todo: su profesión, su familia, su orgullo y probablemente a la mayoría de sus amigos.

El voluntariado al menos le permitía estar en contacto con otras personas.

—¿Tiene usted una furgoneta Citroën pequeña? —preguntó Kim.

—La tenía —respondió Peter, frunciendo el ceño.

—¿Hasta cuándo la tuvo?

Él se encogió de hombros.

—Hasta hace unos seis meses. ¿Por qué me lo pregunta?

Kim no le iba a responder a eso en aquel momento.

—¿Se deshizo de ella?

Peter asintió.

—¿Cómo?

—La llevé a un desguace.

—¿Dónde?

—En Brierley Hill.

—¿A qué desguace? —preguntó Kim, que los conocía todos.

—Tompkins, creo.

Solo habían transcurrido seis meses. Seguro que no era tan difícil de recordar.

—Sí, sí, Tompkins, justo al lado de la calle principal.

—¿Dickie Tompkins, el chatarrero que está justo después del paseo marítimo?

—Sí, ese mismo, cerca del paseo marítimo —respondió Peter,

repitiendo las palabras de Kim.

—¿Está seguro? —preguntó la inspectora.

—Sí, la llevé allí. No pasó la ITV y no me apetecía gastarme un dineral en ella.

—¿Cuánto le dio por la furgoneta?

—No sé, quizá cien libras.

Kim no estaba convencida de que la historia fuera real, ya que todas las respuestas parecían conjeturas.

—¿Es usted consciente de que guardan registros? —preguntó Bryant.

—Seguro que algunos sí que lo hacen —respondió Harris, cruzando los brazos de nuevo.

Kim se puso de pie.

—Si Dickie no tiene registros, es muy probable que volvamos a vernos —dijo, dirigiéndose ya hacia la puerta.

—Joder, me muero de ganas —contestó Peter, cerrando la puerta tras ellos.

—Qué tipo tan encantador —comentó Bryant mientras caminaban hacia el coche.

Lo era, sin duda, y a Kim le hubiera gustado llevárselo a comisaría para un interrogatorio formal. Sabía que Peter no accedería a ello por voluntad propia, y se imaginó qué causas podrían justificar su detención y figurar en una orden oficial: el hombre había participado en una recogida de basura y tal vez fuera el propietario de una furgoneta que a lo mejor estaba relacionada con el caso. Sí, claro, a un juez le iba a encantar eso. No iba a suceder de ninguna de las maneras.

Lo que más se cuestionaba Kim en relación con Peter Harris era si tenía la inteligencia necesaria para llevar a cabo algo de aquella magnitud. Lo dudaba mucho, pero sí que era consciente de que se trataba de un hombre que no tenía nada que perder.

—Bryant, por tu propia seguridad, te sugiero que me lleves de inmediato a una cafetería, o no me haré responsable de mi…

La inspectora dejó de hablar cuando escuchó sonar su teléfono.

—Dime, Stace —respondió mientras Bryant comenzaba a circular.

—Ese periodista, jefa. Es un peligro.

Kim volvió a sentir esa sensación de intranquilidad en el estómago.

—Cuéntame.

—Básicamente, es un acosador. No deja de escribir artículos sensacionalistas. Empezó sacando a la luz las aventuras amorosas de algunos futbolistas. Luego pasó a amenazar con «sacar del armario» a personajes públicos destacados. Su nombre se vinculó con el suicidio de un jugador joven de *rugby* que aún no estaba preparado para hacer pública su orientación sexual. En los últimos dos años, ha centrado sus esfuerzos en sacar a la luz la corrupción política, e incluso se ha metido con algunos agentes de policía.

—¿Qué hay de su vida personal? —preguntó Kim, preguntándose si esa sería la causa de la frustración de aquel hombre.

—No he encontrado nada de momento. ¿Por qué esta verificación de antecedentes? —preguntó Stacey.

—Por nada en particular.

—¿Necesitas algo más? Porque quiero echarle un vistazo a otra cosa.

—Por ahora, eso es todo —dijo Kim antes de colgar.

La inspectora podía entender las ganas que tenía Stacey de centrar su atención en la tarea que tenían entre manos. No había nada que la ayudante de detective le hubiera contado que Kim no sospechara ya sobre el periodista. Al igual que quería hacer Stacey, la inspectora decidió sacarlo de su mente.

Lo más probable era que se estuviera preocupando por nada.

Capítulo 83

13:50

Había algo que a Stacey no le gustaba sobre Jared Truss.

Ya había visto algunos de sus vídeos, y detrás de su sonrisa triunfal se escondía una arrogancia presuntuosa. Era guapo y cautivador ante la cámara, pero había en él un toque de prepotencia mezclado con un afán de conseguir aprobación. Siempre les pedía a los espectadores que publicaran comentarios en el vídeo y que le dijeran si habían disfrutado viéndolo.

Sus vídeos abarcaban expediciones paranormales y recorridos en los que resolver acertijos.

Stacey solo vio un par de los primeros, ya que no eran los que le interesaban para el caso, pero, incluso si no hubiera sabido que eran falsos, lo habría adivinado de inmediato.

Uno de los vídeos se había rodado un lugar altamente secreto. Al parecer, los propietarios que le habían dado permiso para investigar lo habían hecho con la condición de que no revelara su localización.

Supuestamente, la propiedad, situada en East Midlands, había sido el escenario de un caso brutal de asesinato y posterior suicidio en el que una pareja de adolescentes había degollado a los ancianos que vivían allí. En el vídeo afirmaba que había rumores de que la joven pareja había practicado rituales de magia negra antes de matar a los propietarios.

El vídeo estaba lleno de estallidos, golpes secos, una energía siniestra y gritos aterrorizados de Jared, y terminaba, como todos los demás, con exclamaciones enfervorecidas de que aquella había sido la noche más aterradora de su vida.

Los comentarios contenían afirmaciones de absoluta creencia y aprobación de los testimonios de Jared, a pesar de que el joven había encontrado lo que parecían unas marcas antiguas de un

pentagrama dibujado con tiza en el suelo de piedra del cuarto de calzado.

Tiza. Todavía visible después de que hubieran pasado cincuenta años.

Sin duda, o sus espectadores no tenían acceso a Google, o habrían sabido rápidamente que aquel incidente nunca había ocurrido y que la casa era una propiedad que aparecía en el portal de Airbnb y que Jared había alquilado para grabar aquella noche.

Stacey comprendía que el joven estaba creando un contenido cuyo objetivo era el entretenimiento, pero había algo intrínsecamente deshonesto en engañar a sus espectadores y seguidores.

Entre todos los comentarios, solo una persona había cuestionado la autenticidad de la historia, y prácticamente lo habían echado de ese foro público, pues enseguida tuvo en su contra a un aluvión de fieles seguidores de Jared.

Sin embargo, a Stacey le resultaba mucho más interesante el otro tipo de vídeos, el que incluía aventuras del estilo búsqueda del tesoro. Vio algunos de ellos, y todos los episodios eran predecibles de principio a fin, pues seguían el mismo patrón.

La primera pista describía lo que les esperaba y el tiempo necesario para resolverlo todo.

La segunda pista aparecía a los doce minutos.

La tercera, a los veinticuatro.

La cuarta, que contenía un momento impactante, a los treinta y seis, y así sucesivamente.

Algunas pistas eran acertijos, otras, anagramas y otras, simplemente, unas cuantas palabras sin sentido.

Todas seguían la misma fórmula, una fórmula que la ayudante de detective reconocía a la perfección. Era un patrón similar al que habían estado siguiendo durante las últimas treinta y una horas.

Stacey estaba bastante segura de que Jared Truss era el Bufón.

Capítulo 84

14:00

Cada vez que Kim miraba su reloj, veía también el rostro de una niña pequeña que la miraba.

Una niña que probablemente iba a morir si no encontraban a tiempo a Nazeera.

Y ahí estaba ella, perdiendo el tiempo en un desguace persiguiendo la única pista que tenían.

—¿Aquí te sientes como en casa? —preguntó Bryant.

El sargento sabía lo mucho que a ella le gustaba pasar tiempo en los desguaces y chatarrerías buscando chasis y otras piezas de motocicleta poco comunes, aunque aquel sitio no le agradaba especialmente.

Dickie, el propietario, vestía camisa, corbata y pantalones de vestir, lo que por alguna razón le molestaba. El negocio de la chatarra no era para tipos vestidos con camisa y corbata. Debía implicar camisetas, sudaderas, vaqueros manchados de aceite y uñas sucias. Era como si Dickie intentara darle a su negocio una legitimidad que, simplemente, no necesitaba, y eso le daba un aire de falsedad y poca honestidad.

Kim le había comprado algunas piezas años atrás, pero desde entonces había encontrado otros distribuidores a los que prefería acudir cuando necesitaba algo.

Sin embargo, el rostro del hombre mostró un atisbo de reconocimiento cuando la inspectora entró por la puerta.

A Kim le costó mucho esfuerzo no poner un gesto de fastidio. La zona de recepción había cambiado desde su última visita. Estaba pintada de azul pastel y tenía un par de sillones mullidos y una mesa de centro. Había una cafetera de autoservicio sobre un mueble tipo cómoda e incluso una pequeña cesta con galletas empaquetadas.

Todo aquello ofendía le idea de Kim de cómo debía ser un

desguace.

—¿La conozco? —preguntó Dickie cuando ella se acercó.

—Nos conocemos —reconoció la inspectora, sacando su identificación policial.

El hombre frunció el ceño.

—No creo que la conozca en ese sentido. Espere, a usted le gusta montar motos —añadió Dickie, demostrando tener una memoria impecable.

—Pues sí. Necesito verificar un vehículo que usted compró hace unos seis meses.

Comprendiendo que era algo en lo que podía ayudarla fácilmente, el hombre sacó un libro de contabilidad de debajo del escritorio. A pesar de la mejora en la decoración, todavía no tenían un sistema informatizado.

—Presuntamente hace seis meses, así que pruebe también el mes anterior y el posterior.

—Seis meses suponen muchos registros.

—Esperaremos —dijo Kim, apoyando los codos sobre el mostrador de recepción.

Dickie abrió el libro de contabilidad a principios de marzo.

—¿Qué tengo que buscar?

—Una furgoneta Citroën roja con matrícula que termine en TYL.

—De acuerdo —respondió el hombre, comenzando a recorrer las páginas con un dedo.

Aunque Kim no podía ver los detalles de cada registro, sí que apreciaba que todos incluían fecha, marca, modelo, tarifa pagada, acción tomada y, finalmente, una columna para la reventa. Muy pocos registros indicaban alguna cantidad monetaria.

Kim sabía que, por ley, al menos el noventa y cinco por ciento de todos los coches desguazados se reciclaban. Los chatarreros compraban y vendían metales que acababan en una planta de refundición para ser convertidos en materias primas recicladas. Los metales se compraban y vendían por peso. El más valioso, con diferencia, era el cobre.

Kim observó en silencio cómo marzo dio paso a abril, que a su vez dio paso a mayo.

Finalmente, Dickie levantó la vista.

—Nada.

—¿Y todos los vehículos desguazados se registran en el libro de contabilidad?

—Por supuesto. ¿De qué me está acusando?

—Solo digo que en el libro hay muchas letras diferentes, correspondientes a personas distintas. ¿Ningún miembro de su plantilla de trabajadores podría haber hecho una venta rápida para ganarse un dinero extra?

—Si hubiera hecho algo así, no sería miembro de mi plantilla.

—Siempre que usted se enterara —intervino Bryant.

El hombre les lanzó una mirada que decía con rotundidad que él se enteraba de todo lo que ocurría en su negocio.

—¿Puede volver a mostrarme abril? —preguntó Kim.

Dickie suspiró y volvió a revisar esa página y los registros.

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó Kim, señalando un registro que había sido tachado con Tippex y posteriormente sobrescrito.

—Probablemente un error ortográfico.

—Eso no explica por qué se han cambiado todas las columnas —observó Kim.

El hombre se encogió de hombros.

—No sabría decirle.

—Creía que lo sabía todo sobre su negocio —replicó la inspectora, inclinando la cabeza.

—Es Tippex —respondió Dickie, arqueando una ceja.

—¿Es posible que alguien vendiera el vehículo y lo encubriera?

El hombre negó con la cabeza.

—Nunca harían algo así.

A Kim no le pareció que esa afirmación fuera un argumento convincente. Todos los días se cometían hurtos en el entorno laboral.

—¿Recuerda el vehículo? Al parecer, es bastante feo y difícil de olvidar.

—No lo recuerdo —respondió el hombre sin pensarlo.

Kim se detuvo un segundo.

—Dickie, ¿cuántas personas vienen aquí a diario?

—No lo sé. Diez, veinte…

—Voy a darle el beneficio de la duda y vamos a decir que son diez. Yo vine aquí unas cuantas veces hace seis años y usted me ha recordado. No me apetece hacer cálculos, pero…

—Serían en total unas veintiuna mil novecientas personas —intervino Bryant—. Aproximadamente.

Kim ignoró a su compañero y continuó hablando.

—¿No es capaz de recordar si compró una furgoneta Citroën vieja y fea hace tan solo seis meses?

—Sí, es raro, ¿no?

Kim siguió mirando a Dickie, pero, aunque el hombre se sonrojó un poco, se limitó a encogerse de hombros como respuesta.

La inspectora se dio la vuelta y salió del negocio.

Peter Harris les había dicho que ya no tenía la furgoneta, y Dickie, el chatarrero, aseguraba que el vehículo nunca había llegado a ser suyo. Uno de los dos estaba mintiendo. Kim no sabía cuál de ellos.

Y, de ese modo, Kim creyó escuchar cómo la única pista prometedora que tenían se estrellaba contra un muro.

¿O tal vez no?

La inspectora se giró hacia su compañero.

—Oye, Bryant, ¿te acuerdas de aquella vez, hace unos años, que te pedí consejo?

—Sí, creo que sí, pero fue hace tanto tiempo que…

—Pues prepárate, porque voy a volver a pedírtelo.

—Creo que sé lo que estoy a punto de escuchar. Hay una dirección que te quema en el bolsillo y quieres preguntarme si deberíamos investigarla.

—Punto para ti. ¿Vamos a ver a la mujer y le pedimos que haga el esfuerzo de volver a desenterrarlo todo cuando ni siquiera es nuestro caso y existen muy pocas posibilidades de conseguir justicia para ella, o lo dejamos estar y asumimos que no tiene nada que ver con el enfermo que estamos buscando?

—Es peligroso asumir ciertas cosas, jefa —respondió el sargento, mostrando un cambio de opinión con respecto a su postura anterior.

Kim asintió; era obvio que estaba de acuerdo con él.

—Oh, Bryant, cómo me gusta cuando me das buenos consejos.

Él se rio entre dientes.

—Especialmente si coincide con lo que ibas a hacer de todos modos.

Por una vez, Bryant no se equivocaba.

Capítulo 85

14:15

La casa era una vivienda adosada situada en medio de una hilera, algo apartada de la calle, a solo dos metros de un cartel que anunciaba la llegada a Stourport-on-Severn.

Kim miró su reloj antes de salir del coche. Solo quedaban cuarenta y cinco minutos para que se cumpliera el siguiente plazo. No era la primera vez que se descubría a sí misma deseando con todas sus fuerzas que el resto del equipo diera con algo pronto. Mientras tanto, aquella era una línea de investigación que no podía permitirse pasar por alto.

Les abrió la puerta un hombre de unos treinta y cinco años que vestía vaqueros y una camiseta con el logotipo de una empresa eléctrica.

—¿Señor Keene? —preguntó Kim. Era mediodía, pero el hombre estaba en casa.

Él asintió.

—¿Podemos hablar con la señora Keene?

—¿Sobre qué? —preguntó, mirándolos de arriba abajo.

Ambos mostraron sus identificaciones policiales. El señor Keene las miró detenidamente.

—Ustedes pertenecen a West Midlands, así que se lo vuelvo a preguntar, ¿de qué se trata? —insistió, sin moverse ni un centímetro de la puerta. Su tono no era hostil, sino más bien rotundo y lleno de seguridad.

—Queremos hablar sobre la agresión sexual que sufrió su mujer.

—¿Lo han detenido?

Kim negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué sentido tiene molestar a mi mujer?

—Creemos que su caso podría estar relacionado con uno en el que estamos trabajando.

El hombre comenzó a mover la cabeza de lado a lado en señal de negación.

—Señor Keene, de verdad que nos gustaría mucho tener la opción de atrapar a ese cabrón.

Finalmente, el hombre se hizo a un lado.

—Que quiera hablar o no con usted depende solo de ella.

—Me parece razonable —dijo Kim, pasando por su lado.

Acto seguido, el hombre levantó una mano delante de Bryant.

—Usted no. No puedo dejar entrar a un hombre al que ella no conoce.

—Por supuesto. Lo entiendo. Esperaré en el coche.

Seis meses no era tiempo suficiente para recuperar la normalidad después de un evento tan traumático; aun así, Kim tenía la duda de si la mujer habría hecho ya algún progreso.

Duda que se disipó en cuanto entró en el salón. En la pared, justo detrás de donde estaba sentada Melissa, había una foto de los tres, sin duda tomada antes de la agresión. Melissa, su marido y la hija de ambos parecían felices y sanos. Kim tenía entendido que la niña tenía siete años cuando se produjo el ataque, por lo que aquella foto debía ser de poco antes.

Melissa dirigió una mirada llena de angustia a su marido.

—¿Dave?

—Es una agente de policía, cariño. Ha venido a hablar sobre la agresión.

Una esperanza casi desesperada iluminó sus ojos.

—¿Lo han encontrado?

Kim negó con la cabeza mientras se sentaba justo enfrente de la mujer y la foto. La imagen bidimensional de la pared tenía mucha más vida y vitalidad que la versión de carne y hueso que tenía ante sí. Y es que eso era exactamente lo que era aquella mujer: carne y hueso, aunque la proporción de lo primero era mucho menor de la que tenía antes de la violación. El contraste entre ambas imágenes era impactante.

La esperanza se apagó en los ojos de Melissa, que bajó la mirada al suelo. Estaba claro que le daba igual para qué estaba allí aquella

agente. Si no era para decirle que habían capturado a su agresor, entonces le daba absolutamente igual.

—¿Puedo llamarla Melissa? —preguntó Kim.

La mujer asintió sin levantar la vista.

—Melissa, sospechamos que su agresor podría estar relacionado con un caso en el que estamos trabajando actualmente. Odio tener que preguntárselo, pero ¿podría hablarme de lo que pasó?

Melissa negó con la cabeza.

—De acuerdo, no se preocupe —aceptó Kim. Antes de entrar en aquella casa, la inspectora se había prometido a sí misma que no iba a presionar a la mujer para que hiciera nada que no quisiera hacer.

—Espera, cariño. ¿Y si hablar con la agente pudiera ayudar a la policía a atraparlo? —insinuó Dave.

—¿Podría? —preguntó Melissa con esperanzas renovadas.

—No puedo prometerle nada —respondió Kim con sinceridad—. Pero no le quepa duda de que lo voy a intentar con todas mis fuerzas.

—¿Por dónde quiere que empiece? —preguntó Melissa.

—Sé que usted estaba siguiendo un recorrido publicado en la página web Little Trekkers, así que si puede empezar por ahí…

—Voy a hervir un poco de agua para preparar té. ¿Inspectora?

El señor Keene no tenía ganas de beber nada y Kim tampoco, pero era obvio que el hombre no quería estar en el salón mientras Melissa le contaba su experiencia a la inspectora.

—Prefiero un café, solo y sin azúcar —respondió finalmente Kim.

Melissa suspiró aliviada cuando su marido salió del salón.

—¿Qué locura, verdad? Casi me entran ganas de disculparme porque a Dave le haga sentir incómodo la sola idea de pensar en lo que pasó.

—Se preocupa por usted —respondió Kim.

—Ya lo sé. Por eso ya ha vuelto hoy a casa del trabajo. Tengo una cita en el dentista esta tarde. No puedo ir sola. No soy capaz de ir sola a ningún sitio.

Kim asintió, comprensiva.

—Porque ese hombre sigue suelto por ahí. Podría ser cualquier

persona. Podría estar en cualquier parte. Podría estar observándome o esperando para volver a atacarme, y yo no tendría ni idea.

Y aquel era el problema de los casos sin resolver. No se ponía punto final. No existía un nuevo párrafo ni un nuevo capítulo. No había ningún punto en el que se pudiera empezar una nueva frase.

—Le agradezco mucho que esté hablando conmigo, Melissa. ¿Sería más fácil para usted si yo le hago las preguntas o…?

—Le contaré lo que recuerdo en el orden en el que lo recuerdo —dijo Melissa, respirando hondo antes de proseguir—. Habíamos encontrado la primera pista y Charlotte estaba pletórica, emocionada ante la idea de encontrar la siguiente porque pensaba que podría haber un tesoro en ella. Estábamos cruzando un prado hacia una pequeña zona arbolada. Ya habíamos estado allí antes. Solo mide unos cincuenta metros cuadrados y luego vuelves de nuevo a la carretera. Llevábamos caminados unos pocos metros cuando escuché un ruido detrás de mí. Antes de que tuviera tiempo de girarme, me habían puesto una bolsa en la cabeza. Una de esas bolsas de tela gruesa para la compra, con asas que se atan.

La mujer respiró hondo un par de veces antes de continuar.

—Todo sucedió muy rápido. De repente, estaba en el suelo y casi no podía respirar. No sé si me dio un golpe en el pecho o si me inmovilizó con la rodilla, pero lo único que recuerdo es a Charlotte gritando y que yo intentaba que se callara. Tenía miedo de que, si no lo hacía, el hombre la pudiera matar. Me bajó los pantalones y me penetró. Lo único en lo que yo podía pensar era en permanecer lo más tranquila posible. No lloré ni grité. Porque estaba allí mi hija, completamente aterrorizada.

Kim sintió admiración por la valentía de aquella mujer.

Incluso en un momento como aquel, había intentado que su hija no quedara marcada para siempre.

—Es extraño cómo pueden cambiar tus prioridades —continuó Melissa—. No me hagas daño. Vale, hazme daño, pero no me violes. Vale, viólame, pero no me mates. Hazme lo que quieras, pero no le hagas nada a mi hija.

—Usted hizo todo lo que pudo para protegerla.

—Pero no sé si sirvió para algo. Mi pequeña no se separa de mí

cuando llega a casa del colegio. Creo que está intentando protegerme.

—O quizá esté tratando de curarla —sugirió Kim.

Un gesto de desolación se dibujó en el rostro de Melissa. Como si fuera consciente del efecto que estaba teniendo en su familia su falta de participación en las rutinas diarias.

Kim se dio cuenta de que Melissa se estaba alejando de la historia y de que tal vez sería mejor hacerle preguntas directas.

—¿Dijo el hombre algo en algún momento?

—Ni una sola palabra —respondió Melissa, negando con la cabeza.

—¿Ni siquiera cuando terminó?

—No. Simplemente se levantó y salió corriendo. Escuché sus pasos sobre las ramas sueltas de los árboles. Me quité la bolsa de la cabeza, pero ya se había ido. Cogí a Charlotte y la tranquilicé, y tan pronto como fui capaz de hablar, llamé a Dave. Él llamó a la policía y todos llegaron más o menos al mismo tiempo.

—¿Notó su piel?

—Era suave —dijo Melissa con una expresión de sorpresa en su rostro. Como si no se hubiera dado cuenta de aquello antes—. Nadie me lo había preguntado, pero tenía las manos suaves, sin duda.

—¿Alguna idea de su peso o de su complexión?

—No sabría decírselo con certeza. En mi cabeza, por alguna razón, me lo imagino alto y delgado, pero no tengo ni idea de su edad. Lo único que recuerdo es aquel olor.

—¿El olor?

—Les conté a los otros agentes que no creía que fuera un hombre joven. Reconocí de inmediato el *aftershave* que llevaba. A mi tío le encantaba la loción de la marca Old Spice. Yo le compraba un frasco cada Navidad. Conozco ese olor —explicó Melissa con un estremecimiento.

—¿Cree que Charlotte podría describirnos al hombre? —preguntó Kim. No había leído nada de que los agentes que investigaron el caso hubieran hablado con la niña.

El pánico se apoderó de los ojos de la mujer.

—No, no, no, no, no, eso no va a pasar. No lo permitiré… No… no pueden…

—De acuerdo —dijo Kim, acercándose a Melissa para tocarle el brazo en un gesto tranquilizador. La inspectora pudo sentir la tensión que emanaba de ella.

—Yo sería capaz de rememorarlo todo cien veces si eso sirve para evitar que ella tenga que recordarlo una sola. ¿Sabe usted que, cuando recuerdas un evento traumático, tu cuerpo lo revive y vuelves a sentir las mismas emociones? ¿Cree que le haría algo así a mi hija? Jamás.

Kim asintió comprensiva. Aquella mujer haría cualquier cosa para ahorrarle más dolor a Charlotte, y ella tenía que respetar eso.

La inspectora decidió darle un giro a la conversación.

—¿Podría contarme algo sobre el recorrido que estaban siguiendo?

Al comprender que había pasado el peligro de involucrar a Charlotte, Melissa se relajó visiblemente.

—¿Qué querría saber sobre eso?

—¿Había algo diferente en aquella publicación de la página web?

—Lo siento si estoy siendo un poco torpe, pero no entiendo bien a qué se refiere.

—¿La pista era críptica? ¿Conocía a la persona que publicó el acertijo? ¿Destacaba por alguna razón?

—Agente, yo solo buscaba algo divertido que hacer un sábado por la mañana mientras Dave trabajaba horas extra. No recuerdo la pista, las palabras que se usaron en ella ni la persona que la publicó.

—¿Había utilizado usted esa página en particular anteriormente?

—Muchas veces. Era gratis y a Charlotte le encantaba la faceta aventurera de…

Melissa dejó de hablar, pues ocurrió lo inevitable. El miedo al volver a recordar la agresión sexual sustituyó la alegría pasajera que había iluminado su rostro mientras hablaba de algo que le gustaba a su hija.

Kim sintió que un nudo de tristeza se apoderaba de su estómago. No estaba consiguiendo gran cosa para todo el dolor que le estaba causando a Melissa, pero tenía que intentarlo por última vez.

—¿Recuerda alguna cosa más?

—Creo que no —respondió Melissa, haciendo una pausa antes de

continuar hablando—. Inspectora, respóndame sinceramente, por favor. ¿Cree que lo atraparán alguna vez?

Kim le debía total sinceridad a aquella mujer.

—La verdad es que no lo sé, pero tenemos su ADN, así que si nos saltara en cualquier base de datos por algún motivo, lo atraparemos —explicó, con un suspiro—. Espero de corazón que así sea. Usted se merece poder comenzar de cero.

—Eso intento. Salimos a la calle hace un mes, solo Dave y yo. Y entonces la olí. El maldito *aftershave*. Me entró un ataque de pánico. Me hizo falta una ambulancia y todo ese jaleo. No he vuelto a salir de casa desde entonces.

Kim se sacó una tarjeta de un bolsillo.

—Si se le ocurre algo más, o si puedo ayudarla en cualquier cosa, llámeme, ¿de acuerdo?

—Gracias. Le agradezco de verdad que haya sido sincera conmigo.

—No hace falta que me acompañe —dijo Kim, señalando con la cabeza hacia la puerta de la cocina y hacia Dave, que no había vuelto con el café que Kim en realidad no quería.

La inspectora se metió en el coche y se frotó la frente.

—¿Ha sido duro? —le preguntó Bryant.

—Más para ella que para mí. La pobre mujer no está viviendo. Está, simplemente, existiendo, y es improbable que eso cambie hasta que encontremos al cabrón que la violó.

—¿Crees que podría ser nuestro hombre?

—Aún no lo sé, pero ojalá que sea así. Si lo fuera, por favor, recuérdame que le dé una patada en los huevos. O dos.

Capítulo 86

14:25

Cada minuto que pasaba, Penn detestaba más a aquel desgraciado.

No parecía bastarle con haber torturado brutalmente a un hombre indefenso y vulnerable y después acabar con su vida. Ahora había secuestrado a una cirujana cardióloga. Una mujer que salvaba vidas a diario. ¿Qué clase de persona podía hacer algo así?

El sargento sabía que, si no rescataban a la doctora, la composición de su equipo sería distinta al día siguiente. El cuerpo analizaría minuciosamente el rendimiento del grupo y los jefazos buscarían a alguien a quien culpar.

Todo el mundo sabía quiénes serían los primeros candidatos de la lista.

Había muchas razones para odiar a aquel psicópata, pero Penn tenía una adicional.

Nunca se había sentido tan estúpido en su vida. En condiciones normales, le encantaban los acertijos, la lógica y las pistas crípticas, pero aquel tipo le estaba haciendo sentir que no merecía ni haberse graduado.

Tampoco ayudaba que, durante la última hora y media, lo único que hubiera escuchado por encima de la protección que le otorgaban sus cascos fueran los chillidos ridículos e incesantes del otro chaval estúpido en sus vídeos de YouTube.

—Stace, ¿qué se me está escapando? —preguntó a su compañera, admitiendo su derrota. Ya solo tenían cuarenta minutos para resolver aquella pista y encontrar la siguiente antes de que el Bufón la hiciera pública.

—«Localicen a los que unen nudos en la oscuridad», dijo Penn en voz alta.

—Nudos, unir, oscuridad —repitió Stacey, pausando el vídeo que estaba viendo.

—Mira, ya puedo hacer un máster sobre nudos. Me he tirado no sé cuánto tiempo en Wikipedia, yendo de una página a otra sin parar. ¿Sabías que un nudo es una alteración intencionada en una cuerda que puede ser práctica, decorativa o ambas cosas?

Stacey enarcó una ceja.

—Hay empalmes, bucles, amarres, trenzados… Un nudo también puede referirse a un tope o abultamiento en el extremo de una cuerda para evitar que pase por un ojal o una gaza. También hay un área de las matemáticas conocida como teoría de nudos.

—A ver, Penn, ahora mismo me estás haciendo más efecto que un dardo tranquilizante.

Vaya, pues él aún tenía mucha más información.

—¿Y qué me dices de los nudos como unidad de velocidad? —preguntó Stacey—. Ya sabes cómo le gusta jugar al tipo este con las palabras.

Penn ya había comprobado eso.

—En efecto, un nudo es una unidad de velocidad que equivale a una milla náutica por hora. No puedo relacionarlo con nada en esta zona porque estamos a cientos de kilómetros del mar.

—Los barcos más pequeños también miden la velocidad en nudos, y tenemos ríos y canales y… Un momento, repíteme esos tipos de nudos que has mencionado antes.

—Empalmes, bucles, amarres, trenzados…

Stacey dirigió la mirada hacia la pizarra, donde Penn había escrito la pista.

A Penn lo invadió una sensación de profundo alivio cuando en el rostro de Stacey comenzó a dibujarse una sonrisa.

—Oh, Penn, creo que la próxima ronda corre de tu cuenta. Llama a la jefa. Ya.

Capítulo 87

14:30

—Stone —respondió Kim de forma seca a la llamada que estaba recibiendo, que provenía de un número desconocido. Si no la estaba llamando alguien del equipo para darle la siguiente ubicación a la que tenían que ir o la identidad del psicópata, entonces no le hacía ningún bien. Más teniendo en cuenta que solo quedaba media hora para el siguiente plazo.

Hubo un breve silencio, como si la persona que estaba al otro lado del teléfono creyera que a lo mejor se había equivocado de número.

—Soy el señor Wilson, neurocirujano del Russell Hall. ¿Es usted el familiar más cercano de Tracy Frost?

—No —respondió Kim con el corazón en un puño.

—Ah, es que tengo este número…

Kim se recuperó rápidamente. ¿Por qué el cirujano estaba intentando contactar con el familiar más cercano de Frost?

—Lo siento, lo que quería decir es que yo solo soy la persona de contacto en caso de que no se pueda localizar a su familiar más cercano, que es su madre.

Kim sabía que Frost tenía una relación compleja y conflictiva con su madre, pero estaba segura de que esa mujer querría saber lo que le estaba sucediendo a su hija.

—No tengo ningún otro número de contacto, así que…

—¿Está bien?

—No lo sabemos todavía —respondió el neurocirujano con un tono de voz suave.

Kim se alegró de que el hombre no la hubiera presionado para saber cuál era su relación con Frost. No creía que él fuera a compartir ningún detalle médico con ella si le admitía que casi no era capaz de intercambiar una palabra civilizada con la periodista.

—Acaba de salir del quirófano. Hemos hecho todo lo posible para

aliviar la presión sobre el cerebro, pero ha entrado en coma.

—¿Qué significa eso? —preguntó Kim.

La vacilación que mostró el cirujano le dejó claro a Kim que no iba a obtener una respuesta categórica.

—Sinceramente, no lo sabemos. Puede que su cerebro esté en estos momentos haciendo lo necesario para protegerse y recuperarse del traumatismo, o puede que se esté apagando poco a poco.

—¿Y no existe alguna operación que puedan intentar para evitar que eso suceda? —preguntó Kim.

—Lo siento, hasta ahora hemos hecho todo lo que hemos podido sin arriesgarnos a causarle posibles secuelas. Sabremos más en unas horas.

—De acuerdo, gracias por la llamada —dijo Kim, que esperó a que el neurocirujano colgara.

La inspectora respiró hondo varias veces antes de explicarle a Bryant lo que le acababan de contar.

—Creo que no podemos hacer mucho más por ella ahora mismo, jefa —dijo el sargento.

—Podemos atrapar al cabrón responsable de su estado, eso es lo que podemos hacer. Pero para eso necesitamos…

Kim dejó de hablar cuando sonó su teléfono.

Era Penn, y la inspectora le respondió de inmediato.

—Por favor, dime que tienes algo.

—Gracias a Stacey, sí, tengo algo —dijo Penn.

La inspectora esperó.

—Jefa, dirigíos hacia la entrada del túnel de Tipton del canal de Dudley.

Por Dios, ¿a dónde les estaba enviando ahora aquel cabrón enfermo?

Capítulo 88

14:45

Kim miró su reloj mientras salían del coche en la entrada principal del Canal y las Cavernas de Dudley, en Birmingham New Road. Se trataba de una red histórica de canales, túneles y cavernas que databan del periodo industrial y se habían convertido en una atracción turística, con un centro de interpretación y paseos guiados en barco.

Seguida de cerca por Bryant, Kim atravesó a toda velocidad el centro de visitantes hasta llegar al mostrador de recepción, donde le enseñó su identificación policial a la joven que estaba tras él. Bryant se tomó un segundo para explicarle a la mujer quiénes eran mientras la inspectora salía del edificio por el lado del canal.

La boca de Tipton era la entrada principal al túnel de Dudley, el segundo navegable más largo del Reino Unido, con dos mil novecientos metros. Pero no era el túnel de Dudley en sí lo que a Kim le interesaba.

Era una caverna a la que dicho túnel conducía.

La Caverna Sonora era una mina de piedra caliza. Se abrió al público en 1985, cuando se construyó un nuevo túnel para unirla con el túnel principal de Dudley.

La boca de Tipton era la entrada principal para las numerosas excursiones en barcaza que se realizaban a lo largo del día por el canal. La zona bullía de actividad, con personas paseando por la tienda de regalos y la galería que había junto al agua.

Kim pasó corriendo por delante de la cafetería The Gongoozler y se acercó a la primera barcaza de la fila.

—Necesito llegar a la Caverna Sonora —dijo con urgencia.

El hombre que estaba de pie en esa barcaza negó con la cabeza.

—Imposible, querida.

Kim sacó su identificación policial y prácticamente se la restregó

por la cara.

El hombre repitió el gesto.

—Sigue siendo imposible, inspectora. Hay una boda. Dos señoritas encantadoras se están dando el sí quiero ahí abajo, así que las visitas guiadas se han suspendido.

Kim sabía que en aquel lugar se celebraban bodas, pero no había caído en la cuenta de que las visitas se suspendían para dar cabida a los eventos.

—Podría ayudarla en unos veinte minutos más o menos.

Kim sacó el recorte de periódico que el Bufón les había dejado.

—¿Ve usted a esta niña? No tiene veinte minutos. No tengo tiempo para explicárselo, pero ¿querrían usted o las señoritas que se están casando en este momento cargar con eso en su conciencia?

Kim le acercó el recorte para que lo viera mejor. Era duro, pero necesario.

El hombre no necesitó nada más para que lo convencieran.

—Súbase.

Bryant los alcanzó justo cuando ella se subía a la barcaza.

La inspectora pensaba que iban a salir a toda velocidad, ahora que el piloto comprendía la gravedad de la situación.

La barcaza comenzó a avanzar muy despacio hacia el túnel.

—¿Puede acelerar un poco? —gritó ella.

—Eso sí que no puedo hacerlo. La velocidad máxima es de cuatro millas náuticas por hora. Tardaremos quince minutos en llegar.

—¿No hay otra manera? —preguntó Kim, consciente de que se trataba de una pregunta inútil. El muy cabrón había hecho aquello con toda la intención del mundo, para ralentizarlos.

—Son cavernas y túneles subterráneos, no podemos hacer la ruta en autobús —dijo el hombre, riéndose de su propio chiste. Sin embargo, enseguida se puso serio al recordar el motivo del viaje.

Después de lo que pareció una hora de viaje, la barcaza entró en la Caverna Sonora, que estaba sorprendentemente bien iluminada. Había suficiente luz al menos para que Kim pudiera darse cuenta de que todos los ojos que había en aquel lugar estaban fijos en ella y que los invitados estaban murmurando entre ellos acerca de aquella intrusión.

Kim bajó de la barcaza en cuanto esta se detuvo. Tuvo la sensación de que había llegado en un momento muy importante de la celebración. Aunque, por otra parte, ¿acaso había algún momento adecuado para irrumpir en una boda?

—Señoras y señores, pareja feliz, lamento las molestias, pero somos agentes de policía y esto es realmente necesario. Nos marcharemos lo antes posible.

Las novias se soltaron las manos y miraron a sus invitados, dando la sensación de que se estaban preguntando cuál de ellos había hecho que la policía estuviera presente en su boda o si aquello se trataba de algún tipo de broma.

Kim se concentró en la tarea que tenían entre manos. No sabía cómo demonios iban a registrar aquel lugar los dos solos.

Fácil. No lo iban a hacer solos.

La intrusión en el día especial de aquella pareja ya no tenía marcha atrás. No sería una historia para compartir con sus hijos y nietos, pero ella podía ofrecerles una.

Según sus cálculos, tenían a su disposición unos treinta pares de manos adicionales.

—Amigos, estamos tratando de encontrar algo muy importante que podría ayudarnos a salvar la vida de una niña. Podría ser una caja metálica o incluso solo un sobre. ¿Podrían todos echar un vistazo a su alrededor para ver si hay algo que les parezca extraño?

Todos los invitados miraron a la pareja, que no parecía muy contenta.

Al darse cuenta de que todo aquello no era una broma, ambas asintieron y comenzaron a buscar ellas mismas.

—Y aquí tenemos otras treinta quejas potenciales —murmuró Bryant mientras ellos también comenzaban a buscar.

Había un murmullo constante de voces mientras la gente miraba debajo de sus sillas y alrededor del sitio en el que habían estado sentados.

Kim no pudo evitar fijarse en la cantidad de personas que iban ataviadas con trajes de boda, sombreros incluidos, teniendo en cuenta que se trataba de una boda que se estaba celebrando bajo tierra.

—¿Podría ser esto? —preguntó una mujer que llevaba un vestido con estampado de flores. Sostenía en su mano lo que parecía ser un pequeño trozo de papel—. Estaba debajo de una piedra, junto a mi bolso —continuó mientras Kim se dirigía rápidamente hacia ella.

La inspectora dudaba que aquello fuera lo que estaban buscando. No era más grande que la típica etiqueta que pones en el buzón de tu casa.

Le dio las gracias a la mujer y lo cogió.

El papel contenía una serie de números y letras que no tenían ningún sentido.

Kim miró a su alrededor en la caverna. Parecía que los demás invitados seguían teniendo las manos vacías.

Sabía que la pista tenía que ser obvia. El Bufón querría que la encontraran. ¿De verdad les habría dejado algo a lo que cualquiera podría haberle dado una patada sin querer y quitarlo así de la vista?

Cada vez se giraban más cabezas hacia ella, indicando un resultado negativo en la búsqueda.

Parecía que tenía que ser aquello, pero ¿qué coño significaba? Le dio la vuelta al trozo de papel y allí estaba la confirmación. Había una frase escrita.

Acaban de aterrizar en la cabeza de la serpiente.

Kim ofreció una disculpa general y un agradecimiento antes de volver a la barcaza.

Se alegró de ver que todos los invitados volvían a ocupar la posición en la que se encontraban antes de su llegada, dispuestos a continuar con la ceremonia. Kim esperaba que no hubieran arruinado demasiado el gran día de aquella pareja.

La inspectora era consciente de que no iban a tener cobertura durante los quince minutos que tardarían en volver a bajar de la barcaza, por lo que no podían hacer absolutamente nada más.

—Coordenadas —dijo Bryant, echando un vistazo al papel antes de entrar en el túnel.

—¿Sabes algo sobre ellas?

—Jefa, podría pasarme todo el viaje hablando de lo poco que sé sobre ellas. Lo único que recuerdo del colegio es que primero tienes que seguir el pasillo y luego subir las escaleras.

—Bryant, las tonterías que salen de tu…

—Significa que primero hay que seguir el movimiento horizontal, o sea, el eje X y luego el vertical, el eje Y.

—Qué raro, lo que me acabas de decir no me ayuda en nada. ¿Por qué nos da una pista sobre una serpiente además de las coordenadas? —preguntó Kim, guardándose el papel en su bolsillo—. Si esa información nos va a conducir hasta la siguiente pista, ¿por qué esta vez no nos hace trabajar tan duro para conseguirla?

—No lo sé, aunque ya sabemos que el tipo hace lo que le da la gana.

Kim asintió. Permaneció en silencio durante el resto del trayecto, sin dejar de pensar ni un solo momento en Nazeera Khan y Jessica Styles.

En cuanto se bajó de un salto de la barcaza, sacó su teléfono. Stacey le respondió de inmediato.

—Stace, ¿cómo averiguo a dónde me llevan unas coordenadas?

Kim pudo oír a Stacey tecleando de fondo.

—Google Maps me lo indicará —dijo la ayudante de detective—. Dímelas.

El corazón de Kim latía con fuerza. Eran casi las tres y media de la tarde, y rezaba para que aquella fuera la ubicación en la que se encontraba Nazeera. De no ser así, se les estaba acabando el tiempo. El juego parecía terminar a las siete y no tenía ni idea de cuántos obstáculos más tendrían que superar antes de esa hora.

—A ver, esto no puede estar bien —dijo Stacey.

—También nos ha escrito que acabamos de aterrizar en la cabeza de la serpiente, por si eso te sirve ayuda —añadió Kim.

—Mierda. Está hablando del juego de mesa clásico, serpientes y escaleras. Cuando caes en la cabeza de una serpiente, tienes que retroceder. Tiene todo el sentido del mundo.

A Kim se le encogió el corazón.

—¿Dónde está? —preguntó. No le había gustado el tono que había adquirido la voz de la ayudante de detective.

—Aquí mismo. Son las coordenadas de la comisaria.

—¡Joder, por el amor de Dios! —gritó Kim, que casi tira el teléfono al suelo.

Volvían al punto de partida. Las últimas treinta horas no habían servido para nada. Les había hecho rastrear todo el Black Country y no habían conseguido nada.

Si aquel tipo quería cabrearla, vaya si lo estaba logrando.

La inspectora respiró hondo.

—Vale, Stace, vamos para allá.

—No, no vengáis. Penn y yo buscaremos por aquí. Puede que tenga otra cosa. Creo que vale la pena volver a hablar con Jared Truss, y estas son las razones por las que lo pienso.

Capítulo 89

15:35

—A ver, ¿por dónde empezamos? —preguntó Penn mientras bajaban las escaleras.

—Por cualquier sitio, pero eso sí, desde el punto de control hacia fuera. Nadie puede pasar por delante de Jack como si nada —dijo Stacey mientras se dirigían hacia la recepción.

—¿A qué debo este placer? —preguntó Jack mientras Penn y Stacey comenzaban a escudriñar su alrededor—. ¿Se os ha perdido algo?

—¿Ha entrado hoy en comisaría alguien a quien no conocieras? —preguntó Penn.

—Eh… no, qué va, solo han venido a visitarme mis amigos… Pues claro que ha venido gente que no conozco. Por lo menos treinta.

Stacey ignoró su sarcasmo.

—¿Alguien ha dejado algo?

—Bueno, da la casualidad de que sí, que entró un tipo muy sospechoso y dejó una bolsa grande una esquina. Siguiendo los protocolos, acordoné la zona y llamé a los artificieros. No me puedo creer que no os hayáis enterado de todo el jaleo.

—Jack —insistió Stacey.

—Vale, vale. ¿Qué tipo de cosa estáis buscando?

Y ese era el problema. Después de lo que les había contado la jefa acerca de la última pista que había encontrado en el canal, que tenía el tamaño de una etiqueta, ninguno de los dos tenía ni idea de lo que podían estar buscando.

Habiendo perdido algo de interés, Jack volvió a centrarse en su ordenador.

Penn dio la vuelta a todas las sillas para asegurarse de que no hubiera nada debajo de ellas.

—Tiene que estar en el exterior —afirmó Stacey después de revisar

el tablón de anuncios para asegurarse de que no hubiera nada extraño en él.

Ambos salieron a través de las puertas automáticas. Stacey giró a la derecha y Penn, a la izquierda.

Quince minutos más tarde, tras revisar cada centímetro del aparcamiento y la acera que rodeaba todo el recinto, se volvieron a encontrar frente a la puerta del edificio.

Penn extendió una mano que contenía una bolsa de patatas fritas vacía, envoltorios de chocolatinas y unos trozos de papel que parecían recibos que la gente había tirado.

—He recogido toda la basura que he visto, por si acaso.

—Yo también —dijo Stacey.

Ambos colocaron sus hallazgos sobre un muro.

Después de revisar cada cosa, los dos coincidieron en que nada de aquello parecía ser una pista de su asesino, así que lo tiraron todo a la papelera.

—¿Y ahora qué? —preguntó Stacey, mirando hacia el interior del edificio.

—Está aquí, en alguna parte —dijo Penn—. Puede que haya cambiado las reglas, pero todavía no nos ha mentido de forma explícita.

—Pero no parece haber nada. Quizá dejara algo en algún sitio y lo haya cogido alguien.

—Habría contemplado esa posibilidad. Tenía que estar seguro de que no se movería de sitio, o que de alguna forma llegaría a… ¡Un momento! —exclamó Penn, que salió disparado hacia la recepción.

De inmediato, volvió a dirigirse a Jack.

—Vale, Jack, nos has dicho que hoy ha venido mucha gente a la que no conocías. ¿Alguno de ellos te ha entregado un objeto perdido?

—Ah, pues sí, una mujer me dio una bolsa que se había encontrado junto a los arbustos de allí —explicó Jack, señalando con la cabeza hacia el punto más alejado del edificio—. No es nada especial, y no hay DNI ni dinero dentro de ella. Lo más probable es que alguien la tirara allí, pero la he conservado por si su propietario se da cuenta de que la ha perdido y le apetece jugar a un juego de mesa esta

noche —añadió, señalando con la cabeza hacia el extremo de su escritorio.

—Pásamela —le pidió Penn, extendiendo la mano.

Jack se encogió de hombros y obedeció.

Penn y Stacey miraron dentro de la bolsa a la vez. Lo único que contenía eran fichas del Scrabble. Pero Penn no tuvo ninguna duda. Aquella tenía que ser la siguiente pista.

Capítulo 90

16:00

Jared los llevó a su habitación por segunda vez en dos días. Su casera y feroz protectora parecía no estar en la casa.

Kim no tuvo del todo claro si el chico estaba sorprendido de verlos o no.

A diferencia del día anterior, Kim fue directa hacia la silla de *gamer* que se encontraba junto al escritorio semicircular.

Bryant decidió quedarse de pie, obligando así a Jared a que se sentara en la cama.

A veces, las dinámicas de poder eran muy importantes.

—Creo que sabe muy bien por qué estamos aquí —dijo Kim, jugándosela un poco para ver si el chico lo admitía todo.

—Porque no han podido resistirse a mi encanto y mi atractivo —respondió el joven con una sonrisa pícara que probablemente tenía un mayor efecto a través de una cámara y que no produjo ninguno en la inspectora.

—No —respondió Kim con rotundidad.

Ella mantuvo la mirada fija en él y esperó casi un minuto antes de volver a hablar. Fue tiempo suficiente para detectar uno de los tics nerviosos de Jared. El chico estuvo golpeando ligeramente el pulgar contra el índice en una de sus manos mientras esperaba a que ella dijera algo.

—¿Ha visto las noticias últimamente?

—No mucho —respondió Jared.

El golpeteo se detuvo y luego se reanudó.

—¿Sabía usted que hemos estado persiguiendo pistas inútiles por Black Country, buscando a un tipo que está empezando a cabrearnos de verdad?

El chico asintió, pero no dijo nada.

—El problema, Jared, es que este asunto lleva su sello por todas

partes.

El joven no se sorprendió tanto como debería, pero se recuperó rápidamente.

—Miles de personas… bueno, quizá no miles, pero mucha gente puede crear recorridos fantásticos.

—Sí, pero una fuente muy fiable me ha informado de que estas cosas tienen un patrón, casi como una firma.

Una vez más, Jared se encogió de hombros, pero el movimiento de sus dedos volvió a repetirse, esta vez de forma errática.

—¿Sabe usted que han torturado y después matado a un hombre inocente? —espetó Kim.

El golpeteo de los dedos se detuvo.

—Pero yo no… O sea, yo no he matado a ninguna…

—Ay, Jared, todo son risas y juegos hasta que deja de serlo. He visto cómo un hombre quedaba destrozado sobre las vías del tren porque estuvimos a diez segundos de salvarlo. O, más bien, de salvar lo que quedaba de él, porque el tipo que estamos buscando nos estuvo enviando partes del cuerpo del pobre hombre durante todo el día.

Jared se había quedado absolutamente pálido.

—¿Hasta qué punto estoy metido en un lío?

—¿Lo hizo usted?

El chico negó con la cabeza.

—Entonces, no está tanto como podría estarlo. Será mejor que me cuente la verdad.

El chico se levantó de la cama de un salto.

—¿Me permite?

Kim se apartó, ahora dispuesta a sentarse en la cama.

La realidad es que no había tenido grandes esperanzas de encontrar nada en aquella casa, pero la tenacidad y el instinto de Stacey habían vuelto a dar sus frutos. Solo esperaba que fuera suficiente para atrapar al asesino antes de que tuviera la oportunidad de volver a hacerlo.

—Recibí un correo electrónico. No sé quién era el remitente. Era algo así como «Bufón» y unos números detrás. Si mal no recuerdo, solo quería gastar una pequeña broma.

—Pero le contó que era para la policía, ¿verdad?

Jared dudó antes de asentir, como si todavía estuviera tratando de calcular su grado de culpabilidad.

—No pensé que fuera a hacerle daño a nadie —se defendió mientras la impresora que tenía a su izquierda se ponía en marcha.

Jared le pasó a Kim una hoja de papel y luego tuvo la decencia de parecer avergonzado.

El nivel de empatía que sentía la inspectora quedó patente en sus siguientes palabras.

—¿No se le pasó por la cabeza en ningún momento la idea de contárnoslo?

—De verdad que no sabía lo que iba a pasar. Pensé que se trataba de una bromilla sin más. Creí que lo detendrían en un par de horas. Y luego me di cuenta de que la cosa se estaba poniendo cada vez más seria y solo pretendí mantenerme al margen.

Kim lo fulminó con la mirada.

—Él me dijo unos lugares y me pidió que escribiera pistas que pudieran relacionarse con cada uno de ellos.

Y ahí estaba. Jared había escrito todas las pistas que habían encontrado hasta entonces. La lista terminaba con la pista del canal.

—¿Y qué va a suceder a continuación? —preguntó Kim.

Jared se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que quería el Bufón. Me dijo que él se encargaría del resto.

Así que el asesino había querido que volvieran a la comisaría, al punto de partida. Siempre había sabido cómo iba a terminar todo.

—Usted se lo dio todo —afirmó Kim, leyendo las notas que tenía delante—. Absolutamente todo, joder.

1. Dales un plazo de tiempo para crear una sensación de urgencia.
2. Dales una buena razón para que mantengan el interés.
3. Deja incentivos para que continúen.

4. Utiliza audios y vídeos.
5. Incluye un giro inesperado e impactante a mitad del juego.
6. Aumenta el ritmo y la sensación de urgencia.
7. Haz que el premio final sea más valioso y que merezca la pena completar el recorrido por él.

—¿Por qué? ¿Qué ganaba usted con esto?

Jared dudó antes de responder.

—Supongo que me sentí halagado. Me dijo muchas cosas bonitas. Me dijo que yo soy el mejor. Creí que solo era una broma inofensiva. No sabía lo que ese tipo iba a hacer, se lo juro.

Kim le creyó, pero le dio igual.

—Ha seguido sus instrucciones al pie de la letra. Su segunda víctima es una cirujana cardióloga que debería salvarle la vida a una niña dentro de unas cuantas horas.

El miedo deformó el rostro de Jared.

—¿Puede contarnos algo más?

—No hay nada más, se lo juro —respondió el chico con los ojos llenos de lágrimas.

Kim no dijo nada más, se levantó y salió de la habitación.

—Creo que has transmitido el mensaje muy claramente, jefa —dijo Bryant cuando llegaron al coche.

—Bien.

—Es solo un…

—No te atrevas a decirlo. No es un niño. Tiene veintitantos años y es en parte responsable de que estemos metidos en este lío. Es un arrogante de mierda que no pudo evitar jactarse de su pericia y conocimientos, aun sabiendo que se iban a utilizar en contra de la policía. Me juego lo que quieras a que antes de que acabe el día habrá un vídeo en YouTube en el que se declare involucrado en esto. Además, no has comprendido lo que acaba de pasar ahí dentro.

Bryant esperó en silencio.

—Esa revelación acaba de ampliar el alcance de la investigación. Si

nuestro tipo ni siquiera está motivado por la fascinación del juego, ¿qué coño es lo que está tratando de conseguir? Saber que Jared fue quien escribió las pistas solo ha ampliado nuestra lista de sospechosos. Hasta ahora, hemos podido descartar a algunas personas basándonos en el nivel de inteligencia necesario para llevar esto a cabo, pero el cerebro de la operación está en esa casa. Bryant, Jared escribió un manual de instrucciones que podría seguir absolutamente cualquier persona, joder. Ni siquiera podemos decir que sea alguien a quien le guste esta afición. Nuestra única oportunidad ahora reside en Stacey y la jungla de documentos que está intentando desentrañar. Si no encuentra nada, estamos jodidos, y es probable que Jessica Styles muera antes de que hayamos tenido tiempo de despejar nuestros escritorios.

Capítulo 91

16:30

—Maldita sea, justo cuando creo que voy a conseguir algo, aparecen más papeles y no llego a ninguna parte —se quejó Stacey.

La ayudante de detective había echado un vistazo superficial a los cuatro archivadores que Seekers les había proporcionado, para ver si era capaz de discernir algún tipo de organización. Había hallado justo lo contrario. Parecía que Ryan Douglas había imprimido absolutamente todo lo que había encontrado, lo había tirado al aire y lo había metido en los archivadores sin orden ni concierto.

De todos aquellos datos, Stacey tan solo quería una cosa: los detalles de pago asociados a la cuenta llamada «Bufón674».

Para descansar un poco la vista, olvidó por un segundo los papeles y miró a Penn.

—¿Alguna novedad con las fichas del Scrabble?

—Todavía no —respondió el sargento, reorganizando las fichas una vez más. Ella nunca había sido buena en los juegos de mesa, por lo que no les había resultado demasiado difícil decidir quién iba a realizar cada trabajo.

Penn tenía las fichas dispuestas en línea a lo largo de su escritorio.

Para estirar un poco las piernas, Stacey se levantó de su sillón, se acercó a la mesa de Penn y miró por encima de su hombro.

La ayudante de detective contó hasta veintisiete letras: LCTEYEOMDNCTOLISMVUEAUCIUBKR.

—Imposible —aseguró, volviendo rápidamente a su puesto de trabajo. Era más difícil que las pruebas que había visto alguna vez en *Cifras y Letras,* y esas nunca se le habían dado especialmente bien.

—No ayuda nada que no tenga ni idea de lo que estamos buscando. Hay demasiadas letras ahí como para que se trate de un lugar. ¿Será una instrucción? ¿Tal vez sea otra pista retorcida?

—Penn, te lo digo de verdad, ojalá pudiera ofrecerte algo útil.

—Siempre igual en este caso —murmuró el sargento entre dientes.

Stacey sabía que su compañero se estaba castigando a sí mismo por no ser capaz de descifrar las pistas tan rápido como le gustaría. Hipo había muerto y ahora tenían incluso más cosas en juego. No porque Hipo fuera un sintecho, sino porque en aquellos momentos había dos vidas en peligro.

Stacey deseaba tener tiempo para calmar a Penn y darle un poco de tranquilidad y confianza en sí mismo, pero aquel caso parecía haberlos hecho sentir a todos incompetentes. Ella misma también estaba luchando contra la frustración de no poder encontrar la única información que necesitaba.

Cada minuto que pasaba amenazaba más y más la vida de una niña pequeña, y Stacey solo necesitaba esa hoja de papel que sería clave para resolver el caso.

—¡Mierda, mierda! —exclamó al coger una hoja. La miró fijamente durante un largo rato para asegurarse de que no se había equivocado—. ¡Lo tengo! —volvió a exclamar, mostrándole la página a Penn—. Tengo la identidad de «Bufón674».

Capítulo 91

17:20

—Pero ¿por qué? —preguntó Bryant mientras Kim aporreaba la puerta por segunda vez.

—Ya viste lo enfadado que estaba con su exmujer y su hija por la vergüenza que parecía suponerles tener un vínculo con él. Ellas lo rechazaron y ahora Peter les está haciendo pagar por ello. ¿Te imaginas cómo será para ellas tener un vínculo con él ahora?

—¿Crees que quiere que lo atrapen? —preguntó Bryant antes de volver a golpear la puerta.

—Creo que quiere notoriedad —respondió la inspectora, dando un paso atrás para mirar la casa con más perspectiva.

La revelación que les había ofrecido Stacey de que Peter Harris era el hombre que estaba detrás de todo aquello la había dejado estupefacta.

Al principio, los principales sospechosos habían sido Jared, que quería ser famoso a cualquier precio; Eric, que quería prevalecer en su rivalidad intensa contra Jared; y Ryan Douglas, de quien Kim sospechaba que quería aumentar el número de suscriptores. Desde que descubrieron que había sido otra persona la que había realizado todo el trabajo duro, tenían claro que el asesino podría ser cualquiera de las personas con las que habían estado en contacto. Y sabían que, fuera quien fuera, los había estado observando durante la recogida de basura. Peter Harris tenía sentido. Lo había orquestado todo desde el principio para estar allí presente. Les había mentido sobre la furgoneta que poseía y que, obviamente, tenía escondida en algún lugar.

—Por lo que parece, todo está cerrado con llave, jefa —dijo Bryant, adivinando los pensamientos de la inspectora.

Kim estaba a punto de ir a echar un vistazo por la parte de atrás de la casa cuando se abrió la puerta de la vivienda contigua.

—¿Qué diablos es todo este alboroto? ¡No puedo oír la televisión!

Una mujer de unos sesenta años los estaba mirando muy enfadada desde detrás de un seto descuidado que separaba las propiedades.

Kim le mostró su identificación policial.

La mujer se acercó y la miró con atención.

—¿Han venido a arrestarlo?

—¿Por qué íbamos a hacer eso? —preguntó Kim.

—No lo sé. Cualquier cosa me vale. Me da mal rollo. Ya ha estado en la cárcel y me parece que está tramando algo.

A Kim no le gustaban las generalizaciones, pero en aquella ocasión le daba la impresión de que la mujer estaba en lo cierto.

—Últimamente han aparecido gatos muertos por aquí. Tiene que ser él. El mes pasado hubo un robo a la vuelta de la esquina. Apuesto a que…

—¿Lo ha visto usted recientemente? —preguntó Kim, interrumpiéndola antes de que culpara a Peter de todos los delitos cometidos en un radio de cinco kilómetros. En ese momento, lo único que le interesaba era lo que pudiera haber hecho con Nazeera Khan.

—Sí. Lo vi hace una hora más o menos. Cerró la puerta con llave y metió una maleta grande en el montón de chatarra que conduce. Un verdadero espanto.

—¿La furgoneta roja?

Ella negó con la cabeza.

—No, hace tiempo que no veo la furgoneta, pero este trasto es igual de horrible. Un Escort blanco muy viejo. Probablemente ni siquiera sea legal.

—¿Dice que llevaba una maleta?

—Sí, una grande. Parece que planea estar fuera un tiempo.

Kim asintió a la mujer y se alejó.

Dudaba mucho que Peter Harris tuviera dinero como para hacer un viaje largo. Y, según él mismo, no tenía familia y contaba con pocos amigos. Así que, si no iba a hacer un viaje, ¿qué podría haber metido en aquella maleta?

Capítulo 93

17:45

—Chicos, estamos hasta el cuello —dijo Kim en cuanto tuvo a Stacey y a Penn al otro lado del teléfono.

—Lo estoy intentando, jefa —dijo Penn.

Kim pudo percibir el nerviosismo en su voz.

—Olvídate de las fichas por un momento. Tenemos que pensar como nuestro asesino. Nos ha tenido corriendo como idiotas durante casi treinta y seis horas. El juego está a punto de terminar, pero no es tan inteligente como creíamos. Mirad bien los lugares a los que nos ha enviado. Una famosa reserva natural, la de los Manantiales Salados; el zoológico de Dudley, que es una atracción turística; Clent, un enclave de gran belleza; el Red House Cone, un lugar histórico famoso; el obelisco, algo que puede verse desde kilómetros de distancia; y la famosa Cueva Sonora.

—Y ahora viene el desenlace. ¿Cómo puede mejorar lo que ya ha hecho? —preguntó Bryant.

—¡Esperad, esperad, esperad! —exclamó Penn, moviendo las fichas sobre la mesa—. Ya lo tengo. Las fichas nos dan la ubicación. ¡Es el museo de Black Country!

—¿Estás seguro, Penn? —preguntó Kim. En aquellos momentos no podían permitirse cometer un error.

El sargento dudó durante apenas un segundo, en el que Kim podía escuchar desde el otro lado del teléfono cómo movía las fichas.

—Absolutamente seguro —afirmó—. Eso es lo que indican las fichas.

—Entonces os sugiero que mováis el culo y que vayáis para allá. Ahora mismo.

Capítulo 94

18:15

—El encargado de las llaves viene de camino —gritó Penn mientras Stacey y él se bajaban del coche.

Habían entrado en el aparcamiento del museo de Black Country segundos después de que Kim y Bryant lo hubieran hecho.

—¿Desde dónde? —preguntó Kim.

—Desde Merry Hill.

—Demasiado lejos. Tenemos cuarenta y cinco minutos —dijo Kim, contemplando el perímetro del recinto.

El asesino había conseguido entrar en él de alguna manera con Nazeera, y la inspectora dudaba que fueran a estar visibles desde la entrada principal.

El recinto tenía una extensión de unas diez hectáreas. Kim estaba segura de que habría puntos vulnerables a lo largo del perímetro, pero no tenía tiempo para buscarlos. Consideró la posibilidad de pedir refuerzos, pero, aunque lo hiciera, no podría esperarlos para darles la información necesaria, ni tampoco estaba en condiciones de permitir que alguno de sus compañeros lo hiciera. Los cuatro sabían lo que estaban buscando, así que su equipo era todo lo que Kim tenía en ese momento.

—Bryant, aparca el coche allí —le ordenó, señalando hacia el lado más alejado de la entrada y la cafetería. Había una valla de madera de dos metros de altura con un listón en la parte inferior de la misma, que estaba situado demasiado bajo como para poner un pie de apoyo y alcanzar desde ahí el segundo listón, a aproximadamente metro y medio del suelo.

En menos de un minuto, Bryant había dado marcha atrás con el coche de modo que la parte trasera de su vehículo ranchera quedaba a solo unos centímetros de la valla.

Kim abrió la puerta del coche y se apoyó en el asiento para subirse

al techo del vehículo. A continuación, se movió con cuidado hacia la parte trasera del mismo.

La inspectora mantuvo el equilibrio agarrándose a la parte superior de la valla. Pasó una pierna por encima y se montó a horcajadas sobre la misma.

—¡Dios! —exclamó Stacey cuando Kim pasó la otra pierna por encima de la valla y descendió hasta el suelo.

Bryant la imitó, haciéndolo parecer aún más fácil. Enseguida, Penn y Stacey cruzaron la valla también sin problemas.

Kim estaba empezando a considerar multitud de carreras profesionales alternativas para todos ellos si no eran capaces de encontrar con vida a Nazeera.

—Bueno, ¿alguien tiene alguna idea de la distribución de este lugar?

Habían pasado muchos años desde que Kim había ido al museo por última vez, cuando no era más que una zona industrial rehabilitada sobre un antiguo depósito ferroviario de carga, con hornos de vía en desuso, un canal lateral y viejas minas de carbón.

En los años transcurridos desde su inauguración, en 1978, se habían ido agrupando más de cincuenta comercios, viviendas y otras edificaciones industriales históricas provenientes de toda la región de Black Country, creando así un museo interactivo al aire libre que recreaba pueblos de aquella zona de finales del siglo XIX y comienzos del XX.

—Yo traje a Jasper hace un par de años —aseguró Penn—. Si seguimos este camino, llegaremos a una bifurcación. Creo que por la izquierda se llega al parque y a una cafetería, y, por la derecha, a la recreación de la calle principal y a las forjas de exposición.

—Vale, vamos a decidir quién…

Kim dejó de hablar cuando, tras doblar la esquina, vieron la bifurcación que Penn había mencionado.

En medio de la calle había un único objeto. Todos supieron lo que era.

Kim fue la primera en llegar hasta la caja. El descubrimiento confirmó que estaban exactamente donde debían estar. Rezó a Dios para que hubieran llegado a tiempo.

La inspectora abrió la caja y solo encontró una tarjeta en su interior.

La leyó con dificultad, a causa de la luz tenue que reinaba en el lugar.

Una última elección. No les sorprenderá. Elijan el camino correcto para obtener su recompensa.

Capítulo 95

18:30

El simple hecho de estar fuera de la oficina había devuelto algo de vida a Stacey. No sabía ni qué día era, ni tampoco cuando había sido la última vez que había visto a Devon, pero ahora estaba completamente despierta, llena de adrenalina y decidida a encontrar a Nazeera Khan antes de que se les acabara el tiempo.

Entró junto a Penn en la zona infantil del museo y ambos echaron un vistazo rápido a su alrededor, escuchando atentamente mientras avanzaban. Cada vez oían más de lejos el ruido del tráfico exterior, por concurrido que fuera.

—Stace, ¿qué es eso? —preguntó Penn, señalando algo que había en el suelo, cerca del tobogán en espiral.

Stacey se agachó y lo cogió.

—Un zapato.

—Un zapato de mujer —dijo Penn, que, a continuación, se dirigió a una papelera—. Está vacía. El personal de limpieza habría visto el zapato, porque esta zona ya la han limpiado. Lo han tenido que poner ahí después.

Stacey sacó su teléfono.

—¿Qué estás haciendo?

—Llamar a la jefa.

—¿Y si es una trampa para engañarnos? ¿Recuerdas la llamada a la compañía ferroviaria? Puede que la jefa haya tomado la dirección correcta. Si la llamamos para que venga…

—Vale, vale, lo entiendo —dijo Stacey, que comenzó a seguir a Penn sin soltar el zapato.

Continuaron avanzando por la recreación de la calle principal, pasando junto a una escuela, una tienda de patatas fritas y un estanco. Cuando llegaron al extremo más lejano de la calle, se encontraban cerca de la zona que la jefa y Bryant estaban

registrando en aquellos mismos instantes. Se dieron la vuelta y recorrieron el otro lado de la calle.

Nada.

—¿Y ahora a dónde vamos? —preguntó Stacey.

—Si llegamos al final y giramos a la izquierda, hay un puente sobre el canal y más tiendas. Creo que todas las forjas también están por allí.

—A ese tipo no le ha dado tiempo de llevarla tan lejos, ¿no? —preguntó Stacey.

—No sabemos por dónde ha entrado. Puede que no estemos tan lejos del lugar por donde se ha colado.

—¿Cómo podremos saber si vamos por el camino cor…? —Stacey se quedó callada al divisar el puente.

Había un bolso en medio de la calzada.

—Penn, antes no estaba del todo de acuerdo contigo, pero ahora ya me da igual que tengas un rango superior al mío. Voy a llamar a la jefa ahora mismo.

Capítulo 96

18:35

—Bryant, esto solo te lo diría a ti: tengo un mal presentimiento —dijo Kim mientras se dirigían hacia el parque y la zona infantil. Lo único en lo que podía pensar era en esa niña pequeña tumbada en una cama de hospital. Y en el corazón de otra niña, que esperaba un nuevo hogar—. ¿Qué diablos va a pasar si no encontramos a Nazeera a tiempo? —preguntó.

—Que los dos tendremos más tiempo libre para nuestros *hobbies* —respondió el sargento, lo cual no le hizo más gracia a Kim que el intento anterior de su compañero.

El sonido del teléfono de la inspectora los sobresaltó a los dos.

—Dime, Stace —respondió, poniendo la llamada en manos libres.

—Estamos encontrando cosas, jefa. Es como un recorrido. De momento, tenemos un zapato y un bolso.

Kim se preguntó por un instante por qué no la habían llamado después del primer hallazgo, pero lo dejó estar.

—De acuerdo, vamos para allá y…

—Shhhh —susurró Bryant.

—Tengo que dejarte —dijo Kim también susurrando antes de colgar.

—Se oyen voces —explicó Bryant, señalando hacia el columpio que había en un extremo del pequeño parque infantil.

Se escuchó un grito y luego el sonido de pasos corriendo.

Tanto Kim como Bryant comenzaron a correr hacia el lugar del que provenía el ruido mientras dos siluetas desaparecían entre una hilera de arbustos.

—¡Alto! —gritó Kim mientras se metía de un salto entre los setos, pero pudo escuchar cómo los pasos comenzaban a alejarse hacia el otro lado de los mismos—. ¡Mierda! —murmuró, quitándose ramitas del pelo.

Las siluetas estaban apenas veinte metros más adelante. Desde

esa distancia, la inspectora pudo ver que se trataba de niños que se dirigían hacia la valla perimetral, mirando hacia atrás mientras corrían.

Cinco zancadas más y Kim alcanzó a uno por la capucha.

Bryant adelantó a la inspectora y cogió al otro en un movimiento ágil.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —gruñó Kim, girando al chico para que la mirara a la cara.

—El tonto. No le estamos haciendo daño a nadie. ¿Y a usted qué le importa, madero? —preguntó, sacando la barbilla hacia delante.

Kim calculó que el chico aquel no tendría más de quince años, pero su actitud era la de una persona mucho mayor.

Bryant había dado la vuelta al otro muchacho. Aunque probablemente tenía la misma edad que su amigo, no parecía mostrar la misma seguridad.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa? —preguntó Bryant—. Antes que te lleve casa para ver qué opina tu madre.

—Joder, Jenks, el tío nos ha dicho que no nos íbamos a comer ningún marrón —le dijo a su amigo engreído.

—¿Quién os ha dicho eso? —preguntó Kim, dirigiendo su atención hacia el chico que había detenido Bryant.

—El hombre que nos ha pedido que armáramos un poco de jaleo por aquí. Nos ha dado veinte libras —dijo el chico, dándose una palmada en el bolsillo.

—¿Qué hombre? ¿Cómo era? —preguntó Kim.

El muchacho que había retenido la inspectora parecía haberse quedado mudo.

—Pues no sé… Un hombre, sin más.

—Tenéis que poder darnos una descripción de…

—Jefa… —espetó Bryant, soltando al chico y dando un golpecito en su reloj.

Su compañero tenía razón. La prioridad era encontrar a Nazeera y no hacerlo cuando ya fuera demasiado tarde.

—Fuera de aquí —les Kim dijo a los niños, empujando a uno contra el otro.

Los chicos se dieron la vuelta y echaron a correr, habiendo

escapado de la ira de sus padres y ganado unas cuantas libras.

A pesar de que el factor tiempo pesaba mucho sobre Kim, se tomó un segundo para pensar.

El hombre había ido dejando un rastro de prendas de mujer por el otro lado del recinto y había proporcionado una distracción para perder tiempo en el lado que ellos recorrían.

Estaba claro que aquel psicópata quería que se movieran en ambas direcciones. La única pregunta era por qué.

Capítulo 97

18:45

—¡Joder, Penn, eso es una bufanda! —exclamó Stacey cuando llegaron a la capilla Providence, al final de la calle que recorrían.

A la izquierda estaban las fábricas de trampas de acero, el patio y las caballerizas. A la derecha había una hilera de casitas y el acceso a la panadería y el molino laminador.

—¿Por dónde se supone que deberíamos…?

—Shhh —le espetó Penn.

Ella se quedó paralizada.

—¿Has oído eso? —susurró él.

Stacey negó con la cabeza.

Penn se concentró y esperó. Ella hizo lo mismo.

—Ahora sí que lo he oído —dijo la ayudante de detective.

—Creo que viene de allí.

Stacey siguió a Penn mientras él iba dejando atrás varios edificios, deteniéndose de vez en cuando solo para tratar de discernir de dónde provenía el débil ruido, que parecía el traqueteo de una cadena.

Como estaban corriendo alrededor del museo al aire libre del Black Country y el viento se estaba intensificando, el ruido podía no significar nada especial.

Ambos volvieron a detenerse a la altura del cine Limelight.

Otra vez el mismo ruido, pero ahora más fuerte.

Stacey sentía que una mezcla de emoción y adrenalina recorría su cuerpo. A ella le encantaba su trabajo de oficina, pero de vez en cuando le gustaba ejercer en el exterior.

Ambos corrieron hacia el taller de fabricación de cadenas.

No había duda de que el sonido provenía de allí.

Consiguieron echar un vistazo a través de una de las ventanas

sucias y se quedaron petrificados, incapaces de creer lo que estaban viendo.

Capítulo 98

18:55

—¡¿Qué cojones?! —exclamó Penn.

Habían sentado a Nazeera en el suelo y la habían apoyado contra una viga en medio de la tienda, con las piernas estiradas por delante de ella. Una cadena le ataba los tobillos. Sobre sus muslos había una bandeja de desayuno antigua, que a Penn le recordó a la que él usaba para llevarle la comida a su madre. Nazeera tenía las manos sujetas a la bandeja con esposas y una cadena, con las palmas de las manos hacia abajo. La cuerda que tenía atada alrededor de la cintura dejaba claro que no podía moverse.

Stacey le apretó el brazo con emoción a su compañero.

—La tenemos, Penn. Está viva.

El sargento siguió evaluando el estado de la mujer. Todavía llevaba puesto el pijama con el que la habían secuestrado y tenía los pies descalzos. Su pelo estaba recogido en una coleta y un trozo de tela le cubría la boca. Tenía la cabeza inclinada hacia delante. Aún no se había dado cuenta de que Stacey y Penn estaban allí.

El sargento golpeó la ventana y Nazeera levantó la cabeza de golpe.

La mirada de la mujer reflejó un alivio instantáneo. De alguna manera, supo que ellos eran los buenos.

—Voy a buscarla —dijo la ayudante de detective, dirigiéndose hacia la entrada de ese edificio por el lateral del mismo.

Nazeera vio cómo Stacey desaparecía de su vista. De inmediato, su rostro reflejó una expresión de pánico y comenzó a negar con la cabeza enérgicamente.

La euforia de Penn desapareció. Algo iba mal.

Nazeera miró al techo y luego volvió a mirarlo a él. Era obvio que estaba muerta de miedo.

Penn levantó la vista y vio lo que ella tanto parecía temer.

Al sargento le dio un vuelco el corazón.
—¡Stacey, noooooooooo! —gritó con todas sus fuerzas.

Capítulo 99

18:58

—¿Cómo que la tenéis? —preguntó Kim, deteniéndose en seco.

—En el taller de fabricación de cadenas —explicó Stacey—. Está viva y amordazada, pero…

Kim sintió un profundo alivio.

—Gracias a Dios que…

—… pero le han puesto una trampa, jefa. Por suerte, Penn la ha visto cuando yo estaba a punto de abrir la puerta. Hay un yunque suspendido del techo a la altura de sus manos. La cuerda que lo sujeta está atada al pomo de la puerta por dentro de la misma. En cuanto esa puerta se abra…

—Maldito cabrón —gruñó Kim, visualizando en su mente cómo la cuerda perdía tensión y el yunque caía sobre las manos de la cirujana. ¿Cómo podía esperarse algo diferente de aquel enfermo malnacido?

La inspectora aún no podía imaginarse que se trataba de un yunque de un tamaño normal. Era consciente de que los había de diferentes pesos, desde unos cinco kilos hasta unos cien. Pero daba igual. Cayendo desde cierta altura sobre los dedos de Nazeera, hasta el más pequeño garantizaría que aquella mujer no volviera a realizar una operación jamás.

—¿Hay alguna otra forma de entrar?

—No podemos estar seguros de que no haya otras trampas, jefa. Aquí hay cosas por todas partes.

—Vamos para allá —dijo Kim antes de colgar.

Bryant y Kim comenzaron a correr hacia el otro lado del recinto. Aunque Kim tenía la sensación de que ellos estaban en el camino

correcto para descubrir lo que aquel psicópata les tuviera preparado, la prioridad era garantizar la seguridad de Nazeera Khan.

***

—¿Dónde está? —preguntó Kim, casi sin aliento, al detenerse junto a sus compañeros.

Stacey señaló hacia la ventana.

La inspectora echó un vistazo hacia el interior y comprendió al instante por qué Penn y Stacey se habían mostrado reacios a intentar entrar de cualquier otra forma. El taller estaba lleno de metales y herramientas. Era imposible saber si había algo más dispuesto para causarle daño a Nazeera.

—Bueno, tenemos que pensar —dijo Kim, tratando de encontrar una solución—. Mientras no toquemos esa puerta, Nazeera está a salvo.

—No del todo, jefa —dijo Penn con expresión preocupada—. La viga a la que está atada está empezando a combarse.

—¡Mierda! —exclamó la inspectora. Ella no lo había visto, pero Penn sí, y estaba dispuesta a confiar en lo que él decía—. Dadme un minuto —dijo, alejándose un poco del edificio para observarlo desde la distancia.

Bryant se había acercado a la ventana y estaba mirando hacia el techo.

—Solo hay una forma, jefa —dijo, señalando el tejado con la cabeza.

—Bryant, ¿en qué demonios estás pensando?

—Tenemos que entrar por la puerta porque esa es la única trampa de la que podemos estar seguros. Hay que desactivar esa amenaza porque sabemos que, de esa forma, podremos llegar hasta Nazeera. Si intentamos llegar hasta ella de cualquier otra forma, no sabemos lo que podría pasar.

—Tiene sentido, pero esa viga no va a esperar a que lleguen los bomberos —dijo Penn.

—Entonces, tendremos que hacerlo sin ellos —afirmó Bryant,

mirando el techo desde todos los ángulos posibles. Luego echó un vistazo a su alrededor—. Coged esos palés —ordenó al resto de sus compañeros.

—¿Podrías explicarnos para qué? —preguntó Kim, que sin embargo, sin esperar respuesta, cogió de inmediato un palé de madera y lo llevó hasta donde Bryant estaba colocando el primero.

—Tenemos que subir al tejado desde este lado del edificio —explicó, señalando a Penn—. Si nosotros nos acercamos por aquí, no ejerceremos más presión sobre esa viga. Si Stacey y tú nos vais guiando hasta el punto exacto —dijo a continuación, mirando a Kim —, Penn y yo podremos quitar algunas tejas del tejado y coger la cuerda que sujeta el yunque, lo que os dará tiempo suficiente para abrir la puerta y quitar a Nazeera de en medio.

—Es ridículo —dijo Kim, negando con la cabeza.

—¿Lo intentamos entonces?

—No hay otra opción —respondió la inspectora mientras cogía otro palé.

Entre los cuatro, cogiendo y amontonando palés uno sobre otro, la pila pronto alcanzó la altura suficiente para que Bryant y Penn pudieran trepar por ellos y subir al tejado.

—Necesito una guía —dijo Bryant—. Para saber en qué momento nos estamos acercando al punto exacto.

—Stace, retrocede un poco y mantente a la altura de ellos mientras se dirigen hacia el centro. Bryant, yo me voy a colocar en el lateral del edificio, en línea con la viga, así que conforme Stacey se vaya acercando a mí, vosotros deberíais estar cada vez cerca; cuando llegue a mi altura, ese debería ser el momento de empezar a quitar tejas.

Stacey se colocó en posición; Penn alcanzó el tejado y se arrodilló junto a Bryant.

Kim se colocó en el lugar que había indicado y fijó la mirada en la viga de madera. Entonces se dio cuenta del problema. Estaba claro que se estaba combando bajo la tensión del yunque.

—Bryant, sin presión, pero date prisa, joder —gritó.

—Gracias, jefa —dijo el sargento con voz temblorosa.

Por mucha confianza que Bryant tuviera en su propio plan, la

realidad estaba empezando a imponerse. Un movimiento en falso y las manos de Nazeera quedarían hechas añicos.

Kim podía oír a Bryant y Penn moviéndose sobre el tejado. Por el rabillo del ojo, vio que Stacey estaba cada vez más cerca de ella.

Solo un par de pasos más.

Despacio.

Un paso más.

—¡Parad ahí! —gritó Kim. Stacey estaba ya justo a su lado. Si los del tejado daban un paso más, añadirían peso a una viga que ya estaba en bastante mal estado—. Estáis a unos treinta centímetros de la cuerda, Bryant.

—Vale —respondió él.

—Gritad cuando la tengáis agarrada —dijo Kim, dirigiéndose hacia la puerta de entrada. Stacey y ella no podían hacer nada más para guiar a sus compañeros, así que le indicó a la ayudante de detective que la siguiera y le dio una orden—. Tú prepárate para empujar y abrir la puerta, y yo entro corriendo y quito a Nazeera de ahí, ¿de acuerdo? —le preguntó. Aunque Bryant y Penn pudieran agarrar la cuerda y sostener el yunque, no serían capaces de mantenerlo sujeto durante mucho tiempo.

—Entendido, jefa —dijo Stacey, colocándose junto a la puerta.

Ambas permanecieron en silencio, atentas a cualquier pista que les pudieran dar los ruidos que se oían sobre el tejado. Ninguna de las dos se atrevía a hablar por miedo a no oír la instrucción.

Kim escuchó un sonido que le pareció una teja desprendiéndose del tejado.

—Mueve la de la derecha —dijo Penn.

Otra teja quitada.

—Veo la cuerda —aseguró Bryant—. Penn, avanza medio metro y estira el brazo hacia abajo.

—¡La tengo! —oyeron desde abajo.

—¿Estáis listas las dos? —gritó Bryant hacia abajo.

—¡Sí! —respondió Kim.

—¡Ahora! —gritó el sargento.

Stacey empujó la puerta con tanta fuerza que esta salió disparada hacia atrás.

Kim cruzó la estancia a toda velocidad esquivando todos los obstáculos y llegó hasta Nazeera en cuestión de segundos. Ni siquiera la miró antes de evaluar la situación.

—¡Dep… deprisa!—gritó Bryant desde arriba.

Kim se colocó detrás de Nazeera y rápidamente aflojó la cuerda. No tuvo tiempo de desatarla por completo. Solo necesitaba un pequeño movimiento.

La inspectora corrió para ponerse ahora por delante de Nazeera y le agarró los pies, que seguían atados.

—¡Jefa, date prisa! —gritó Bryant, casi sin aliento.

Kim utilizó los pies de Nazeera para girar su cuerpo noventa grados alrededor del pilar y alejarla así del radio de acción del yunque.

—Jefa…, no podemos… aguantar más…

Kim arqueó su cuerpo sobre el de Nazeera justo cuando el yunque se estrellaba contra el suelo. El grito de la cirujana se escuchó incluso a través de la mordaza que le tapaba la boca. El polvo del suelo cubrió la espalda y el pelo de la inspectora.

—¿Jefa? —gritó Bryant con apremio.

—¡Estamos todas bien! —gritó la inspectora mientras Stacey aparecía entre la nube de polvo.

—Desátala del todo —le ordenó Kim mientras ella se agachaba para quitarle la mordaza a Nazeera. La cirujana aún seguía mirando el yunque con horror.

—¿Estás bien? —le preguntó Kim, arrodillándose frente a ella.

Nazeera comenzó a asentir lentamente.

—¿Estás herida?

Nazeera dudó, como si se estuviera revisando mentalmente. Movió la cabeza de lado a lado en señal de negación.

La cuerda que le rodeaba la cintura se aflojó. Kim se la terminó de quitar. Stacey echó un vistazo a su alrededor y vio unas cizallas.

Las cogió y se las entregó a Kim.

—Quédate quieta, Nazeera. No quiero hacerte daño —pidió Kim, fijándose en la primera de las esposas, que ataba una de las manos de la mujer a una mesa—. Ahora, la otra —continuó, actuando con las cizallas sobre la segunda muñeca de Nazeera.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Bryant al entrar en el taller.

Penn lo seguía de cerca.

—Todo bien, buen trabajo —respondió Kim mientras ayudaba a Nazeera a ponerse de pie.

La mujer parecía un poco inestable al principio, pero esbozó una sonrisa trémula.

—Gracias… gracias… Pero ¿cómo habéis…?

—Ahora mismo da igual. Lo único importante es que estés bien.

Ella asintió con más seguridad que antes. Pero, acto seguido, una expresión de pánico se apoderó de su rostro.

—¿Está bien mi madre?

—Sí. Está bien. Solo un poco preocupada por ti. Sal y Pimienta están con ella.

—Gracias. Gracias. Estoy bien, estoy bien. ¿Qué hora es?

—Las siete y cuarto —dijo Stacey.

—Vale, vale. Jessica. ¿Alguien sabe cómo está Jessica?

Nadie respondió, porque ninguno de ellos lo sabía.

—Tengo que ir al hospital. Aún hay tiempo. Puedo operarla.

Kim se moría por preguntarle a la mujer acerca de su secuestrador, pero no a costa de la vida de una niña pequeña.

—Mis compañeros te llevan para allá, Nazeera —dijo la inspectora, apretándole la mano a la mujer—. Buena suerte con la operación.

Stacey tomó a Nazeera del brazo y la guio alrededor del yunque y de otros objetos que cubrían el suelo.

—Es una mujer muy valiente —afirmó Bryant mientras comenzaban a seguirlas.

—Sin duda. Penn también ha sido muy valiente al subir a ese tejado —respondió la inspectora.

—Vaya, muchas gracias, jefa —dijo Penn mientras salía del edificio.

—Sí, no era un mal plan y se ha ejecutado bastante bien.

—Si eso es lo máximo que puedo esperar de ti, lo aceptaré —dijo Bryant—. Aunque no me gusta un pelo la expresión que tienes en la cara.

Kim podía entender que su compañero estuviera preocupado.

Hacía bien en estarlo.

Capítulo 100

19:15

—Demasiado fácil —dijo Kim, sacudiendo la cabeza de un lado a otro mientras Penn, Stacey y Nazeera desaparecían de su vista—. Ese tipo quería que encontráramos a Nazeera para que tardáramos más en comenzar a buscarlo. Nos está obligando a romper sus reglas para poder imponer las consecuencias.

Kim admiraba el coraje de Nazeera. A aquella mujer la habían secuestrado y retenido como rehén durante doce horas. Debía haber temido por su seguridad, incluso por su vida en algunos momentos. Sin embargo, tras ser salvada, lo único que tenía en la cabeza, al margen de que su madre estuviera bien, era salvar la vida de una niña pequeña.

Kim se giró hacia Bryant, que parecía aliviado y agotado al mismo tiempo.

—Ella no es la recompensa —afirmó Kim, que vio cómo al sargento parecía descomponérsele la cara—. No nos ha traído hasta aquí ni nos ha mareado como lo ha hecho para ponerle fin tan fácilmente. Si queremos cogerlo, vamos a tener que encontrarlo.

Kim pensó en Peter Harris y comprendió que lo había infravalorado. La inspectora había pensado que Jared era el cerebro detrás de aquel juego, pero el chico no había tenido nada que ver con el desenlace final.

Eso había sido obra exclusiva del antiguo portero de discoteca que les guardaba tanto rencor a su mujer y a su hija como para intentar manchar sus nombres con ese estigma.

—¿Dónde no hemos buscado aún? —preguntó la inspectora.

—Creo que tiene sentido que vayamos en esa dirección —dijo Bryant, señalando hacia el este—. Lo sitúa en el punto más alejado de Nazeera; así, nos dificulta el trabajo al máximo.

—¿Qué hay allí?

—La zona de las minas de carbón, me parece.

Volvieron sobre sus pasos por la calle y giraron a la derecha, cruzando una vía de tranvía.

Lo primero que Kim vio más allá de los edificios fue una serie de barandillas que protegían un pozo minero abierto. A la derecha se encontraba el mecanismo de izado de la mina, una estructura de madera de veintisiete metros de altura con vigas entrecruzadas.

A ambos lados de una de las vigas sobresalían unos pasadores que formaban una escalera que llegaba hasta la parte superior de la máquina y hasta la rueda grande que en el pasado se utilizaba para subir el carbón a la superficie.

Había una plataforma estrecha junto a la rueda.

Kim dirigió la mirada hacia la silueta que había sobre dicha plataforma y todo cobró sentido.

Capítulo 101

19:23

—Llegan tarde —gritó Fred Guest desde arriba.

¿Cómo no se había dado cuenta Kim de que el hombre que los había ayudado desde el primer día había conseguido inmiscuirse en la investigación y formar parte de ella? Todo había comenzado en la Reserva Natural de los Manantiales Salados, donde Fred estaba a cargo de la recogida de basura. La inspectora le había dado a ese hombre el poder de mandarlos a cualquier parte que a él le diera la gana.

Fred se había mostrado en todo momento tranquilo, servicial y cooperativo, mientras que, en realidad, había provocado que se estuvieran moviendo como pollos sin cabeza por Black Country.

Aquel mismo hombre se encontraba ahora a unos treinta metros de altura con una cuerda alrededor del cuello que, en el otro extremo, estaba atada a una de las vigas que había bajo sus pies. Si daba un solo paso hacia delante, se rompería el cuello y nunca se enfrentaría a la justicia en un tribunal. Por respeto a Hipo y Frost, la inspectora no quería que eso sucediera.

Pero ¿cómo podía conseguirlo? ¿A qué podía apelar?

Kim preparó la voz antes de comenzar a hablarle a gritos.

—Bájese de ahí, Fred. Su padre…

—Mi padre murió hace siete meses —le respondió el hombre.

Menudo espectáculo les había montado cuando visitaron su casa, pidiéndoles que guardaran silencio para no despertar a su padre enfermo, que en realidad ya llevaba muerto varios meses.

Ahora la cronología tenía sentido para la inspectora. El padre de Fred había muerto, llevándose consigo el único motivo por el que la existencia de su hijo tenía algún sentido. De repente, Fred había comprendido que su vida estaba completamente vacía y había decidido hacer algo al respecto. Una de sus primeras acciones fue

decidir a quién iba a utilizar para quitarse el foco de encima y que nadie se fijara en él. Y esa persona había sido Peter Harris.

Un paso más y todo habría terminado. Kim tenía que llegar hasta él. Tenía que impedir que se rompiera el cuello.

Puso los pies en el primer peldaño de la escalera, ignorando la señal de advertencia que le hizo Bryant.

—Usted fue al desguace a comprar la furgoneta de Peter Harris —dijo Kim, subiendo otro peldaño—. Él le comentó en la última recogida de basura que se iba a deshacer de ella, y usted averiguó a dónde la iba a llevar, ¿verdad?

Fred ignoró su pregunta.

—Llegan demasiado tarde. Son las siete y veintitrés.

Kim continuó ascendiendo.

—Y usó su tarjeta de débito para crear una cuenta en Seekers. Lo que no entiendo es por qué.

—Porque soy invisible. Tengo sesenta y un años y lo único que he hecho en mi vida es cuidar de un padre enfermo.

—Eso no puede explicarlo todo…

—Trabajé en una fábrica. Era uno más. Fichaba al entrar y al salir cada día. No he hecho nada por lo que se me vaya a recordar. No tengo mujer ni hijos, no dejaré nada que perdure en el tiempo.

—¿Y eso justifica la muerte de un hombre?

Kim lo vio encogerse de hombros.

—Lo echarán de menos tanto como a mí. Si hay una cosa que quiero que entiendan, es que vivir para cuidar a otra persona provoca una sensación de vacío tremenda. Dedicarte exclusivamente a cuidar de un padre. No tener una existencia significativa. Pero, sin embargo, por esto sí que me van a recordar. Vincularán mi nombre a estos asesinatos y al hecho de haber conseguido engañar a la policía. Habrá documentales sobre cómo he…

—Pero en realidad no lo hizo usted, ¿a que no? —preguntó Kim, subiendo un peldaño más—. Jared ha hecho casi todo el trabajo. Usted tenía claro cómo quería que el juego empezara y terminara, pero todo lo demás ha sido obra de otra persona.

La inspectora estaba ya lo bastante cerca como para ver que la

expresión del hombre indicaba que no había pensado en eso, a pesar de todo lo que había ido maquinando hasta aquel momento.

—Será el nombre de Jared el que aparezca por todas partes. ¿Usted cree que no sacará provecho de ello? —preguntó Kim, subiendo otro escalón.

A decir verdad, la inspectora no sabía con certeza si eso iba a ser cierto, pero el joven *youtuber* tenía las manos relativamente limpias y probablemente todo el asunto le reportaría algunos «me gusta» más.

—¿Y Tracy Frost? —continuó la inspectora—. ¿Ella también formaba parte del juego?

Solo quería oírlo admitir lo que le había hecho a la periodista.

—Inspectora, ¿cuándo va a entender que todas las muertes y el daño realizado son culpa suya? Yo les di todas las herramientas necesarias para encontrar a Hipo a tiempo. Ustedes fracasaron, y él murió. Culpa suya, no mía. Les di unas reglas que debían seguir. Les dejé claro que no hacerlo tendría graves consecuencias. La periodista corrió ese riesgo. Es culpa suya, no mía.

Kim se dio cuenta de que nunca conseguiría hacerle entender a aquel hombre que él era responsable de toda la violencia y la muerte que se habían producido. Tenía que apartar la imagen de Frost de su mente, o correría el peligro de escalar hasta la plataforma y empujar a Fred ella misma desde allí.

—¿Así que todo ha sido por fama? —le preguntó, un escalón más arriba.

Solo un peldaño más y podría agarrarlo por la parte inferior de las piernas.

—No por fama, sino por ser recordado.

—Fred, usted puede ser recordado por…

—Quiero notoriedad. Quiero…

—¿Quiere tanta notoriedad como para violar a una mujer delante de su hija pequeña? —preguntó Kim.

—¡Yo no he violado a nadie! —explotó Fred—. ¿Qué se piensa usted que soy?

El horror en el rostro del hombre convenció a la inspectora de que le estaba diciendo la verdad. En cuanto Kim vio a la persona que

estaba en lo alto de la plataforma, se le había caído esa teoría. Su instinto le decía que, aunque no le importara cortar partes del cuerpo de un vagabundo, no contemplaría ni por un momento la posibilidad de violar a una mujer delante de su hija. En la cabeza de aquel hombre, la tortura a Hipo estaba justificada para satisfacer las necesidades del juego. Fred Guest no era un violador, pero de todas formas la inspectora había sentido la necesidad de ver su reacción.

—Lo siento, pero se acabó el tiempo, inspectora. Le he ofrecido mil oportunidades para encontrarme y ustedes han fracasado en todas. Han llegado tarde. Las reglas tienen un propósito y hay que cumplirlas.

Kim levantó un pie y lo colocó en el siguiente peldaño.

Él avanzó ligeramente arrastrando los pies.

La inspectora se detuvo en seco. Reglas, tiempos, marionetas, manipulación. Control.

—¿Sabe qué, Fred? ¡Salte ya de una vez, joder! —dijo, bajando un peldaño de la escalera.

—¿Q… qué? —balbuceó el hombre.

—Haga lo que le dé la gana. Ya me he cansado.

—No puede decirme eso.

—Ah, ¿no? ¿Quién le ha dicho que no? —preguntó Kim, continuando su descenso—. ¿Ve usted a mi jefe por aquí?

—Pe… pero…

Kim estaba encantada al escuchar el pánico en la voz de Fred. El hecho de que ya no tuviera ningún poder sobre ella era algo que no el hombre no había previsto.

Descendió unos cuantos peldaños más.

—¿Ha oído alguna vez la expresión «varón no identificado»? —preguntó Kim, deteniéndose para girarse hacia él.

Fred asintió.

—Eso será usted dentro de una hora aproximadamente. Su suicidio no se relacionará con el caso del Bufón y, como mucho, ocupará un centímetro cuadrado en algún periódico —dijo Kim, bajando otro escalón.

—Los medios…

—A los medios no les va a importar una mierda —dijo Kim—. Sin

una declaración oficial por nuestra parte, darán por hecho que el Bufón se terminó aburriendo o que el caso no se resolvió. De ninguna manera lo relacionarán con su muerte. Nadie sabrá jamás que fue usted. Morirá en el más absoluto anonimato y ostracismo.

—¡No la creo! —gritó él mientras ella continuaba bajando.

—Y a mí me da absolutamente igual lo que usted crea —respondió la inspectora, ya otra vez en el suelo.

—Jefa, ¿qué demonios estás…?

—Eche un vistazo a su alrededor, Fred —continuó Kim, ignorando las preocupaciones de su compañero—. Aquí es donde termina todo para usted. Esto será lo último que vea. No habrá periódicos ni canales de televisión que hablen de usted, ni una página de Wikipedia con su nombre. Morirá y desaparecerá para siempre, y mientras, Jared Truss disfrutará de toda la gloria de haber ayudado a un asesino que desapareció como por arte de magia.

—No puede ocultar esto —gritó Fred.

—Puedo hacerlo si usted muere. ¿Quién me va a detener? ¿Quién más sabe que usted es el responsable? Se ha ocultado tan bien durante todo este tiempo que ni siquiera el resto de mi equipo sabe que el asesino es usted. Es una verdadera lástima que nadie vaya a saber jamás lo inteligente que era. Dejará tan poca huella en la muerte como lo hizo en vida. ¿Ve?, ahora lo he comprendido, Fred. Solo quería sentirse importante. Quería ser el centro de atención de alguien. Su vida siempre giró en torno a su padre. Quería tener seguidores, que nosotros lo persiguiéramos y que hubiera mucha gente pensando en usted.

—Jefa, en serio —siseó Bryant.

Kim volvió a ignorarlo. Ya no había vuelta atrás.

—¿Sabe, Fred? Me parece que no ha pensado bien en esto. ¿Se hace una idea de lo que va a pasar cuando dé un paso adelante hacia esa plataforma?

Fred se mantuvo en silencio.

—Para morir al instante, tendría que tomar carrerilla y saltar, y ahí en la plataforma no hay espacio suficiente para hacerlo. Va a saltar y caerá en caída libre apenas unos metros, y luego la cuerda amortiguará la caída, pero no lo matará. No de inmediato. —Kim

hizo una pausa, queriendo ofrecerle al hombre una descripción detallada de la situación—. ¿Alguna vez se ha atragantado con un trozo de comida y se ha puesto a toser hasta casi no poder respirar? ¿Ha tenido algún ataque de asma o una reacción alérgica a consecuencia de los cuáles no pudiera tomar aire profundamente? Si no se rompe el cuello de inmediato, va a sentir todas estas cosas a la vez. Mientras se esté ahogando, la presión sanguínea aumentará en sus ojos y boca, provocando que se le hinchen los globos oculares y la lengua. Se morderá la lengua. Se retorcerá de dolor hasta el último aliento, y desde aquí abajo no podremos hacer absolutamente nada.

El hombre dio un paso atrás casi imperceptible.

Kim podía entender la preocupación de Bryant por su actuación, pero en realidad no tenía nada que perder. A pesar de haber llegado a subir la escalera casi al completo, desde allí no podía haber hecho nada para salvarlo. Su única oportunidad era apelar a las cosas que eran importantes para él.

Y ahora estaba a punto de finiquitar el asunto, de una forma u otra.

La inspectora dio un paso atrás y cruzó los brazos.

—¡Vamos, pues! ¡Adelante! —gritó.

Fred no podía ni imaginarse la intensidad con la que Kim estaba conteniendo la respiración. Su lenguaje corporal, adoptado de forma deliberada, daba a entender que no le importaba en absoluto lo que el hombre decidiera hacer, pero sí que le importaba, y mucho. Quería que Fred se enfrentara a la justicia por lo que había hecho.

Muy despacio, el hombre comenzó a levantar una mano y a quitarse la soga del cuello.

Fred dudó, como si estuviera considerando la posibilidad de, simplemente, dejarse caer al vacío. A Kim se le aceleró brevemente el pulso antes de que él diera otro paso hacia atrás; daba la sensación de que sentir el impacto del suelo contra su cuerpo no estaba en la lista de métodos para suicidarse de Fred.

El hombre utilizó la barandilla para retroceder y poner un pie en el primer peldaño de la escalera que lo llevaría hasta el suelo.

—Por Dios, jefa, me has hecho sudar —susurró Bryant a su lado.

—¡Uf, y tanto! —exclamó la inspectora, suspirando por fin con

cierto alivio a medida que el hombre se iba acercando hasta el final de la escalera.

Kim se dirigió hacia la estructura de madera y lo esperó allí hasta que sus pies tocaron tierra firme.

Cuando echó mano de él, lo giró y cogió las esposas que ya estaban en las manos de su compañero.

—Fred Guest, lo detengo por el asesinato de Anthony Parsons, el intento de asesinato de Tracy Frost y el secuestro de Nazeera Khan. No está obligado a decir nada. Sin embargo, su defensa podría verse perjudicada si no menciona durante el interrogatorio algo en lo que luego se base en el juicio. Cualquier cosa que diga también podrá ser utilizada como prueba en su contra.

—Quiero un abogado —dijo Fred, apretando los labios.

Por supuesto que lo quería. Y seguramente también querría un agente y un representante.

—Qué bien que le gusten las reglas, Fred. Va a vivir el resto de su vida obedeciendo las de otras personas.

Capítulo 102

19:45

Kim estaba sentada apoyada contra un muro mientras el coche patrulla se llevaba a Fred Guest a la comisaría, pero aún no se sentía preparada para irse hacia allá.

La futilidad de todo aquello le hacía hervir la sangre. Un hombre había perdido la vida y Frost estaba al borde de la muerte solo porque otro hombre había pretendido dejar su huella en el mundo.

A lo largo de los años, había investigado crímenes cuyos móviles tenían que ver con la rabia, el rechazo, la rivalidad o los traumas infantiles, pero nunca con que una persona quisiera ver aparecer su nombre en las noticias. Su mente luchaba por sentir una pizca de empatía por Fred. Kim pensaba en el chico que nunca recibió el apoyo que necesitaba para formarse una identidad y dar los primeros pasos en la vida. En el adolescente al que sus compañeros, profesores y otras autoridades habían ignorado y olvidado. En el hombre joven que no había podido encontrar el amor ni formar una familia. En el hombre de una edad ya más avanzada cuya vida había perdido de repente todo el sentido con la muerte de su padre.

Todas esas circunstancias acumuladas parecían suplicarle que sintiera algo de empatía. Sin embargo, solo pensar un segundo en el destino de Hipo y el estado de Frost destruía cualquier posibilidad de que eso sucediera.

Kim seguía dando vueltas en la cabeza a las diferentes variables.

¿Y si a Penn no le hubiera dado por pensar en los objetos perdidos? ¿Y si no hubieran llegado a deducir que Nazeera estaba en el museo de Black Country? Era cierto que la mujer no habría muerto, pero, si otra persona hubiera abierto aquella puerta, Nazeera nunca habría vuelto a operar. Además, era muy posible que Jessica también hubiera acabado falleciendo.

—Parece que solo quedamos nosotros —dijo Bryant, apareciendo

detrás de la inspectora después de explicarle todo al responsable del museo.

—Sí —respondió Kim, poniéndose de pie.

Ella dio un paso hacia el aparcamiento, pero Bryant no se movió.

—Sabes que no deberías haber hecho eso, ¿verdad? —preguntó el sargento.

—Ha sido un riesgo calculado —respondió Kim, que empezó a caminar de todos modos.

—Pues yo no te he visto hacer ningún cálculo —afirmó Bryant, poniéndose a su lado mientras avanzaban.

—Aquí, en mi cabeza —aseguró la inspectora, dándose golpecitos en la sien.

—Nosotros somos los buenos —protestó Bryant—. No hacemos esas cosas. Intentamos convencerlos de que desistan, independientemente de lo que hayan hecho. No los incitamos a saltar.

—Había más riesgo de que saltara antes de que yo le describiera las posibilidades.

—Pero eso no puedes saberlo, jefa, y es justo a eso a lo que me refiero. No has seguido el procedimiento. Si hubiera saltado después de que hubieras seguido estrictamente el protocolo, no habrías sufrido ninguna represalia, pero, joder, ¿y si hubiera saltado después de que tú lo animaras a hacerlo? ¿Cómo demonios habríamos explicado eso?

—No lo habríamos explicado. Tú habrías dicho que no viste nada y yo habría asumido la responsabilidad de mis actos.

—¿Y no te parece que te quedaría para siempre en la conciencia la muerte de ese hombre? —preguntó Bryant mientras salían ya del recinto y llegaban al aparcamiento.

—Es mi conciencia, así que es mi responsabilidad —dijo Kim para zanjar la conversación.

Bryant parecía querer decir algo más, pero se contuvo y movió la cabeza de lado a lado con resignación mientras abría la puerta del coche.

Kim se sentó a su lado y disfrutó del silencio que los envolvió mientras regresaban a la comisaría para interrogar a Fred Guest.

Todo había terminado ya, aunque solo para ellos. Ya tenían a su hombre, pero Melissa Keene no tenía al suyo. Kim creía firmemente que Fred Guest no había violado a nadie. Ellos habían provocado que Melissa, sin motivo alguno, tuviera que revivir su terrible experiencia. La mujer se estaba esforzando mucho para recuperar su vida y reconstruir su pequeña familia.

Y luego estaba aquella otra familia que habían conocido y que estaba completamente rota. Los Lane se habían distanciado debido a la relación que Boyce había mantenido con su prima.

Ese pensamiento provocó una reacción en cadena en la mente de Kim que la hizo sentarse más erguida en el asiento.

—Bryant, tenemos que dar un rodeo.

Era hora de poner fin a aquel asunto de una vez por todas.

Capítulo 103

20:10

Kim no se había esperado tener que volver a visitar aquella propiedad.

La señora de la casa abrió la puerta.

Como estaba atenta a cualquier atisbo, Kim vio el miedo en sus ojos, un miedo que desapareció para dejar paso a la irritación.

—De verdad, inspectora, esto ya es acoso. No sé qué cree que alguno de nosotros sabe que…

—¿Está toda la familia en casa? —preguntó Kim, interrumpiéndola.

Aquella mujer sabía cómo usar el ataque como la mejor forma de defensa.

—Sí, pero no voy a dejar que moleste a…

—Señora Lane, voy a hablar con toda la familia, y no me importa hacerlo aquí fuera. En voz bien alta —amenazó Kim, que ya estaba al límite de su paciencia.

—Entren —dijo la mujer finalmente, haciéndose a un lado.

La señora Lane cerró la puerta cuando hubieron entrado, justo en el momento en el que Derren bajaba corriendo las escaleras.

—Espero que no me necesiten, porque voy a salir —dijo, cogiendo su chaqueta del perchero que había junto a la puerta.

—En realidad, tenemos que hablar con todos juntos —respondió Kim sin moverse del umbral de la puerta.

El chico se detuvo y luego entró en el salón.

—De acuerdo, pero sean rápidos —dijo, dejándose caer en el sofá junto a su hermano.

—No pasa nada, Derren, seguro que Joanne seguirá esperándolo cuando hayamos terminado.

—¿Q… qué? —tartamudeó la señora Lane mientras el hijo menor se quedaba boquiabierto.

Kim se sentó mientras Bryant se apoyaba de forma relajada contra

el marco de la puerta. Era un gesto inconsciente para impedir que la gente saliera de sus casas.

—Eso ya se terminó —protestó Eric Lane, dejando el periódico.

Kim lo ignoró y se dirigió a Derren.

—En este trabajo es muy raro que dé cosas por hecho, pero, cuando Joanne me dijo que había intimado con uno de sus primos, supuse que se estaba refiriendo a Boyce. Entonces me di cuenta de que usted era el que estaba enfadado con todos los miembros de su familia. ¿Por qué? ¿Qué habían intentado impedirle hacer? Pero no lo han impedido, ¿verdad? Ese es solo uno de los secretos de esta casa.

La señora Lane se había sentado y miraba a su hijo con verdadero asco.

—Es tu prima —espetó Eric.

Derren se encogió de hombros.

—La quiero —aseguró con sencillez.

La señora Lane se volvió hacia Kim.

—Bueno, espero que ya esté contenta. Puede irse cuando…

—Esa no es la razón por la que hemos venido, y usted lo sabe muy bien.

La señora Lane miró desesperada a su marido, sin más recursos que utilizar. La agresividad y la hostilidad ya no le servían para nada.

—El hecho de que fuera Derren el que tiene una relación con Joanne me hizo preguntarme por qué le preocupaba tanto que Boyce no estuviera en su habitación anoche. Si no le inquietaba que pudiera estar con Joanne, ¿a qué le tenía tanto miedo exactamente? ¿Qué creía que estaba haciendo? ¿Por qué salió su marido a buscarlo? —preguntó Kim, probando suerte.

—Es que es muy sobreprotectora —intervino Eric.

Kim observó que Boyce aún no había dicho ni una sola palabra, sino que continuaba mirando al suelo.

—La última vez que estuve aquí les pregunté acerca de la violación, y debería haberme dado cuenta de lo incómodos que les hizo sentir a todos.

Nadie dijo nada.

—Eric, creo que usted publicó un recorrido en la página web de

Little Trekkers con toda la inocencia del mundo para que la gente lo disfrutara. Creo que Boyce le contó después lo que le había hecho a una de las mujeres que estaba siguiendo el recorrido y qué usted se apresuró a eliminarlo.

—Creo, creo… ¿Qué pruebas tiene? —preguntó Eric mientras se le enrojecía el rostro.

—¿Usa usted *aftershave* de la marca Old Spice, señor Lane?

El hombre no respondió, pero Kim recordó el momento en el que se había cruzado con él en la puerta la noche anterior. No olía a alcohol, pero ella había notado el aroma de su loción.

—Y Boyce tiende a copiar muchas de las cosas que usted hace —aseguró la inspectora mirando al hijo mayor, que seguía sin hablar. En vez de hacerlo, no dejaba de mirar alternativamente de un lado a otro, hacia su madre y su padre.

Una reacción inusual, dado que Kim lo estaba acusando de haber cometido una violación.

De repente, Boyce salió disparado hacia la puerta. Bryant lo detuvo con facilidad.

—Si estoy equivocada, deme una muestra de ADN e inmediatamente quedará libre de toda sospecha. ¿Sí o no? —preguntó Kim.

—No —respondió Eric Lane antes de que su hijo pudiera hablar—. No le va a dar nada.

Y esa fue la confirmación que Kim necesitaba. Boyce lo había hecho, y sus padres lo sabían.

La inspectora se acercó al joven con el que no había intercambiado todavía una sola palabra y lo miró directamente a sus pequeños ojos aterrorizados.

—Boyce Lane, le arresto por la agresión sexual sufrida por Melissa Keene…

Cuando hubo terminado de leerle sus derechos y ponerle las esposas, Kim estaba más que lista para irse por fin a casa.

Capítulo 104

Bryant apagó el motor del coche y dejó escapar un largo suspiro antes de salir del mismo.

A menudo, cuando terminaban un caso, iba a otro lugar antes de regresar a casa. Unas veces era una cafetería; otras, un paraje hermoso… En otras ocasiones, simplemente conducía unos cuantos kilómetros, daba la vuelta y volvía a casa. Era su forma de desprenderse del caso, de dejarlo fuera de su casa, de no trasladarle negatividad alguna a Jenny.

Se dio cuenta de que, a pesar de llevar fuera casi cuarenta horas, debería intentar seguir separando el trabajo de la casa, pero se moría de ganas de ver a su mujer. Quería estar con la persona que le había dado sentido a su vida durante casi treinta años.

Nunca entendería ni cómo ni por qué Fred Guest había sido capaz de torturar a un hombre indefenso como Hipo y dejarlo morir después de una manera tan horrible, pero tampoco podía evitar pensar en la vida que había tenido Fred. Que no había podido disfrutar de una mujer que lo amara ni de una relación importante con nadie. Que no había tenido hijos que le dieran alegría y que no parecía contar tampoco con amigos. Aquel hombre había dedicado toda su vida a cuidar de su padre. Esa idea le entristeció y soltó otro suspiro largo al salir del coche.

Entró en la parte exterior de su casa y se detuvo.

Parecía que había transcurrido un montón de tiempo desde que se había sentido fastidiado ante la perspectiva de pasarse un domingo cortando el césped y quitando los hierbajos de los bordes. Ahora no le parecía una tarea tan molesta. Aunque, como por arte de magia, ya estaba hecha.

Bryant a veces se cuestionaba acerca de su existencia. ¿Vivía una vida trivial e irrelevante que no pasaría a la historia?

Tenía una esposa maravillosa y una hija educada y cariñosa. Tenía un trabajo que le gustaba y que le planteaba retos. De vez en

cuando se medía contra otros jugadores en un campo de *rugby* y salía a bailar todas las semanas. Tenía algunos amigos de la universidad y otros que había hecho a lo largo de los años en el trabajo o jugando al *rugby*.

Abrió la puerta de su casa con las mismas ganas de ver a Jenny que cuando tenían veinte años. Lo primero que le recibió fue el olor. Era un tipo anticuado y su comida favorita eran los huevos fritos con patatas. No era una comida que se le permitiera comer con mucha frecuencia.

Jenny se giró y le dedicó esa sonrisa. La que le decía que, incluso después de todos los años transcurridos, ella seguía igual de feliz de verlo.

—Hola, marido —lo saludó Jenny, cogiendo una sartén.

—Hola —respondió él con una voz que la hizo soltar la sartén y acercarse a su marido.

Ninguno de los dos habló mientras se abrazaban larga e intensamente.

Finalmente, él se apartó y la miró a los ojos.

—Has arreglado el jardín —le reconoció.

—Pensé que sería lo último que te apetecería hacer después de los dos días que llevas.

Bryant sintió que el corazón se le agrandaba dentro del pecho. Volvió a acercarse a su mujer.

No, ni muchísimo menos. Su vida no era en absoluto trivial e irrelevante.

Capítulo 105

Stacey dio gracias al cielo por no tener que volver a una casa vacía.

Le había enviado un mensaje a Devon diciéndole que ya salía de la comisaría, y su mujer le había respondido con emoticonos de una bañera y una copa de vino.

Perfecto.

Devon y ella conversaban con todo detalle acerca de sus trabajos, y la ayudante de detective era consciente de que su mujer querría saberlo absolutamente todo sobre el caso que había provocado que su equipo apareciera en las noticias nacionales. Cada uno tenía su propia forma de desahogarse y, en el caso de Stacey, era soltarlo todo de golpe, contárselo a Devon, y asunto concluido. De alguna manera, se evaporaba en el aire entre ellas.

—Hola, cariño, ¿has tenido un buen día? —preguntó Devon con una sonrisa.

Stacey se rio. El día había durado cuarenta horas.

Por mucho que deseara deshacerse del caso, había un asunto concreto que, sin saber bien cómo, se había infiltrado en su corazón sin previo aviso.

Cada vez que pensaba en las niñas involucradas en la investigación, tanto en la donante que había perdido la vida como en la que en esos precisos instantes estaría luchando por la suya, le atravesaba el corazón un sentimiento que no sabía describir bien. Era una especie de deseo muy intenso que se parecía a un malestar físico general. Stacey se había imaginado las emociones que estarían viviendo los padres de ambas niñas, la desesperación y la esperanza, y había sido capaz de sentir la intensidad de una emoción que subyacía bajo las demás: ese amor incondicional que se tiene por un hijo. Ella quería sentir eso, y no había sido consciente de ello hasta aquel día.

—¿Lista para un largo y relajante baño? —preguntó Devon, dirigiéndose al cuarto de baño.

Stacey no lo estaba. Todavía no. Esa idea la había estado

consumiendo todo el día y tenía que exteriorizar lo que sentía. Tenía que saber cuál era la postura de su pareja al respecto.

La ayudante de detective se sentó en el sofá.

—Dee, tengo que hablar contigo. Quiero tener hijos. Sé que nunca lo hemos hablado en serio, pero quiero niños. Quiero…

—Eh, cariño, cálmate —dijo Devon, poniendo la mano sobre el brazo de Stacey.

El rostro de esta mostró un gesto de decepción.

—¿No quieres tener hijos conmigo?

—Acabas de entrar por la puerta después de un caso largo y extraordinariamente difícil. Estás agotada, sensible, aliviada. Este no es el mejor momento para tomar decisiones que marcarán toda una vida.

A Stacey le dio la sensación de que Devon estaba evitando el tema.

—¿No quieres tener hijos conmigo? —repitió, tratando de reprimir el dolor que sentía.

Devon hizo una mueca.

—No me puedes estar preguntando eso en serio. La idea de traer un niño a nuestras vidas cuando tenemos tanto amor que ofrecer es obvia. Me encantaría que nuestra familia fuera más grande y compartir todo lo que hemos construido juntas.

Stacey se sintió profundamente aliviada, y se le escapó una lágrima del ojo. Devon tenía razón: estaba cansada y sensible, pero su corazón no la estaba engañando con respecto a lo que quería.

—A ver, no te estoy diciendo que debamos hacerlo la semana que viene —aclaró Stacey—. Sé que tenemos que discutir muchas cosas, especialmente en nuestra situación, como por ejemplo cómo, cuándo y quién se quedaría en casa y…

—Yo estaré lista cuando tú lo estés —dijo Devon con una sonrisa.

Por fin, Stacey dejó que su mujer la llevara a darse un baño cálido y relajante.

Capítulo 106

Penn entró en su casa e inmediatamente sintió que, en su ausencia, algo había cambiado.

El silencio y la maleta que había en la entrada le dejaron claro de qué se trataba.

Supuso que, en cierto modo, ya se lo esperaba. La última vez que había hablado con Lynne, durante aquel mismo día, ella le había asegurado que tanto ella como Jasper estaban bien, pero había notado una actitud un poco distante y un tono de voz algo distraído.

Aquella había sido una relación difícil. Tener la misma profesión implicaba que al menos ambos entendían las presiones y exigencias de la misma, pero eso no hacía que fuera más sencillo lidiar con las largas jornadas de trabajo, los planes que tenían que suspenderse y, en ocasiones, las semanas que pasaban sin apenas poder ver a tu pareja.

Se querían, y Penn era consciente de ello, pero a veces con eso no bastaba. Para que el amor floreciera, había que alimentarlo, regarlo y bañarlo de luz solar.

Penn comprendió que aquel caso debía haber sido la gota que había colmado el vaso para Lynne y que ella había tomado la decisión de recoger las pocas cosas que tenía allí. Al menos había tenido la cortesía de esperarlo para decírselo a la cara.

Penn sabía que la madre de Billy había recogido a Jasper para que ambos jugaran a la Xbox y que probablemente su hermano se quedaría a dormir allí, así que Lynne había elegido bien el momento.

Le dolía en el alma pensar en Jasper, que estaba casi tan enamorado de Lynne como él.

¿Cómo le iba a contar la noticia? Su hermano no se tomaba muy bien que hubiera gente entrando y saliendo de su vida. No siempre entendía que, a veces, las cosas cambiaban y creía que, si una persona entraba en su vida, lo hacía para quedarse. Esa era la razón

por la que Penn nunca había incitado a que nadie formara parte de su pequeña familia, a excepción de Lynne.

Les iba a doler mucho a ambos, pero Penn no podía esperar que su chica no se marchara exclusivamente por lo que le viniera bien a Jasper.

En ese momento, Lynne apareció en la puerta de la cocina.

Vestía unos vaqueros ajustados y una camiseta con una jirafa de dibujos animados. A Penn se le llenó el corazón de alegría, como siempre que la veía.

La expresión pensativa de Lynne confirmaba que no era una noche normal. No se precipitó a sus brazos para darle un abrazo de esos que dicen «¡Jolín, cómo te he echado de menos!». En lugar de eso, encendió directamente la cafetera.

—¿Quieres un café? —preguntó con un ligero temblor en la voz.

—No —respondió Penn de forma seca. Si tenía que suceder, prefería que fuera algo rápido. No quería café. Quería que ella lo liberara de su sufrimiento.

La expresión pensativa de Lynne había dejado paso a una preocupación evidente.

—¿Estás bien? —preguntó ella, encendiendo la cafetera de todos modos.

—Venga, suéltalo de una vez —dijo él, sentándose.

—¿Qué pasa con…?

—Sé lo que vas a decirme, así que acabemos de una vez. No te preocupes por poder herir mis sentimientos. Estoy demasiado agotado para eso.

—Penn, ¿qué coño te pasa?

Al darse cuenta de que estaba reaccionando anticipadamente al dolor que iba a sentir unos momentos después, Penn levantó una mano.

—Lo siento, es que estoy cansado.

—Es comprensible —dijo ella, caminando desde la cocina para sentarse a su lado. Le tomó la mano, pero el gesto fue algo vacilante, cauteloso.

—De hecho, la verdad es que sí que tengo algo que contarte.

Penn asintió y esperó.

—Y espero que te parezca bien.

Eso ya era pedir mucho, pero intentaría ser amable por ella.

—Jasper y yo hemos estado un poco ocupados mientras estabas fuera.

Las cosas que Lynne tenía en su casa no daban para tanto, no hacían falta dos personas para recogerlas y meterlas en una maleta.

Lynne respiró hondo.

—Bueno, espero que no te importe, pero, más o menos, me he mudado aquí. Pero de verdad, como Dios manda.

—¿Q… qué?

—¡Ay, Dios mío, lo siento! Es demasiado pronto. No quieres que viva aquí. He sido demasiado imprudente.

Penn notó que en su rostro comenzaba a dibujarse una sonrisa. Su corazón latía con fuerza en su pecho y la sensación previa de pánico se había desvanecido.

—Es que creí que tendría sentido hacerlo porque podríamos vernos más si viviéramos en la misma casa. Jasper también pensó que era una gran idea y… ¡Ay, si no quieres que me mude, no pasa nada!

—Lynne —dijo Penn para que se fijara en él. Se señaló la sonrisa tonta que tenía en la cara.

Ella se relajó visiblemente.

—Entonces, ¿te parece bien?

—Oh, me parece más que bien —dijo Penn antes de abrazarla.

Capítulo 107

Eran casi las dos de la madrugada cuando Kim se detuvo frente al hospital.

Apagó el motor de su coche y suspiró cuando otro vehículo entró en el aparcamiento del personal. Incluso a aquellas horas de la madrugada, los trabajadores iban y venían.

El cansancio comenzaba a pasarle factura y las últimas horas se le empezaban a desdibujar en la memoria.

Mientras ella se encargaba de interrogar a Fred Guest, su equipo se había ocupado de atar algunos cabos sueltos.

Stacey había descubierto a través de las redes sociales que su visita a Peter Harris había impulsado a aquel hombre a hacer un último esfuerzo por acercarse a su hija. La joven le había ofrecido otra oportunidad. Peter se había registrado en un hotel Travelodge cerca de donde su hija vivía, en Derbyshire. A pesar de la actitud que el hombre había mostrado con ellos, Kim esperaba que todo saliera bien para él.

Penn había redactado órdenes de arresto contra Jared Truss y Ryan Douglas por entorpecer la labor policial. Ambos habían ocultado información que, de haberse compartido antes, podría haber salvado la vida de un hombre inocente. Sus actos debían tener consecuencias.

Mientras intentaba hacer entrar en razón a Fred, Kim había recibido un mensaje de Dickie, el chatarrero. Como no se podía creer que alguno de sus trabajadores hubiera actuado de forma poco honesta, los había interrogado a todos. Después de amenazarlos con acudir a la policía, uno de sus empleados había confesado y admitido haberle vendido la furgoneta Citroën a un señor que la quería a toda costa, pocas horas después de que hubiera entrado en el desguace. Se había embolsado quinientas libras fáciles, que ahora, tras haber perdido su trabajo, le vendrían muy bien.

Boyce Lane había sido entregado al distrito de West Mercia para

que se ocuparan de él. Kim no tenía ninguna duda de que Boyce había cometido el delito, y la familia ahora tendría que vivir con el estigma que tanto se había esforzado por evitar.

Mientras trasladaban al chico, Kim llamó a Melissa Keene, que, al escuchar la noticia, se derrumbó en un llanto escandaloso, casi incoherente. David Keene le quitó el teléfono a su mujer para confirmar que era cierto y que el violador estaba detenido. Él también rompió a llorar.

Kim tuvo la esperanza de que la noticia les diera a ambos algo de paz y la capacidad de recuperar el control de sus vidas.

La reunión con Woody había transcurrido tal y como ella había esperado, aunque le había sorprendido saber que, durante la investigación, no había llegado ni una sola queja al escritorio de su jefe. Quizá estaba perdiendo su habilidad para cabrear a la gente, pero esperaba sinceramente que no fuera así. Era una cualidad de la que se sentía orgullosa.

La inspectora salió del coche y se dirigió hacia el hospital.

Como habían logrado rescatar a Nazeera en perfectas condiciones, los altos mandos no estaban pidiendo el despido de Kim. Ella no se hacía ilusiones de que eso se debiera a su excelente desempeño, ni tampoco al de su equipo. Simplemente es que no quedaría bien despedir a la investigadora que había logrado que Nazeera fuera rescatada ilesa. De cualquier manera, estaba agradecida por la ausencia tanto de quejas como de notificación disciplinaria. Demasiado papeleo con el que lidiar. Tras unas duras palabras de Woody sobre la rueda de prensa que había ofrecido, el inspector jefe la dejó marcharse.

Después de comprobar que se había completado todo el papeleo relativo al caso, Kim mandó al equipo a casa y les dio un descanso de treinta y seis horas.

Los había visto marcharse sintiéndose tan orgullosa de ellos que hasta a ella misma le sorprendió. Ninguno de ellos se había planteado seriamente en ningún momento dejar el caso, incluso antes de avanzar en el mismo y saber lo que estaba en juego. Y, aunque estaban demasiado cansados para darse cuenta, todos habían dado lo mejor de sí mismos. Stacey, como siempre, había

estado excepcional recabando información y convirtiendo sus intuiciones en pistas sólidas. Penn había mostrado una determinación férrea para averiguar la identidad del vagabundo desaparecido y, a pesar de las dificultades, nunca había dejado de intentar descifrar las pistas, ni siquiera en sus momentos más difíciles. Kim sabía que el sargento había ignorado su orden de permanecer en el centro de operaciones y que decidió salir para permitir que su compañera descansara un rato. Ser conocedora de ese hecho hacía que la inspectora lo respetara aún más.

Y luego estaba Bryant, el hombre que aportaba observaciones insólitas en los momentos más inesperados, el hombre que había ideado y ejecutado un plan peligroso que había salvado la carrera profesional de una cirujana brillante, y la única persona que lograba remover la conciencia de Kim y obligarla a rendir cuentas consigo misma. Lo que le había dicho acerca de su gestión del episodio con Fred haría que, en algún momento, reflexionara sobre lo que había incitado a hacer a aquel hombre y sobre si se había comportado de manera tan profesional como debía, y Bryant lo sabía. Él no había obligado a Kim a enfrentarse a su propio reflejo, pero sin duda le había puesto un espejo delante para que ella sola lo hiciera.

Después de verlos marcharse a todos, Kim se fue a casa de Charlie para recoger a Barney, que se alegró tanto de verla como ella de verlo a él. Tras revolcarse con él en el suelo de la casa de Charlie durante unos veinte minutos, se lo llevó a casa, le puso su cena favorita —pienso mezclado con pollo—, lo sacó a dar un paseo largo y luego le dio su capricho nocturno: una zanahoria crujiente. Después de haber dado el paseo, el perro se acomodó en su cama y ni se inmutó cuando la inspectora salió silenciosamente de la casa.

Las carreteras estaban desiertas y, tras el ritmo frenético de los dos últimos días, el trayecto nocturno le resultó relajante.

Kim había llamado previamente para asegurarse de que fuera aceptable hacer una visita a aquellas horas tan intempestivas. Dadas las circunstancias, habían aceptado.

Había hecho una segunda llamada a otra unidad del hospital, que le informó de que la operación de Jessica había terminado y que todo iba bien.

Compartió la noticia con el grupo de WhatsApp del equipo y le envió un breve mensaje a Woody.

Kim dejó de pensar en todo aquello según se acercaba a la entrada lateral del hospital.

—¡Dios de mi vida! —exclamó cuando una silueta que estaba a su derecha tomó forma.

Steve Ashworth sonrió ante su reacción.

—¿A qué coño estás jugando? —le espetó Kim mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho. Se había olvidado de él por completo.

—Solo quería hablar con usted un momento —dijo él, como si fuera normal abalanzarse sobre una persona a las dos de la madrugada.

—¿Cómo coño has sabido que estaba aquí?

El hombre se encogió de hombros como si su fuente fuera confidencial. En esta ocasión, nadie había avisado de nada a través de la radio, por lo que solo había una explicación posible.

—¿Me has seguido desde la comisaría? —le preguntó Kim. Eso implicaba que Steve supiera dónde vivía ella y dónde vivía Charlie. Había estado tan cansada que ni siquiera se le había ocurrido echar un vistazo por si el hombre seguía merodeando a su alrededor.

—Bonito perro —dijo el periodista, confirmando lo que ella sospechaba.

—Ni se te ocurra pensar en…

—Oiga, yo no hago daño a los animales. Ni tampoco a los humanos. Lo único que hago es exponer a quienes ocupan posiciones de poder.

—¿Qué es lo que piensas que he hecho, exactamente?

—No lo sé. Y eso es lo que me fastidia.

—O también puede ser que, a lo mejor, en esta ocasión estés acosando a uno de los buenos.

Steve sonrió.

—Yo no la estoy acosando. No he intentado esconderme en ningún momento, y no va a volver a verme durante un tiempo. Pero volveré.

—¿Todo esto es porque entré en un recinto privado cuando intentaba salvar la vida de un hombre? —preguntó la inspectora con incredulidad.

—No. Es el hecho de que lo hiciera sin que le importara lo más

mínimo. Que se crea que las reglas son para los demás. Ya le dije que no me gustan los polis que infringen las normas. Es indicativo de que existen pocos límites que no esté dispuesta a cruzar para conseguir lo que quiere. Ah, y muy buena jugada cuando me dejó atrapado en la escena del crimen —dijo con una admiración que pareció auténtica.

A Kim no la reconfortó en absoluto.

—Bueno, entonces, ¿esto que estás haciendo es lo que tú entiendes por una advertencia? —preguntó Kim, cruzando los brazos por delante de ella. Estaba más que harta de jugar.

El periodista lo pensó un segundo y, finalmente, asintió.

—¡Ooooh, mira qué miedo tengo! —exclamó Kim, empujando al hombre con suavidad para hacerse paso—. Cuando quieras ver los cadáveres que tengo escondidos en mi armario, llámame y te dejo la llave.

—Oh, todo el mundo tiene cadáveres en casa, inspectora Stone, pero algunos armarios son más profundos que otros.

Tras eso, Steve se dio la vuelta y se dirigió hacia el coche que Kim había confundido con el de un trabajador del hospital.

A pesar de la fanfarronería que acababa de mostrar, a la inspectora la recorrió un escalofrío. El hombre tenía razón sobre lo de los cadáveres, aunque los de su armario estaban bien enterrados.

Kim suspiró y se adentró por fin en el hospital a través de la entrada lateral, donde una enfermera había aparecido para darle acceso.

—Gracias por dejarme pasar —dijo Kim a modo de saludo, olvidándose del encontronazo. Había cosas más importantes.

La enfermera comenzó a caminar delante de ella.

—Está en una habitación aislada, así que no va a molestar a ningún otro paciente. Además, por desgracia, ella no va a poder hablar por los codos.

Tracy Frost seguía en coma a causa del traumatismo que había sufrido simplemente por haber elegido no seguir las instrucciones de Fred Guest.

Además de haber cometido un asesinato, un intento de asesinato y

haber secuestrado a una persona, parecía que Fred tampoco había sido un cuidador modélico.

Su padre había sufrido una serie de lesiones a lo largo de los años que habían despertado las sospechas de los servicios de atención a adultos. Sin embargo, el señor Guest padre siempre había respaldado las afirmaciones de su hijo: una caída por aquí, un tropiezo por allá… Nunca se había presentado ninguna queja y el hombre siempre había insistido en que estaba bien atendido.

Quizá, si ese hombre hubiera contado la verdad, Fred se habría liberado de su carga y no se habría convertido en el hombre amargado y resentido que había llegado a ser.

Había orquestado todo aquel juego con la única intención de alcanzar la fama, la notoriedad. Quería ser recordado por algo. Había estado dispuesto a matar y a morir solo para que su nombre perdurara de alguna manera.

Por desgracia para Fred, había desaparecido rápidamente de los titulares, pues se acababa de publicar la noticia de que habían sorprendido a un golfista muy famoso engañando a su mujer y esperando un bebé con su amante.

Kim tardó en comprender por qué Fred había decidido enredar a la policía en aquel juego. Solo encontró una respuesta.

Superioridad. Quería observarlos correteando de un lado a otro mientras él se enorgullecía de mismo. Era una forma de sentirse bien con él, orgulloso de su propia inteligencia. En resumidas cuentas, se había tratado de un alarde de poder, y Fred había disfrutado cada minuto.

—Es aquí —dijo la enfermera, señalando la primera sala aislada a la izquierda.

La mujer había hablado con una voz muy suave, y Kim fue consciente de que le habían permitido la visita porque nadie sabía si Frost iba a sobrevivir.

Era muy probable que sus ojos nunca volvieran a abrirse.

—¿Ha venido alguna otra persona?

La enfermera frunció los labios.

—Su madre. No estuvo mucho tiempo, dijo que esto la

sobrepasaba emocionalmente. Debemos llamarla si hay algún cambio, para bien o para mal.

Kim sintió que la invadía una sensación de tristeza. Sabía que la relación entre la periodista y su madre era complicada, pero no pensaba que hasta el punto de ser casi inexistente.

—Hay una cafetera justo…

—No lo necesito, muchas gracias, pero ¿puedo preguntarle algo?

—Por supuesto.

—¿Qué posibilidades tiene?

La enfermera sopesó cuidadosamente sus palabras antes de decir nada.

—Aunque usted no sea un familiar directo, le diré que los médicos no tienen muchas esperanzas. No saben si fueron capaces de reducir la presión antes de que se produjera el daño cerebral.

—¿Pero? —preguntó Kim.

La enfermera abrió las manos de forma expresiva.

—Llevo once años trabajando en esta ala del hospital. He visto a algunas personas que se suponía que no iban a morir dar su último aliento, y he visto a otras a los que los médicos habían dado por perdidas salir de aquí por su propio pie. Depende de cada persona, pero mi forma de verlo es que, mientras hay vida, hay esperanza.

Kim le dio las gracias y entró en la habitación.

Por mucho que hubiera intentado prepararse para aquello, no había sido suficiente.

Tracy Frost parecía haberse encogido hasta la mitad de su tamaño normal. Estaba conectada mediante cables y electrodos a las máquinas que había a ambos lados de la cama.

Kim dirigió de inmediato la mirada al equipo de monitorización de la izquierda. La inspectora no entendía todos los colores y números, pero sabía que indicaban la presión arterial, la respiración y el ritmo cardíaco. Al mirar más de cerca, vio que también había una lectura de la presión intracraneal.

A la derecha de la periodista había un respirador. Eso fue lo que más impactó a Kim, que una máquina estuviera respirando por Frost.

Menos de dos días atrás, aquella figura encogida había aporreado la puerta de su casa con la fuerza de una bola de demolición. Así era

Frost: la pesadilla de su vida, la que siempre aparecía en el peor momento, la que se enfrentaba a ella y la desafiaba. Esa versión no casaba para nada con la mujer que tenía ahora ante sí.

Kim pensó en su equipo mientras se sentaba. ¿Estarían siendo capaces de cerrar mentalmente un caso que había comenzado menos de cuarenta y ocho horas atrás? ¿Se habrían ido todos a casa para retomar lo que estaban haciendo cuando les interrumpieron?

Para ella, la cosa estaba terminando exactamente de la misma manera que comenzó: en compañía de una periodista local.

—Vamos, Frost, hay que recomponerse —le dijo, tocándole ligeramente el brazo.

Era justo decir que ambas habían tenido una relación bastante intensa en el pasado. Kim había pasado de odiar cada centímetro cuadrado del cuerpo de la periodista a tolerar su inevitable presencia.

La mujer era complicada, a menudo inflexible y desconsiderada en su empeño por conseguir una noticia. Y luego había que hablar de aquellas ocasiones especiales, como cuando tuvo en el maletero de su coche un expediente completo de los servicios sociales de Kim. Podría haber hecho muchas cosas con él, pero, en lugar de eso, se lo devolvió sin leerlo.

A Kim le gustaba pensar que fue en contraprestación por haber permitido que Frost se quedara en su casa cuando la suya se convirtió en la escena de un crimen.

Había habido muchas idas y venidas entre ellas a lo largo de los años. Había una historia, y por eso se encontraba en aquel hospital en esos momentos.

—Escucha, Frost, tienes que restablecerte —le dijo en voz baja—. Ya basta de tonterías. Ya te has aprovechado lo suficiente de lo que te pasó. Fue un golpe en la cabeza, y te has pegado una buena siesta. No va a venir nadie a buscarte. De ti depende encontrar el camino de vuelta.

Kim hizo una pausa. No hubo ningún cambio en la periodista, aunque tampoco lo había esperado. No tenía ni idea de si Frost podía oírla, pero hablarle era mejor que quedarse sentada en silencio.

—Necesito que vuelvas. Eres mi baremo para medir mi progreso en mi capacidad de tolerar cosas. Si consigo aguantar que aparezcas en mi casa a cualquier hora del día, todavía quedan esperanzas para mí.

Kim comprobó si los párpados de Frost se movían.

No hubo respuesta.

—Y piensa en lo mucho que echarías de menos fastidiarme. Sé la satisfacción que te produce sacarme de quicio. Lo has convertido en tu modo de vida.

Kim se recostó en el sillón, conforme con permanecer en silencio. Si Frost podía oírla, entonces sabría que no estaba sola. Si no podía, tampoco le estaba haciendo ningún daño.

Pero el silencio comenzó a agobiarla, así que se giró hacia la periodista una vez más.

—En serio, Frost, tienes que luchar un poco.

Kim volvió a comprobar los párpados de la mujer.

Hubo un leve movimiento.

Kim se quedó paralizada.

Los ojos de Frost se abrieron.

Sonó una alarma.

Instintivamente, Kim extendió la mano y apretó el brazo de la periodista.

—Caray, has tardado un maldito siglo.

UNA CARTA DE ANGELA

En primer lugar, quiero daros las gracias por haber elegido leer *36 horas,* la vigésimo primera entrega de la serie de Kim Stone, y a muchos de vosotros por acompañar a Kim Stone y su equipo desde el principio.

Muchos ya sabéis que a menudo me gusta pensar en situaciones o experiencias nuevas para la inspectora Kim Stone. En este libro, decidí plantearle dos situaciones desafiantes.

En primer lugar, tomé la decisión de obligarla a trabajar contrarreloj. La forma de ser de Kim suele requerir ajustes considerables en un día normal y corriente, pero me interesaba explorar cómo actuaría con un caso que se prolongara durante 36 horas seguidas. ¿Cuánto café necesitaría? ¿Cuántas quejas sería capaz de acumular? ¿Seguiría teniendo trabajo al final del caso?

En segundo lugar, quería observar cómo se desenvolvía frente a un enemigo que controlaba o dictaba cada movimiento del equipo planteando pistas que estuvieran obligados a intentar descifrar, además de desarrollar sus investigaciones paralelas para encontrar al responsable.

He disfrutado muchísimo escribiendo *36 horas*, y si te ha gustado, te estaría muy agradecida si escribieras una reseña. Me encantaría conocer tu opinión, que además puede ayudar a otros lectores a descubrir uno de mis libros por primera vez. Quizá también puedas recomendárselo a amigos y familiares…

Me encantaría tener noticias tuyas, así que ponte en contacto conmigo a través de mi perfil de Facebook, Goodreads, X o también mediante mi página web.

Y si quieres estar al día de mis últimas publicaciones, regístrate en el siguiente enlace. Nunca compartiremos tu dirección de correo electrónico, y podrás darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/angelamarsons

Muchas gracias por tu apoyo, lo agradezco enormemente.
Angela Marsons

www.angelamarsons-books.com facebook.com/angelamarsonsauthor x.com/@WriteAngie

AGRADECIMIENTOS

Mi primer agradecimiento, como siempre, es para mi compañera en la vida y en el crimen (y ahora esposa), Julie. Sé que lo digo siempre, pero esta vez ha sido toda una aventura. Desde el momento en que le conté a Julie que quería escribir algo diferente a las novelas policíacas habituales, ella se sumó al proyecto con ideas, entusiasmo y ánimos. Surgieron muchas dudas durante el proceso, pero ella siempre me convenció de no abandonar y me ayudó a perseverar con la idea que tenía en mente. Nunca podré enfatizar lo suficiente lo crucial que es su papel en todo el proceso y que, sinceramente, no podría dedicarme a esto sin ella.

Aunque ya no esté con nosotros, un eterno agradecimiento para mi madre, que nunca cesaba de difundir las novedades de mis libros a cualquiera que quisiera escucharla.

Gracias también a mi padre y a mi hermana, Lyn; a su marido, Clive, y a mis sobrinos, Matthew y Christopher, por su apoyo.

Gracias a Amanda y Steve Nicol, que nos apoyan de muchas maneras diferentes, y a Kyle Nicol por encontrar y reconocer mis libros allá donde va.

Me gustaría dar las gracias al equipo increíble de Bookouture por su entusiasmo inagotable por Kim Stone y sus historias.

Un agradecimiento especial a mi editora, Ruth Tross, que no tiene ni idea de lo importante que ha sido para la producción de este libro. Desde su ánimo, paciencia y apoyo hasta sus sugerencias prácticas y aportaciones editoriales, ha estado siempre presente en cada paso del camino. Ha habido pocas ocasiones en mi carrera como escritora en las que la comprensión de mi editora haya sido tan intrínseca al proceso, pero en esta ocasión, no habría podido terminar este libro sin ella.

A Kim Nash (Mamá Osa), que trabaja incansablemente para promocionar nuestros libros y protegernos del mundo exterior, y que me ha ofrecido una ayuda muy apreciada en este proyecto. A Noelle Holten, cuyo entusiasmo y pasión por nuestro trabajo son ilimitadas, y a Sarah Hardy y Jess Readett, que también defienden nuestros libros en cada ocasión que tienen.

Un agradecimiento especial para Janette Currie, que ha llevado a cabo la corrección de estilo de los libros de Kim Stone desde el principio. Su conocimiento de las historias ha garantizado una continuidad que le agradezco enormemente.

Gracias a la fantástica Kim Slater, que lleva muchos años siendo mi compañera de escritura y un apoyo increíble. Nuestra amistad surgió antes de que ninguna de las dos hubiéramos publicado, y hemos recorrido juntas nuestros caminos como escritoras. Muchísimas gracias a Catherine Thomson, y también a las fabulosas Renita D'Silva y Caroline Mitchell, escritoras a las que sigo y leo con voracidad y sin las cuales este viaje sería imposible. Muchísimas gracias a la familia de autores de Bookouture, cada vez más grande, que siguen divirtiéndome, animándome e inspirándome a diario.

Mi eterna gratitud a todos los maravillosos blogueros y críticos que se han tomado el tiempo necesario para conocer a Kim Stone y seguir su historia. Estas personas maravillosas alzan la voz y comparten con generosidad, y no lo hacen porque sea su trabajo, sino porque es su pasión. Nunca me cansaré de agradecer a esta comunidad su apoyo tanto a mí como a mis libros. Muchas gracias a todos.

Muchísimas gracias a todos mis fabulosos lectores, especialmente a los que han sacado tiempo en su ajetreado día a día para entrar en mi página web, mi perfil de Facebook, Goodreads o X.



Detrás de ti

Gardner, Lisa
9788742814642
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Su pasado está a punto de alcanzarla.

Cuando Sharlah tenía cinco años, su hermano mayor mató a su padre borracho con un bate de béisbol para salvar la vida de ambos, después de que este apuñalara a su madre con un cuchillo. Tras vivir en varias casas de acogida, ahora, ocho años después, Sharlah por fin ha encontrado su lugar con el perfilador retirado del FBI Pierce Quincy y su mujer, Rainie Conner. Y si hay algo que le encanta de su nueva familia es que todos son expertos en monstruos.

Entonces llega una llamada que perturba su recién encontrada estabilidad. Ha habido un doble asesinato en una gasolinera local y hay varios avisos sobre un sospechoso armado que va disparando a su paso por los bosques de Oregón.
Mientras Quincy y Rainie se apresuran a ayudar, se ven obligados a enfrentarse a una dura realidad: el tirador podría ser Telly Ray Nash, el hermano mayor de Sharlah, y todo indica que su oleada de crímenes no ha hecho más que empezar.

Con el tiempo en su contra, Quincy y Rainie necesitan respuestas. ¿Por qué, después de ocho años, Telly ha vuelto a matar? ¿Y qué significa eso para Sharlah? Una vez, su hermano le salvó la vida. Ahora, Sharlah tiene sus propias preguntas. ¿Telly es un héroe o un villano? ¿Y qué supondrá para su

nueva familia descubrir la devastadora verdad? Porque, como la niña sabe demasiado bien, el mayor peligro es el que está justo detrás de ti.

«**Gardner sabe cómo enganchar emocionalmente al lector**, y los **procedimientos policiales** de la novela **brillan con luz propia**... Es **una maestra del thriller psicológico**, así que no dejes pasar este libro».
Associated Press ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Detrás de ti... consolida a **Lisa Gardner** como **la reina del suspense psicológico**».
Providence Journal ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Gardner** impulsa la historia con **giros retorcidos** y **diabólicamente ingeniosos**».
Publishers Weekly ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

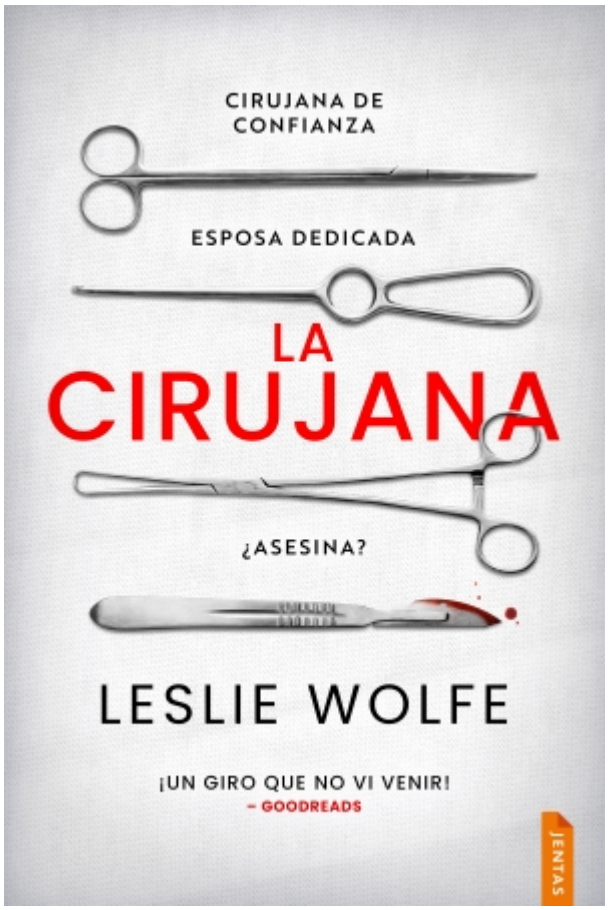
«Una **novela muy esperada**... y una **escapatoria trepidante**».
Booklist ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Desde el principio hasta el **impactante desenlace**, es una lectura **adictiva y**

cautivadora».
Brit & Co ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Con un **drama impactante** y **giros ingeniosos**, Gardner vuelve a ofrecer **una novela de suspense sin igual».**
RT Book Reviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La cirujana

Wolfe, Leslie
9788742812631
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura.
Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final**.**

Opiniones sobre "La cirujana":

«**¡¡¡Guau!!!... ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar**!!!... ¡¡**Te sorprenderá una y otra vez**!!... Absolutamente adictivo»**.** – *Ratón de biblioteca86* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Me estaba aferrando a cada palabra**... **Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados**... ¡Definitivamente no te pierdas este libro!»**.** – *Reseña en NetGalley* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡¡¡**Nunca he leído un thriller tan fantástico en**

mi vida!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro… ¡**Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas**!». – *Reseña en Goodreads*
⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido… Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido… Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más… ¡**Suspense increíble, absolutamente adictivo**!». – *@rubie_reads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡**Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado**… Me enganchó de principio a fin**.** Devoré "La cirujana" en menos de 2 días… ¡Absolutamente perfecto!»**.** – Reseña en NetGalley
«**No podía dejar de leer**… ¡Alucinante!»**.** – *Reseña en Goodreads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La hija del médico

Hurst, Daniel 9788742813928
300

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Creía que había escapado, pero ahora su hija quiere vengarse...

«Siempre te protegeré», me susurraba mamá al oído cada noche. Y cada vez que salíamos de nuestro

pueblo costero, me agarraba la mano con tanta fuerza que sus nudillos se ponían blancos, mientras que su rostro estaba tenso y pálido. Nunca entendí por qué. Pero ahora lo sé.

Crecí rodeada de murmullos y rumores. Mi madre intentó ocultarme la verdad, pero fracasó. Sé exactamente lo que ocurrió hace dieciocho años. Sé que soy la hija del médico asesinado.

Todo podría haber sido distinto si la mujer del médico no hubiera arruinado la vida de mi madre… y, en consecuencia, la mía también. Podríamos haber sido una familia de verdad, viviendo en una gran casa con vistas al mar. En cambio, nunca llegué a conocer a mi padre, y mi madre es solo la sombra de lo que fue, siempre mirando por encima del hombro…

Ahora me toca a mí corregir los errores del pasado.

Dicen que la mujer del médico es astuta y calculadora. Que siempre se sale con la suya.
Pero nunca se ha enfrentado a mí…

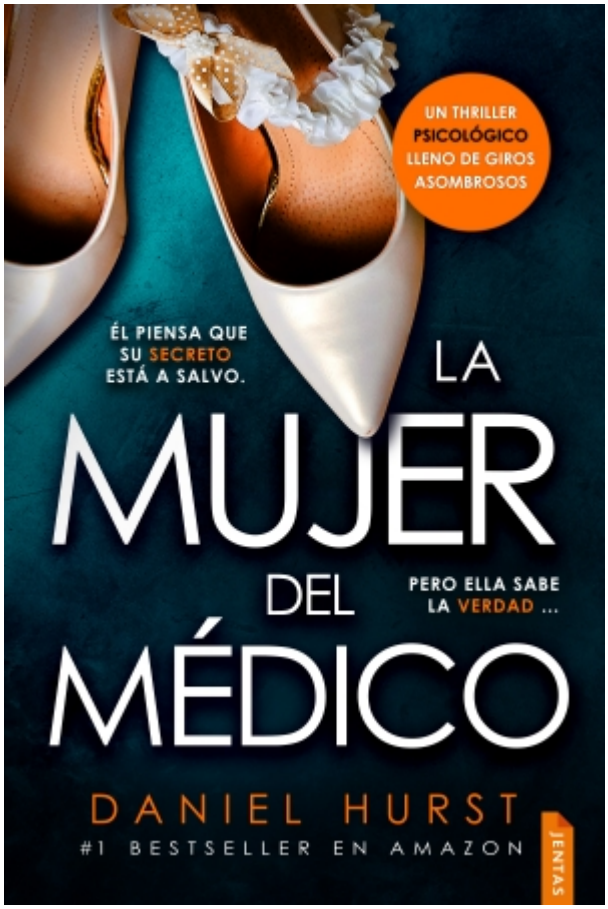
«**Puro suspense**… **¡Una serie increíble!** Sin duda, es mi serie favorita de todos los tiempos**. ¡Fantástica!** Le daría 100 estrellas si pudiera»**.**
@bookscoffeemorebooks ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Impactante, adictiva, entretenida, dramática** y **llena de giros** inesperados**.** Daniel Hurst lo ha vuelto a hacer con este libro… Al igual que los otros de la serie, fue una **lectura rápida y absorbente. ¡Qué serie tan impresionante y entretenida!**»**.**
Open Book Posts ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Daniel Hurst crea historias capaces de acelerar el corazón** de los lectores**.** Este es el **impactante desenlace de lo que ha sido una serie brillante.** He sentido cada emoción y vivido cada giro a medida que la historia se desarrollaba y se intensificaba»**.**
KKEC Reads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Enganchada desde la primera página**. Un acierto total**… Me dejó sin palabras… **Espectacular**… **¡El final fue increíble!**»**.**
Blue Moon Blogger ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La mujer del médico

Hurst, Daniel 9788742812716
282

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él piensa que su secreto está a salvo. Pero ella sabe la verdad… Mi marido es médico. Es inteligente y encantador, y todo el mundo confía en él. Excepto yo. A simple vista, parece que lo tengo todo: el

matrimonio perfecto, el marido perfecto, la vida perfecta. Pero nada más lejos de la realidad. El doctor Drew Devlin no es la persona respetable que parece ser. La razón por la que nos mudamos a esta preciosa y antigua propiedad con vistas al mar fue porque necesitábamos dejar atrás nuestro pasado. Debería haber sido un nuevo comienzo para los dos. Sin embargo, he descubierto que ha empezado a mentirme de nuevo. Está usando el poder que le proporciona su trabajo para manipular a las personas y conseguir exactamente lo que quiere, sin importarle a quién hace sufrir. Pero me ha subestimado. Sola en esta casa grande y aislada, he tenido mucho tiempo para pensar en todos sus errores. Y mi marido no tiene ni idea de lo que soy capaz y de lo que está a punto de suceder... "La mujer del médico" es un thriller psicológico lleno de giros asombrosos que te mantendrá leyendo hasta altas horas de la noche.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Rencor sangriento

Marsons, Angela 9788742813669
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El pasado no perdona...
y ha llegado la hora de la venganza.

El cuerpo yace bajo los árboles, con los brazos levantados por encima de la cabeza, en una postura

antinatural. Sus músculos están relajados. Sus ojos, vacíos. No hay signos de vida. Pero aún no está muerto del todo…

Cuando la detective Kim Stone llega a la escena del crimen, no hay un cadáver esperándola, sino que se encuentra con los sanitarios luchando desesperadamente por salvarle la vida. Por desgracia, muere de camino al hospital, y deja a Kim con un escenario donde todas las pruebas han sido destruidas. Aun así, tiene claro que se trata de un asesinato.

A simple vista, la víctima, Eric Gould, parece una persona normal y corriente, hasta que el equipo empieza a investigar su pasado. De adolescente, lo encerraron por agredir a su novia, y Kim sospecha que en la actualidad estaba maltratando a su prometida.

Entonces aparece otro hombre al borde de la muerte, con los huesos rotos para forzar su postura, y el equipo se da cuenta de que el asesino les está enviando un mensaje con la colocación de los cuerpos.

Alguien parece conocer el oscuro pasado de las víctimas, pero ¿se trata de una venganza o se está

tomando la justicia por su mano? Kim y su equipo tienen que encontrar respuestas con rapidez antes de que aparezca otra víctima.

«Definitivamente es **una de las mejores sagas** que he leído. **Amo a Kim Stone** desde el primer libro. ¡Dios mío! **¡Esta novela es increíble!**».
@our.bookish.reads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Después de diecinueve libros, **Marsons sigue siendo igual de astuta y retorcida**, con una historia tan **llena de adrenalina y emoción** como cabría esperar… **Otro libro espectacular** que les encantará a los fans de la serie».
Jen Med's Book Reviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Una vez más, **Marsons ha escrito una joya de libro** que he devorado casi de una sentada. Ya estoy esperando ansiosamente el siguiente».
The Book Review Café ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Otro misterio fascinante de la reina del crimen moderno inglés**».
The Book Review Crew ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡Una lectura fantástica! Absorbente, llena de giros y completamente adictiva**… Me enganchó y disfruté cada palabra**.** ¿Qué más puedo decir? **¡Simplemente fabulosa!**».
Stardust Book Reviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡Me ha encantado este libro! **Un thriller brillantemente adictivo**… Posiblemente **el mejor que he leído este año.** Muy muy recomendable»**.**
Donna's Book Blog ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Rápido, absorbente y retorcido**».
It's All About Books ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)